

**MICHELLE FRANCES**

**LA  
NOBILIA**

arroba**books**<sup>®</sup>

# ÍNDICE

PORTADA

PORTADILLA

DEDICATORIA

PRÓLOGO. Lunes, 2 de marzo

UNO. Nueve meses antes. Sábado, 7 de junio

DOS. Dos días antes. Jueves, 5 de junio

TRES. Sábado, 7 de junio

CUATRO. Sábado, 7 de junio

CINCO. Lunes, 9 de junio

SEIS. Jueves, 12 de junio

SIETE. Viernes, 13 de junio

OCHO. Viernes, 13 de junio

NUEVE. Sábado, 14 de junio

DIEZ. Lunes, 16 de junio

ONCE. Viernes, 20 de junio

DOCE. Sábado, 21 de junio

TRECE. Domingo, 22 de junio

CATORCE. Lunes, 30 de junio

QUINCE. Viernes, 4 de julio

DIECISÉIS. Viernes, 18 de julio

DIECISIETE. Sábado, 19 de julio

DIECIOCHO. Miércoles, 23 de julio

DIECINUEVE. Viernes, 22 de agosto

VEINTE. Viernes, 22 de agosto

VEINTIUNO. Sábado, 23 de agosto

VEINTIDÓS. Sábado, 23 de agosto

VEINTITRÉS. Sábado, 23 de agosto  
VEINTICUATRO. Miércoles, 27 de agosto  
VEINTICINCO. Jueves, 12 de febrero  
VEINTISÉIS. Martes, 24 de febrero  
VEINTISIETE. Lunes, 2 de marzo  
VEINTIOCHO. Lunes, 2 de marzo  
VEINTINUEVE. Lunes, 2 de marzo  
TREINTA. Lunes, 8 de junio  
TREINTA Y UNO. Martes, 16 de junio  
TREINTA Y DOS. Martes, 16 de junio  
TREINTA Y TRES. Lunes, 27 de julio  
TREINTA Y CUATRO. Miércoles, 12 de agosto  
TREINTA Y CINCO. Martes, 15 de septiembre  
TREINTA Y SEIS. Martes, 15 de septiembre  
TREINTA Y SIETE. Miércoles, 16 de septiembre  
TREINTA Y OCHO. Miércoles, 16 de septiembre  
TREINTA Y NUEVE. Miércoles, 16 de septiembre  
CUARENTA. Miércoles, 16 de septiembre  
CUARENTA Y UNO. Jueves, 17 de septiembre  
CUARENTA Y DOS. Viernes, 2 de octubre  
CUARENTA Y TRES. Viernes, 2 de octubre  
CUARENTA Y CUATRO. Sábado, 3 de octubre  
CUARENTA Y CINCO. Martes, 13 de octubre  
CUARENTA Y SEIS. Viernes, 23 de octubre  
CUARENTA Y SIETE. Lunes, 26 de octubre  
CUARENTA Y OCHO. Martes, 3 de noviembre  
CUARENTA Y NUEVE. Miércoles, 4 de noviembre  
CINCUENTA. Jueves, 5 de noviembre  
CINCUENTA Y UNO. Viernes, 6 de noviembre  
CINCUENTA Y DOS. Sábado, 7 de noviembre  
CINCUENTA Y TRES. Sábado, 7 de noviembre, 22.39 h  
CINCUENTA Y CUATRO. Sábado, 7 de noviembre, 23.46 h  
EPÍLOGO. Jueves, 14 de enero  
AGRADECIMIENTOS

## CRÉDITOS

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y  
descubre una  
nueva forma de disfrutar de la  
lectura

---

**¡Regístrate y accede a  
contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

**MICHELLE FRANCES**

**LA**

**NOVIA**

Traducción de  
Ana Alcaina

*Círculo de Lectores*

*Para mamá, por el amor a los libros, y  
para papá, por tener siempre una palabra positiva a punto.*



# PRÓLOGO

*Lunes, 2 de marzo*

«Quiero a mi hijo.» Eso era lo único que contaba. No importaba que estuviera a punto de hacer algo imperdonable, una atrocidad. Se le había presentado una oportunidad, un rayo de luz después de los demolidores meses anteriores, y Laura sabía que debía aprovecharla. Había estado dándole vueltas y más vueltas, angustiosamente, pero ahora que la decisión era definitiva, sintió una oleada de terror ante lo que tenía que decir. Las palabras que iban a romperla en mil pedazos. Aquella era la primera vez. Por un instante, se planteó ensayarlas, pero las palabras –la palabra– no se formaban correctamente en su cabeza; su reacción instintiva fue ahuyentarlas con violencia.

Atravesó la sala en dirección al lavamanos, en el baño de la habitación privada del hospital, y se miró en el espejo que había encima. La fugaz comprobación, en sus cansados ojos azules, de que su alma todavía estaba intacta la tranquilizó y la animó a continuar. No vio ningún destello verde en el iris, ningún brillo demoníaco en las pupilas. Sin embargo, parecía más fatigada, y la conmocionó ver lo mucho que había envejecido. Le habían salido más arrugas alrededor de los ojos y la boca. También había tristeza, una atormentada desesperación que había tratado por todos los medios de mantener a raya acudiendo a aquel nuevo y costoso hospital, con los mejores médicos que pudo encontrar, con una brizna de esperanza. Por un momento se olvidó de lo que iba a hacer y solo pensó en lo que iba a suceder muy pronto. El dolor, la angustia, se

transformó en una fuerza física que la hizo doblarse sobre el estómago, agarrarse al borde del lavabo. Al cabo de unos segundos, se incorporó. Nada había cambiado.

Cherry regresaba ese día. Laura lo había comprobado y todos los vuelos procedentes de México solían llegar a Heathrow a primera hora de la mañana. Miró el reloj. Tal vez para entonces ya estaría de vuelta en su apartamento de Tooting.

Se le formó un nudo en la garganta mientras sujetaba el teléfono, y tragó saliva con fuerza. Tenía que hacerlo bien. «Cualquier madre haría lo mismo», se recordó a sí misma una y otra vez, un mantra para ayudarla a pasar el mal trago.

Marcó el número con cuidado. Sintió frío y luego calor, en sucesivas oleadas, zarandeada por la agonía. Su vida pronto terminaría. La vida que tenía sentido. Sosteniendo el teléfono con las dos manos para evitar que le temblasen, aguardó la interrupción de la señal de llamada que sonaba en sus oídos.

# UNO

*Nueve meses antes. Sábado, 7 de junio*

Laura tenía un buen presentimiento con respecto a aquel día. Desde el momento en que abrió los ojos, una maravillosa sensación de comienzo de vacaciones se había apoderado de ella . Ya estaba levantada y vestida antes de las siete y media de un sábado de junio en el que ya hacía calor. Mientras cruzaba el descansillo hacia el dormitorio de Daniel, aguzó el oído por si hacía algún ruido, pero en la habitación que habían mantenido limpia y acogedora mientras él estaba en la Facultad de Medicina reinaba el silencio. Daniel aún dormía. No era de extrañar, teniendo en cuenta que las dos últimas noches había llegado mucho después de que ella se fuera a la cama. Daniel llevaba ya en casa dos días enteros desde que había vuelto de la universidad, pero aún no lo había visto. En el trabajo estaba sometida a una gran presión y se marchaba temprano por las mañanas; él estaba fuera cuando ella volvía. Seguro que estaba poniéndose al día con sus amigos. Sentía envidia de esas conversaciones, hambrienta como estaba de información. Quería escucharlo todo, empaparse de sus vivencias, compartir la ilusión de que su hijo fuese a estrenarse en su vida profesional y disfrutar del verano con él antes de que empezase el primer año del programa de práctica clínica como residente. Aquel día era para ellos dos, no había ningún cambio urgente de última hora en la serie que estaba produciendo para la ITV que la obligase a estar de guardia en una sala de edición hasta las nueve de la noche; tampoco tenía reuniones programadas, solo un día entero para ellos dos, juntos, madre e hijo.

Abrió la puerta un poco, con la sonrisa a punto en sus labios. La luz del sol entraba a raudales en la habitación, las cortinas estaban descorridas y la cama, hecha. Se quedó allí inmóvil un momento, confusa, y luego dedujo que debía de haber bajado ya a prepararse el desayuno. Se alegró de que ya estuviera levantado y activo como ella, así que se apresuró a bajar las escaleras de su casa de Kensington y entró en la cocina. Estaba vacía. Miró a su alrededor un poco perdida, con una punzada de ansiedad en el estómago. Luego vio un trozo de papel en la encimera. Había un mensaje garabateado: «Abajo, en el “adosado”. ¡Tendré HAMBRE!». Ella sonrió. Él sabía que odiaba que lo llamara «el adosado»: la palabra resonaba con falsa modestia. Era una extensión de la casa exageradamente amplia, en la planta del sótano, que habían construido en vertical en lugar de hacerlo en horizontal y que a su marido le había costado una fortuna. Aun así, la denominación que le daba él era incluso peor: Howard quería su propia «cueva», según dijo, y a ella casi se le había escapado la risa ante aquel concepto exageradamente absurdo, solo que sabía muy bien que él quería su cueva como refugio, para estar lejos de ella. Lo sugirió una noche, así, como si tal cosa, y dijo que les vendría bien, que sería un sitio útil para que cualquiera de los dos disfrutara de «un poco de espacio» para sí mismo, y ella trató por todos los medios de ocultar su asombro y disimular lo dolida que se sentía. Ya apenas se veían: él siempre estaba en la oficina o en el campo de golf o refugiado en su estudio. Luego contrató a unos constructores tan buenos como caros que practicaron un agujero en la tierra debajo de la casa y lo llenaron con una sala de juegos, una bodega, un garaje y una piscina. A los vecinos les había molestado mucho el ruido de la cinta transportadora en funcionamiento todo el día escupiendo escombros de la tierra excavada y aquel montículo interponiéndose como un obstáculo en el paisaje; a ella le había tocado disculparse, pero al menos había sido algo temporal, nada que ver con el búnker subterráneo de cuatro pisos del magnate del acero, al final de la calle, que había provocado grietas en los montantes delanteros de sus vecinos.

Cogió el ascensor hasta la piscina, esperó a que el zumbido de los motores se detuviera y luego se adentró en la penumbra azul lapislázuli. Daniel estaba cortando una franja de espuma a través del agua iluminada y, como de costumbre, verlo hizo que el corazón se le llenara de orgullo. Se dirigió hacia la parte del fondo, la más profunda, justo cuando él estaba terminando el largo, y se

arrodilló en el borde del agua.

Él la vio y se detuvo, y el agua le chorreó por los poderosos hombros mientras se impulsaba, sin esfuerzo aparente, para salir del agua y abrazarla, sonriendo y estrechándola con fuerza. Ella lanzó un leve chillido admonitorio, como él sabía que haría, y luego, incapaz de resistirse, lo abrazó a su vez.

Al notar cómo se iba empapando de agua, lo apartó de sí y se sacudió las manchas oscuras del vestido amarillo.

–No tiene ninguna gracia –dijo sonriendo.

–Tan solo estaba dándole un abrazo a mi querida y delicada madre.

–No me gusta nada cómo ha sonado eso de «delicada».

En su cabeza, Laura aún tenía veinticinco años, y muchas veces miraba a otras mujeres fascinada por su ingreso en la mediana edad antes de caer en la cuenta de que eran de su misma generación. La divertía estar atrapada en una especie de amnesia en lo relativo a los años, pero aún la divertía más que una mirada en el espejo le confirmara que, aunque estaba muy bien para su edad, definitivamente no tenía veinticinco años.

–Vamos, les gustas a todos los chicos y lo sabes.

Laura sonrió. Era verdad que disfrutaba de la compañía y el flirteo de los amigos de Daniel, de cómo se acercaban y se inclinaban perezosamente en su barra de desayuno, dirigiéndose a ella como «señora C.» y diciéndole lo ricos que estaban sus tostadas con canela. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que los había visto.

–¿Cómo están Will y Jonny?

–No sé.

Daniel empezó a secarse con una de las toallas de rizo que la señora Moore cambiaba tres veces por semana, tanto si alguien las había usado como si no.

–Pero ¿no los viste ayer?

–Trabajan –dijo en un tono de voz frívolo mientras desaparecía por un lateral de un biombo de madera tallada–. Por ahí fuera, cambiando el mundo.

–¿En el sector de los seguros? Y ya sé que trabajan. Me refería a las noches. Entonces ¿dónde has estado estas dos últimas noches si no has salido con los chicos?

Se hizo un silencio detrás del biombo, y Laura no vio que Daniel estaba sonriendo, una sonrisa secreta y reflexiva. Tenía intención de guardárselo para él

un poco más, pero de repente sintió el impulso de contárselo a alguien. Soltaría poco a poco algunos detalles, no todos, y disfrutaría reviviéndolos mientras lo hacía.

–¡Eh! ¿Qué haces? –exclamó cuando Laura asomó la cabeza.

Se quedó allí plantada, con los brazos cruzados, esperando a que él respondiera su pregunta.

–Estás perfectamente visible.

Lo observó con gesto afectuoso mientras él se ponía unos pantalones cortos y una camiseta, orgullosa de que sus genes hubieran engendrado un muchacho tan apuesto. Por supuesto, Howard también había tenido algo que ver pero, físicamente, su hijo se parecía a ella. La misma altura, el mismo pelo rubio ondulado y recio, y una fuerte estructura ósea. En lugar de darle la respuesta que sabía que quería, Daniel sonrió descaradamente mientras se dirigía al ascensor.

Laura dio un respingo y cogió aire.

–No te atrevas a pulsar ese botón.

–¿Vienes?

Laura lo siguió hasta el ascensor e hizo como que le pellizcaba el lóbulo de la oreja.

–Te lo voy sacar, aunque sea por las malas...

El ascensor empezó a subir.

–¡Ay! ¿Puedo invitarte a almorzar fuera?

Ella enarcó las cejas.

–¿Es que la cosa requiere un anuncio solemne?

Las puertas se abrieron y él la tomó de la mano y la llevó a través del pasillo hacia la amplia cocina comedor de roble y granito.

–Solo quiero agasajar a mi maravillosa madre.

–Eres un adulador. Pero antes de irnos, dame una pista. No soporto la intriga.  
–Laura se mantuvo firme.

Daniel se sirvió un generoso vaso de zumo de la nevera.

–He estado buscando apartamento. Ya sabes, para cuando empiece el programa de residente en el hospital.

Ella suspiró.

–Así pues ¿no puedo convencerte de que te quedes en casa?

–Ah, mamá... Aparte de Navidad y vacaciones, y no todas, hace cinco años

que no vivo en casa.

No es que la vida social de Daniel fuese demasiado activa; simplemente, le gustaba disfrutar de su intimidad, como a cualquier joven de veintitrés años, y no quería pasar los siguientes dos viviendo bajo el mismo techo en el que había pasado su infancia, con piscina cubierta o sin ella.

–Está bien, está bien. Así que has estado buscando piso. ¿De noche?

Daniel sonrió con picardía.

–Solo estaba poniendo a la agente inmobiliaria de mi parte.

Tardó un momento en procesar la información y luego todo encajó.

–¿Una mujer?

–Es muy profesional. Sabe exactamente lo que me gusta.

–¡Una chica!

–Lo dices como si nunca hubiera salido con chicas.

–Pero esta es especial –dijo con decisión.

–¿Cómo lo sabes?

–Bueno, la has visto las últimas dos noches, ¿no?

–Sí...

–¡Y acabáis de conoceros! Vamos, desembucha. ¿Cómo se llama?

A él le hacía gracia su entusiasmo.

–Cherry.

–¡Un nombre de fruta! La temporada de la cereza es corta, selectiva.

–¿Qué?

–¿Exótica?

–Tiene el pelo oscuro y... –Levantó la palma de la mano en el aire y negó con la cabeza–. No me puedo creer que esté diciendo esto.

Laura le cogió la mano.

–No, no, sigue, te lo ruego. Quiero saberlo todo de ella. ¿De dónde es?

–De Tooting.

–¡De modo que sí es exótica! ¡Lo siento! Era una broma. Ahora en serio. – Laura le besó la mano con gesto contrito–. ¿Cuántos años tiene?

–Veinticuatro.

–¿Y es agente inmobiliaria?

–Sí. Bueno, ahora mismo está en formación. Acaba de empezar en el sector.

–¿Y trabaja aquí, en Kensington?

–Quería vender casas bonitas. –Daniel se encaramó a la encimera–. Investigó la zona fingiendo que estaba buscando casa para venirse a vivir aquí. Fue a ver veintisiete pisos con otras agencias antes de presentarse como candidata al trabajo. Descubrió que podía hablar de las propiedades y de la posible clientela con aplomo suficiente. –Se rio–. A eso lo llamo yo espíritu emprendedor. Y luego... con mucha audacia, se inventó un currículum. O al menos lo embelleció. Hizo que pareciera la «chica adecuada» para el puesto.

Laura sonrió, aunque tenía que reconocer que le chocaba un poco el comportamiento de Cherry. Lo cual era una tontería, porque ella no tenía nada que ver con su trabajo, ni era su jefa. Golpeó la rodilla de Daniel con el dorso de la mano.

–Vamos, creía que me ibas a invitar a almorzar.

Él se bajó de un salto y le ofreció el brazo.

–Será un placer.

Quería mimar a su madre, cuidarla, ser el hijo del que sabía que a ella, de forma un tanto bochornosa, le gustaba alardear. Irían al restaurante y ella estaría encantada con el buen humor de ambos, y él sabía que también se divertiría. Daniel siempre encontraba tiempo para estar juntos, sobre todo porque, desde que tenía memoria, había notado que en la relación entre sus padres el afecto escaseaba. Ni siquiera podía decirse que se hiciesen compañía el uno al otro: su padre rara vez estaba en casa, ya que su trabajo como socio de una gran empresa de contabilidad lo mantenía ocupado a jornada completa, y Daniel quería compensar una parte de la soledad que sabía que sentía su madre. Había pasado demasiado tiempo desde la última vez que la había visto, lo que se sumaba a su complejo de culpa, a la incómoda sensación de estar reservándose otro secreto. Aún no le había dicho que no pasaría el resto del día con ella.

Tenía una cita con Cherry esa misma noche.



## DOS

*Dos días antes. Jueves, 5 de junio*

Tal vez el hecho de haber tenido lo mejor de todo cuando era niño era la razón de que ahora, ya adulto, nunca ansiase nada verdaderamente. Al menos, nada que el dinero pudiera comprar. A Daniel le habían proporcionado una educación formidable y era un joven inteligente, una afortunada combinación que le valió el éxito académico. Había demostrado aptitudes especiales para las ciencias, lo que había hecho las delicias de sus padres y tutores, sobre todo cuando lo invitaron a estudiar medicina en Cambridge. Para complementar su formación, había disfrutado del tipo de vacaciones que se consideraban imprescindibles: había aprendido a esquiar, bucear y conocer mundo. Había hecho todo eso con un placer e interés que había tranquilizado y complacido a sus padres y, a pesar de haber sido colmado con todo lo que cualquier joven de su edad podía desear, de algún modo había conseguido no convertirse en un niño mimado. Su respuesta al ver la Gran Muralla china fue de genuina admiración, y agradeció la comodidad del vuelo de vuelta a casa en primera clase, pero cuando llegó a Heathrow, utilizó el metro en lugar de llamar al chófer de su padre para que fuera a recogerlo. Su actitud sencilla y relajada se hacía extensiva a la ropa y, aunque pudiera resultar chocante, le tenía mucho apego a prendas y artículos que habían conocido tiempos mejores. En una ocasión, había rescatado del cubo de la basura un par de pantalones que la señora Moore le había tirado en una de sus visitas a casa cuando estaba en la universidad. Luego los escondió, con sus rotos

y sus agujeros, en el bolsillo lateral de su bolsa. Esos pantalones eran como viejos amigos y no quería separarse de ellos.

Y fue así como entró en una agencia inmobiliaria de una de las calles más caras y prestigiosas de Londres –lo cual significaba que la agencia representaba algunas de las propiedades más exclusivas–, vestido con una camiseta desteñida y unos pantalones cortos con agujeros en las costuras de los bolsillos.

–Necesito un apartamento –dijo dedicando una sonrisa a la chica vacilante que se le acercó educadamente al verlo entrar por la puerta.

–¿Para comprar o alquilar?

–Comprar.

Ella le indicó que se dirigiera a la parte posterior, donde vio a una joven de cabello oscuro inclinada sobre un gran escritorio de madera lustrosa, examinando unos papeles.

–¿En qué puedo ayudarle?

Cuando aquella joven levantó la vista y le lanzó la sonrisa que reservaba para dar la bienvenida a los clientes, Daniel respondió de la misma manera y, de repente, la tarea de buscar piso le pareció mucho más placentera. La chica tenía una mata de pelo negro que bailaba alrededor de su rostro mientras se movía.

–Estoy buscando piso.

Sus ojos también eran oscuros, hondos pozos de profundidades insondables. Captó en ellos los cálculos mentales que ella iba haciendo al reparar sutilmente en su camiseta y sus pantalones cortos raídos.

–¿De cuántas habitaciones? ¿Ha pensado en alguna zona en especial?

–Dos habitaciones –decidió al instante, pensando que la otra sería útil como estudio.

No había tenido mucho tiempo para reflexionar en lo que necesitaba, ya que había vuelto de Cambridge esa misma mañana temprano. Mientras se paseaba por la casa de sus padres, había pensado en la presión más que probable que ejercería su madre para que se quedara allí si se ponía demasiado cómodo. Era mejor empezar a ponerse manos a la obra de inmediato: no sería justo dejar que su madre se hiciera ilusiones.

–¿Y la calle?

Una vez más, detectó el tono suspicaz sobre qué hacía él allí realmente. Ninguna de las calles de Kensington y Chelsea era barata, pero algunas eran

exorbitantemente caras. Sabía que no aparentaba ser el tipo de hombre con un par de millones para gastar en un piso. Los cuales, en teoría, no tenía.

–¿Cherry Laine?

La joven respondió con una sonrisa tensa. Irritada, pero tratando de mostrarse profesional.

–No existe una calle con ese nombre en la zona.

–No, no, por Dios... No pretendía burlarme. –Señaló la placa con su nombre y su apellido, CHERRY LAINE, en letras negras sobre un fondo bronce, y sonrió–. Deberías trabajar en una agencia inmobiliaria de algún pueblo de los Cotswolds o algún lugar parecido.

Ella lo miró durante largo rato, con una mirada dura, y luego desplazó su iPad para enseñárselo.

–En función de la horquilla de precio que haya pensado, tenemos cuatro propiedades que coinciden con lo que está buscando. Este piso está a solo dos minutos de la estación de Knightsbridge...

–Iré a verlo.

Hizo una pausa y tocó su pantalla.

–De acuerdo. Este otro...

–Veré ese también.

–Pero si ni siquiera le he informado de las características...

Él disfrutaba observándola, con aquella inseguridad y sin saber muy bien cómo tratarlo. Sin duda, la mayoría de los clientes que acudían allí estaban completamente seguros de cómo debía ser una vivienda, de cómo tenía que ajustarse a sus necesidades. Lo más probable es que invirtieran muchas energías y esfuerzo en encontrar el lugar perfecto, algo que a Daniel le parecía una colosal pérdida de tiempo. Cuanto antes lo solucionase, mejor.

–Y los otros.

–¿Le urge?

–Imagino que, con ese precio, todos deben de ser muy buenos pisos. ¿Cuánto cuestan exactamente, por cierto?

–Estos inmuebles en particular oscilan entre los dos millones y medio y los cuatro millones.

–Guau.

–Y sí, son excepcionales.

–Ahí lo tienes, entonces. Necesito un lugar para vivir, y estoy seguro de que sería muy afortunado viviendo en cualquiera de los que hayas seleccionado. Entonces ¿vamos y echamos un vistazo?

Sus manos revolotearon sobre la pantalla.

–Necesito concertar las visitas.

–¿Más tarde? –Daniel sonrió–. Estoy seguro de que voy a ser tu cliente menos problemático. Tendré un piso elegido a media tarde. Me los enseñarás tú, ¿verdad?

Ella lo recorrió de arriba abajo con la mirada, asegurándose de que no se encontraba delante de un psicópata.

–Sí –dijo con firmeza–, así es.

Cherry advirtió que él iba más elegante esta vez. No llevaba la misma ropa con la que había entrado en su oficina esa mañana, y se había puesto unos pantalones largos azul marino y una camisa azul celeste. Hasta el momento, él la había seguido obedientemente por todo el apartamento sin hacer apenas comentarios. Lo guio fuera de la sala de estar.

–Como ves, todo el suelo es de madera, y una de las ventajas de este piso es, por supuesto, el distribuidor.

Daniel miró el pasillo de arriba abajo.

–¿Qué tiene de especial?

–No es tanto que sea especial. Es el hecho de que tenga uno.

Daniel se preguntó en qué mundo se consideraba un distribuidor una característica excepcional cuando estaba pagando dos millones y medio de libras, pero no quería ofenderla expresándolo en voz alta, y se dio cuenta de que en cierto modo se sentía culpable. A fin de cuentas, era él quien estaba buscando piso.

–Y esta es la sala de estar –anunció Cherry mientras señalaba una puerta.

Él se asomó dentro.

–Bonito sofá. Amarillo.

–Limón –lo corrigió ella–. Por supuesto, los muebles no están incluidos en la venta. El propietario los dejó para que la propiedad estuviera más presentable.

–Entonces ¿ya lo han desocupado?

–Sí. Ya no vive nadie.

–¿Y el dueño no quería el sofá para su nueva casa?

Ella lo miró con desconcierto.

–Imagino...

–¿Qué?

–Que compraron uno nuevo.

Él sonrió y la siguió por el codiciado distribuidor, mirando a todos lados para ver si se le escapaba algo, pero luego decidió concentrarse en Cherry. Le gustaba la forma en que caminaba, con paso decidido, como si le importara adónde iba y la razón para llegar allí. Tenía la sensación de que probablemente extendería esa determinación a otras parcelas de su vida y se sorprendió deseando saber más sobre cómo serían esas parcelas. En ese momento, ella se volvió y lo sorprendió mirándola. Se detuvo y se cruzó de brazos.

–La cocina está ahí.

Señaló el espacio y se hizo evidente que él debía entrar primero.

–Lo siento. No te estaba mirando el trasero.

Ella arqueó las cejas ante su franqueza.

–¿Estás realmente interesado en este piso?

A pesar de que aquel hombre tuviera su encanto, no soportaba a los falsos compradores que le hacían perder el tiempo. Y tenía muy buen ojo para detectarlos, pues ella misma había sido una, aunque en su caso estaba justificado, ya que era un medio para alcanzar un fin.

–Sí –dijo rápidamente queriendo tranquilizarla–. ¡Me lo quedo!

–Pero aún no hemos visto los otros...

–Este es el más barato de los que tienes a la venta, ¿verdad?

–Sí.

–¿Por qué pagar más? Incluso este precio parece...

–¿Sí?

–¿Obsceno?

Ella lo miró.

–Lo siento, solo lo encuentro un poco... ofensivo. Pagar tanto dinero. Por un piso.

–Pero ¿quieres comprarlo?

–Sí, por favor. Y me gustaría quedarme con los muebles también. Si están a

la venta. –De hecho, su padre le había dicho en términos muy claros que el alquiler no era una opción. Consideraba que era malgastar el dinero, el dinero de su padre, en realidad, ya que Daniel disfrutaba de un fondo fiduciario. Si el piso obtenía el beneplácito de su padre, se convertiría en una inversión familiar—. Además, todos los pisos se parecen, ¿no?

Cherry abrió la boca para hablar.

–¡Ah, no! ¡Claro que no! No, no, lo siento... Considérame alguien muy ignorante con respecto a este tema. El caso es que... estaba pensando... hay cosas mejores que podríamos hacer con nuestro tiempo.

Cherry se mentalizó, sabiendo lo que venía a continuación.

–¿Estás libre esta noche, por casualidad? ¿Podría invitarte a cenar a un restaurante?

A Cherry le resultaba gracioso que los ricos siempre especificasen lo de cenar «a un restaurante», como si nunca hubieran salido del internado. Al menos le daba un poco más de confianza que pudiera permitirse aquel piso que tan despreocupadamente había dicho que se iba a quedar. En realidad, aquella era su última visita del día; se suponía que irían a ver los otros en los que había estado interesado a la mañana siguiente. Lo único que tenía que hacer era devolver las llaves a la oficina y la noche era suya. Pensó en sus planes, en un trayecto de vuelta a casa en un metro sudoroso que transportaba a otros trabajadores a distintas partes del sur de Londres que iban disminuyendo en salubridad a medida que se vaciaban los asientos. Siempre se sentía abandonada, como si fuera la pariente pobre, cuando llegaban a Tooting Broadway, pero al menos, pensó con un estremecimiento, no tenía que llegar hasta el final de la línea. Luego entraría en el supermercado a comprar algo de cenar antes de regresar a su pequeño apartamento sin distribuidor. Colgaría su precioso traje con los demás, sus posesiones más valiosas, y seguramente pasaría el resto de la tarde estudiando propiedades en internet y preguntándose cuándo lograría salir de allí.

Miró a su cliente. Debía reconocer que le atraía aquella actitud despreocupada. Era todo un cambio en contraste con los clientes que rechazaban un piso porque los accesorios del baño eran de cromo y no de bronce, y se ofendían porque el vendedor se negaba a cambiarlos antes de la venta. ¿Por qué no salir a cenar con él?, pensó. Al fin y al cabo, era la razón por la que se había esforzado tanto para conseguir un trabajo en aquella zona de la ciudad, para

empezar.

# TRES

*Sábado, 7 de junio*

Laura estaba sentada en su sitio habitual, formando un ángulo recto con la silla de su marido, comiendo ensalada de pollo. Todas las ventanas de su amplio y aireado comedor estaban abiertas, pero aun así, el ambiente era un tanto agobiante. Había pasado una tarde lánguida en el jardín, bajo la sombrilla gigante, y Daniel tumbado en una hamaca, respondiendo a sus preguntas con los ojos cerrados bajo la luz del sol, riéndose de su afán por querer saberlo todo sobre Cherry, mientras ella se aprovechaba de que no podía verla embeberse de él con los ojos. Entonces, cuando hizo ademán de levantarse para preparar la cena, Daniel abrió los ojos y se incorporó con una expresión incómoda en el rostro.

–Quería decirte...

Ella se volvió con una sonrisa en los labios.

–Le prometí a Cherry... Es un concierto... en el parque... Lo siento, sé que dije que me quedaría en casa contigo y con papá...

Ella se tragó la decepción y rechazó sus disculpas, diciéndole que fuera y se divirtiera.

Laura miró al otro extremo de la larga mesa vacía, formal y reluciente, con capacidad para diez comensales, y de repente sintió que la invadía una intensa irritación contra aquel mueble y la extraña forma que tenían ella y Howard de sentarse, aferrándose cada uno a un extremo como si fuera un barco que se



estuviera hundiendo, siguiendo alguna especie de ritual que hacía tanto tiempo que estaba muerto que ninguno de los dos ya ni se cuestionaba. Volvió su mirada hacia él. No parecía molesto por la mesa, ni por el calor, ni por el hecho de que habían dejado de hablar entre ellos, y estaba leyendo el *Telegraph* del día, con las gafas en la coronilla, mientras se llenaba la boca con ensalada y patatas nuevas. Había estado fuera toda la tarde –ya estaba acostumbrada a sus ausencias–, pero ahora había vuelto y ella quería hablar. Oyó el ruido metálico de su cuchillo al rechinar contra el plato de porcelana, la música de Mozart de fondo, y su propia voz le resultó extraña.

–¿Algo interesante?

Él no levantó la vista del periódico.

–Solo el golf.

El golf. Laura sintió una punzada de dolor. Esa era una de las pocas cosas por las que aún se entusiasmaba. Eso y Marianne, por supuesto. Ella nunca sabía con cuál de las dos cosas estaba ocupado: él siempre le decía que era el golf, todos los sábados y domingos y algunas tardes los días laborables también, cuando podía escaparse de la oficina, pero ella lo sabía, lo sabía por cómo volvía a casa. Un poco más feliz, una felicidad íntima y privada que se guardaba para sí, los días que la había visto. No es que fuera una sorpresa: la sorpresa vino veinte años atrás, cuando descubrió el *affaire*. La señora Moore había revisado sus bolsillos antes de llevar los trajes de Howard a la tintorería y había dejado los recibos en la encimera de la cocina. Ella los había visto en el desayuno. Howard ya se había ido al trabajo, y Laura sabía con absoluta certeza que ella no había recibido esas flores, ni la había llevado a almorzar el sábado anterior. Al principio lo negó, por supuesto, pero ella lo sabía y, al final, no tuvo más remedio que admitirlo, enfadado, como si fuera culpa de ella.

–Está bien, es verdad. ¿Ya estás contenta?

La elección de las palabras no fue muy afortunada: por supuesto que no estaba contenta –su mundo acababa de romperse en mil pedazos– y luego descubrió que *aquello* hacía ya dos años que duraba, y que Howard estaba enamorado de ella. Sin embargo, Marianne también era una mujer casada, con hijos pequeños, y no estaba preparada para romper su familia. Laura se planteó dejarlo –tenía dinero, así que habría podido salir adelante sin problemas–, pero también estaba Daniel, y tenía que pensar en eso. Y Howard, en un arrebató

emocional, dijo que no quería abandonar a su hijo, así que prometió poner fin a la aventura y ella lo perdonó. Sin embargo, las cosas cambiaron. Howard estuvo varias semanas triste y deprimido, trabajando hasta tarde y apenas cruzando con ella alguna que otra palabra, y lo más irónico era que, de todos modos, nunca veía a Daniel. Crearon su propia rutina: él se iba a trabajar y ella criaba al hijo de ambos. Laura estaba acostumbrada a la soledad. Su infancia había sido una cadena interminable de niñeras, ya que su madre siempre estaba fuera, yendo a fiestas, y su padre enfrascado en el trabajo. Era hija única –habría sido un engorro tener más– y Laura siempre había anhelado tener una relación más cercana con su madre, pero eso nunca se produjo, y hacía mucho tiempo que sus dos progenitores habían muerto. Decidida a que Daniel jamás se sintiera abandonado como ella, enterró el dolor que sentía por la aventura de Howard haciendo cosas positivas por su hijo: clubes, vacaciones, amigos... La relación entre madre e hijo fue haciéndose cada vez más sólida y consolidada y Howard empezó a sentirse excluido. Le resultaba aún más difícil estar en casa y trabajaba incluso más horas, y el resentimiento era cada vez mayor. Cuanto más marginado se sentía, más cruel se volvía con Laura, criticando la forma de criar a Daniel cuando el niño se echaba a llorar al ver a aquel hombre al que no reconocía cogerlo en brazos.

Entonces, una noche, cuando Daniel ya había empezado la universidad, Howard anunció que salía a tomar algo.

–He quedado con una gente del club –le había dicho antes de irse.

La había aguijoneado inesperadamente, fue un latigazo rápido y repentino en el corazón cuando llenaba el hervidor de agua, que había dejado tirado en el fregadero mientras luchaba por respirar de nuevo. Porque de repente supo quién era esa «gente del club». Marianne había regresado, ahora que sus respectivos hijos se habían hecho mayores. Y luego recordó que había salido con «alguien del club» la semana anterior. No tenía la certeza de si había habido alguna salida parecida anterior a esa, y le entró el pánico mientras se devanaba los sesos. Una vez superado el *shock* inicial, se sintió agotada, como si le hubieran dado una paliza, y supo que era porque Howard y Marianne todavía estaban enamorados.

Poco a poco, el «golf» se amplió a fines de semana enteros y ella cada vez lo veía menos. Empezó a plantearse si debía pedirle el divorcio, pero ya no parecía importar demasiado. Aunque sabía que Howard era la causa de su soledad, el

hecho de afrontar el problema, separarse de él, solo haría que la herida se abriera y quedase en carne viva. Ella había preferido concentrarse en otras cosas. Daniel había sido el centro de su vida durante todo ese tiempo, y ahora estaba secretamente entusiasmada con la idea de que hubiese conocido a una chica especial, alguien de quien ella podría hacerse amiga.

–Daniel ha salido otra vez esta noche.

–Eso me había parecido.

–Es la tercera noche consecutiva.

Howard todavía no había levantado la vista del periódico y soltó una pequeña carcajada.

–Es un hombre adulto.

Ella reprimió su frustración.

–Sí, por supuesto. Ha salido con una chica.

Howard la miró al fin.

–Me alegro por él.

Ella sonrió.

–Creo que está enamorado. Solo hace tres días que se conocen, y ha quedado con ella todas las noches desde entonces.

–¿Qué quieres decir en realidad?

–Oh, vamos, Howard. ¿No quieres saber quién es esa chica que lo tiene encandilado?

–Es evidente que tú sí.

–Me parece que voy a enviarle un mensaje de texto.

–¡No te atrevas! –le espetó.

Dolida, hizo una pausa con el tenedor, a punto de llevárselo a la boca.

–Lo decía de broma.

–Déjalo en paz. Solo porque por primera vez en su vida no estás al tanto de todos los detalles... No te metas.

–No me estoy metiendo –dijo en voz baja, y de pronto sintió ganas de irse de la habitación.

Dejó la servilleta sobre la mesa y se levantó. Estaba a punto de llevar su plato a la cocina cuando...

–Eres obsesiva... –Fue repentino, directo–. Posesiva.

Ella se detuvo en seco.

Ninguno de los dos dijo nada durante unos segundos; luego, Howard se levantó de la mesa y salió del comedor.

Laura se quedó allí plantada, con el plato en la mano. Las lágrimas le escocían en los ojos, no solo por el impacto de la acusación sino también por la mirada que él le había lanzado al marcharse. Era una mirada de profundo resentimiento. Laura se sentó un momento y luego, como para impedir que sus palabras la impregnaran de algún modo, se levantó rápidamente y se encaminó hacia la cocina. Sabía que no debía seguirlo. Se había metido en su guarida y, de todos modos, no tenía ganas de plantarle cara, no estaba de humor para una discusión.

El plato repiqueteó sobre la encimera, y luego la ira y la indignación por lo que le había dicho la desbordaron. Era él quien había estado ausente, por voluntad propia, todos esos años. ¿Qué sabía él sobre el trabajo descomunal que suponía criar a un niño? Los cuidados absolutos cuando era pequeño, la falta de sueño, limpiarle la cara, las manos, el culo, la mesa, la trona, limpiar, limpiar, limpiar... No poder ir nunca al baño sola, tener la certeza absoluta de que un abrazo aliviaría los golpes y los hematomas, y esos abrazos siempre tenían que estar disponibles, las constantes tácticas de psicología inversa/humor/distracción que se necesitaban para pasar un día normal con un niño pequeño. Él nunca había tenido que lidiar –ni sufrir– con las lágrimas desgarradoras cuando Daniel se negaba a ir a la guardería o tratar de descubrir por qué, cuando su razonamiento de crío de cuatro años no podía explicarlo, le faltaba la seguridad y la confianza para hacer amigos. Howard no había tenido que tomar decisiones sobre los deportes, los clubes y las fiestas, ni arreglárselas para fomentar su independencia sin hacerle sentir que no contaba con su apoyo, ni calmar los terrores nocturnos después de la repentina muerte de su abuelo de un ataque al corazón. ¿Qué sabía él de todo eso? Laura sintió una rabia inmensa por la increíble miopía de su marido, y luego, después de servirse una copa de vino, la ira empezó a remitir poco a poco. Nadie sabía nada de todo aquello, nadie más que una madre.

Cogió la copa de vino, encontró su libro junto a la nevera y se lo llevó al jardín en penumbra. El jazmín despedía un olor delicioso, sus cientos de diminutas flores blancas en forma de estrella acababan de salir tras la llegada del mes de junio. Encendió las velas de citronela y las polillas nocturnas no tardaron

en acudir a investigar. Se sentó en el columpio y dejó divagar su mente. Resultaba fascinante echar la vista atrás: pensar que, durante años, habían estado prácticamente ellos dos solos, Daniel y ella, y que ahora él estaba a punto de irse de casa definitivamente. De repente, se acordó de algo que decía cuando tenía tres años. Fingía ser un perrito y se ponía a dar saltos a su alrededor.

–¡Guau! –decía él–. ¿Te gusta el perrito?

–Es precioso.

–Puedes quedártelo si quieres.

–¿Puedo?

–Puedes quedártelo para siempre.

Y Daniel le echaba los brazos alrededor del cuello para abrazarla con fuerza.

El gato apareció maullando lastimosamente, con la cola que parecía una escobilla de baño, y Laura vio a un zorro husmeando alrededor del cristal opaco que había en medio del césped, un rectángulo que formaba parte del techo de la sala de la piscina subterránea. *Moisés* se subió de un salto a su regazo y se quedó allí, todavía maullando y esperando la salvación. Lo había comprado para Daniel cuando tenía nueve años, para enseñarle a cuidar de las mascotas. Era un gatito birmano gris plateado y había acabado encariñándose enormemente con él. Recogió una piedrecilla del suelo y la arrojó en dirección al zorro; a ella no le gustaban, desconfiaba de sus capacidades y de su falta de límites. Hacía poco había escuchado a una mujer angustiada e incrédula llamar a un programa matinal de la radio para explicar cómo un zorro se las había ingeniado para entrar descaradamente en su casa por la puerta trasera y se había encaramado a la cuna de su bebé en pleno día. Laura se estremeció. Si algo semejante le hubiera sucedido a Daniel cuando era pequeño, seguramente habría destrozado la cabeza del zorro contra el patio.

«Tres noches seguidas», pensó con una sonrisa. ¿Quién sale con alguien tres noches seguidas desde el principio? ¿Qué tenía aquella chica para que fuera tan especial? Mientras pensaba en Cherry, recordó a otra chica, una niña un poco mayor que Daniel. Rose era la primogénita de Laura. Había sido la recién nacida perfecta; comía y dormía cuando le tocaba desde el primer día. Tal vez por eso le había parecido tan extraño cuando, con apenas unos pocos días de vida, Laura había tenido dificultades para despertarla. Cuando volvió a ocurrir tres horas después, ya estaba lo bastante preocupada para llevarla al médico. Tras visitarla,

el doctor la envió de inmediato a urgencias. Le diagnosticaron una infección por estreptococo del grupo B, que había contraído por bacterias no detectadas en el canal del parto. Veinticuatro horas después, los médicos les dijeron que Rose iba a morir, y no se equivocaron: dos horas más tarde falleció en sus brazos. Tenía exactamente siete días.

La culpa casi la había destrozado, y también destrozó su matrimonio. Laura se consumía pensando en la posibilidad de que tal vez Rose habría sobrevivido si hubiera ido al médico cuando se había saltado su primera toma por permanecer dormida. Lo que los salvó a ambos fue que ella se quedara embarazada otra vez. Diez meses más tarde, cuando nació Daniel, Laura había prometido a cualquier presencia que estuviera escuchándola que se entregaría en cuerpo y alma a aquella pequeña criatura, y que nunca dejaría que nada le sucediese si, a cambio, podían garantizarle su salud y su seguridad.

El gato se desplazó sobre sus suaves muslos, entrecerrando los ojos en señal de alivio ante la desaparición del zorro, y Laura le acarició el pelaje. De vez en cuando, el animal observaba a las polillas enloquecidas con ojos veloces, pero o bien estaba demasiado cansado o tenía demasiada pereza para hacer algo al respecto. Mientras Laura se mecía despacio en el asiento, pensó afectuosamente en aquella chica a la que aún no conocía, aquella chica que tenía la misma edad que habría tenido su propia hija.

# CUATRO

*Sábado, 7 de junio*

Cherry nunca había salido tres noches seguidas con el mismo chico. Se dirigieron a Hyde Park, pasando junto al dorado Albert Memorial y al otro lado del Serpentine, Daniel cargado con una mochila de pícnic, mientras que ella llevaba la manta. Así, pegada al cuerpo, le daba demasiado calor, de modo que la cambió de sitio, tratando de tener el menor contacto posible con ella. El calor abrasador del día se había mitigado y había quedado reducido a una noche mediterránea. Todavía había luz, la habría al menos otras cuatro horas más, y el parque estaba abarrotado de gente rebotante de un entusiasmo y optimismo espontáneos, poseídos por el espíritu de las inminentes vacaciones. Cherry estaba empezando a divertirse. Ya habían superado el primer par de citas, con su potencial para las meteduras de pata, la torpeza general y los arranques de cortesía extrema, y se habían empezado a formar unos vínculos invisibles entre ellos dos. Ella sabía que Daniel tenía como objetivo ser cardiólogo, que le gustaba el ciclismo y el *rafting*, que escribía con la mano izquierda, pero comía con la derecha. Él sabía que a Cherry le gustaban las fresas pero no la mermelada de fresa, que su padre había muerto cuando ella era una niña y que había vivido en un piso con su madre, a quien rara vez veía porque siempre estaba trabajando.

Cherry se había guardado para sí que el piso estaba en una zona deprimida de la ciudad, en Croydon, donde las calles siempre estaban llenas de basura: latas

de cerveza vacías, muebles desechados y escombros; trapos empapados y harapientos, imposibles de identificar, que parecía como si todavía contuviesen algo repugnante dentro. Había poco dinero en casa de Cherry cuando era una cría, menos aún después de que muriera su padre. Había sido tan estúpido y egoísta como para no tener un seguro de vida. Su madre había tenido que trabajar más horas en el hipermercado monolítico a las afueras de la ciudad solo para poder conservar su pequeño apartamento, y Cherry había visto cómo su mundo material se reducía de la moda de bajo presupuesto a la ropa de segunda mano, y a no ir nunca de vacaciones, salvo la excursión ocasional de un día a la playa. En la escuela también pasaba apuros y vergüenza, sin dinero para una copia de la foto del anuario cuando todas sus amigas corrían a juntarse en un coro de risas para ver quién salía junto a quién en la fotografía mientras Cherry se quedaba apartada a un lado, excluida y avergonzada. Odiaba ser pobre.

No, Cherry se guardó todo eso para sí misma e hizo un comentario vago diciendo que era de Surrey, zona de la que Croydon solía formar parte, aunque muchos siglos atrás. Intercambiaron más información, y con la familiaridad llegó la confianza y pudieron empezar a meterse el uno con el otro, y las bromas y las pullas inocentes reforzaron esos lazos recién tejidos. También se habían dado su primer beso, una experiencia en absoluto desagradable; de hecho, Cherry encontraba a Daniel extremadamente atractivo.

Llegaron a la zona vallada donde se iba a celebrar el concierto de esa noche. Daniel le dio las entradas que, milagrosamente, había conseguido con tan poco tiempo de antelación y entraron. Siguieron a la multitud a la zona de asientos cubierta de hierba y ella dejó que Daniel eligiera un sitio con una buena vista del escenario. Él extendió la manta y ella se sentó, estirando sus largas y ligeramente bronceadas piernas hacia delante. Advirtió que varios de los asistentes se habían traído sillas plegables y se sintió un poco ofendida porque ellos no las tuvieran también. Sospechaba que al cabo de unas horas tendría el trasero dolorido por culpa del duro suelo, pero entonces la Orquesta Sinfónica de Londres empezó a afinar los instrumentos y Cherry se esforzó por olvidarlo.

—Antes venía aquí todos los años, cuando era más joven —dijo Daniel—. Veníamos andando, y nos traíamos un termo con té. Fue así como mamá me dio a conocer la música clásica.

Así que aquel era el parque más cercano a su casa. Nada que ver con el



parque donde ella había crecido: la descuidada y triste colección de columpios con la pintura descascarillada que siempre había dado cobijo a unos pocos adolescentes amuermados, como una capa de moho de la que nunca puedes desprenderte del todo. Cherry jamás había asistido a un concierto de música clásica, aunque se esforzaba por escuchar Classic FM de vez en cuando. Se le ocurrió ponerlo a prueba de forma preventiva con esa revelación.

–Es la primera vez para mí. Me refiero a un concierto de música clásica.

Él quitó hierro a sus palabras.

–Créeme, no te has perdido gran cosa antes de ahora. O al menos, yo nunca la aprecié realmente cuando era más joven. De los veinte años en adelante es el momento perfecto para disfrutar de la música clásica, lo dicen las Escrituras...

Ella sonrió, satisfecha con el resultado de su experimento. Aparentemente, Daniel no iba a juzgarla por las lagunas en su educación, lo que la hizo relajarse un poco. Si alguna vez cometía un error de cultura general o malinterpretaba algo, con un poco de suerte, eso no lo haría salir corriendo, horrorizado ante su ignorancia.

–Así que eso significa que entonces... –dijo ella aceptando el chablis frío que él le había servido en el obligatorio vaso de plástico– estamos en nuestro momento más receptivo.

–En el punto justo de maduración. ¿Qué haces el primer viernes de julio?

Pensó rápidamente en qué podría tener en mente y recordó lo que había escuchado en la radio.

–¿Vamos a ir al Royal Albert Hall a ondear la bandera de la Union Jack?

–Tenemos una cita, entonces –dijo Daniel riéndose, y se miraron, contentos de haber cerrado un plan para el futuro y de que los dos se hubiesen mostrado igual de entusiastas ante la idea.

La música empezó a sonar y Cherry vio a los violinistas inclinarse apasionadamente, todos a la vez, cada músico entregado en cuerpo y alma. A Cherry se le puso la carne de gallina; se volvió y regaló una sonrisa a Daniel que le cortó la respiración.

–Ojalá tuviera yo esa clase de talento –susurró con admiración, antes de volver el rostro hacia el escenario.

Daniel le lanzaba miradas furtivas mientras ella observaba a la orquesta. Le encantaba la refrescante sensación de hacerle descubrir cosas nuevas. A sus

novias anteriores, las hermanas de sus amigos del colegio, había sido difícil sorprenderlas, y a algunas incluso más difícil complacerlas, y muchas veces había sentido cierto hartazgo por el mero hecho de estar en su compañía. Aunque no era ninguna inculta, Cherry no había recibido ningún tipo de educación extraescolar de niña, y Daniel descubrió que podía disfrutar de un concierto de música clásica que ya había oído muchas otras veces simplemente por el hecho de estar allí con ella. De repente, sintió el impulso de compartir más cosas con Cherry –exposiciones, conciertos, viajes a la costa, tal vez incluso unas vacaciones en el extranjero–, y en ese preciso instante el verano empezó a engendrar nuevas y excitantes promesas.

Mientras la sinfonía de Mozart la elevaba hacia el cielo para dejarla de nuevo en el suelo, Cherry se sintió observada. Dejó que él siguiera haciéndolo, disfrutaba de la atención, y era agradable recibirla de alguien de cierto nivel. De hecho, era algo que solo había ocurrido una vez en su vida. Habían pasado seis meses desde la última vez que vio a Nicolas Brandon, pero aún podía ver su cara con tanta claridad como si ahora mismo estuviera sentado frente a ella. Había convencido a una vieja compañera de clase para que saliera con ella a tomar una copa (con el pretexto de querer ponerse al día), solo que el lugar que eligió era una pequeña, discreta y elegante coctelería bastante lejos de la casa de ambas. Cherry entró en el local seguida de su amiga, que prorrumpió en exclamaciones de admiración al ver el sitio, y allí estaba él, tal como ella sabía que estaría. Abrió su monedero y sacó dinero.

–¿Te importa acercarte a la barra a pedir? Tengo que ir al baño.

Mientras su amiga se dirigía a la barra, Cherry fue hacia donde se encontraba Nicolas. A un par de metros de distancia, él levantó la vista y la expresión sorprendida y avergonzada de su rostro la alegró y le dolió a partes iguales. Era el hijo mayor de un magnate de las telecomunicaciones y estudiaba el último curso de un máster en Económicas en Oxford como preparación para la formación que iba a recibir por parte de su padre ya que, en el futuro, estaba destinado a llevar las riendas del negocio familiar. Había crecido en Webb Estate, una zona residencial exclusiva y cerrada que albergaba mansiones de varios millones de libras en el sur de Croydon, donde las «reglas» centenarias incluían la prohibición del uso de pantalones cortos y tender la ropa en el jardín trasero.

Lo vio mirar a su alrededor haciendo como que no la había visto, pero Cherry no pensaba dejar que se librara de ella tan fácilmente. Se acercó a su mesa hasta el punto que no tuvo más opción que hablar con ella.

–¡Hola! –dijo haciéndose el sorprendido.

–Hola. No creí que te encontraría aquí.

–Vacaciones intertrimestrales. Terminamos la semana pasada.

Ella ya lo sabía, había buscado las fechas de las vacaciones de Navidad en el sitio web de la universidad.

–Entonces, eeh... ¿Aún vienes por aquí? –le preguntó él.

Había sido el sitio de los dos, el bar al que la había llevado en su primera cita, y recordó las veces que se habían cogido las manos por encima de la mesa y habían hecho planes para cuando él se fuera de nuevo a la universidad. Ella cambiaría sus turnos para no tener que trabajar más los fines de semana en el restaurante donde se habían conocido y así poder ir a visitarlo a Oxford. En ese momento no se le había ocurrido pensar que todos los planes habían sido solo en beneficio de él.

–Esta es la última vez, probablemente. Me mudo.

–Ah, ¿sí? ¿Adónde?

–A Kensington.

Técnicamente no era el todo cierto, pero había bastante de verdad en ello.

–¡Ah!

Una leve e incrédula sonrisa le atravesó el rostro, como si Cherry estuviera confundida acerca de dónde estaba y qué era Kensington realmente.

–¿Qué pasa? ¿Acaso no crees que soy lo bastante buena para vivir ahí?

Frunció el ceño y miró hacia otro lado.

–No es nada de eso.

–Ah, ¿no? Recuerdo que comentaste que tus padres te exigían ciertas cosas..., cosas que, según dijiste, no eran idea tuya, pero sobre las que no tenías voz ni voto si querías tener alguna posibilidad de tomar el relevo de tu padre en el negocio.

Levantó la mirada cuando una chica, una rubia muy guapa y de melena sedosa, se acercó a la mesa desde el baño, con una expresión de consternación en la cara. Cherry se quedó inmóvil, con el corazón latiéndole a toda velocidad. Nicolas no había perdido el tiempo. Aquella era la clase de chica que contaría

con la aprobación de sus padres, una chica con dinero, de buena familia, con buenos contactos.

–¿Todo bien? –preguntó la joven en un tono de voz suspicaz, alternando la mirada entre los dos.

–Sí, perfecto –contestó Nicolas rápidamente.

–Aquí tienes, un martini de manzana –dijo la amiga de Cherry empujando una copa hacia ella.

Vio a Nicolas levantar la vista. Era una bebida que había conocido gracias a él, e inmediatamente deseó no haberla pedido. Se volvió bruscamente y se alejó, oyendo a la chica rubia hacer preguntas en voz baja sobre quién era ella. Cuando llegó a la barra, miró hacia atrás y los vio acurrucados; él estaba tratando de convencerla de que se terminara la copa para poder irse y, de repente, Cherry no quiso quedarse allí la última. Apuró la copa de un trago, agarró la mano de su amiga y anunció que se iban de allí.

No salió como ella había planeado. Pretendía impresionarlo, que se preguntara si había cometido un error colosal al dejarla a finales de verano, tal vez que se diera cuenta incluso de que quería volver con ella. Porque Cherry siempre había creído que Nicolas la rescataría, que la sacaría de la cadena de restaurantes del chef famoso donde trabajaba. Aceptar ese trabajo era el peor error que había cometido en su vida.

Ella estaba destinada a hacer cosas mejores. Alumna increíblemente brillante en la escuela, Cherry se convirtió en un estorbo para los maestros sobrecargados de trabajo en su instituto público, que se habían limitado a ponerle más deberes y dejarla a su aire. Cuando terminó, con cinco matrículas de honor, no tenía ni un céntimo. La universidad no era una opción viable; sencillamente, no podía permitírselo. No se trataba solo del coste y de contraer una deuda con el banco: Cherry quería escapar de su estilo de vida, inmerso en la pobreza. Quería hacer cosas muy simples, como aprender a conducir, irse de casa, empezar a crear una vida para sí misma, pero su generación estaba entrando en un futuro que tenía muy poco que ofrecer. El desempleo entre los menores de veinticinco años estaba batiendo todos los récords, y desde luego, no podían albergar la mínima esperanza de comprar una casa; en cambio, el lastre económico con el que todos cargarían a largo plazo consistiría en pagar la deuda de todo el país.

Desesperada, se había ido a Australia con un visado de trabajo en vacaciones

con el escaso dinero ahorrado, pensando que allí encontraría un sinfín de oportunidades, que probaría suerte en distintos empleos y que alguien se fijaría en su inteligencia y en todo su potencial. Pero no tardó en darse cuenta de que solo podía optar a trabajos como temporera recogiendo fruta o como camarera sirviendo mesas. Peor aún, se había sentido pobre. No estaba hecha para la vida mochilera. Así que había vuelto a Inglaterra y el único empleo que había podido conseguir era como recepcionista en el restaurante. Solo un escalón por encima del de camarera. Y lo que se suponía que iba a ser un trabajo temporal se había prolongado un año entero, y había observado, indignada, cómo los graduados de los programas de capacitación profesional escalaban rápidamente a puestos como gerentes, con mayores sueldos. Personas de su misma edad que eran menos inteligentes que ella pero que habían podido pagarse la universidad, lo que, al parecer, les daba automáticamente más categoría.

Justo cuando estaba en su momento más bajo, había aparecido Nicolas y la vida había empezado a sonreírle de nuevo. Estar con él la hacía sentirse bien, especial, como si estuviese donde debía estar. Su cerebro volvió a apasionarse mientras debatían sobre cómo arreglar la economía y el desempleo juvenil. Con él había saboreado por primera vez cómo era la vida con dinero, entraba en los restaurantes elegantes con la cabeza bien alta y había descubierto un don innato para elegir un buen vino. Luego, todo terminó bruscamente un sábado por la noche cuando, en lugar de recogerla como estaba previsto, Nicolas la telefoneó para decirle que sus padres querían que se concentrara en la universidad y que a ella la veían como una «distracción». Lo estaban obligando a elegir entre ella y su papel en la empresa familiar, y él no podía abocarla a un futuro incierto, algo que sin duda acabaría sucediendo si no conseguía asegurarse un trabajo con su padre. La ruptura la dejó destrozada. Todo ese tiempo, ella había sido sincera sobre su infancia humilde, el bajo nivel de la escuela, la familia de clase trabajadora: craso error. Por la forma en que él la había apartado de su vida Cherry supo que no iba a ver colmadas sus aspiraciones siendo quien era, así que decidió reinventarse a sí misma. Luego se sumergiría en el mundo al que aspiraba pertenecer, solo que esta vez no le contaría a nadie de dónde venía.

Durante sus años en la escuela, Cherry había contado con un fiel aliado, un amigo que luchaba codo con codo con ella para hacerle mejorar su posición: los libros o, más comúnmente, internet. Era extraordinario lo que se podía aprender

allí. Cherry había navegado y leído con avidez: mientras un enlace la llevaba a otro sin que se diera cuenta siquiera, había tejido una intrincada red de conocimiento autodidacta. A esto se añadían la información internacional que leía en *The Guardian*, y había asimilado el lenguaje de los periodistas más eruditos y eliminado cuidadosamente cualquier deje de Croydon de su acento.

El día que se presentó a la entrevista en la agencia inmobiliaria de Highsmith y Brown, se había sentido segura y perfectamente preparada. De modo que gracias a algunos adornos en su currículum, junto con la bien documentada creación de su personalidad falsa como vecina de Chelsea y la red de conocimientos que tanto trabajo le había costado crear, había conseguido el trabajo.

Habían pasado cinco meses desde su primer día allí, cinco meses casi exactos. Lo sabía porque había visto la fecha acercarse en su calendario, marcada con un círculo rojo, señalada como un objetivo –o tal vez como una advertencia–, y hasta ahora la única atención masculina que había recibido provenía del hombre que limpiaba los cristales.

–¿Qué tal todo, guapa? –le había dicho mientras ella cambiaba la información de los carteles del escaparate de la entrada, y Cherry se había puesto muy rígida antes de comprobar si alguien se había dado cuenta.

El hombre siguió mirándola mientras trazaba arcos con la rasqueta limpiacristales sobre el ventanal y ella se iba enfureciendo ante tamaña humillación. ¿Es que no podía entablar conversación con una de las otras chicas? Con Abigail o Emily. Sentía como si pudiera ver a través de ella y hubiese reconocido un espíritu afín de clase trabajadora. Le horrorizaba pensar que su atención pudiese dejarla en evidencia delante de todo el mundo.

–Como me vuelvas a hablar, haré que te despidan por acoso –dijo, y luego le dio la espalda.

Aparte del limpiacristales, los demás hombres que aparecían por allí estaban casados, eran homosexuales, entraban con sus novias o tenían tantos humos que ni siquiera reparaban en ella.

Pero ahora todo eso había quedado atrás, porque por fin su suerte había cambiado. Cuando la orquesta se levantó para hacer un receso, Daniel se volvió hacia ella.

–¿Qué te parece?

De repente, su corazón se llenó de una felicidad desbordante. Allí estaba ella, en una maravillosa noche de verano, en un concierto de música clásica con un hombre que parecía decidido a hacerle pasar un buen rato.

–Es fantástico.

Miró a su alrededor y le pareció saber detectar entre los asistentes al público más adinerado. El femenino lo integraba un número desproporcionado de rubias, con melenas –suaves y sedosas sin esfuerzo aparente– que caían en largas cascadas onduladas y que ellas mecían de un lado a otro, a sabiendas de que volverían a caerles con aire coqueto sobre los ojos. Los chicos estaban bronceados, y lucían camisas caras de corte informal que llevaban por fuera de unos pantalones cortos de cintura baja que les llegaba a la mitad de las nalgas. Igual que los chicos del barrio donde vivía su madre (nunca decía «mi barrio»), pero la diferencia entre estar allí y la zona de Croydon a la que ella pertenecía era el precio de los calzoncillos. Sintió una sensación de orgullo feroz por poder mezclarse con ellos. Ella no era distinta de aquella gente –aunque probablemente era más inteligente–, y el hecho de que hubiera llegado tan lejos demostraba que era una mujer capaz. Simplemente demostraba lo que una podía conseguir si se lo proponía y dedicaba un poco de esfuerzo, y por primera vez en mucho tiempo sintió que comenzaba a crear una distancia real con respecto a su pasado.

–¿Sabes tocar algún instrumento? –preguntó ella.

–Me obligaron a estudiar piano hasta los quince años.

–¿Te «obligaron»?

–Bueno, en realidad, no fue tan malo. –Él la miró y sintió que podía contárselo–. La hija de mi profesora, que era tres años mayor que yo, solía tomar el sol en el jardín directamente al otro lado de las puertas dobles de la sala de música.

Cherry se rio. «Me alegro de que se sienta lo bastante cómodo conmigo para hacerme esa clase de comentarios», pensó. Lo cierto era que no le molestó en absoluto oírlos. Sabía que los hombres odiaban a las mujeres que exigían grandes dosis de atención y ella se guardaría los arrebatos de celos para cuando estos tuviesen un propósito, como hacerle saber lo mucho que le importaba. Era uno de esos ases que merecía la pena guardarse en la manga.

–¿Y tú?

Cherry ya había decidido no mentir demasiado sobre su pasado si podía

evitarlo. Las mentiras tenían la mala costumbre de dejarte en evidencia tarde o temprano. Aun así, aquella relación estaba en una etapa incipiente y no hacía ninguna falta frenarla con la sombría revelación de que en su casa no habría habido sitio para un piano, aun en el caso de que hubiese habido dinero. Apenas había espacio para el sofá de cuero de un horroroso color crema para el que su madre había ahorrado durante meses, mientras lo contemplaba en la tienda de muebles hasta que empezaron las rebajas. Tenía asientos reclinables incorporados, algo que a Cherry le parecía terriblemente hortera.

–La verdad es que no tenía dotes para la música. Lo mío eran los idiomas. Especialmente el francés.

–¿Lo hablas bien?

–*Oui*.

–¿Y algún otro?

–Español.

–Estoy impresionado.

–E italiano.

–¿De verdad?

Ella se encogió de hombros con modestia.

–Los tres se parecen mucho. Solo tienes que pensar un poco.

–Debías de ser una buena estudiante en la escuela.

–Lo era. Aunque solo impartían francés.

–Entonces ¿cómo...?

–Los aprendí de forma autodidacta. Me descargué los cursos de internet.

–Guau. –Daniel la miró con renovada admiración–. ¡Guau! Podrías haberme servido de gran ayuda en mi Grand Tour.

–¿Hiciste un Grand Tour?

–Fue idea de mi madre. Fue genial. Cogimos el Orient Express lo más lejos que pudimos (idea suya otra vez) y luego recorrimos toda Europa. Visité unos sitios increíbles.

Cherry, que solo había estado en el extranjero cuando viajó a Australia, se quedó fascinada con la idea de una larga estancia en las mejores ciudades de Europa, pero ya no tuvieron tiempo de seguir hablando, porque la orquesta hizo su aparición de nuevo y se acomodaron para ponerse de cara al escenario. Cherry se sentó con las rodillas abrazadas y miró hacia delante con expectación,



preguntándose cuánto tiempo se tardaría en aprender a tocar un instrumento a ese nivel y si sería capaz de ello. Seguramente debía de haber clases *online*. Al cabo de un rato, Daniel le rodeó el muslo derecho con el brazo y ella experimentó una sensación de entusiasmo ante aquel gesto posesivo, el primero de esa naturaleza por parte de él. Luego se apoyó en él e intercambiaron pequeñas e íntimas sonrisas.

–Parece temprano –dijo Daniel mientras caminaban por el parque una vez que el concierto hubo terminado.

Todavía había luz, la noche se presentaba larga y tentadora, y ambos pensaban en qué sucedería a continuación. Ninguno de los dos quería irse a casa todavía.

–¿Te apetece una copa? –preguntó Cherry mirando con aire dubitativo los bares de moda, abarrotados de gente que llegaba hasta la calle.

–Vamos un poco cargados –dijo Daniel mientras señalaba las cosas del pícnic.

–¿Quieres llevar eso a casa?

–¿Y que mi madre se ponga pesada y quiera conocerte? –Él le sonrió–. Por mucho que me seduzca la idea, eso tendrá que esperar.

El corazón de Cherry dio saltos de alegría. ¡Daniel ya estaba pensando en presentarla a su madre! Se dijo que ya tenían otra cita planeada y que, si se despertaban juntos, había muchas posibilidades de que pasaran todo el día siguiente juntos también. Podía hacerlo esperar hasta que se mudara al apartamento cuyos dueños acababan de aceptar su oferta, pero aún faltaban varias semanas para cerrar el trato. Le pareció demasiado tiempo.

–Tengo una botella de sancerre en la nevera...

Él sonrió.

–Gracias a Dios que uno de los dos tiene su propio piso.

Aquello hizo que pareciese como si la situación de ella fuera preferible, a pesar de que era él quien vivía en una casa de varios millones de libras. Cuando él le había dicho dónde vivía, ella enseguida supo cuánto dinero valía, y luego había buscado la casa en Google Earth, haciendo zoom para ver la mayor cantidad de detalles posible hasta que la imagen se volvió borrosa.

Se sonrieron el uno al otro, conscientes del camino que acababan de tomar. Él le tomó la mano y no se la soltó hasta llegar al metro, como si fueran una pareja normal y corriente.

# CINCO

*Lunes, 9 de junio*

Laura estaba sentada en la espaciosa recepción de ITV Towers, dando gracias por el aire acondicionado. Había recorrido un largo camino desde sus inicios allí, con poco más de veinte años, trabajando como guionista en el departamento de ficción televisiva. Fue durante esa época cuando se enamoró perdidamente de Howard y lo dejó todo cuando nacieron Rose y luego Daniel. No fue hasta que Daniel llegó a la adolescencia cuando descubrió de repente que tenía tiempo libre y fue así como decidió tantear el terreno de los encargos con una idea para una nueva serie televisiva. Algunos de sus antiguos compañeros dirigían ahora los departamentos de ficción televisiva en distintos canales, y después de enviar unos cuantos correos electrónicos con «¿Te acuerdas de mí?» en el encabezamiento del mensaje (el sector era incestuosamente pequeño), concertó esas primeras reuniones importantes y luego vendió la idea. Siete años después, tenía una empresa pequeña pero que funcionaba muy bien y se sentía respetada por sus colegas en el mundillo. Es cierto que habían transcurrido unos cuantos años desde el premio BAFTA, pero todos sabían lo arbitrarias y dependientes de las modas que eran esas distinciones; ahora, una actriz cómica que también había explorado otras vías protagonizando papeles dramáticos ocupaba el primer puesto en la lista de deseos de todo el mundo y todas las propuestas con su nombre recibían luz verde y acababan –o al menos, eso esperaban– ganando algún premio. Al cabo de dos años, otra persona ocuparía ese lugar.

Laura revisó su iPhone para comprobar los mensajes. Daniel no había vuelto a casa el sábado por la noche, tal como ella sospechaba, pero a medida que transcurría el domingo, empezó a ser consciente de su prolongada ausencia. Le había preparado el almuerzo, pero tuvo que guardarlo en la nevera, y luego había estado deambulando por la casa mientras esperaba a que él regresara, deseando verlo; su nerviosismo aumentó al comprobar que se hacía tarde y no volvía. A las cinco en punto, se le ocurrió pensar que tal vez tampoco volvería esa noche, y se rio de sí misma y de la sensación de que la habían dejado plantada. Se regañó y se fue a la cama sin haber visto a ninguno de los dos hombres de la casa en todo el día, ya que Howard había ido al golf.

Anunciaron su nombre y se puso en pie cuando la secretaria de la directora del departamento de ficción la acompañó en el ascensor hasta el octavo piso, donde se sentó en una pequeña sala de reuniones con la imagen de Hercule Poirot en la ventana.

–¡Laura! –exclamó Alison como si estuviera dando la bienvenida a una amiga del alma a la que hacía años que no veía. Se dieron sendos besos en las mejillas. Alison siempre hablaba en un tono apasionado lleno de optimismo y energía y, por lo general, Laura consideraba que lo mejor era responder igual de efusivamente—. ¿Cómo estás?! –le preguntó mientras tomaba asiento en una de las sillas de plástico.

Laura se sentó enfrente.

–¡Bien!

–Bueno, estamos encantados con el episodio uno.

Alison acostumbraba a salpicar sus frases con adjetivos exagerados: «soberbio», «extraordinario», «fantástico» eran algunos de sus favoritos, y aguardaban agazapados como ninjas esperando a atacar en una aparatosa exhibición de poderío.

Interiormente, Laura lanzó un suspiro de alivio, pero era una sensación agrídulce: había realizado los cambios de última hora en la escena final tal como Alison había «sugerido», después de sostener que los amantes no se habrían ido sin decir adiós a la mejor amiga a la que habían dejado de lado, siguiendo el más puro estilo pasivo-agresivo de Alison.

–No sé, es que, simplemente, no me lo creo. ¿A ti te parece creíble? –le había preguntado.

Laura había pensado para sus adentros: «Sí, sí me lo parece. Igual que te lo parecía a ti, supuestamente, cuando leíste el guion hace seis meses». Había intentado persuadir a Alison de lo contrario, pero había chocado contra un muro de cemento armado y sabía que si quería una segunda serie o cualquier otro encargo con la ITV en un futuro cercano, no podía ponerse exquisita ni «difícil», sino limitarse a hacer lo que le pedían. El director, naturalmente molesto por el cambio radical de última hora en su obra, se sintió reconfortado con la promesa de dos episodios en la siguiente y esperada serie.

–Para mí, ahora el final sí funciona. Lo vi esta mañana y me quedé...

Alison se agarró el pecho con gesto melodramático. La joven secretaria trajo sigilosamente dos tazas de té y las dejó sobre la mesa de cristal antes de marcharse de nuevo. Laura le dio las gracias mientras Alison hacía una mueca amenazando con romper a llorar.

–Me alegro de que pienses que funciona.

Sabía demasiado bien, al igual que todos los demás en el mundillo, que Alison necesitaba desesperadamente un éxito. Su hornada más reciente de nuevas series de ficción no había logrado las cifras de audiencia esperadas, y cuando eso ocurría, la gente se ponía nerviosa. A nadie en la televisión le gustaba vivir cerca del fracaso, y el dedo acusador ya empezaba a buscar a una víctima propiciatoria. Alison tenía un talento particular para eludir su trayectoria, pero incluso ella se estaba armando con refuerzos, y su ego, acorde con su tamaño, pensó que acababa de salvar un buen producto televisivo y convertirlo en uno alucinante.

–He hablado con Sean y quiere saber qué más podría hacer Cavendish Pictures por nosotros.

Allí estaba su recompensa, y esta vez el alivio fue más dulce. Últimamente habían sido malos tiempos para la industria de la producción independiente y Laura necesitaba un nuevo encargo. Sean era el jefe de ficción y tenía el poder de dar luz verde a los proyectos. El hecho de que quisiera trabajar con ella otra vez era una excelente noticia.

–¿Tienes algo de lo que quieras hablar con nosotros?

Laura pensó en su lista de ideas; había un par de proyectos marcados como potenciales para proponerlos a la gente de la ITV.

–Sí.

–¡Fantástico! ¿Nos mandarás algunos enfoques?

–Por supuesto.

–Y nos gustaría concertar una reunión, solo nosotros tres.

–Estupendo.

Laura sacó su iPhone mientras Alison hacía lo mismo. Tres toques con el dedo.

–Sean está muy ocupado hasta el mes que viene, así que ¿qué te parece... el 18 de julio?

–¿Aquí?

–Te llevaremos a almorzar.

–¡Genial! Me muero de ganas.

Después de concertar la cita, Alison apartó su teléfono. Habían hablado de todas las novedades y la reunión llegó a su fin natural. Más besos e intercambios del tipo «Es un placer trabajar contigo» y Laura volvió a salir a la calle. Echó un vistazo a su reloj: eran casi las tres. Decidió no ir andando todo el camino de vuelta a su oficina de Covent Garden. Hacía demasiado calor; esa mañana habían pronosticado temperaturas extremas en las noticias y sabía que estaban a treinta y dos grados en Londres. Las tardes siempre eran peores, cuando el polvo y el humo de los coches parecían envolverte y pegarse a la piel. Decidió llamar a su secretaria para decirle que se quedaría a trabajar desde casa el resto del día. Paró un taxi y se subió en él.

Cuando llegaron a Kensington, el tráfico, como de costumbre, era más lento por culpa de la salida de los colegios, y el taxista tomó un atajo por Gloucester Road. Laura había estado repasando mentalmente todos los proyectos que podía presentarles a Alison y a Sean, y hasta ese momento no se había fijado en el trayecto de vuelta a casa. Miró por la ventanilla y, al ver dónde estaba, se incorporó en su asiento. Era la esquina de Old Brompton Road, anunciada con un cartel azul y marrón. Estaban cada vez más cerca, y cuando se hallaban a unos pocos metros de distancia, llamó por el cristal:

–Puede dejarme aquí, gracias.

Pagó y esperó a que el taxi se marchara, luego se dirigió a Highsmith y Brown andando.

Se detuvo frente al cristal delantero y miró de lado, simulando que examinaba las fotos de las propiedades exclusivas que anunciaban en el escaparate, pero en realidad estaba intentando ver al personal de la oficina que había detrás. Una combinación de los reflejos en el cristal, su posición y el hecho de que aún llevaba las gafas de sol dificultaban que pudiese ver algo. Finalmente se dio por vencida, se subió las gafas a la cabeza, se desplazó a la derecha y miró dentro. Todos los empleados estaban muy ocupados, lo que le facilitaba la tarea de intentar averiguar quién era ella, pero lo cierto es que no tuvo que esforzarse demasiado, porque era obvio. Era guapísima.

Una media melena de pelo castaño oscuro y lustroso resaltaba sus facciones de armoniosa estructura y un cuerpo escultural. Laura se la quedó mirando embobada un momento, impactada por su belleza. Con razón Daniel había caído rendido a sus pies... Se alegraba por él, entendía que alguien pudiera estar tan enamorado, pero... Sonrió. Sí, se alegraba. Cherry atendió a un cliente y Laura vio cómo se le iluminaba la cara; joven, decidida, la pura fuerza vital que irradiaba toda ella resultaba intimidatoria. Apartó la mirada rápidamente. De pronto, se avergonzó de haber estado espiando y esbozó una sonrisa estúpida para sí misma. Siguió andando, pero la imagen de Cherry no dejó de acompañarla.

Laura torció hacia una calle residencial y dejó atrás el bullicio urbano. Mientras pasaba junto a las casas de estuco blanco, relucientes bajo el sol, flanqueadas por árboles separados por espacios iguales con sus generosas sombras, se sorprendió pensando cómo sería Cherry. Cómo eran las jóvenes de veinticuatro años en aquellos tiempos. Cómo habría sido Rose si hubiera vivido. Entonces supo lo que quería hacer. Enderezó la espalda con determinación y se dirigió a casa.

—¿Por qué no la invitas a cenar?

—¿Qué?

Laura había regresado a casa y se había encontrado a Daniel allí, durmiendo. En ese momento, los tres estaban sentados a la mesa grande para cenar, y los tres parecían equilibrarla en sus sitios respectivos para mantener aquel barco a flote. Ni ella ni Howard habían mencionado la escenita del sábado por la noche, pero

había pasado el tiempo suficiente para que ninguno sintiese la obligación ni la necesidad de recordarla.

–Tu madre se muere de ganas de saber más cosas de ella.

Laura hizo caso omiso de sus palabras y reparó en que su marido nunca leía el periódico cuando Daniel estaba en casa.

–¡Queremos conocerla! ¡Los dos! ¿No es así, Howard?

–Claro –repuso él en un tono indiferente.

Daniel se rio.

–¿Ya? Pero si no hace ni una semana que salgo con ella...

–No soy yo quien te presiona... –dijo Howard.

Laura resistió el impulso de resoplar.

–Howard, si quieres ver a tu hijo durante estas vacaciones, te recomendaría que mostraras un poco más de entusiasmo. Ya nos ha dejado plantados una vez, ¿recuerdas?

–Vaya, ¿estáis muy enfadados por eso? –preguntó Daniel.

–Enfadadísimos –contestó Laura–. Tengo la sensación de que vas a ver mucho más a Cherry durante las vacaciones, así que, antes de que desaparezcáis los dos... –dijo suspirando con tristeza– en vuestra burbuja de felicidad, estaría bien conocerla.

Daniel asintió.

–En eso llevas razón.

–Llámalas ahora.

–¿Ahora? ¿A qué viene tanta prisa?

–Necesito hacer planes. ¿Qué te parece el jueves? ¿A las seis y media?

Laura no sabía muy bien por qué estaba tan empeñada en conocerla. Sabía que ese verano era poco probable que viese a su hijo tanto como esperaba. Aunque tenía muchas ganas de pasar tiempo con él, se adaptaba a las circunstancias. Los hijos mayores hacían sus propios planes. Sin embargo, algo la impelía a querer conocer a Cherry antes de que ambos desaparecieran.

Daniel estaba hablando por teléfono. Cubrió el auricular.

–Este jueves no puede...

Laura pensó rápidamente.

–¿El viernes, entonces?

Su hijo transmitió la nueva fecha por la línea telefónica y esta vez pareció



tener éxito.

–Te llamo luego –dijo Daniel en voz baja y luego colgó–. Estará encantada de venir.

Laura sonrió, asombrada de las ganas que tenía de que llegara el viernes.

# SEIS

*Jueves, 12 de junio*

Cada vez que Cherry iba a visitar a su madre, lo hacía decidida a que esa vez fuese diferente. Se mostraría abierta, simpática, relajada... Le hablaría sin perder la paciencia con ella y sin sentir pánico, asfixiada por todas las cosas que le recordaban su infancia sin un céntimo –no era culpa de su madre que no hubieran tenido dinero durante todos esos años–, pero en cuanto entró en la pequeña vivienda de dos dormitorios, fue como si esta absorbiese de golpe todas sus buenas intenciones. El televisor de pantalla plana era demasiado grande para la habitación, aquella alfombra de pelo en mitad del suelo de la sala de estar, el horrible sofá reclinable... Las cajas de bombones y galletas a un lado, abiertas para los invitados... Cherry sabía que Wendy, su madre, apreciaba aquellas pequeñas ventajas de trabajar en un hipermercado: siempre conocía de antemano los productos en oferta, decía que a lo largo de los años se había ahorrado una fortuna gracias a ellos. Cherry odiaba los supermercados, pero detestaba aún más sus «ofertas». La basura que te animaban a comprar para que llenaras con ella tu casa... Exprimían a la gente hasta el último céntimo de sus indecentes salarios engañándola, disfrazando el engaño con un gesto amistoso, como si les hicieran un favor –«Estamos de tu parte. Sabemos cómo te sientes. Son tiempos difíciles...»–, cuando lo único que hacían en realidad era acumular enormes ganancias. La colección de DVD de su madre, a una media de diez libras cada uno, tenía un valor de dos mil libras. Corrección: le había costado dos mil libras,

cuando lo más probable es que valiera un par de cientos, como mucho. A Cherry le resultaba frustrante que su madre nunca se detuviera a hacer los cálculos y pensar en eso.

–Pero es que es un clásico –dijo Wendy cuando añadió *El discurso del rey* a su colección.

–Es un trozo de plástico en tu sala de estar. ¿Cuántas veces vas a ver esa película?

Tener un clásico en casa no te convertía en ningún cinéfilo, ni significaba que tuvieses buen ojo para la calidad: te convertía en un borrego, sobre todo cuando podías ver la misma película en televisión o tomarla prestada de la biblioteca. A Cherry ni siquiera se le ocurría pensar que su madre realmente disfrutaba viéndolas, que incluso agradecía tenerlas, considerando que pasaba sola la mayoría de las noches que no estaba trabajando, y que nunca había mantenido ninguna relación duradera después de la muerte del padre de Cherry.

Dio un beso aséptico a su madre, tratando de esquivar el abrazo maternal y la marca de lápiz de labios en la mejilla.

–¡Mamá!

–Perdona, es que últimamente apenas te veo.

Era cierto y Cherry, incómoda, eludió responder.

–¿Cómo estás?

–Bien. ¿Quieres tomar algo? ¿Una copa de vino, ya que estamos de celebración?

Cherry sabía que su madre solo tendría vino blanco y que sería dulce, cosa que detestaba, pero no quería ofenderla, así que con el pretexto de que no quería empezar a beber tan pronto, dijo que prefería un té. Siguió a Wendy a la cocina, donde esta le preparó el té en una taza con la cara de Daniel Craig. Sin cuello, solo su rostro incorpóreo y atractivo, con su sonrisa ruda y mirando al frente, fijamente, flotando sobre un fondo de porcelana blanca. Parecía surrealista. Mientras su madre llenaba la tetera, Cherry dedicó unos segundos a observarla. Se había teñido el pelo otra vez. Cada vez que la veía lucía un nuevo tono de tinte, como si estuviera probando toda la carta de tonos castaños de L'Oréal. («Hay ochenta y tres en total», había dicho su madre una vez después de leer la información en el catálogo del proveedor.) Debajo del tinte, su pelo era canoso, pero había sido del mismo castaño oscuro y brillante que Cherry tenía ahora.

Había heredado lo mejor del físico de sus progenitores, con algún que otro gen de un abuelo, un surtido de combinaciones fortuitas con tan pocas probabilidades de éxito que el resultado era imposible de predecir.

Wendy la acompañó a la sala de estar.

–Puedes sentarte en la parte reclinable, si quieres.

–No, gracias, siéntate tú.

Cherry se sentó rápidamente en el lado opuesto del sofá. Recordó la vez que se vio obligada a sentarse en el reclinable para contentar a su entusiasmada madre y cayó hacia atrás como si estuviera en el sillón del dentista, sintiéndose exactamente como cuando iba allí, indefensa.

–Estoy pensando en pintar esa pared de rojo. –Wendy señaló con su taza la pared que hacía de telón de fondo del gigantesco televisor–. Como declaración.

–¿Declaración de qué?

Cherry no pretendía hablar en un tono de voz tan irritado, pero no había podido evitarlo.

–Pues no sé. Oye, ¿por qué siempre tienes que ser tan...?

Iba a decir «crítica», pero se mordió la lengua. Ese día no. Ambas miraron sus tazas de té y prometieron portarse mejor.

La televisión estaba en silencio, emitiendo una especie de concurso. Cherry odiaba todos los concursos televisivos por la simple razón de que los concursantes siempre se compraban la ropa que llevaban especialmente para la ocasión, con el resultado de que acababan humillándose sin querer con aquel aspecto tan hortera, tan de ropa barata. Tampoco podía soportar lo cortos que eran todos. Profesores que no sabían cuál era la capital de Canadá... Era patético.

–¿Qué tal el trabajo? –preguntó Cherry.

–Uf, deberías haber visto las colas del sábado... Vendimos todas las barbacoas portátiles, y eso que ya les había dicho que necesitaríamos más.

–Deberían hacerte caso.

–Sí, deberían hacerlo –dijo Wendy complacida.

–¿Cuánto tiempo llevas allí?

–Bueno, empecé cuando tú solo tenías dos años, porque necesitábamos el dinero –empezó a decir Wendy, y Cherry, que ya había oído aquella historia antes, permaneció a la espera de la mejor parte–. Se suponía que solo iba a ser un

trabajo a tiempo parcial, y empecé como cajera, luego fui ascendiendo, me tomé unos días cuando murió tu padre... Era una empleada de confianza, ¿sabes? Y muy trabajadora. Nada de desaparecer para llevar el perro al veterinario o cosas por el estilo. El caso es que este septiembre cumpliré veintitrés años en la empresa.

Wendy sonrió con orgullo, ensimismada por un momento en sus propios logros. A Cherry no se le ocurría nada peor que pasar todo el día encerrada en un almacén enorme lleno de gente empujando cestas gigantes de malla metálica sobre ruedas, y pensó para sus adentros que llegar a encargada de caja después de veintitrés años no parecía un gran ascenso. Lo normal sería estar dirigiendo ya la delegación de toda la zona o algo así, pero pensar eso la deprimía, así que dejó de hacerlo.

–A los que trabajan duro les pasan cosas buenas, ¿lo ves? Por eso te ofrecen promociones y esas cosas.

–¿Cómo está Holly?

–No muy bien. Su hija se presentó a una prueba de *Factor X* pero lo pasó muy mal. Por lo visto, la pusieron a la altura del betún... Holly estaba muy indignada. –Wendy se inclinó hacia delante y le dio unas palmaditas en la rodilla–. Pero eso no importa. ¿Qué tal tú? ¡Todavía no me puedo creer que mi hija haya conseguido un trabajo tan bueno! Las inmobiliarias siempre mueven mucho dinero –dijo con aire experto, aunque era más una percepción general que una apreciación personal o algo que supiese de primera mano.

Cherry pudo sonreír al fin, aunque no pensaba entrar en detalles.

–Está muy bien, sí. Realmente bien. Lo estoy disfrutando mucho de momento.

–Ah, eso es genial. Siempre supe que lo conseguirías. Tú eras la lista de la familia. Bueno, ¿y qué haces? ¿Vender casas de lujo?

–Sí, básicamente. Llevo algunos alquileres también.

–Seguro que en esa zona estarán por las nubes, ¿a que sí? ¿Cuánto me costaría alquilar mi piso ahí arriba, en el barrio de los ricachones?

–Bueno, no tendría este aspecto exactamente, pero por los metros cuadrados, unas tres mil libras.

–¡Tres mil al mes!

–A la semana.

Wendy se quedó tan perpleja, tan estupefacta, que Cherry se echó a reír. No podía evitarlo, no estaba siendo mala ni se estaba burlando de ella, pero ver a su madre con la mandíbula abierta en aquella especie de fotograma congelado le hizo mucha gracia.

Wendy cerró la boca despacio.

–Madre del amor hermoso...

Acto seguido, consciente de la cara que debía de haber puesto, se echó a reír ella también, y por un momento, mirándose la una a la otra, eso solo las hizo reír aún más. Fue un momento único, las dos sintiendo aquella complicidad, compartiendo una broma.

Satisfecha porque parecían haber encontrado por fin un tema seguro, Wendy de repente tuvo una idea.

–Oye, la semana que viene nos cambian los turnos. Tendré los martes libres. ¿Qué te parece si voy a verte y te invito a almorzar?

Cherry pensó rápidamente e hizo una mueca.

–Solo tengo media hora.

–¡Eso es ilegal!

–No pasa nada...

–No, tienes derecho a una hora. Lo dice la ley. Deberías hablar con tu jefe sobre eso.

–Déjalo, mamá.

–No...

–¡Mamá, por favor!

Wendy se calló. Por un momento.

–¿Te están pagando lo que te corresponde?

–¡Mamá!

–Es que nunca se te ha dado muy bien manejar el dinero, siempre despilfarrándolo...

Cherry se atragantó con el té y llegó a salpicar un poco en el sofá de cuero de color crema.

–No me mires así. Te gastaste todos tus ahorros en un viaje a Australia.

–Era un trabajo en vacaciones. Una experiencia cultural.

Buscó algo para limpiar el té y encontró una caja de pañuelos Kleenex Collection, con la foto de unos nenúfares en la parte delantera. La caja estaba

diseñada para atraer a las amas de casa que consideraban que los pañuelos de papel tenían que formar parte de la decoración. Vaciló un instante, resistiéndose a coger uno, como si fuera una golosina ofrecida por una bruja malvada que la encerraría en su guarida cuando la hubiese probado. Aquello le hizo recordar que si alguna vez perdía su trabajo, aquel era el piso al que tendría que volver. La desoladora idea la aterraba.

–Podrías haberlo invertido –continuó Wendy–. En bonos del gobierno o algo así.

–Mamá, los bonos del gobierno no te dan intereses.

–No, pero es mejor eso que jugar a la lotería.

Cherry apretó los dientes y optó por no señalar lo obvio. En su lugar, preguntó:

–¿Qué harías si te tocara?

–Me iría de vacaciones a lo grande. Me llevaría a Holly. No le vendría mal un viaje para que se animara un poco.

–¿Te cambiarías de casa?

–Hay unas casas nuevas muy bonitas que han construido junto al río Wandle. Cherry lanzó un bufido de exasperación.

–Mamá, podrías irte de Croydon, ¿sabes?

–Eso jamás. He nacido aquí. Lo llevo en la sangre. Para mí, no hay mejor lugar en el mundo.

Esas palabras volvieron a poner nerviosa a Cherry y, de pronto, le entraron unas ganas incontenibles de poner fin a su visita. Y pensar que podría haber estado en la maravillosa casa de los Cavendish esa noche... Cuando Daniel se lo había propuesto, se moría de ganas de aceptar la invitación a la cena de Laura, pero sabía que cancelar la visita a casa de su madre era demasiado complicado. De todos modos, solo habría prolongado la agonía, ya que tendría que haber buscado otro día.

Cherry ya se había inventado algo para poder escapar antes –que había quedado con unas amigas para tomar algo–, y se lo había dicho a su madre por teléfono antes de ir. Consultó su reloj con disimulo. Podría empezar a recoger sus cosas al cabo de unos diez minutos. Croydon estaba tan lejos que se tardaba años en llegar a cualquier otra parte de Londres. En realidad, se iba a ir a casa para decidir qué ponerse el día siguiente, vestimenta que también tenía que

llevar por la noche. Algo que fuese adecuado para cenar en casa del señor y la señora Cavendish. Daniel le había dicho que no se preocupase por la ropa, pero por supuesto, eso era imposible.

–Bueno, a lo mejor me tocaría dinero suficiente para comprarme una de esas mansiones en Webb Estate.

Cherry se puso tensa.

–¿Has sabido algo de Nicolas? –preguntó Wendy aparentando indiferencia.

–No.

–Supongo que era de esperar.

Parecía aliviada, como si sus sospechas hubieran demostrado ser correctas, y eso hizo que Cherry se removiera en su asiento.

–¿Qué quieres decir?

–Pues que él era un poco diferente, ¿no?

–¿Diferente cómo? –preguntó peligrosamente.

–Bueno –empezó a decir Wendy con nerviosismo–, que los ricos llevan una vida diferente. Nosotros no sabemos nada de eso, en realidad.

Wendy dio unas palmaditas en la mano a su hija con el ánimo de consolarla, para decir adiós a la figura de Nicolas y darle la bienvenida a su club de apoyo mutuo, pero por dentro Cherry se estremeció. Rabiaba de ira y orgullo. Hasta su propia madre pensaba que Nicolas estaba fuera de su alcance. Era una estupidez, una idea tan ridícula creer que no podías estar con otra persona..., que eran mejores que tú solo porque tenían dinero...

–No estás disgustada, ¿no?

–No.

–Es que...

–¿Qué?

–A lo mejor no has visto esto...

Wendy empujó el periódico local y lo abrió por la sección de sociedad, donde se anunciaban las bodas. La cara de Nicolas le sonreía, y a su lado estaba la rubia del bar, con una tiara y un vestido blanco. Irradiaban complicidad. Cherry se puso rígida y se obligó a no mostrar ninguna emoción que no fuera indiferencia. Examinó la foto en busca de indicios de que, en realidad, él estaba pensando en ella, que su matrimonio con –leyó el nombre– Gabriella Clara Butler Oswald era algo a lo que se había visto forzado, un compromiso



ineludible si quería tener la oportunidad de ponerse al frente de la empresa de su padre. Le pareció detectar cierta tensión en su sonrisa, pero eso podía deberse a la implacable avidez del fotógrafo de la sección, tomando una foto tras otra. Apartó el periódico.

–Les deseo buena suerte.

Lo pronunció en un tono que significaba que el tema estaba zanjado.

–¿Quieres ver tu habitación, a ver si encuentras algo que quieras llevarte? He ordenado todos tus viejos juguetes de cuando eras pequeña.

Cherry no quería llevarse nada. Ya tenía todo lo que quería de aquel piso, y la idea de llevarse cualquier parte de su infancia a su nueva vida le parecía la peor clase de contaminación.

–No puedo, mamá, he quedado con unas amigas. Quizá la próxima vez, ¿eh?

–Tras decir eso, se levantó–. De hecho, tengo que irme, tengo que volver a Londres.

Wendy disimuló su decepción y se levantó ella también.

–Ah, bueno, pues gracias por la visita, cariño. Te lo agradezco mucho.

Hubo un breve silencio durante el cual ninguna de las dos dijo nada, y entonces Cherry esbozó una ligera sonrisa.

–Muy bien –dijo, y se dirigió a la puerta.

Dejó que su madre la besara en la mejilla y luego descubrió que le había dejado en la mano una pequeña caja.

–Feliz cumpleaños –dijo Wendy, radiante, expectante, y Cherry se dio cuenta de que era algo que se había estado muriendo de ganas de darle.

Estaba envuelto en papel de regalo con un estampado de flores, de las que parecían dibujadas por un crío de cuatro años. Lo correcto habría sido abrirlo en ese momento, pero Cherry no se atrevía a fingir que no se había llevado una decepción. Se lo metió en el bolso.

–Te mereces todo lo mejor, cielo –dijo Wendy, y se le quebró la voz.

Era una tortura. Cherry se moría de ganas de largarse de allí y su madre lo sabía demasiado bien, pero apartó ese pensamiento rápidamente, haciendo como que no veía la expresión dolida de Wendy. Sintió una punzada de culpa en el pecho; odiaba estar allí; odiaba en lo que se convertía cuando estaba allí.

–Gracias, mamá.

Escapó y se apresuró a volver a la estación de East Croydon. Con cada paso,

los remordimientos se hacían más fuertes. Sacó el teléfono y envió un mensaje para quitarse la culpa de encima, algo alegre y desenfadado diciendo lo mucho que le había gustado verla. Una vez que obtuvo una respuesta también alegre, notó que el peso que sentía en el pecho se iba aliviando, y poco a poco, el tren y luego el metro la llevaron a casa.

Solo se tardaba media hora en llegar a Tooting, y la tarde todavía era cálida. Se sirvió una copa de vino del fin de semana con Daniel y salió al pequeño jardín del patio. Solo medía tres zancadas de ancho y seis de largo, y se veían las chimeneas de Saint George's Hospital más allá de la verja y la hilera de pisos victorianos paralelos al de ella, pero al menos era un pequeño trozo de exterior. Un zorro se deslizó rápida y sigilosamente a través de un agujero que había cavado debajo de su verja y desapareció en el jardín del vecino. Cherry bebió un sorbo de vino y lo vio irse, impresionada con la habilidad del animal para crear un hogar en cualquier lugar de Londres. Unas semanas atrás había escuchado un programa de radio en el que vecinos de barrios como Barnes y Chelsea llamaban para quejarse de que los zorros entraban en sus casas. Tooting había sido lo más cerca que había podido estar del centro de la ciudad, con unos precios de los alquileres que aumentaban como la espesura de un seto de espino que le impedía ir más lejos. Eso le hizo pensar en lo que iba a ponerse al día siguiente y, entusiasmada, se llevó el vino al dormitorio.

Abrió las puertas del armario y examinó su ropa con ojo crítico. Iba a ser otro día caluroso, así que necesitaba algo que no se viera arrugado y en mal estado después de llevarlo puesto todo el día en la oficina. Se decidió por una camisa de seda entallada y sin mangas y una falda de tubo azul marino. Hizo sitio para las piezas elegidas en mitad del armario empujando todo lo demás a los lados y luego las colgó juntas y las miró satisfecha durante unos instantes antes de cerrar la puerta. Regresó al jardín y pensó con entusiasmo en el día siguiente y en cuánto deseaba conocer a los padres de Daniel. Sintió un profundo agradecimiento hacia Laura por haberla invitado a cenar, sobre todo en una fase tan temprana de su relación con Daniel. Era algo que no había ocurrido durante todo el tiempo que había estado saliendo con Nicolas. Se las imaginó a ambas congeniando de inmediato y una oleada de placer la invadió al verse a sí misma encajando en aquella imagen. Daniel era un chico relajado y tranquilo, y tenía la sensación de que sus padres iban a caerle muy muy bien.

No fue hasta mucho más tarde, cuando se acostó esa noche, cuando se acordó del regalo de su madre. Lo sacó del bolso y lo abrió. Era un iPhone último modelo, y Cherry supo que era el intento de su madre por comprenderla: comprarle algo que creía que podía gustarle a las generaciones más jóvenes. También sabía que le habría costado buena parte de su sueldo. En cierto modo, era muy triste y, además, ella ya tenía un iPhone. El sentimiento de culpa volvió a apoderarse de ella y enterró el regalo en el fondo de un cajón, se recostó en la almohada y suspiró. No tenía la menor idea de cómo encajaría su madre en su futuro.

# SIETE

*Viernes, 13 de junio*

La casa de los Cavendish estaba a solo diez minutos andando del aire acondicionado de la oficina, pero Cherry se sentía acalorada e incómoda. Incluso a última hora de la tarde, el termómetro aún marcaba treinta grados, y Cherry se examinó rápida y sutilmente las axilas en busca de manchas de sudor. Aparte de un punto diminuto debajo del brazo derecho, no se veía nada, por suerte.

Cherry estaba nerviosa. Quería causar buena impresión. Miró el ramo de azucenas atigradas que llevaba en la mano –dispuestas con esmero en un papel marrón con un cordón decorativo que lo sujetaba como si fuera un corsé–, y se preguntó si no serían demasiadas. Parecía haber muchas y eran... bueno, grandes. Y más valía que lo fueran, pensó irónicamente, porque le habían costado sesenta libras. Aunque, claro, las azucenas eran grandes. Contó los tallos: siete. Eso no era un número exagerado, ¿no? Cambió el ramo de mano para no tenerla sudorosa y decidió que ahora ya era demasiado tarde para hacer algo al respecto. Lo importante era que no iba a aparecer con las manos vacías. Torció por la calle de los Cavendish, y mirando su reloj, se dio cuenta con una punzada de aprensión de que iba a llegar antes de tiempo. Ay, Dios... No quería parecer demasiado ansiosa o algo así. Rápidamente, dobló hacia una calle lateral que la llevaría al otro extremo de la calle por la que iba ahora. Caminó simulando estar un poco perdida, por si había alguien cerca que conociera a los Cavendish y pudiese comentar haberla visto deambulando por allí en alguna

conversación informal posterior. La idea la hizo encogerse de vergüenza.

Dobló la esquina del extremo superior de la calle de los Cavendish, comprobó la hora y apretó el paso para llegar a la puerta de hierro del número 38 exactamente a las seis y media. Atravesó el ajedrezado de immaculadas baldosas blancas y negras hasta la imponente y enorme puerta de entrada negra y pulsó el timbre. No tardó mucho tiempo en abrirse, y se encontró con la calurosa y efusiva bienvenida de Daniel. Le cogió la mano y la besó directa pero rápidamente en la boca.

–Hola. Se mueren por conocerte –le susurró al oído a modo de advertencia, para que estuviera preparada, y luego oyó el sonido de unos pasos acercándose.

El señor Cavendish apareció primero, un hombre corpulento y de espalda ancha que, obviamente, estaba acostumbrado a irrumpir en las habitaciones sin sentir ningún temor a quién podía estar en ellas. Llevaba una camisa de manga corta por dentro de unos pantalones cortos, una extraña mezcla de ropa informal y formal, y Cherry se sintió paralizada por el brillo de sus ojos, en absoluto desagradables. Le estrechó la mano libre con más fuerza de la necesaria, de esa forma tan segura y enérgica, tan masculina, y para ser sincera, le hizo daño.

–Papá, te presento a Cherry.

–Howard –dijo presentándose él mismo–. Encantado de conocerte.

–Es un placer, Howard.

Soltó su mano y sintió un hormigueo cuando los huesos se recompusieron y la sangre volvió a fluir. Entonces fue el turno de Laura. Para sorpresa y regocijo de Cherry, la cogió de la mano y después de mirarla de arriba abajo como fascinada, la atrajo hacia sí y la besó en cada mejilla.

–Encantada de conocerte, Cherry.

–Igualmente. –Le dio el ramo–. Toma, son para ti.

Laura miró las flores auténticamente complacida y Cherry se alegró de haber pagado tanto dinero por ellas.

–Oh, son absolutamente preciosas. Gracias.

Cherry no se podía creer que aquella glamurosa mujer tuviese seguramente la misma edad que su propia madre. No podían tener un aspecto más distinto. Laura era alta, escultural y con una melena rubia deslumbrante. Su blusa de seda color crema y sus amplios pantalones de color caramelo le envolvían el cuerpo como si para ellos fuese un privilegio hacerlo, y en su totalidad, el efecto era que

parecía una diosa de oro bruñido.

–Me encanta tu blusa –se oyó exclamar a sí misma con efusividad, y tuvo que tratar de reprimir el rubor que le subía por las mejillas.

–Lo mismo digo –dijo Laura–. Ese color te sienta muy bien.

Cherry se ruborizó aún más, sintiendo como si hubiera forzado a Laura a responderle con otro cumplido, y se quedó allí sin moverse como una idiota, sonriendo y deseando con toda su alma haber hecho un comentario un poco más sofisticado.

–Es hora de tomar una copa –dijo Howard, y los guio hacia lo que Cherry sabía que sería uno de los salones para recibir a las visitas.

Se sentó al borde de un largo sofá gris y, por suerte, Daniel tomó asiento a su lado. Laura iba rezagada unos pasos por detrás y debía de haber dejado las flores en algún sitio, porque tenía las manos libres. No podía haberlas puesto en un jarrón tan rápido y Cherry se sintió un tanto menospreciada. ¿Habría dejado sus flores tiradas en la superficie de algún mueble? «Tranquilízate un poco y no digas tonterías –se reprendió a sí misma–. No va a desaparecer diez minutos para ponerse a dejar unas flores en agua cuando acabas de llegar. Las flores estarán bien.»

–¿Un aperitivo? –preguntó Howard.

–Sí, por favor.

–¿Un Bellini?

Ya estaba sirviéndole uno y se lo dio. Cherry intentó que las burbujas no le subieran por la nariz mientras tomaba un sorbo.

–¿Has trabajado hoy? –preguntó Howard mientras continuaba sirviendo las bebidas.

–Sí, en Highsmith y Brown.

Laura aceptó la copa que le tendía su marido y se sentó deslizándose en el sillón frente a ella.

–Eso nos dijo Daniel. ¿Y te gusta el trabajo?

–Sí, mucho.

–¿Cuánto tiempo llevas?

–No demasiado –respondió lacónicamente, y en el silencio que siguió aprovechó para pasar su copa a la otra mano.

Sabía que tenía que relajarse, pero estaba tan ansiosa por causar una buena

impresión que su cerebro trabajaba a toda velocidad tratando de recordar qué era lo que quería contarles y lo que no. Corría el peligro de parecer grosera.

–¿En qué trabajabas antes? –preguntó Howard.

–En el sector servicios.

Los padres de Daniel sonrieron con lo que Cherry interpretó como educado interés. Sintió de nuevo la amenaza del rubor en las mejillas. Era obvio que sabían que había respondido aquello para no decir que trabajaba en un restaurante. Sintiéndose como una estúpida, habló rápidamente.

–Antes de eso, estuve viviendo en Australia. Estaba, mmm... Quería tomarme unos meses libres después de... los exámenes.

–¿A qué universidad fuiste? –dijo Howard.

Cherry sintió que se encogía por dentro.

–Eeeh... No fui... No fui a la universidad, pero sí hice las pruebas de acceso. Pero ¿qué narices le pasaba? Tratando de justificarse, como si fuera una niña.

–Así que volviste y decidiste empezar una carrera laboral, aprender en el trabajo. Muy admirable –comentó Laura–, sobre todo con lo que cuesta la universidad estos días.

Cherry sonrió y asintió con la cabeza. Sabía que Laura la estaba excusando. Tímidamente se cambió la copa de mano y pensó en qué podía decir para cambiar de tema.

Daniel la arrancó del sofá.

–Vamos, deja que te enseñe la casa. Puedes darnos tu opinión profesional.

Lo siguió fuera del salón con la sensación de haber suspendido la primera prueba. En cuanto cruzaron la puerta, Daniel le pellizcó el culo. Cherry a duras penas consiguió sofocar un chillido y le dio un golpecito en el brazo a modo de reprimenda, pero lo cierto es que el gesto de intimidad la había animado.

–Aquí está el distribuidor –dijo él–. Como puedes ver, tenemos uno.

–Y muy bonito, además –señaló Cherry, consciente de que era probable que sus padres pudiesen escuchar todo lo que estaban diciendo.

Y lo era: un suelo de parqué reluciente que conducía a dos grandes escaleras curvadas de madera y blancas, una que iba hacia arriba y otra hacia abajo. Había una alfombra turca frente a la chimenea de mármol, flanqueada por un sillón de gran tamaño, y Cherry se preguntó si alguien se sentaba allí alguna vez.

–No tienes de qué preocuparte, les caes fenomenal –dijo Daniel en voz baja,

pero Cherry le lanzó una mirada de advertencia.

Había oído a Laura detrás de ellos.

–Voy a terminar el suflé –anunció, y se dirigió a la cocina.

–No vamos a entrar, no quiero molestar al chef.

Daniel la guio por la escalera y, cuando llegaron a la siguiente planta, no se detuvo al anunciar que aquel era el dormitorio de su madre, sino que continuó hacia arriba, mientras Cherry advertía que se podía dedicar una planta entera al dormitorio de alguien, y probablemente también un baño y un vestidor enormes. También reparó en que, por lo visto, el señor y la señora Cavendish no dormían juntos. Al llegar al siguiente piso, Daniel la condujo a uno de los dormitorios.

–Mi habitación –dijo–. Bueno, la verdad es que ya no lo es. Pero esta era mi habitación cuando era pequeño.

Tenía una cama de matrimonio de roble macizo, un armario y un escritorio, pero lo que la hacía especial era que se trataba de un homenaje al hombre que estaba a su lado. Las fotos recubrían todas las paredes: Daniel en Machu Picchu, en la Isla de Pascua, en las pirámides de Egipto... Una colección de deportes extremos –alpinismo, esquí, *rafting* en el Gran Cañón– y fotos del Grand Tour. Había trofeos, copas de campeonatos de rugby, cricket y tenis. Todas y cada una de ellas sin una mota de polvo y extraordinariamente relucientes. Era una representación visual de su niñez y de todo a aquello a lo que había tenido acceso.

–¡Guau! Has hecho un montón de cosas...

–Esto no tienen nada que ver conmigo. Bueno, he visto mundo, eso es verdad, pero lo que quiero decir es que es mamá la que insiste en enseñar todo esto.

–Debe de estar muy orgullosa.

Cherry se acercó a la ventana y cogió una foto de Daniel montando en bicicleta en los Pirineos. Alguien –era lógico suponer que Laura– había señalado el lugar en el marco, junto con la fecha. Cuando volvió a dejarla en su sitio, miró por la ventana y su mirada se vio atraída por un rectángulo de tonos azulados de unos tres metros de largo por dos de ancho en medio del césped. Parecía cristal.

–¿Qué es eso?

Él se le acercó por detrás.

–Una especie de claraboya. Para la piscina que hay debajo.



Cherry se volvió con los ojos muy abiertos.

–¿Tenéis una piscina ahí abajo? ¿Cubierta?

–Sí. Empieza en el jardín y se extiende por debajo de la casa. Y más allá, debajo de la entrada de la casa, hay una bodega y una sala donde a papá le gusta pasar el rato, ver películas. Y en la siguiente planta, más abajo, un pequeño garaje. ¿Te apetece darte un chapuzón?

Cherry miró por la ventana e intentó imaginar cómo sería.

–No he traído bañador.

–No importa.

Daniel comenzó a besarle la nuca, pero ella se zafó de él.

–Tu madre está abajo –protestó ella en voz baja.

–Sí –dijo él, y siguió besándola.

Ella lo apartó.

–Quiero causarles una buena impresión. No me arrugues la ropa.

–Esta noche estás guapísima. ¿Te apetece echar uno rápido?

–No, ni hablar.

Sonó una campana y Daniel lanzó un gemido.

–Vaya, mi madre tiene otros planes.

–Dime que esa no era la llamada para la cena...

–Es una casa muy grande. Tiene que llamarme a la mesa de alguna manera. Y ahora ¿qué hago yo con esto? –dijo señalándose la entrepierna, que sobresalía con un bulto en la bragueta de sus pantalones cortos.

–Piensa en mí desnuda durante toda la cena.

–Eres muy traviesa...

Pero a él le encantaba y ella lo sabía.

Daniel la cogió de la mano y la condujo escaleras abajo. Se encontraron con Laura en el pasillo. Llevaba una bandeja con cuatro moldes humeantes.

–Siento haberos interrumpido la visita, pero es que si no lo comemos ya, bajaré el suflé.

Daniel soltó la mano de Cherry para coger la bandeja de su madre. Eso le hizo experimentar una sensación irracional de estar siendo abandonada y volvió a dejarse dominar por el nerviosismo rápidamente.

Sirvieron la cena en el comedor. Cherry estaba enfrente de Howard, y Daniel, delante de su madre. Todo brillaba con luz propia: los cubiertos, las

copas, incluso la vajilla, de color blanco y pintada con acuarelas de flores en el borde. Un óleo de gran tamaño y aire moderno colgaba de la pared, ocupando casi toda la longitud de la sala, una serena declaración de que era tan caro como el resto de la casa.

–¡Tachán! –exclamó Daniel mientras colocaba la bandeja de suflés encima de la mesa.

Cherry percibió de inmediato un intenso e inconfundible olor a pescado. Cangrejo. No se lo podía creer. Había tenido una mala experiencia con una de las compras en oferta de su madre, un producto que estaba a punto de caducar, y se había pasado casi toda la noche vomitando en el baño. Ahora, el olor le provocaba náuseas, pero decidió ignorarlo. Le colocaron un plato delante, un esponjoso montículo de suflé esperando a que ella rompiera su cúspide puntiaguda con la cuchara. Esperó todo lo que pudo, hasta que todos estuvieron servidos y hubieron dado su primer mordisco. Luego tomó el pequeño tenedor, pensando que así recogería menos cantidad que con la cuchara y lo probó con aire titubeante. Estaba a punto de tener arcadas. En su desesperación, Cherry se preguntó cómo iba a conseguir seguir adelante con la cena sin vomitar ni ofender a su anfitriona. Se detuvo para tomar un sorbo de vino y luego, muy despacio, cogió otro bocado con el tenedor, pero Laura se percató del esfuerzo que suponía para ella.

–¿Te encuentras bien?

Cherry se planteó mentir y disimular, pero al final cedió.

–Lo siento. No me gusta el cangrejo.

–Oh, vaya. Pues no te lo comas.

–Lo siento... –repitió Cherry avergonzada–. Es que... no me siento muy bien.

Daniel se llevó la mano a la cabeza.

–Es culpa mía. Lo siento, Cherry, mamá me pidió que te preguntara si tenías alguna alergia. Se me olvidó por completo. –Parecía agobiado–. Pensé que no tenías ninguna.

–Lo siento mucho –dijo Laura levantándose para apartarle el molde.

–Pobrecilla –dijo Howard.

Laura se llevó el plato a la cocina.

–Puede comérselo *Moisés*.

–El gato –aclaró Daniel.

–Bueno, a mí me ha parecido delicioso –alabó Howard rebañando los restos de su plato cuando Laura reapareció.

–Muy bueno, mamá –dijo Daniel.

–Me alegro de que te haya gustado. –Se comió su propia porción y miró a Cherry con aire contrito–. Lo siento, Cherry.

Estaba tratando de ser amable con ella, pero Cherry se sentía abochornada. De pronto, oyó cómo le rugía el estómago y contrajo los músculos rápidamente para que nadie lo notara.

–¡Y encima tienes hambre! –exclamó Howard–. ¿Podemos prepararle otra cosa?

–Estoy bien, de verdad.

–¿Estás segura? –insistió Laura–. ¡Me siento como si acabara de intentar envenenarte o algo así! ¿Un poco de melón? Creo que tenemos paté en la nevera.

–Una vez me sentaron mal unos mejillones –dijo Howard–. No he sido capaz de volver a probarlos desde entonces.

En su interior, Cherry deseó que todos se callaran. Por debajo de la mesa, Daniel apoyó la mano en su pierna en un gesto reconfortante.

–Gracias, papá, pero creo que no necesitamos esa clase de información.

Se oyó un maullido procedente de la cocina. Laura se levantó.

–¡Moisés! –lo llamó–. ¿Todavía tienes hambre?

–Siempre hay que tener una mascota –comentó Howard–. Son los cubos de basura más ecológicos. Aunque a mí me gustan más los perros.

–¿Y por qué no hemos tenido nunca ninguno? –preguntó Daniel.

–Tu madre no quiso. Le recordaban al cocker spaniel que tenía de niña.

–Murió atropellado –explicó Laura–. Me quedé destrozada. Tuve pesadillas durante semanas.

–Qué lástima –dijo Daniel–. A mí me gustan los perros.

El gato maulló ruidosamente, se acercó y empezó a frotarse contra las piernas de Laura.

–¡No le hagas caso! –exclamó ella–. Eres nuestra mascota favorita.

Cherry lo miró con una inmensa antipatía. Era irracional, lo sabía, pero incluso el gato estaba conspirando contra ella por culpa del suflé. A todos menos a ella les gustaba el maldito suflé. ¿Por qué no podía gustarle como a aquella

gente?

–¿Solomillo y patatas salteadas como plato principal? –le preguntó Laura a Cherry tímidamente–. ¿Eso suena bien?

Cherry le respondió con una exagerada sonrisa a modo de compensación.

–Suena genial.

–¿Qué hay de postre, mamá? –preguntó Daniel.

–Ya me extrañaba que no preguntaras –replicó Laura sonriendo–. Seguro que Daniel ya te ha hablado sobre su adicción al chocolate, ¿verdad, Cherry?

Cherry sonrió de nuevo, una sonrisa inmensa a tono con la conversación. No, no sabía nada de eso.

–Tengo que esconderlo cuando Daniel está en casa –dijo Laura.

«Ah, ¿sí? Ja, ja, ja», pensó Cherry.

–Te gustará saber que el postre es... marquesa de chocolate y pistacho.

Daniel rodeó a su madre con el brazo.

–¡Eres la mejor!

Cherry no sabía lo que era una «marquesa».

–¿Te parece bien? –le preguntó Laura.

–Sí, maravilloso –respondió Cherry.

–Debo de estar loco para irme de esta casa –comentó Daniel.

Cherry sintió una punzada de ansiedad. Levantó la vista y comprobó con alivio que estaba bromeando. Sin embargo, era evidente que se llevaban bien, Laura y él. Extremadamente bien. Era un concepto extraño para ella, sentirse tan unido a una madre, y las bromas entre ellos la desconcertaban un poco. Se imaginó aquella complicidad con su propia madre y, de inmediato, sintió que se estremecía de repulsión. No siempre había sido así. Habían estado muy unidas cuando ella era pequeña. De hecho, cuando era niña adoraba a Wendy, pero a medida que se había ido haciendo mayor, cada vez se avergonzaba más de ella, de aquella madre que trabajaba en un supermercado y que vivía en un mundo tan sumamente pequeño. La cosa empeoró aún más porque Wendy siempre se mostraba buena y amable con ella: era como un cachorro, siempre corriendo detrás de ella, queriendo formar parte de su vida. Eso la hacía sentirse culpable y a veces pensaba que si Wendy le diese una bofetada y le afease su conducta, todo sería mucho más fácil. Pensar en Wendy sumió a Cherry en un humor aún más sombrío. Intentó ahuyentar esos pensamientos y disfrutar del solomillo y lo que

resultó ser una elegante mousse de chocolate.

–Entonces ¿cuándo recuperaré mi cueva? –preguntó Howard llenando las copas de vino de todos.

Daniel se rio.

–Ayer –explicó– papá bajó para nadar en la piscina. Había espacio de sobra para los dos, papá.

–Tu huella está por todas partes. Hay más agua fuera de esa piscina que dentro.

–Lo que pasa es que no querías que te dejara en evidencia.

–No, lo que pasa es que me he acostumbrado perfectamente a que no estés aquí. Cherry, es una pena que no pudieras mantenerlo entretenido anoche.

–Cherry tenía otros planes –repuso Daniel.

–Sí –confirmó Cherry.

Todos la miraron. Apenas había hablado durante la cena, demasiado nerviosa, demasiado cohibida como para participar en la conversación, y se le hizo extraño ser el centro de atención. No pretendía que el monosílabo de su respuesta sonara tan misterioso, pero en ese momento se dio cuenta de que ese era precisamente el efecto deseado.

–¿Algo interesante? –preguntó Laura.

Hizo como que se sentía un poco avergonzada de tener que decirlo, como si no quisiera darle mucha importancia.

–Era mi cumpleaños. Pasé la tarde con mi madre.

Daniel se recostó hacia atrás en su silla, sorprendido.

–¡No me lo dijiste! –Le cogió la cara con ambas manos y la besó–. ¡Feliz cumpleaños!

Ella sonrió tímidamente.

–Gracias.

–¡Qué bien! –exclamó Laura–. Muchas felicidades por tu día.

Cherry estaba satisfecha con la reacción de todos. Ahora nadie podía acusarla de avisar a Daniel de antemano para procurarse un regalo caro, aunque en su fuero interno sabía que su inevitable sentimiento de culpa por no haber estado con ella en su día probablemente haría que le comprase algo aún mejor. Howard ya había ido a la cocina y volvió con una botella de champán y cuatro copas, que sostenía boca abajo. Complacida, Cherry advirtió que se trataba nada

menos que de una botella de Veuve Clicquot rosado.

–¡Esto hay que celebrarlo! –exclamó Howard. Sirvió a todos una copa del líquido rosa y levantó la suya–. ¡Por Cherry!

–Por Cherry –dijeron Daniel y Laura, y por primera vez esa noche, se sintió una parte del todo.

–Bueno, ¿y qué hiciste con tu madre? –preguntó Laura.

La burbuja estalló. Cherry estaba en un aprieto. Desde luego, no podía contarles que había pasado una hora incómoda en aquel cuchitril, evitando el sofá reclinable y pensando excusas para largarse. Todos la miraban expectantes, sonriendo.

–Nada especial.

Vio el desconcierto reflejado en la cara de Laura antes de que volviera a excusarla otra vez.

–Bueno, a veces está bien hacer algo tranquilo, claro.

Por dentro, Cherry se retorció de amargura. En ese momento sintió que un abismo la separaba de cualquiera de las otras personas de la habitación, incluido Daniel. De repente la asaltó la abrumadora necesidad de escapar de allí, de recuperar el aliento y averiguar por qué había salido tan mal aquella noche, de la que tanto esperaba.

Se levantó.

–Tengo que ir...

Laura señaló hacia el pasillo.

–La primera puerta a la izquierda.

Cherry cerró la puerta detrás de ella y se deslizó hasta caer en el suelo. ¿Por qué no podía encajar allí? Las palabras de su madre la noche anterior resonaron en sus oídos: «Los ricos llevan una vida diferente. Nosotros no sabemos nada de eso, en realidad».

¿Tenía razón? Hasta entonces, la noche había sido una horrible sucesión de momentos tensos e incómodos. Nada había salido como ella había previsto. Se había imaginado a sí misma entablando una cálida amistad con Laura, encontrando afinidades y puntos en común desde el principio, tal vez intercambiando alguna broma, incluso; hasta habría ido a la cocina para ayudar a Laura con la cena. Cherry había soñado con que Laura fuese una especie de madre sustituta, acogiéndola bajo su elegante ala y siendo la clase de madre que

deseaba haber tenido. Le ardía la cara de vergüenza al recordar aquella fantasía infantil. En cierto modo, se había pasado la noche sintiéndose inferior, indigna de aquella gente. La humillación se convirtió en resentimiento y, furiosa, tiró de la cadena del inodoro y abrió los grifos, por si había alguien al otro lado de la puerta. Lo único que quería era irse a casa, y la desilusión y la sensación de fracaso eran demoledores. ¿Cómo iba a escapar de su vida si ni siquiera podía mantener una conversación con alguien de un estatus superior al suyo? Inspiró hondo y luego abrió la puerta del baño. El pasillo estaba vacío. Cuando volvió al comedor, vio que todos se habían levantado de la mesa. Howard había desaparecido, y Laura y Daniel estaban de espaldas a ella mirando la pantalla de un portátil. Laura rodeaba con gesto cariñoso los hombros de Daniel con el brazo y Cherry los observó. El brazo envuelto alrededor de Daniel era como una especie de barrera para ella que le impedía entrar en su mundo.

–Te ha encontrado un piso maravilloso –dijo Laura.

Estaban mirando fotos del apartamento. ¿Qué era ella? ¿Una simple empleada, la agente inmobiliaria que solo es útil para encontrarle una casa a su hijo? En el preciso instante en que formulaba aquel pensamiento, Cherry se dio cuenta de que no era razonable, pero no le importaba. Se acercó y se reunió con ellos. Y luego, deliberadamente, puso el brazo sobre la parte baja de la espalda de Daniel y empezó a acariciarlo. Él se volvió hacia ella y sonrió. Captó una expresión de sorpresa en la cara de Laura y notó cómo apartaba su propio brazo rápidamente.

–Es bonito, ¿verdad? –dijo Cherry.

Sin apartar los ojos de la pantalla, sonrió para sus adentros, mientras una sensación de honda satisfacción se apoderaba de ella al tiempo que mantenía la mano con aire posesivo en el mismo sitio.

# OCHO

*Viernes, 13 de junio*

La cocina estaba llena de restos de la cena: platos, vasos y sartenes apilados en el fregadero, los vestigios culinarios de la noche. El lavaplatos hacía tiempo que había terminado su borboteo con la primera carga, que había llenado unas horas antes, pero Laura no podía enfrentarse al resto: esperaría a que llegase la señora Moore por la mañana. Se sentó en el balancín del jardín, tomando impulso contra el suelo con el pie, reflexionando sobre esa cena. Parecía buena chica, la novia de Daniel, aunque reservada. Laura supuso que estaba nerviosa, pero le había costado mantener una conversación con ella... De hecho, no había vuelto a decir prácticamente nada más después de comentar que había celebrado el cumpleaños con su madre. Y luego estaba ese gesto tan extraño que había hecho al final de la velada, acariciando a Daniel, casi como si lo reclamara de su propiedad, queriendo anotarse un punto. No..., eso era una tontería, y Laura se sintió fatal por pensarlo. Seguramente estaba hecha un manojo de nervios, pobrecilla. Poco después, Daniel se ofreció a llevarla a su casa y Laura supo que estaban ansiosos por escaparse, y había sonreído, sabiendo que necesitaban tiempo para ellos dos solos. Daniel la había llevado de vuelta a Tooting con el coche y, antes de marcharse, había dejado muy claro que no lo esperasen. En cuanto se fueron, Howard se había encerrado de nuevo en su estudio. Incluso *Moisés* había salido a dar un paseo nocturno, y ella se había quedado a solas con sus pensamientos.



El viento soplaba entre los árboles al fondo del jardín y Laura se estremeció. La temperatura había bajado por primera vez en una semana. Laura se dio cuenta de que tenía frío y entró en la vivienda cerrando las puertas tras ella.

Tumbada en la cama, intentó dormir, pero se sentía inquieta. Las cortinas se hinchaban con el viento; oyó el estrépito de un trueno. Al fin, la tormenta que habían estado esperando acababa de estallar. Empezó a llover y, en cuestión de segundos, el agua golpeó la ventana a un ritmo torrencial e irregular mientras el viento la azotaba con movimientos salvajes. Laura se levantó y, cuando se disponía a cerrar la ventana, vio un relámpago resquebrajar el cielo. La luz iluminó el jardín y el enorme rectángulo opaco de cristal relució bajo la lluvia. Entonces oyó un débil maullido. El siguiente destello iluminó a *Moisés*, sentado al otro lado de las puertas del jardín, esperando que lo dejaran entrar.

–¡Oh, *Moisés*! –exclamó con exasperación, pero bajó las escaleras rápidamente.

Al abrir las puertas, el animal entró enseguida y en señal de agradecimiento se frotó contra sus piernas. Laura permaneció inmóvil un momento contemplando la tormenta, pero luego una ráfaga de lluvia le golpeó la cara y cerró la puerta. Miró a su alrededor en busca de *Moisés*, pero este estaba dando cuenta de su cena tardía, así que lo dejó y volvió a acostarse.

Se tumbó, mirando al techo; al otro lado del yeso, Howard se hallaba en su estudio, absorto en el trabajo un piso más arriba, y pensó en lo triste que era que ya no hablasen nunca. Se volvió de lado y se puso a pensar en Cherry. Decidió hacer algo por ella, para que se sintiera cómoda. Quizá la invitaría a salir. Sí, eso estaría bien. Apagó la luz de su lamparita y la habitación se sumió en la oscuridad. Trató de ignorar el ruido de la tormenta que aporreaba la ventana y en algún momento debió de conseguirlo, porque al final se quedó dormida.

# NUEVE

*Sábado, 14 de junio*

La mañana siguiente amaneció fresca, con un suave cielo azul. La lluvia había lavado las calles, pero ahora estaban secas gracias al sol matutino. Al salir al porche, Laura vio el Mercedes descapotable de Daniel doblar la esquina y bajar hacia la casa. Se dirigió a la verja y saludó mientras se acercaban; Cherry iba en el asiento del pasajero.

–Buenos días a los dos.

Se detuvieron en la entrada de la casa y Daniel le dio a Cherry un beso prolongado. Luego él se bajó del coche y, para sorpresa de Laura, Cherry cambió las piernas de sitio y se desplazó hacia el asiento del conductor.

–Gracias otra vez por la maravillosa cena de anoche, Laura –dijo Cherry con una sonrisa en la que no quedaba rastro aparente de la ansiedad que había mostrado la noche anterior.

Acto seguido, arrancó y salió rápidamente con un chirrido de los neumáticos. Laura se sorprendió.

–¿Qué hace?

–Se va a trabajar.

–Pero... pero ese es tu coche.

–Se lo he prestado hoy. Nos hemos levantado tarde –explicó–, y no quería que tuviera ningún problema en el trabajo.

Daniel sonrió para sí; ahora que Cherry había descubierto plenamente el

sexo, también había descubierto que le encantaba, para gran regocijo suyo.

–Ah, claro.

Laura tenía que admitir que aquello la entristecía un poco. El coche había sido su regalo de aniversario, se lo había comprado a Daniel cuando cumplió los veintiuno. Había sido un regalo especial, en el que había pensado durante mucho tiempo y había sido elegido cuidadosamente.

–He hecho bien, ¿verdad?

–¡Pues claro! Pero ¿cómo sabes que es buena conductora?

Daniel se rio.

–Vamos, mamá, no te preocupes. No creo que tenga ningún problema. Aunque ha salido un poco disparada –dijo al ver cómo Cherry derrapaba otra vez al doblar la esquina.

–Bueno, está bien que tengáis tanta confianza.

–Gracias otra vez, mamá, por todo el esfuerzo que hiciste anoche. El solomillo estaba de muerte.

–Fue un placer.

–Entonces ¿qué te parece?

–¿Hmm?

–¿Te gusta Cherry?

–Mucho.

–Estaba nerviosa.

–Eso me pareció. No tiene por qué estarlo. Vas en serio con ella, ¿verdad?

–Eso espero –dijo y se dispuso a entrar en la casa–. ¿Te apetece un café?

–Me encantaría, pero ya he quedado. Saldré de compras y luego he quedado con Isabella para almorzar.

Daniel dio un beso a Laura en la mejilla.

–Parece un buen plan. Dale recuerdos.

–Se los daré.

Se despidió de Daniel con la mano mientras cerraba la puerta y luego echó a andar hacia el cruce principal, donde cogería un taxi para que la llevase hasta King's Road.

–Me encanta –dijo Isabella–. Es perfecto para ir a una reunión de oficina.

Laura bajó la blusa a rayas.

–Lo siento, cielo. Es bonita, de verdad que sí, pero ¿dónde está la gracia?

–Yo sí se la veo.

Isabella hizo una mueca.

–Esto también tiene su gracia –dijo Laura mientras se tocaba el vestido azul sin mangas.

–Sí... –dijo Isabella sin demasiada convicción, con el aire coqueto que le daba su top de tirantes atados al cuello de color esmeralda, que resaltaba su pelo pelirrojo y brillante–. Pero lo que quiero decir es ¿cuándo fue la última vez que compraste algo para una ocasión especial?

Laura no contestó. Habían ido a su restaurante favorito, un pequeño y selecto local francés junto a King's Road. Hacía años que iban allí, y los camareros ya sabían cuál era su mesa preferida y el plato especial del día que más sería de su agrado. Allí se habían intercambiado secretos y hecho promesas, y las confesiones solían ser aplaudidas. Hacía veinticinco años que eran amigas, y se lo contaban todo.

–¿Lo ves? –dijo Isabella moviendo un dedo.

–Howard y yo ya no salimos nunca.

Isabella apoyó la mano en la de su amiga.

–No. Bueno, él está demasiado ocupado con esa mujerzuela. No entiendo por qué lo aguantas.

Laura dobló la blusa y volvió a guardarla en la bolsa rígida del diseñador, sin responder inmediatamente.

–Divórciate de él.

–No. Además, eso es lo que él querría.

Isabella lanzó un suspiro, consciente de que era una conversación que habían tenido muchas veces antes.

–Entonces ¿qué?

–¿Qué quieres decir?

–Algún otro entretenimiento nocturno...

Laura sabía que no tenía ninguno en realidad.

–¿Las partidas de bridge?

–Eso no cuenta.

–Cuando termino de trabajar estoy agotada. El viernes por la noche solo me

apetece quedarme en casa.

–Bueno, pues esa es una razón magnífica para dejarlo.

Isabella no podía entender por qué trabajaba –no era por el dinero–, pero a Laura le encantaba lo que hacía. Le daba sentido y afianzaba su identidad, y el hecho de que tuviera éxito en un sector tan competitivo y despiadado la hacía sentirse realizada. Y, sobre todo, la empresa era suya. Su compañía había sido como una amiga cuando Daniel se fue a la universidad y mientras Howard se dedicaba a jugar al golf. No quería ni pensar en dejarlo.

Sonrió a Isabella.

–No sabría qué hacer.

–Oh, créeme, querida, no tardarías en saberlo. –Se inclinó con aire travieso hacia delante–. Pero dime una cosa, ¿no echas de menos...? Ya sabes...

Laura se echó a reír, pero Isabella quería su respuesta.

–Uf, no sé... Supongo que sí.

–Conozco al hombre perfecto. Te lo presentaré. Nada demasiado obvio: puedes venir a cenar, seremos un grupo de gente, y haré que se siente a tu lado.

–¿Quién es?

–No lo conoces.

Para Laura, la idea de tener que dar conversación a un extraño era tan tentadora como una visita al dentista.

–No, gracias. Además, eso me convertiría en tan mala persona como Howard.

–Oh, vamos...

–No, en serio. Y de todos modos... –dijo con aire misterioso–, no soy yo la que está en plan romántico últimamente, sino...

Isabella se inclinó hacia delante.

–¿Quién?

–Está perdidamente enamorado. Creo que podría ser la definitiva...

Izzy aplaudió con entusiasmo.

–No será Daniel...

Laura asintió.

–¡Qué! ¿Significa eso que nuestros grandes planes se han frustrado?

–Ya podemos olvidarnos del asunto.

Sus hijos habían jugado juntos desde que eran bebés. Brigitte y Daniel ya

agitaban juntos sus sonajeros sentados en las mantas mientras Isabella y ella asistían a clases posparto, a la guardería o a la sesión de entrenamiento personal que tuviesen esa semana. Siempre habían dicho en broma que sus hijos se acabarían casando.

–La conocimos anoche –dijo Laura.

–¿Cómo se llama?

–Cherry.

–¿Se llama así de verdad?

–No te burles. Es muy agradable.

–¿Trabaja?

–Es agente inmobiliaria. En periodo de formación.

–Ah.

–Todo el mundo tiene que pasar por una etapa de formación, Izzy.

–Por supuesto.

Laura se rio.

–No estarás enfadada de verdad porque nuestras maquinaciones de casamenteras no hayan dado resultado, ¿verdad? Brigitte encontrará a un hombre estupendo, ya lo verás.

Isabella suspiró e hizo un gesto con la mano para quitarle hierro al asunto.

–Sí, lo sé. Bueno, pero cuéntame más. ¿De dónde es... Cherry?

–Vive en Tooting.

–¿En Tooting?

Laura percibió la falta de entusiasmo en su voz.

–Isabella Rudd, eres tan esnob... He oído que tiene un montón de restaurantes indios excelentes.

–Querida, y Goa también. Y prefiero ir allí. Bueno, ¿y cuánto tiempo llevan saliendo?

–Una semana.

Isabella abrió los ojos como platos.

–¿Una semana? ¿Y ya está locamente enamorado de ella?

–Bueno, no lo ha dicho así, pero, por lo que parece, pasan juntos cada minuto libre. Esta mañana, incluso han hecho el trayecto para ir a trabajar juntos. Bueno, hasta que ella se llevó su coche.

Isabella frunció el ceño.

–¿Cómo dices? ¿Se pasea por la ciudad con el Mercedes de Daniel?

–Bueno, se lo ha prestado para ir a la oficina. Estoy segura de que se vio obligada a dejarlo bien aparcado en cuanto llegó.

Isabella parecía preocupada, y Laura sonrió.

–¿Qué?

–Nada...

–Vamos, sé que te mueres por decir lo que sea que estás pensando...

Isabella se encogió de hombros.

–Es solo que..., bueno, ya sabes, ella es de Tooting, y él está aquí en South Kensington..., en extremos opuestos del espectro..., y ella parece que no se despega de él, cosa que ha ocurrido bastante rápido...

Laura la miró boquiabierta.

–No estarás sugiriendo... ¡No! Dios mío, Izzy, tienes una imaginación desbordante. Me vendrías muy bien para mis guiones de televisión.

Isabella se rio.

–Muy bien, vale, lo siento. Solo intentaba pensar en los intereses de mi tristemente futuro no yerno.

–Sabes, estaba pensando en invitarla a la casa de Francia. Cuando nos vayamos todos la próxima semana.

–¿A Saint Tropez? –dijo Isabella sorprendida.

–Sí. Hacer que se sienta parte de la familia.

–Pero si esas son tus vacaciones... Las únicas dos semanas al año en que te permites relajarte.

–Lo sé, pero ella no va a estar allí las dos semanas enteras. Estaba pensando que tal vez podría reunirse con Daniel y conmigo durante un fin de semana largo o algo así. Tú y Brigitte estaréis allí también al final de la calle y será divertido.

–Suena genial, querida. Y así la conoceré.

–Sé simpática con ella –dijo Laura con severidad.

–¡Por supuesto! –Isabella sonrió–. Solo estoy celosa. Ya había planeado la boda.

# DIEZ

*Lunes, 16 de junio*

–Perdona, Neil, ¿tienes un minuto?

Cherry acababa de llegar al trabajo y había ido directamente a la mesa de su jefe.

Él levantó la pulcra cabeza y vio su expresión de aflicción.

–Claro, ¿quieres que hablemos ahí detrás?

Cherry asintió con la cabeza y siguió a Neil a la trastienda, una pequeña habitación amueblada con gusto que reservaban para cuando los clientes más discretos deseaban discutir los detalles de las transacciones inmobiliarias. Sintió que Emily y Abigail la seguían con la mirada, muertas de curiosidad. «Que miren todo lo que quieran», se dijo. No confiaba en ellas, no desde que rechazaron sus esfuerzos por hacerse amiga de ellas cuando empezó a trabajar allí. Aquellas dos eran uña y carne, y no dejaban entrar a nadie más en su círculo, especialmente a cualquiera que percibieran como «diferente».

–Siéntate.

Neil le indicó un sillón de cuero marrón.

Ella se sentó en el borde y vio que su jefe parecía esperar con ansiedad que le contase su problema. Él también tomó asiento, en la silla que había junto a ella, y Cherry sintió una punzada de irritación al ver el lustre de sus zapatos: sabía que había pagado para que les sacasen brillo mientras se sentaba en un asiento elevado con un capuchino en la mano y el *Financial Times* en la otra, ignorando



por completo al hombre que tenía a sus pies.

–¿Va todo bien?

Ella lo miró y tomó aire para contener las lágrimas antes de comenzar a hablar.

–Es mi abuela. Está enferma. Muy enferma. Me preguntaba si podría tomarme unos días libres para ir a verla.

–Por supuesto –respondió Neil, y Cherry percibió que se sentía aliviado de que no se tratase de ningún problema propio de mujeres–. ¿Cuándo tenías pensado ir?

–Este viernes. –Lo vio vacilar–. Sé que Emily y Abigail se van de vacaciones el mismo día...

Guardó silencio con una expresión de impotencia reflejada en el rostro.

Hubo una pausa de una centésima de segundo mientras él pensaba, antes de tranquilizarla.

–Está bien. Podemos buscar alguna sustituta en una agencia de empleo temporal. ¿Cuántos días crees que...?

–No me quedará mucho tiempo, el suficiente para verla. Pero como vive en el extranjero... habrá que tener en cuenta el tiempo que voy a emplear en la ida y la vuelta.

–¿Dónde vive?

–En Francia. Ya he consultado los vuelos y si me voy el viernes, puedo volver el martes por la mañana.

–Está bien. Ya nos arreglaremos.

Cherry respiró con alivio.

–Gracias. No sabes lo mucho que esto significa para mí. Estamos muy unidas.

Neil asintió comprensivo.

–Espero que esté bien...

Los ojos de Cherry se humedecieron.

–Yo también. Tiene cáncer. Acaban de diagnosticárselo y aún están valorando si tratarla con quimioterapia o no.

Parecía arrepentirse de haber preguntado.

–Lo siento mucho.

Una lágrima resbaló por el rostro de Cherry y ella se la enjugó con una

sonrisa valiente.

–Significa mucho para mí poder ir a verla, y sé que ella también te estará muy agradecida.

Él le quitó importancia con un gesto.

–No es nada, de verdad.

–*Il est un merveilleux patron.*

–¿Cómo dices?

–«Es un jefe maravilloso.» –Cherry se sonó la nariz. Sonrió–. Eso es lo que diría mi abuela.

Neil se alisó la corbata.

–Bueno, si eso es lo que puedo hacer para ayudar, entonces... –Sorbió el aire entre los dientes, luego se levantó e inclinó la cabeza con empatía–. ¿Necesitas un minuto a solas?

Cherry asintió con gratitud.

Él le puso una mano en el hombro y luego se volvió para irse.

–*Bonne chance* –dijo, y Cherry asintió de nuevo.

Ella esperó hasta que él hubo salido y luego se sonó la nariz ruidosamente, por si todavía estaba cerca. Hizo una pausa y aguzó el oído. Sonrió. ¡Iba a ir a Francia! ¡Al sur de Francia! Cuando llegó la invitación, se volvió loca de alegría, pero sabía que aquellas dos cabronas de la oficina ya habían reservado sus vacaciones y era imposible que Neil la dejara irse a ella también. No era justo. Nunca en su vida había tenido una oportunidad como aquella. No era justo que tuviera que decirle no a Daniel solo porque aquellas dos tenían dinero para pasar quince días en Ibiza.

¡Iba a ir al sur de Francia! ¡Donde su novio tenía una casa! Bueno, en realidad era de sus padres, pero eso era un simple detalle. No sería siempre así. Ni siquiera había tenido que pagar el vuelo. Daniel insistió; dijo que no era justo que tuviera que pagar tanto dinero porque se lo había dicho con tan poco tiempo de antelación. Había elegido bien y se felicitó a sí misma, disfrutando de la sensación un momento más, saboreándola.

Luego se levantó, se alisó la falda y adoptó una actitud de valiente serenidad antes de volver a su mesa.

# ONCE

*Viernes, 20 de junio*

Laura recolocó el jarrón de flores en el dormitorio de Daniel; mejor dicho, en el que iba a ser el dormitorio de Cherry y Daniel. Provenza era famosa por sus flores de principios del verano y por sus esplendorosos campos de amapolas, que se desparramaban hasta las carreteras. Había cogido unos ramos enormes, además de retama amarilla brillante con aroma a madreSelva. La cama estaba hecha con sábanas de bordado inglés recién planchadas y observó el efecto final, complacida. Había comida en la nevera y una botella de vino enfriándose, lista para cuando llegaran al cabo de –calculó tras mirar su reloj– unos veinte minutos.

Se desplazó por la casa, una construcción típicamente provenzal, para comprobar que todo estuviera en orden y resultase acogedor. Satisfecha al fin, salió a la terraza soleada, desde donde podía ver toda la península de Saint Tropez. Contempló los relucientes yates blancos, unos puntos diminutos a lo lejos, algunos amarrados, otros meciéndose suavemente con las olas. Se sentía diferente cuando estaba allí. La casa en Londres era la casa de Howard, mientras que aquel era su pequeño rincón, y con los años se había convertido en un refugio cuando las cosas en casa la sobrepasaban. Desde que había vuelto a trabajar, solo iba allí unas pocas semanas al año, pero cada vez que lo hacía, era como volver a estar con una vieja amiga.

Le resultaba especialmente gratificante estar allí en esos momentos, porque

sus vecinos en Londres habían empezado a hacer obras el mismo día que ella se fue. Se habían embarcado en su propia extensión del sótano y el ruido de la excavadora era ensordecedor, las vibraciones se percibían a través de toda la casa. Los albañiles habían provocado un apagón y había sido un alivio subir al avión. Era como si todo Kensington estuviera cavando bajo tierra. Un laberinto de túneles y cámaras enormes. Laura se imaginaba secciones enteras de Londres sucumbiendo y derrumbándose en un hoyo gigantesco. Un pensamiento fugaz cruzó su mente: ¿cómo iba a soportar vivir allí Howard mientras durasen las obras? No había podido acompañarla a Francia por sus obligaciones laborales. Supo la respuesta de inmediato: no iba a quedarse en casa, se iría a la de Marianne.

Ahuyentó rápidamente aquel pensamiento tan doloroso. Durante dos semanas, al menos, podía escapar de todo, y sin duda Daniel también se alegraría mucho de estar allí. Sabía que tenía que estudiar mucho, y no podría hacerlo con el ruido de las obras en la casa contigua. Cherry se quedaría con ellos hasta el lunes por la noche, y Laura tenía muchos planes para su visita. Se moría de ganas de enseñarle todo aquello y llegar a conocerla un poco más. Estaba deseando hacer de aquellos días un viaje memorable para ella, quería que fuera un lugar en el que también pudiera relajarse y creía que allí podrían congeniar, que se harían amigas. Eso estaría muy bien. Al oír el ruido de un coche en el camino de gravilla, se volvió y regresó a la casa para abrir la puerta principal de par en par. Daniel había aparcado el coche alquilado y estaba sacando el equipaje del maletero.

Laura abrió los brazos y corrió junto a Cherry.

–¡Bienvenidos! ¡Cuánto me alegro de que consiguieras unos días libres!

–Yo también –contestó Cherry.

–Pasad, pasad. ¿Estás muy cansada? ¿Quieres beber algo?

Era última hora de la tarde y la temperatura era maravillosamente cálida. Cherry miró hacia la casa. Los postigos y las ventanas estaban abiertos y unas finas cortinas blancas de algodón colgaban sujetas entre los marcos de las ventanas. Le gustaba lo que veían sus ojos. Entró y se dejó agasajar. Observó las amplias y luminosas estancias de la entrada, con unas grandes chimeneas abiertas y la elegante cocina de aire francés tan chic, con relucientes encimeras de teca. Aceptó una copa de sauvignon bien frío.

–¿Qué tal el vuelo? –preguntó Laura.

–Bien, gracias.

Cherry se sentía cautivada por el entorno y lo cierto es que no llegó a participar del todo en la conversación educada de Laura. Siguió mirando alrededor en la cocina y, de pronto, se fijó en un cuadro de la pared, encima de ella, un óleo de colores vivos de casas con tejados de color rojizo alrededor de una plaza de color arena con yates en un mar azul de fondo.

–Qué cuadro tan bonito... –exclamó.

–¿A que sí? –dijo Laura–. Es de un pintor local.

–¿Es de Saint Tropez?

–Sí. Por supuesto, hay montones de pintores en el pueblo, todos excelentes, pero este está entre los mejores. Tenemos algunos más repartidos por la casa.

–Mi favorito está en el descansillo –dijo Daniel tras aparecer por detrás de ellas y poner el brazo alrededor de Cherry–. *Les Pins*.

–Los pinos. Suena maravilloso.

Daniel miró el cuadro.

–Es fantástico, ¿verdad? Siempre me ha gustado ese pintor. Cherry tiene buen gusto, ¿eh, mamá? Estos cuadros valen bastante ahora que se ha hecho famoso. Me encantan. Tal vez me compre uno algún día, si es que hay alguno disponible. Casi siempre llevan el cartel de vendido.

–¿Quieres ver la parte de fuera? –preguntó Laura.

Cherry siguió a su anfitriona a través de unas grandes puertas cristaleras hacia la terraza y se quedó sin aliento. Al otro lado de la enorme piscina de aguas relucientes se apreciaba el azul del Mediterráneo, una extensión inmensa que se fundía con el cielo nebuloso. Atraída por lo que veían sus ojos, Cherry se dirigió hacia el muro del jardín, salpicado de geranios rojos, y se inclinó para asomarse y ver mejor. Allí abajo estaban las cubiertas de los tejados rojizos de Saint Tropez que acababa de admirar en el cuadro. ¡Y los yates! Había tantísimos... No se parecía a nada que hubiera visto antes.

–Una porquería de vistas, ¿eh? –dijo Daniel reuniéndose con ella.

Cherry parpadeó. Sin palabras, se echó a reír.

–Podemos ir y dar una vuelta más tarde –propuso Laura con entusiasmo–. Para enseñártelo. Y tenemos una invitación de Isabella para cenar.

–Es la mejor amiga de mamá –explicó Daniel–. ¿Brigitte está aquí?

–Sí –dijo Laura–. Brigitte es la hija de Isabella –añadió dirigiéndose a Cherry.

Cherry sonrió educadamente.

–Espero que estés en plena forma –dijo Laura–, porque tengo preparadas un montón de salidas mientras estés aquí. Se me ha ocurrido que podríamos visitar algunos viñedos, el paisaje de las montañas es precioso. Y, por supuesto, recorreremos el pueblo. Está clasificado como uno de los *plus beaux villages* de Francia; también podemos ir a la playa, obviamente, y he pensado que a lo mejor querrías ir en coche hasta Cannes, ¿qué te parece? Bueno, el caso es que hay muchas cosas que ver y hacer, y podemos hacerlas a tu ritmo.

Cherry sonrió, pero rezó por dentro para no tener que compartir todo el fin de semana con la madre de su novio.

El primer evento social era la cena en la casa de Isabella en Saint Tropez. Cherry había tenido el tiempo justo de ducharse y cambiarse, y había pasado unos estresantes diez minutos preguntándose qué ponerse. ¿La gente rica se arreglaba mucho o simplemente se ponía ropa cara pero informal? Como no lo sabía, al final se decidió por un vestido de algodón bastante sencillo (y barato). No podía permitirse un guardarropa exclusivo para las vacaciones, precisamente, y el vestido era de cuando vivía en Australia. Esperaba que no pareciese demasiado descolorido y viejo.

Cherry advirtió que la mirada de Isabella se fijaba directamente en ella cuando abrió la puerta de madera, a pesar de que estaba ocupada dando la bienvenida a todos a los que conocía.

–Hola, cariño –dijo Isabella abrazando a Daniel con fuerza–. No te veo desde hace meses y ahora apareces con esta... –se volvió hacia Cherry y sonrió– encantadora sorpresa para mí. –No era antipática, pero, definitivamente, su mirada era crítica, observándola de arriba abajo y evaluándola con curiosidad egocéntrica, pensó Cherry–. Brigitte se va a llevar un disgusto, ¿sabes?

Daniel se rio.

–Creo que tiene mejor gusto.

–Tonterías. Pero bueno, lo hecho, hecho está, y los dos hacéis una pareja maravillosa. Por mi parte, estoy encantada de conocerte, Cherry.

–Igualmente –dijo Cherry, aunque desconfiaba de sus bromas.

La verdad es que no le apetecía nada tratar con un montón de extraños entre los que se incluía una chica que, por lo visto, parecía tener cierta debilidad por Daniel, y le producía cansancio pensar en que debía sonreír forzosamente todo el rato. Además, ¿quién era esa chica? ¿Una especie de ex? Cherry se sintió vulnerable por su falta de información.

–Bueno, ¿entramos ya, Izzy? –preguntó Laura enarcando una ceja con gesto severo.

Daniel cogió la mano de Cherry mientras los conducían hasta el jardín y allí la recibieron más vistas impresionantes: una piscina desbordante y curvada se abalanzaba sobre el borde de la ladera, más allá del cual se veía el mar, en un azul claro interrumpido de vez en cuando por la salpicadura de las olas suaves. Tumbadas junto a la piscina había dos chicas esbeltas.

–Mira quién está aquí, Brigitte –anunció Isabella, y la morena de piel bronceada chilló de alegría.

Se levantó de un salto de la tumbona, sus pechos pequeños y juguetones se agitaron en la parte superior de su bikini y reparó en Cherry, que se puso rígida. Cuando se acercó a los dos, abrazó a Daniel, presionando sus pechos contra la camisa de él. A Cherry le cayó fatal al instante.

–Me alegro muchísimo de verte. Te echamos de menos en Courchevel este año. ¿Dónde estabas?

–Estudiando –contestó Daniel rápidamente–. Como el año pasado, y el anterior. –Cogió a Cherry de la mano otra vez–. Te presento a Cherry.

Cherry reaccionó arrimándose a Daniel y agarrándolo del brazo.

–Hola –dijo Brigitte, quien se percató enseguida de su gesto–. No tienes que preocuparte por mí, somos como hermanos.

Cherry esbozó una sonrisa forzada, y se sintió avergonzada.

–¡Hola, tía Laura! –la saludó Brigitte–. Os presento a Nicole –dijo señalando a la chica de piernas largas que todavía estaba en la tumbona y que, tal como Cherry advirtió, no había perdido detalle de las presentaciones.

Nicole se levantó lentamente y se dirigió hacia ellos con estudiada parsimonia, que implicaba que todos tenían que mirarla y esperar que llegara. Besó a Cherry con tibieza en la mejilla, pero se mostró mucho más cordial con Daniel.

–Encantada de conocerte –dijo con acento francés y una prolongada sonrisa.

¿Estaba coqueteando con él? ¿En serio? Cherry miró alrededor para ver si alguien más se había dado cuenta, pero Isabella estaba hablando con una francesa de mediana edad –con una cocinera, al parecer– mientras Laura sacaba una bandeja con bebidas del interior de la vivienda. Brigitte había vuelto a su tumbona y se recolocaba con delicadeza a fin de atrapar los últimos rayos del sol de la tarde.

–¿Os apetece algo de beber? –preguntó Laura.

Cherry tomó una cerveza de la bandeja. Siguió a Daniel hasta donde estaban las tumbonas vacías junto a la piscina y se sentó, incómoda, observando la expresión de satisfacción de Nicole cuando Daniel ocupó la tumbona junto a ella. Laura e Isabella ocupaban una mesa más abajo en el jardín, absortas en lo que parecía una conversación privada salpicada de chismes. Cherry bajó la mirada hacia su vestido, y de pronto vio un hilo suelto que serpenteaba por su rodilla. Le daba demasiada vergüenza tirar del hilo por si Brigitte y Nicole se daban cuenta.

–Bueno, ¿cómo te va todo? –le preguntó Daniel a Brigitte–. ¿Has encontrado trabajo ya?

Brigitte se quitó las gafas de sol y sonrió.

–Muy gracioso.

Luego volvió a ponérselas y se recostó en la tumbona, ladeando la cara hacia los rayos del atardecer, que le iluminaban la piel y le teñían el pelo leonado de un color dorado.

–¿Y tú, Daniel? –El acento de Nicole estaba poniendo a Cherry de los nervios–. ¿A qué te dedicas?

–Soy médico residente.

–¡Un médico!

Lo miró con admiración y Cherry sintió que le hervía la sangre. ¿Tenía que ser tan descarada? ¿Acaso no le daba vergüenza estar hablando con un extraño en bikini? ¿Era eso lo que hacía el dinero? ¿Darte una seguridad en ti misma absolutamente desenfrenada? Cherry decidió que no le caían bien ninguna de las dos, pero sabía que debería fingir lo contrario. Al menos en presencia de Isabella y Laura.

Daniel todavía esperaba una respuesta de Brigitte.



–Bueno, pero ¿has buscado trabajo o no?

–Es que algunos de nosotros queríamos viajar, abrir nuestras mentes, ampliar horizontes y ver mundo antes de tener que someternos a unas condiciones y unos horarios agotadores.

–Fuiste a esquiar en vacaciones de invierno y a navegar en verano. De hecho, ¿estás segura de que saliste de Europa?

–Fui a Malta.

–Está en Europa.

Cherry se preguntó si Brigitte lo había dicho de broma, pero no: se había levantado las gafas de sol y lo miraba con expresión perpleja.

–Ah, ¿sí? Vaya. Bueno, la geografía nunca ha sido mi fuerte. Por suerte, no pienso ser periodista internacional ni nada de eso. Me perdería totalmente.

–Solo tendrías que saber qué avión coger.

Brigitte se incorporó.

–¿De verdad?

–No.

–Sé que piensas que soy una inútil –dijo sonriendo, como si la inutilidad fuera un rasgo admirable–. Pero la verdad es que... Voy a empezar a trabajar, sí. En un trabajo mucho más cerca de casa.

–¿En serio? ¿De verdad vas a incorporarte al mundo laboral?

–Estoy esperando a que el tío Vic me encuentre algo en el mundo editorial. Un amigo de la familia –le explicó a Cherry.

–Así que no tienes nada concreto todavía –comentó Daniel.

–Te equivocas –dijo con aire triunfal–. Está seguro de que habrá algo en septiembre.

«Y qué duda cabe que conseguirá ese trabajo», pensó Cherry con una expresión sombría. Sin tener en cuenta ni por un momento a otros que habían trabajado duro para hacerse un hueco en el sector editorial, mejor cualificados que ella, más apasionados y, probablemente, diez veces mejores. Dejarían de lado a esos otros aspirantes al puesto y ella ni siquiera se pararía a pensar en eso.

–Y tú ¿a qué te dedicas, Cherry? –preguntó Brigitte.

–Soy agente inmobiliaria.

–Seguro que ves un montón de casas bonitas.

–Pues sí.

Brigitte asintió con aire complaciente y, al parecer, eso era todo cuanto había que decir al respecto. Cherry reparó en que había dado por sentado o esperado con total naturalidad que las casas eran bonitas. Tal vez no sabía siquiera que existían pisos pequeños en bloques grandes y feos.

Nicole empezó a embadurnarse con crema solar. Se puso una pequeña cantidad en las manos y luego, lenta y sensualmente, se la frotó por la piel, examinando su brazo mientras lo hacía, con aire satisfecho. Se incorporó y empezó a frotarse la parte superior de los omoplatos, y luego se estiró un poco para tratar de llegar a la mitad de la espalda. Miró un momento a Brigitte, que estaba acostada con los ojos cerrados, y luego se volvió hacia Daniel.

–*Excusez-moi*, por favor, ¿podrías...? –preguntó tendiéndole la loción bronceadora.

A Cherry se le pusieron los pelos de punta. Él la miró con expresión vacilante, un poco avergonzado, y luego levantó su botella de cerveza.

–Tengo las manos heladas, es mejor que se lo pidas a Brigitte –dijo amablemente.

Pero no lo hizo, tal como advirtió Cherry. «Menuda zorra astuta...» Se limitó a sonreír y se recostó en su tumbona.

La francesa del delantal se acercó a la puerta e Isabella alzó la vista.

–¡Estupendo! –exclamó–. Madame Baudin dice que la cena está lista. ¿Comemos fuera?

Brigitte se levantó y se puso un vaporoso caftán. Nicole se puso en pie y se despezó lánguidamente. A continuación, entró en la casa para asearse, con Brigitte pisándole los talones.

–Lo siento –dijo Daniel, y Cherry sonrió y sacudió una mano como diciendo que no pensaba dejar que una francesa tonta le estropease la velada. Él esperó hasta que Nicole y Brigitte estuvieron lo bastante lejos de ellos y añadió–: ¿Estás bien?

–Estoy bien –respondió ella.

Laura salió del interior de la casa con madame Baudin cargada de platos y vasos, y Daniel se levantó de inmediato para ayudar. Cherry se tomó un momento para respirar hondo. Lo único que quería era ir a algún lugar más íntimo con Daniel, un restaurante bonito o algo así, y en cambio, tenía que soportar una cena con aquella gente. Había muchas probabilidades de que

Brigitte o Nicole se sentaran junto a Daniel en la cena, y no creía poder soportar a ninguna de las dos. La brisa le levantó la falda del vestido y se alegró de haber traído una chaqueta de punto. Cuando se disponía a ponérsela, vio otro trozo de tela aleteando al viento. Era algo de Nicole, un vestido quizá, que asomaba a medias del interior de su bolsa. Cherry miró a su alrededor. Daniel y Laura habían vuelto a desaparecer en el interior de la casa con madame Baudin para sacar más platos. No había rastro de las chicas. Isabella estaba de espaldas a ella y se dedicaba a poner cuidadosamente los vasos en la mesa.

El vestido cayó a la piscina con un ligero «plop» y el rosa se oscureció y se extendió en el agua. El viento lo desplazó suavemente hacia el centro de la piscina y el vestido adquirió la forma y la rigidez de un cadáver. Cherry ya estaba junto a la enorme mesa.

–¿Puedo ayudar? –le preguntó a Isabella.

La mujer parecía sorprendida y complacida de que aquella extraña no estuviera acostumbrada a que se lo sirvieran todo en bandeja y le tendió un montón de tenedores.

–Gracias.

Cherry empezó a ponerlos con cuidado y, de repente, supo cuál era la mejor manera de tratar con aquella mujer, a la que no le gustaría nada que hiciese sombra a su propia hija. Enterró el impulso perverso de hacerlo, porque no sería difícil: saltaba a la vista que Brigitte era tonta de remate. No, nada de eso. Se mostraría amable y cortés, dócil incluso.

–¡Eh! –exclamó una voz indignada, y Cherry levantó la cabeza distraídamente–. ¡Mi vestido está en la piscina!

Nicole miró alrededor enfurecida y detuvo la mirada al llegar a Cherry.

Sin inmutarse, Cherry le sostuvo la mirada, con ambas manos ocupadas por los cubiertos.

–¿Qué ha pasado? –preguntó Brigitte.

–¡Mi vestido! ¡Está en el agua!

–Habrá sido el viento –contestó Daniel.

Nicole no tuvo más remedio que entrar y pedir prestado algo a Brigitte, mientras colgaban el vestido empapado en un limonero para que se secase. Cherry se encontró sentada al lado de Nicole en la cena. Daniel estaba al otro lado, junto a Isabella.

–Qué lástima –le dijo al oído–. Espero que no se te haya estropeado.

Más tarde, esa misma noche, Cherry y Daniel estaban abrazados en la cama, entre sábanas limpias de algodón. Su habitación daba a la parte de atrás, y cuando Cherry había cerrado las contraventanas, el mar parecía de color negro. Ella estaba deseando abrirlas por la mañana y ver el azul celeste con la llegada del nuevo día. Lo cierto es que no se creía su suerte. La casa era increíble y la ubicación, de ensueño. El resto del fin de semana lo iba a pasar con Daniel, costase lo que costase.

–Siento otra vez lo de esta noche –murmuró él acariciándole la oreja con aire somnoliento.

–No lo sientas.

–Estuviste magnífica.

Cherry sonrió y le pasó los dedos por el pecho.

–¿Tuviste algo que ver...?

–¿Con qué?

–Con lo del vestido...

–Por supuesto que no.

Daniel abrió los ojos y ella lo miró con aire inocente.

–Como dijiste tú, debió de ser el viento.

Él sonrió y luego la besó, y ella se sentó a horcajadas encima de él y lo besó un poco más.

# DOCE

*Sábado, 21 de junio*

Cherry despertó tarde al día siguiente y vio que Daniel todavía dormía. Permaneció en la cama tranquilamente, disfrutando de la paz y la intimidad antes de que Laura –a quien oía moverse por la casa– les anunciara los planes que tenía para el día. Una delgada franja de luz perfilaba los postigos, una señal para Cherry de que fuera hacía sol, y lo cierto es que se moría de ganas de levantarse, pero, al mismo tiempo, no quería abandonar el santuario de la habitación y verse obligada a hacer turismo. Sintiéndose atrapada, le molestaba la presencia abrumadora de Laura.

Daniel se desperezó a su lado.

–Buenos días. No he roncado, ¿verdad?

Ella se rio y señaló la ventana.

–No. ¿Listo para un poco de sol?

–¿No me das un beso? –dijo, pero ella ya se había levantado de un salto para abrir los postigos, como había deseado hacer desde la noche anterior.

El mar iluminado por el sol la saludó y fue un momento maravilloso.

Daniel entrecerró los ojos y ella saltó a la cama. Lo besó.

–¡Vayamos a la playa!

–¿Es eso lo que quieres hacer hoy? Es que... Creo que mi madre tenía pensado sorprendernos con un recorrido por los viñedos de la región. –Vio la expresión de frustración que ella intentó, sin éxito, disimular–. Está bien.

Vayamos a la playa.

–Ahora me sabe mal –dijo Cherry–. Si se ha molestado en organizarlo todo...

La atrajo hacia él en la cama y la abrazó.

–No seas tonta. No le importará.

Después de hacer el amor, salieron para tomar un desayuno tardío. Laura, encantada de verlos, apareció con cruasanes y les sirvió café recién hecho.

–¿Habéis dormido bien? Espero que la cama fuera cómoda. Estaba pensando que hoy podríamos ir todos de excursión. ¿Os gustaría ir al Château Minuty? Los Matton-Farnet llevan en la industria del vino desde hace casi tres siglos. –Les sonrió, incapaz de contener su entusiasmo.

–Mamá, es una idea excelente, pero... Creo que hoy podríamos ir a la playa. Es el primer día de las vacaciones, y claro...

–Ah, sí. ¡Buena idea!

Para desesperación de Cherry, parecía a punto de invitarse a sí misma.

–Pensaba llevarme mis libros a la playa, estudiar allí un poco –dijo rápidamente.

–¿Has traído trabajo también? –preguntó Daniel.

–Me presento a los exámenes oficiales como agente inmobiliario en cuanto vuelva.

–Pues entonces será mejor que me lleve yo también los míos. Podemos preguntarnos el uno al otro.

Cherry advirtió que con aquello bastaba para excluir a Laura, quien murmuró algo sobre reunirse todos después, antes de ir a buscar un libro para leer en la piscina.

Daniel condujo hasta Pampelonne, un tramo de cinco kilómetros de arena dorada que llevaba alimentando la fama de Saint Tropez desde la década de 1950. A pesar de que todavía estaban a mediados de junio, él había insistido en que reservaran, ya que no quería estar dando vueltas arriba y abajo por la playa tratando de encontrar sitio.

Al llegar, Cherry se dio cuenta de que no se refería a reservar una mesa para el almuerzo, sino a unas hamacas. Gran parte de la playa estaba dividida en

clubes privados y ya se estaba llenando.

Vio el total en el datáfono portátil mientras Daniel tecleaba el PIN y abrió los ojos como platos. ¡Ochenta euros por dos hamacas! Y ni siquiera incluía toallas. Ellos habían traído las suyas; Daniel ya sabía cómo funcionaba aquello, y ella ya había metido una en su bolsa por la costumbre, a raíz de las visitas de su infancia a Brighton, donde se sentaba sobre las piedras frías, temblando, después de desafiar las ásperas olas grises.

Allí, el mar era de un verde aguamarina claro, y las olas emitían un pequeño chasquido cuando llegaban, aparentemente exhaustas, a la orilla de la playa. Cherry se tumbó en la hamaca junto a Daniel, y la sombrilla le procuró una sombra que agradeció, porque ya hacía calor. Miró hacia arriba y vio que su sombrilla era de rayas circulares anaranjadas y blancas, en contraste con el cielo azul claro. Se prolongaban a través de esa sección de la playa, una sucesión de círculos anaranjados y blancos, como si fueran caramelos de franjas de colores. Mar adentro estaban los yates, de un blanco reluciente y meciéndose con suavidad en el agua. Algunos eran ostentosos, algunos sencillamente majestuosos.

–Mira, ahí está Brigitte –dijo Daniel.

A Cherry le dio un vuelco el corazón. Levantó la mirada y vio a un grupo de personas que salían de una lancha a motor que acababa de atracar en la arena. Echaron a andar hacia ellos dos, todos con arena pegada a las piernas mojadas, y Cherry vio que junto con Brigitte venían Nicole y una chica más, además de otros dos chicos, todos jóvenes, bronceados y guapos, y en bañador. Llegaron y se arrojaron sobre la arena, sentados con los brazos extendidos por detrás. Uno de los chicos levantó la mano distraídamente para llamar a un camarero y pedir que les trajera algo de beber.

Tras las presentaciones de rigor, Cherry se alegró al ver que Nicole se resistía a mirarla a los ojos y se sentaba a cierta distancia de ella y de Daniel. La otra chica también era francesa, amiga de Nicole. Los dos chicos eran sus novios, pero no podía distinguir de cuál de ellas, y tenía que conformarse con ver quién frotaba la crema solar a quién o quién acariciaba el pelo con aire juguetón, aunque nada de eso era garantía de que hubiese una relación íntima entre ellos.

Hablaban de cosas triviales entre ellos–sobre todo de fiestas– y se metían unos con otros, arrojando arena a los vientres planos de las chicas. Mientras

Cherry los escuchaba, descubrió que estaban pasando el día en el yate del padre de Nicole, aunque no pudo determinar cuál de las lujosas islas flotantes blancas era el suyo. Se preguntó por un instante si eso era lo que aquella gente hacía la mayoría de los veranos, y supo la respuesta casi de inmediato, como supo también que apenas vislumbraba la punta de su privilegiado iceberg. Advirtió que Daniel, aunque amable con ellos, parecía contentarse con quedarse allí recostado escuchándolos distraídamente. Al cabo de un rato, terminaron sus bebidas y Nicole se levantó y preguntó si querían subir al yate.

Cherry se puso tensa: decididamente no, no quería subir. Con ellos, le parecía que tenía que mantener cierto grado de interés, o al menos estar alerta y sonreír y asentir en los lugares correctos de la conversación cuando, en realidad, ella solo quería leer su libro. Pero si Daniel quería ir, ella también tendría que hacerlo. Esperó a que él respondiera y sintió alivio cuando les contestó educadamente que tal vez se reunirían con ellos más tarde.

–¿Estás bien? –le preguntó Daniel con naturalidad cuando se hubieron ido, como si supiera que ella se había sentido un poco fuera de lugar.

–Sí.

–Se está bien aquí, ¿verdad?

Ella soltó una risita.

–Sí.

–¿Hora de leer?

–Me has quitado las palabras de la boca.

Ambos se acomodaron en sus hamacas, él con un libro de ciclismo y ella con un viejo clásico sobre Perséfone. Antes de abrirlo, miró hacia el cielo. Le gustaba su inmensidad, y si seguía el camino hacia el horizonte, se veía el trazo curvo de la Tierra. Eso la hacía sentir como si tuviera un lugar en el mundo, como si pudiera ver con perspectiva todo cuanto la rodeaba. Se embebió de aquella imagen, obteniendo fuerza y paz de la constante extensión azul, y luego se puso a leer. Al cabo de un momento, los ojos empezaron a cerrársele pesadamente.

Se despertó con la sensación de que alguien le acariciaba la pantorrilla. Levantó la cabeza, miró hacia abajo y vio a Daniel aplicándole crema solar con delicadeza.

–He movido la sombrilla –explicó–, pero seguía dándote el sol en la pierna.



–¿Qué hora es? –preguntó adormilada.

–La una.

–¿Ya?

Había estado durmiendo casi una hora y el sol se había desplazado aún más alto en el cielo y hacía mucho calor. Ella observó, sonriendo, mientras él aplicaba cuidadosamente la crema, deslizando la mano por su pierna. Se detuvo al llegar a la parte superior del muslo, tarareando, fingiendo no darse cuenta de dónde estaban sus manos. Vaciló un momento, acariciándole con el dedo la parte superior de la pierna, y luego sonrió con aire burlón.

–Ya está.

–Gracias.

–De nada. ¿Te apetece nadar antes del almuerzo?

Fueron cogidos de la mano hasta el mar y, cuando llegaron al agua, ella encogió los dedos de los pies anticipándose a la sensación de frío, pero el agua estaba deliciosamente cálida. Entró despacio y Daniel se zambulló de cabeza en la ola que venía de frente y luego se puso en pie y la mojó. Cherry lanzó un chillido. A continuación, ella se vengó arrojándole una cascada de agua a la cara y entonces estalló la guerra. Cherry se dio cuenta de que se estaba enamorando de él. Sí, le encantaba su vida y quería esa vida para ella, pero también estaba disfrutando de su compañía. Había escogido a un hombre que era divertido, además de bueno.

Después del almuerzo se bañaron de nuevo y luego volvieron a sus hamacas. Cherry tuvo la precaución de demostrar lo que había dicho anteriormente y sacó algunos de sus libros con aire estudioso. Él sintió que debía hacer algo también y los dos pasaron un par de horas estudiando, admirándose el uno al otro y dejándose mutuamente perplejos con fragmentos de sus textos. Cuando refrescó, Cherry dijo que tenía hambre y pasearon por el puerto en busca de algún sitio donde cenar. Daniel envió un mensaje de texto a Laura para decirle que habían decidido quedarse en Saint Tropez para cenar y pidieron un lenguado *a la meunière* y una botella de sémillon. Mientras el camarero le servía una copa, Cherry vio que era de la bodega Château Minuty. Tenía su gracia pensar que si las cosas hubiesen ido de otra manera, ella habría estado allí ese día. Se preguntó si a Laura le habría molestado que no hubieran pasado el día con ella.

Era ya de noche cuando volvieron a casa, justo cuando Laura estaba a punto de salir.

–Ah, habéis vuelto –dijo–. Os he estado esperando un rato... ¿Qué tal el día?  
Daniel dejó la bolsa de la playa sobre la encimera.

–Genial, gracias, mamá. ¿Y tú?

–Ha sido un día tranquilo. De relax –corrigió Laura rápidamente.

–¿Adónde vas?

–A Vincent’s. He reservado una mesa.

Daniel parecía sorprendido.

–¿Tú sola?

–Mmm... Bueno, la reservé para tres, pero no pasa nada –dijo sonriendo–.

Ya he avisado de que iré sola.

–Vaya, lo siento... –Parecía triste–. Deberíamos haber vuelto antes.

–No pasa nada, de verdad.

Cherry pensó que era el momento de intervenir ella también con sus disculpas.

–Lo siento, Laura. Si hubiéramos sabido...

Le pareció ver un destello de irritación cruzar el rostro de Laura antes de que contestara:

–No os preocupéis.

–Ha sido muy desconsiderado por nuestra parte. –Daniel se dirigió a la nevera, la abrió y miró dentro–. ¿Sabes qué? Te prepararé algo de cenar.

–No, en serio. –Laura se levantó–. Vincent me está esperando. Quería que lo pusiera al día con las novedades de la familia.

–¿Estás segura?

–Por supuesto.

–Lo siento. Otra vez. No sé por qué no se me ocurrió llamarte. Es que Cherry dijo que estaba hambrienta y nos fuimos a picar algo.

Cherry recordó que no había tenido tanta hambre; simplemente lo dijo porque prefería cenar sola con Daniel en lugar de tener que cargar también con su madre. Habría sido más educado, más considerado, esperarla, pero solo era una noche, por el amor de Dios. Como si no hubiera estado con toda la familia y amigos la noche anterior... Laura no podía pretender que no quisieran estar ellos

dos solos en algún momento, joder. De hecho, pensó, con una punzada de irritación, si no se empeñase en intentar estar con ellos todo el tiempo, tal vez no tendría que cenar sola...

Laura miró a Cherry y sonrió.

–Bueno, bueno, será mejor que me vaya. La reserva es a las nueve.

–Iremos contigo. Nos tomaremos una copa –propuso Daniel.

Cherry no tenía ni pizca de ganas, de ninguna manera. Estaba cansada después de un día de sol y media botella de vino, pero sonrió como si pensara que el plan era buena idea.

Laura vaciló.

–No, no pasa nada. Habéis estado fuera todo el día. Imagino que lo que queréis es relajarnos un poco. Estaré de maravilla. –Agarró la chaqueta y el bolso, y besó la mejilla de Daniel–. Os veo luego a los dos.

–Lo siento de nuevo, Laura. La próxima vez llamaremos –le aseguró Cherry.

Laura asintió y salió de la casa.

Cuando la puerta se cerró, Cherry hizo una mueca.

–Me sabe fatal.

–Sí, a mí también –dijo Daniel–. Tal vez deberíamos pasar un poco de tiempo con ella mañana.

–Estaba pensando lo mismo. ¿Crees que a tu madre le apetecería un día relajante junto a la piscina? Podríamos preparar nosotros el almuerzo, compensarla –dijo Cherry, y su arranque de generosidad se vio recompensado con un abrazo.

Cuando Laura regresó, la casa estaba tranquila, y habían dejado una luz encendida para ella. Aún no eran las once. Había una nota encima de la mesa: «Te hemos estado esperando un rato, pero nos hemos quedado dormidos en el sofá. Espero que hayas tenido una gran noche. ¿Te apetece pasar un día junto a la piscina mañana? ¡Nosotros nos encargamos del almuerzo!».

Daniel había firmado la nota con su nombre y el de Cherry. Laura aguzó el oído, pero no oyó nada y se fue a la cama sola.

# TRECE

*Domingo, 22 de junio*

A la mañana siguiente, Laura esperaba que Daniel y Cherry volvieran a levantarse tarde, pero para su sorpresa, ya estaban en pie y habían desayunado cuando siguió el rastro del aroma a café recién hecho hasta la cocina. Los oyó reír y charlar fuera. Le gustaba ser testigo de su expresivo entusiasmo juvenil, de su energía sin límites para lo que querían hacer con sus vidas, sin sospechar en absoluto que la energía pudiese agotarse algún día o que sus propias convicciones pudiesen cambiar. La mezcla de determinación e idealismo resultaba estimulante. Le gustaba especialmente no saber cómo iba a terminar todo, la feliz expectación a medida que se iban alcanzando todas las etapas en la vida de un hijo. ¿Sería niña o niño? ¿Qué aspecto tendría? ¿Cómo sería su personalidad? ¿Cómo le iría en la escuela? ¿Quiénes serían sus amigos? ¿Qué elegiría estudiar, en quién decidiría convertirse? Tener un hijo era la mejor clase de golpes de suerte. Aún pensaba en Rose cada vez que Daniel alcanzaba un hito, fugazmente, una especulación curiosa y dolorosa que nunca obtendría respuesta.

Se sirvió un café, sacó un cruasán recién hecho de la bolsa de papel y, llevando el plato y la taza, salió a la terraza. Se detuvo casi inmediatamente al ver a Cherry acariciar con la mano el vientre de Daniel mientras ambos se recostaban en sendas tumbonas, una al lado de la otra, con los ojos cerrados bajo el sol. La joven deslizó la mano más abajo e introdujo los dedos en la parte

superior de los pantalones cortos de Daniel y... ¡Ay, Dios...! Le pareció ver movimiento ahí debajo. Dudando entre toser discretamente pero con firmeza o girar sobre sus talones y regresar dentro, su vacilación le costó el anonimato. Cherry había abierto los ojos y, por un momento, su mano se quedó donde estaba. Miró a Laura y luego la retiró lentamente. Parecía avergonzada. Laura decidió que era mejor hacer caso omiso.

–Buenos días –saludó mientras se acercaba para sentarse junto a la piscina.

–Ah, hola, mamá –contestó Daniel mirando con una sonrisa cómplice a Cherry–. ¿Qué tal está Vincent?

–Muy bien. Quería saber todo lo que has estado haciendo últimamente. Intenté ponerlo al día, pero lo cierto es que ni yo misma sé todas tus novedades –dijo sin darle importancia–. Quería conocerte a ti también, Cherry, y dice que os reservará una mesa esta noche, antes de que vuelas a casa mañana, si os apetece. No hay compromiso, pero si decidís ir, os hará un hueco.

–Qué detalle –exclamó Cherry.

Laura levantó la mirada, pero Cherry había cerrado los ojos. Daniel tiró de la mano de Cherry.

–Vamos, es hora de nadar un rato. ¿Te vienes, mamá?

Laura no tenía muchas ganas. Esperaría a que ellos salieran. Haría unos cuantos largos tranquilos.

–Voy a desayunar primero.

Cherry y Daniel se metieron en la piscina.

–¿Está fría? –preguntó Laura, que ya sabía la respuesta por los chillidos de Cherry.

Se dio cuenta de que era un poco patético no poder entablar una conversación con ellos. Ninguno de los dos respondió. No la oían, de tan absortos como estaban el uno con el otro, y Laura los miró un rato desde detrás de sus gafas de sol mientras daba un mordisco a su cruasán. Lo cierto es que hacían de todo menos nadar: hacerse ahogadillas, chapotear, abrazarse... Miró hacia otro lado, sintiéndose excluida y –aunque le avergonzaba admitirlo– bastante celosa y sola.

Salieron unos cinco minutos después y se tumbaron con los brazos colgando a los lados de las hamacas, rozándose con los dedos y entrelazándolos disimuladamente.

Laura decidió meterse en el agua. Nadó un poco y luego flotó de espaldas, mirando hacia el cielo. Se sentía ingravida y, con los oídos bajo el agua, el sonido de sus pensamientos se volvió nítido y puro. Hasta el momento, durante las vacaciones, se había sentido lejana y distante, en absoluto sincronizada. Cuando estaba dentro de la piscina, su hijo y su novia estaban fuera, con los ojos cerrados. Si quería salir a cenar, ellos ya habían comido y se iban a la cama. Cuando ella sugería pasar un día en el campo, ellos decidían ir a la playa. No era exactamente como había previsto que sería la visita de Cherry. Sonrió para sus adentros: estaba haciéndoles de aguantavelas.

Laura había esperado conocer mejor a Cherry y de pronto se preguntó por qué no parecía querer hablar demasiado con ella. Podría haberse esforzado un poco más, teniendo en cuenta que era una invitada. Hizo unos estiramientos en el agua. «No importa», pensó. Era mejor que disfrutaran de su tiempo juntos ellos solos; al fin y al cabo, Cherry se iría al día siguiente.

Salió del agua y volvió a su tumbona. Cherry hablaba en voz baja, con el tono íntimo y cómplice exclusivo de los amantes, y Laura sacó su libro y comenzó a leer.

Se despertó y descubrió que los dos se habían ido. Adormilada, se incorporó y buscó su reloj para consultar la hora. Era mediodía. De repente, vio a Cherry en la entrada de la casa, mirándola. ¿Acababa de salir o llevaba allí un rato observándola? Laura se envolvió en el pareo y se sentó.

–Hemos preparado el almuerzo –anunció Cherry, y volvió a entrar.

Comieron juntos y luego Laura, incapaz de soportar otra tarde haciendo de carabina, decidió salir. Cuando se fue, era muy consciente de que se sentía incómoda en su propio hogar.

A la mañana siguiente, el último día de Cherry, Laura se sintió un poco culpable por sus pensamientos negativos y decidió hacer un último esfuerzo antes de que la chica regresara a Inglaterra.

–¿A qué hora es tu vuelo, Cherry? Lo digo porque a lo mejor te gustaría visitar algunos de los pueblos de la costa antes de marcharte.

–Ah... –dijo Cherry mirando a Daniel en busca de apoyo–. El caso es que me deben bastantes días. Mi jefe me ha dicho que prefiere que me los coja ahora

en vez de a mediados del verano, cuando los demás quieren irse de vacaciones. Sé que es un poco precipitado decírtelo ahora... Incluso desconsiderado por mi parte, así que por favor, dímelo si no te va bien...

Laura trató de conservar la sonrisa amable.

–¿Quieres decir que te gustaría quedarte unos días más?

–¡Muchísimas gracias! Eres increíblemente amable –dijo Cherry, y su cara se iluminó con la que Laura sintió que era la primera sonrisa auténtica que le dirigía.

–No hay ningún problema, ¿verdad, mamá?

–Pues claro que no –contestó Laura recobrándose justo a tiempo–. ¿Cuánto tiempo...? ¿Te deben aún muchos días de vacaciones?

–Bastantes.

–Mamá, estábamos pensando en hacer esa excursión a los viñedos que sugeriste. ¿Te apetece?

Laura todavía trataba de asimilar la noticia de que, al parecer, su invitada no iba a marcharse ese día después de todo; de hecho, ni siquiera parecía que fuera a irse pronto.

–No, no os preocupéis. Id vosotros. Iré a ver a Isabella.

Se fueron poco después y Laura se preparó una taza de café y la llevó a la terraza. Se dio cuenta de que estaba francamente deprimida al pensar en los días que tenía por delante.

Isabella se lo tomó con más filosofía.

–Cariño, es bueno que la chica quiera quedarse más tiempo. Demuestra que se siente a gusto aquí contigo.

–¿Tú crees?

–Pues claro. De lo contrario, se iría en el primer avión. –Observaron cómo el chico de la piscina sacaba metódicamente algunas hojas, desplazando la red despacio por el agua–. Tiene un halo verdaderamente relajante, ¿no crees? –dijo Isabella–. Sus movimientos. Como una especie de taichí.

–¿Es nuevo?

–Es el hijo de madame Baudin. –Isabella sonrió con aire travieso–. Ya es mayor de edad.

Laura se bajó las gafas de sol, entre horrorizada y divertida.

–Isabella, no estarás...

–No, querida, tranquila... Solo me gusta mirar. –Se volvió hacia Laura–. La verdad es que Cherry me cayó muy bien. A pesar de mis reparos anteriores. Me pareció encantadora. No le importó echar una mano en la cocina. Además, pensaba que esto es justo lo que querías. Una gran familia unida y feliz.

–Bueno, sí... Pero tengo la sensación de que no quiere dejarme entrar... De hecho... –Laura se rio incómoda–. Te diría que creo que piensa que ojalá no estuviera yo aquí.

–¿De verdad? ¿Por qué dices eso?

–No lo sé. Es solo una sensación. No habla mucho conmigo. No se muestra abierta.

–Querida, dale una oportunidad. Acaba de conocerte. Es probable que se sienta aterrorizada por ti.

Laura reaccionó con asombro.

–¿Por qué?

–Eres la madre de su novio, y siempre has sido muy protectora con él.

–¿De qué narices estás hablando?

–Vamos, vamos... Siempre fuiste la que más marcaba el territorio en la guardería. Te comportabas como una auténtica leona. ¿Te acuerdas de la vez que pellizcaste a aquel niño? Solo tenía dos años.

–Mordió a Daniel en la pierna. Hasta le hizo sangre. Llevó la marca de los dientes durante días.

–¿Y no hubo un incidente con un compañero de clase? Creo recordar algo relacionado con un bate de cricket y... ¿No acabó llorando o algo así y luego...? ¿No se fue de la escuela?

Laura volvió la mirada hacia el chico de la piscina.

–¿Te acuerdas de cuando éramos jóvenes? ¿Al final de la adolescencia... a principios de los veinte?

–Recuerdo vagamente muchas fiestas, o al menos que iba a ellas, pero curiosamente, no recuerdo demasiados detalles.

–Me pregunto cómo habría sido Rose.

–Guapa y brillante, probablemente. Como su madre.

Laura sonrió.



–Es curioso lo de Cherry. Esperaba poder...

–Oh, no, querida –dijo Isabella rápidamente–. No esperes eso.

–Ya lo sé. Es absurdo –respondió Laura–. Una idea fantasiosa.

Permanecieron allí sentadas, disfrutando de los movimientos lentos y metódicos del chico de la piscina, del ruido regular del agua y de las gotas al caer cada vez que levantaba la red.

Cuando regresó a la casa, Cherry y Daniel aún estaban fuera. Laura se preparó el almuerzo, pero apenas probó bocado, se sentía desgana. Luego, de pronto impaciente, se dio cuenta de que aquella era una oportunidad que debía aprovechar al máximo. Después de todo, tenía toda la casa para ella y podía disfrutar de la paz. De nadar en la piscina sin sentir que estaba de más.

Fue a su habitación y se puso un biquini. Al volver, pasó por delante de la habitación de Daniel y Cherry y advirtió que la puerta estaba entreabierta. Se detuvo y estuvo a punto de cerrarla, pero luego, impulsada por el deseo de conocer un poco más a su invitada, asomó la cabeza por la rendija. Permaneció con los pies clavados en la seguridad del terreno neutral del descansillo y desplazó la mirada por el dormitorio. Había dos maletas apiladas ordenadamente contra la pared, y la ropa colgada en los armarios. Una manga rebelde sobresalía por el espacio entre las puertas. Había algunas prendas tiradas en la silla, unos pantalones cortos de Daniel y una camiseta de Cherry que le había visto la noche anterior. La cama estaba hecha apresuradamente, con el edredón de verano echado por encima de las almohadas. En el tocador había tickets de compra, resguardos de tarjetas de embarque, los pasaportes y algunos libros. Laura reconoció uno de sus favoritos, y sin ser consciente de lo que hacía, entró en la habitación y lo cogió. Lo abrió por la esquina doblada y sonrió, recordando el pasaje de la historia. ¿Era de Cherry? Inmediatamente sintió simpatía por ella; resultaba reconfortante saber algo de ella, incluso algo tan inocuo como cuáles eran los libros que le gustaba leer. ¡Al final resultaba que tenían cosas en común! Y desde luego, Cherry no tenía por qué sentirse tensa ni nerviosa cuando estaba con ella. Animada por aquella información tan alentadora, Laura miró a su alrededor. Cogió un pasaporte y miró la parte de atrás. Era de Daniel y se rio de su cara seria de adolescente de dieciséis años. Ella misma lo había acompañado a

que se hiciera la foto para un viaje con la escuela a Birmania.

¿Pasaba algo si...? Bah, ¿qué tenía eso de malo? Era una costumbre muy habitual comparar fotografías de pasaportes. Cogió el de Cherry. En su foto también aparecía muy seria. Lo hojeó y vio que solo había un sello de entrada para Australia. Sabiendo que había cruzado los límites del juego de comparar fotografías, lo devolvió a su sitio rápidamente. Se quedó allí un minuto, sin querer irse todavía, consciente de que aquello era lo más cerca que había estado de Cherry desde que había llegado, tres días antes, y quería saber más cosas, para poder cerrar la brecha entre ellas. Al mismo tiempo, sabía que estaba invadiendo su intimidad, y que la información que obtuviera no le habría sido dada libremente. Miró alrededor en la habitación, frustrada por saber tan poco todavía sobre la chica que le había robado el corazón a su hijo, frustrada porque Cherry no se hubiese mostrado abierta con ella.

Vio que algo sobresalía por la parte posterior del libro. Debía de haberse deslizado mientras lo ojeaba. Reconoció el billete de avión de Cherry y al meterlo de nuevo en el libro, frunció el ceño.

«Fecha de vuelta abierta.» Laura sacó el billete del libro. El vuelo era para el viernes anterior a Niza. Quinientas libras. No había vuelo de vuelta reservado.

¿Por qué Cherry solo había reservado el vuelo de ida? Siempre había tenido prevista la vuelta para hoy... Laura examinó el billete impreso buscando algo que explicara... ¿el qué?

Un pájaro se acercó volando a la ventana y sus movimientos bruscos la sobresaltaron. De repente, se sintió incómoda en aquella habitación y volvió a dejar el billete. Salió apresuradamente y dejó la puerta entreabierta, tal como la había encontrado.

Fuera en la piscina, se tumbó en la hamaca, pero no consiguió relajarse. Era algo sucio registrar entre las cosas personales de alguien, y Laura estaba perpleja consigo misma, no solo por haberlo hecho, sino por la rapidez y facilidad con la que había actuado, cogiendo sus cosas, fisgoneando entre las pertenencias de Cherry, entre sus documentos privados. Estaba muy avergonzada. Y, sin embargo, no conseguía quitarse aquel billete de la cabeza, había algo en él que la inquietaba.

Tal vez el agua la despejaría, le aclararía las ideas. Se metió en la piscina y se marcó un objetivo de cien largos. Seis, siete brazadas decentes y llegaría al otro

extremo. Rompería su concentración. ¿Por qué Cherry no había reservado un vuelo de vuelta?

Cuando Daniel y Cherry regresaron, ella se hallaba en la cocina preparando la cena. Cherry fue a cambiarse y Laura esperó hasta oírla cómo abría el grifo de la ducha. Se puso a lavar las hojas de la lechuga que había recogido del jardín. Daniel estaba sentado a la mesa, disfrutando de una copa de vino con ella. Aquellos eran los momentos que tanto le gustaban, ellos dos solos, sin hacer nada en particular, y se dio cuenta de que no habían estado así desde que Daniel había vuelto de la universidad.

–Eres muy meticulosa –dijo él, divertido, mientras ella sostenía cada hoja individualmente debajo del grifo, inspeccionándola a fondo mientras caía el agua.

–Te sorprendería ver dónde se esconden. ¡Mira! ¿Lo ves? Ese casi se me escapa...

–¿De verdad sería tan malo que te comieras unos cuantos bichos?

–No digas asquerosidades.

Él se rio y la observó mientras ella escurría las hojas y las ponía en un cuenco. Luego se puso a cortar tomates cherri.

–¿También son del jardín?

–De los primeros.

Ella le arrojó uno y él trató de recogerlo con la mano, pero falló. Lo cogió del suelo y, después de echarle un vistazo rápido, se lo metió en la boca.

–¡Puaj!

Daniel sonrió.

–Está rico.

Tendría que sacar el tema antes de que apareciera Cherry.

–Me alegro de que Cherry pueda quedarse unos días más...

–Ajá. ¿Tienes más tomates de esos?

Laura le arrojó otro.

–Qué suerte ha tenido, ¿verdad? ¿La llamó su jefe? ¿Para ver si quería cogerse más días de vacaciones?

–No lo sé. Tal vez.

–Aunque es un poco raro, que tu jefe te llame cuando estás fuera para preguntarte si quieres prolongar tus vacaciones...

Laura sonrió.

–Sí... Bueno, ahora que lo dices, creo que fue ella quien llamó para saber si le habían programado alguna visita la mañana de su vuelta al trabajo y, simplemente, salió el tema. Ahora mismo la cosa está muy tranquila y su jefe prefiere que Cherry se coja algunos de los días que le quedan.

–Pero, en principio... Tenía que volver hoy, ¿verdad? ¿Ese era el plan?

–Sí... ¿Por qué lo preguntas?

–No, por nada.

–Vamos, tiene que haber una razón.

Laura intentó quitarle importancia.

–Me lo preguntaba, nada más... Eso fue lo que habíamos acordado.

–Sí... Claro que sí.

Ella sonrió con naturalidad, pero su silencio daba a entender otra cosa. De repente, a Daniel se le ocurrió:

–¿Crees que Cherry tenía pensado irse otro día?

–No lo sé, ¿es así?

Parecía sentirse molesto.

–¡No! Oye, hablamos de las fechas contigo. Ella reservó el vuelo y yo le envié las seiscientas libras.

Laura hizo un gran esfuerzo por mantener una expresión neutra y conservar la calma. ¡¿Seiscientas libras?!

–¿Le pagaste el billete? –preguntó como si tal cosa.

–Sí. Una agente inmobiliaria en prácticas no gana tanto dinero.

Laura percibió el tono admonitorio de su voz y esbozó una sonrisa cordial.

–Me lo imagino.

Cualquiera que hubiese pasado por delante de la habitación de Cherry en ese momento se habría quedado desconcertado por lo quieta que estaba, completamente inmóvil, con la vista fija hacia delante, mirando con gran intensidad. Si esa persona hubiera entrado en la habitación, habría visto que estaba mirando el tocador, o, para ser más exactos, el libro que había encima del tocador, y esa persona se habría preguntado qué podría haber ahí encima para que alguien lo observase con tanto interés.

Cherry lo recolocó de forma que el lomo quedase en paralelo al borde del tocador. Sabía que alguien lo había cogido, lo había examinado y había sacado el documento oculto en la parte posterior. Y ahora mismo, la información que contenía ese documento probablemente estaba fermentando una especie de bacteria multiplicadora en el cerebro de Laura. Cherry estaba furiosa, pero sabía que era mejor no enfrentarse a ella ni pedirle explicaciones. No, debía de haber otra forma de manejar aquella situación. Por ahora, se lo guardaría para ella y no diría nada.

# CATORCE

*Lunes, 30 de junio*

Cherry no daba señales de irse. Pasaban los días, perezosos, exuberantes y llenos de luz solar, y Laura seguía esperando a que dijera cuándo se le acababan las vacaciones o hablase de volver a trabajar, pero Cherry nunca mencionaba el tema. Las sugerencias para salir todos juntos de excursión cesaron por completo: Laura ya no sentía el entusiasmo de antes. Siempre seguían la misma rutina: en el desayuno, ella preguntaba qué habían planeado para el día y si iban a ir a la playa. Ahora sentía una sensación de alivio si, efectivamente, se iban a la playa, porque no tendría que esforzarse por mantener una conversación educada. En vez de eso, se quedaba en la piscina, tranquila pero sola, y se sorprendió sintiendo que la presencia de Cherry empezaba a molestarla. Aquellas también eran sus vacaciones, y no había contado con que la novia de su hijo estuviera allí con ellos todo el tiempo. Ella también quería pasar unos días con Daniel, ellos dos solos.

Volvió a abordar el tema una vez más con él, una semana después de la fecha en que se suponía que Cherry tenía que regresar a Londres. Daniel se disculpó y se ofreció de inmediato a buscar un hotel para los dos, lo cual decía mucho a su favor, pero Laura se dio cuenta de que entonces no vería a su hijo y, sin pararse a pensar, le quitó la idea de la cabeza.

La tensión comenzaba a hacer mella en Laura de otras maneras. Empezó a extraviar cosas: sus llaves desaparecían de la encimera de la cocina; su cepillo de

dientes aparecía en el cubo de la basura, después de haber caído del lavamanos de encima. Para colmo, un día descubrió un arañazo en su coche de alquiler, cosa que debió de ocurrir cuando aparcó en el pueblo. No era solo la continua presencia de Cherry lo que la incordiaba. También estaba la cuestión del coste del vuelo: definitivamente, en el billete figuraba una tarifa de quinientas libras, de eso estaba segura, y sin embargo, Daniel había dicho que le había dado cien libras más. Ella era muy consciente del gran abismo que había entre ambos en cuanto a su situación económica y no le gustaba la impresión que aquello le causaba.

Dos días antes de que Laura tuviera que volver a casa, de pronto se le ocurrió pensar que Cherry aún seguiría en la casa cuando hubiese regresado a Londres. La idea la irritaba tanto que se limitó a contestar con monosílabos cuando dijeron que irían a Saint Tropez a pasar el día. Se despidió de ellos y luego salió a la piscina para buscar su biquini, que había dejado en el tendedero el día anterior. Sin embargo, no estaba allí y Laura miró a su alrededor. Juraría que lo había colgado la noche anterior. Entonces lo vio, tirado en el suelo por culpa del viento. Al ir a recogerlo vio que estaba sucio, como si se hubiera caído cuando aún estaba húmedo, cosa que le extrañó, porque no había soplado viento la noche anterior. Suspirando, lo entró en la casa para lavarlo. Mientras abría el grifo, se planteó hasta qué punto podía interrogar a Cherry. Desde luego, no podía preguntarle cuánto le había costado el vuelo, ya que lo interpretaría como una acusación directa, pero decidió que volvería a preguntarle cuándo planeaba irse. A eso sí tenía derecho.

Alargaría aquel viaje otros tres días más. Después de todo, en Francia se tardaba mucho tiempo en organizar un funeral, y luego estaban todos los asuntos de su abuela, que había que gestionar. Neil se había mostrado muy comprensivo y había accedido a prolongar su permiso cuando lo llamó por teléfono para comunicarle que, desgraciadamente, su abuela había fallecido. La decisión de no decirle a Laura exactamente cuánto tiempo más planeaba quedarse le resultó muy fácil: le estaba bien empleado por husmear en sus pertenencias. ¿Quién coño se creía que era, fisgando en sus cosas? Siempre estaba encima de ellos, haciendo preguntas, intentando pasar cada minuto del día pegada a ella y Daniel

como una lapa; seguramente pensaba que estaba en su derecho de colarse y hurgar en su habitación. Cherry suspiró. Ojalá las cosas hubieran sido diferentes, pensó. Habría sido tan maravilloso llevarse bien... Cherry opinaba que era importante congeniar con la madre de su novio y le disgustaba que no fuera así.

Paseaban cogidos de la mano por Saint Tropez, con las bolsas colgadas al hombro y protegiéndose los ojos con gorras mientras caminaban, levantando arena y polvo con las chanclas. Se dirigieron a la Place des Lices, donde algunos ancianos jugaban a la petanca bajo la sombra jaspeada de los plátanos, y luego se dirigieron al puerto, donde los yates parecían demasiado grandes para fondear en él.

–¿Cómo dices que era? –preguntó Daniel para que se lo contase.

–Una falda acampanada azul y un top a rayas azules y blancas a juego. Del mismo color –dijo estremeciéndose.

Él le miró las piernas.

–¿Cómo de corta?

Ella le bajó la gorra para taparle la cara.

–Está bien, lo siento. –Sonrió–. ¿Qué pasó luego?

–Un día salí con unas amigas y vi a la chica de quien había heredado el conjunto. Y resulta que lo llevaba puesto en ese momento.

–¿Y qué?

–Tú no lo entiendes. Era humillante. Tenía tanta vergüenza que crucé la calle con la esperanza de que no me viera. Fue entonces cuando el coche me atropelló.

–¡¿Qué?! –Él la miró horrorizado.

Ella entrelazó el brazo en el suyo.

–Al final, solo me hice un esguince en el tobillo y unos cuantos moretones.

–Podrías haber muerto.

–En ese momento me preocupaba mucho más que en el colegio los niños se enterasen de la historia completa. No olvides que yo solo tenía catorce años. Por suerte, la otra niña no llegó a saber la verdadera razón de por qué yo había salido huyendo. De hecho –añadió Cherry dándose cuenta de repente–, es la primera vez que se lo explico a alguien.

Daniel la cogió de la mano, se la apretó y sonrió. De vez en cuando, aquellas historias que tanto la habían atormentado durante su infancia resultaban útiles y, a diferencia de otras cosas que había contado, estas eran ciertas. Daniel tironeó



de ella hacia el otro lado de la calle.

–¿Qué pasa? –exclamó ella, perpleja.

Levantó la vista y vio que habían llegado a las estrechas callejuelas del casco antiguo, donde estaban todas las *boutiques*, y que parecían ir directos hacia Dior. Sintió que se le aceleraba el corazón; Daniel parecía decidido a hacer algo, pero ella no lograba imaginar el qué. Entraron en la tienda. Miró a su alrededor, fijándose en la decoración elegante, con su ropa selecta, prendas y complementos que parecían burlarse de ella con su superioridad, y se puso nerviosa. Estaba muy bien que sus historias de sus tiempos difíciles lo hubieran impulsado a sugerir ir de tiendas, pero no podía permitirse ni por asomo aquellos precios.

–Estas tiendas son preciosas, pero...

–Pago yo –dijo él en voz baja.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

–Cómprate lo que quieras. De hecho, vas a probártelo todo. Me gusta esa blusa amarilla. ¿Qué te parece?

Cherry miró hacia donde señalaba él y luego se volvió a mirarlo, ya que todavía no acababa de comprender.

–Será mejor que te des prisa porque todavía nos quedan todas las demás.

–¿Las demás? –acertó a decir.

–No me preguntes cómo se llaman, porque nunca me acuerdo de todos los nombres, pero tienen ropa muy bonita. –Sonrió con aire de disculpa, señalando su ropa más bien modesta–. Bueno, eso me han dicho.

Cherry no podía creer lo que estaba oyendo.

–No puedo aceptar... –empezó a decir.

–Es mi regalo de cumpleaños para ti –repuso él con firmeza.

Y eso lo convirtió en aceptable. Parecía tan entusiasmado como Cherry, sacando las prendas de los soportes y sujetándolas delante de ella, esperando pacientemente fuera de los probadores y haciendo comentarios constructivos que demostraban que, efectivamente, estaba evaluando la ropa. También pagó por todo. Ella no perdió la cabeza –no quería parecer codiciosa ni aprovecharse de la fortuna de él– y rechazó un par de prendas diciendo que tenía demasiadas, pero aun así adquirió cinco o seis piezas de ropa de firma. Después de la penúltima tienda, el entusiasmo de Daniel pareció decaer, pero mantuvo su oferta

alegremente.

–¿Quieres visitar la última? –preguntó mientras señalaba con la cabeza al otro lado de la calle.

Cherry sintió que ya había tenido suficiente. Lo besó en los labios.

–No, gracias. Ha sido una mañana perfecta.

Él puso cara de alivio y ella se dio cuenta de que había hecho todo un sacrificio.

–No te gusta ir de compras, ¿verdad?

La culpa asomó a su rostro; luego la vio reírse.

–No soporto ir de compras. Ahora, siéntate aquí. –Indicó un banco a la sombra–. Y yo iré a la *boulangerie* a comprar algo para almorzar.

Cherry se alegró de poder descansar y verlo caminar calle arriba. Examinó con mirada amorosa sus bolsas, exultante de felicidad. Una sonrisa estúpida adornaba su rostro mientras repasaba mentalmente la ropa nueva que acaba de incorporar a su vestuario. Tal vez podría estrenar uno de los vestidos esa misma noche. De repente, su sonrisa se desdibujó. Probablemente, Laura tendría algo que decir acerca de aquel espectacular dispendio en ropa. Decididamente, la relación entre ambas había sido muy tirante los últimos días, a pesar de que Daniel no lo había advertido, pero Cherry era muy consciente de que no quedaba rastro de la calurosa actitud de bienvenida del principio. Daba lo mismo que toda aquella ropa fuera un regalo, y que Daniel la hubiese instigado a comprar sin ninguna incitación consciente por su parte: el hecho era que acababa de gastarse casi dos mil euros en ella.

Cherry enderezó la espalda un tanto incómoda. No quería despertar ningún tipo de sospecha sobre por qué estaba con Daniel. Aquello solo complicaría las cosas. Mientras miraba distraídamente a su alrededor, al otro lado de la calle vio en un escaparate un cuadro que le resultaba familiar y luego lo reconoció como una obra del pintor de los cuadros que Laura tenía en la casa. Recogió sus bolsas, se encaminó hacia la galería y se asomó. El cuadro estaba expuesto en un pequeño caballete de madera, un óleo del puerto de Saint Tropez. Costaba tres mil quinientos euros y llevaba un adhesivo con la palabra VENDIDO.

La campanilla de la tienda tintineó al entrar. Sabía que no disponía de mucho tiempo, ya que Daniel volvería de un momento a otro. Examinó la galería rápidamente y descubrió más cuadros del mismo pintor en la pared del fondo.

VENDIDO, VENDIDO, VENDIDO, decían todos. Luego vio uno más pequeño, un óleo de la Place des Lices, con la sombra jaspeada de las docenas de plátanos proyectando una celosía de encaje sobre el suelo de tierra. Milagrosamente, parecía aún en venta. Estaría meses pagando la deuda de su tarjeta de crédito, pero supo, instintivamente, que merecía la pena. El galerista envolvió el cuadro. Cherry pagó, luego salió rápidamente de la tienda y regresó a su sitio en el banco, a la vez que escondía el paquete en una de las bolsas de ropa. Daniel apareció apenas un par de minutos después y llegó con la cara ligeramente enrojecida, como si hubiera estado corriendo. Se disculpó por haber tardado tanto, pero traía una *baguette* y una tarta de limón para el almuerzo.

Se sentaron en la plaza y comieron, observando a los jugadores de petanca, y luego regresaron a casa. El coche de Isabella estaba en la entrada cuando llegaron, y al entrar oyeron numerosas voces; Brigitte estaba allí también, junto con Nicole.

–¡Aquí están! –exclamó Isabella, quien a todas luces se había tomado un par de copas de vino–. ¿Habéis pasado un buen día?

–Estupendo, gracias –dijo Cherry.

–Ya lo veo, sí –añadió Isabella sonriendo y mirando sus bolsas.

–¿Nos vais a hacer un pase de modelos? –preguntó Brigitte.

Cherry se sonrojó.

–No.

–Bueno, al menos déjanos ver lo que has comprado.

Estaba manoseando las bolsas, tratando de mirar dentro, y Cherry disimuló su malestar. Sacó un vestido de una de las bolsas entre exclamaciones de admiración y envidia.

–¿Qué más? –reclamó Brigitte, y Cherry deseó que cerrara el pico.

–Solo una camisa y un top.

–¿En todas esas bolsas? –exclamó con incredulidad–. Vamos, ¿a qué viene tanto misterio? Por favor, por favor, ¿podemos verlo?

Laura había permanecido callada durante todo el intercambio, pero Cherry estaba segura de que ella también quería saber qué había en las bolsas. Isabella y Brigitte la miraban con una expresión inquisitiva y expectante. No tenía otra opción, así que, al cabo de un momento, todas las prendas acabaron expuestas, siendo objeto de juicio, comentarios y exclamaciones.

Cherry sorprendió a Laura mirándola con curiosidad. Sabía que se estaría preguntando cómo había conseguido pagar toda aquella ropa.

–Parece que has tenido mucho éxito en tu visita a las tiendas del pueblo – comentó afablemente.

–No ha ido a todas –contestó Daniel con alivio.

–¿Tú también has ido con ella? –Brigitte no salía de su asombro–. ¿Cómo has conseguido convencer a Daniel para ir de compras?

–La verdad es que fue idea mía –sonrió. Pasó el brazo alrededor de Cherry y la besó–. Feliz cumpleaños. Siento que lo hayamos celebrado tan tarde.

El semblante de Laura permaneció impasible. Ahora era el momento, pensó Cherry. Se acercó a la bolsa que contenía el cuadro envuelto, lo sacó y se lo dio a Daniel.

–Esto es para ti.

Él lo cogió con cara de sorpresa.

–¿Qué es?

–Ábrelo –respondió ella sonriendo.

Daniel retiró el envoltorio y su rostro se iluminó.

–Pero si es... –Se quedó sin palabras.

Cherry asintió.

–Simplemente lo vi y quise que fuera tuyo.

Su gesto casi la había llevado a la ruina, pero había sido necesario. El cuadro le había encantado, era evidente, pero parecía preocupado.

–No debes... No puedes...

Cherry levantó un dedo.

–No. No quiero oírlo. Quería regalarte algo especial.

–No...

Ella se llevó un dedo a los labios.

–Chsss.

Daniel miró el cuadro de nuevo, se le iluminaron los ojos, y la atrajo hacia él abrazándola con fuerza para besarla.

–Gracias. Me encanta. –Cherry vio que estaba increíblemente conmovido, y se alegró de haberlo hecho–. El tuyo sí que es un regalo –la reconvino con delicadeza.

La besó de nuevo. Por encima del hombro de él, Cherry vio a Laura mirarlos

con incertidumbre. Seguro que se estaba preguntando de dónde habría sacado el dinero para pagar el cuadro. Bueno, pues que siguiera preguntárselo.

Esa noche Laura no durmió bien. Había tantas cosas que le quitaban el sueño... Daniel había pagado los billetes de avión de Cherry –y, por lo visto, encima había pagado de más– y luego le había comprado toda aquella ropa. Era evidente que se había gastado una fortuna, aunque, para ser justos, lógicamente, Cherry no podía permitirse ninguna de aquellas prendas. Así que, ¿por qué el cuadro? ¿Cómo podía permitirse un óleo original por valor de dos mil o tres mil euros cuando no podía pagarse sus propios billetes de avión? Aquello la tuvo desvelada hasta las dos de la madrugada, y también se despertó temprano, alrededor de las seis. La mezcla de inquietud y malestar que sentía en la boca del estómago no desapareció, así que se levantó y se fue a la cocina a buscar un vaso de agua. Mientras sostenía el vaso bajo el grifo, le resbaló de los dedos y se estrelló contra el fregadero. Laura soltó una maldición. Estaba muy torpe últimamente; siempre andaba tirando cosas, o perdiéndolas. Todavía tenía que arreglar el coche de alquiler, y ahora era demasiado tarde, ya que se iba al día siguiente. Recogió con cuidado los añicos de vidrio del fregadero; ya los envolvería en un periódico viejo. Luego se sirvió otro vaso de agua y bebió despacio, con las mismas preguntas de la noche anterior repiqueteando aún en su cabeza, como si fuera una máquina de *pinball*, pero seguía sin sacar nada en claro.

Estiró los brazos y las piernas, pues se sentía dolorida y entumecida. Aunque era el último día de sus supuestamente relajantes vacaciones, se sentía más estresada y agotada que antes de llegar. Cherry lo había trastocado todo. Se había adueñado de la casa y, sin embargo, en ningún momento había mostrado ganas de pasar tiempo con su anfitriona; de hecho, Laura tenía la clara impresión de que Cherry apenas la soportaba.

Cogió el cuadro que la joven había comprado para Daniel. La luz quedaba atrapada en los plátanos, y las sombras se extendían sobre el suelo de tierra de la plaza. Era realmente precioso. Con razón a Daniel le gustaba tanto.

–Es un original.

Laura se volvió y vio a Cherry en la entrada.

–Por si te lo preguntabas.

–¿Cuánto tiempo llevas ahí? –le espetó irritada, y también culpable, aunque Cherry no podía leerle la mente.

–No mucho. –Cherry sonrió, se acercó y le quitó el cuadro. La miró a los ojos—. ¿Hay algo más que quieras comprobar?

Laura se quedó perpleja. ¿Qué quería decir con aquello? ¡Pero si solo estaba mirando el cuadro, por el amor de Dios! Estaba a punto de contestarle cuando su memoria evocó un recuerdo frío y agobiante: el día que entró en su habitación. Las cosas de Cherry, la información de los billetes de avión... ¿Sabía que alguien los había visto, que había estado hurgando en sus cosas?

Daniel apareció en ese momento y puso el brazo alrededor de Cherry.

–¿Todavía te apetece ir a la playa?

Ella sonrió.

–Por supuesto. Voy a coger mis cosas.

Volvió al piso de arriba.

–¿Y tú, mamá? ¿El último día para tomar el sol?

–No, gracias.

–¿Qué te pasa?

No era su intención parecer tan cortante, pero casi había llegado a su límite.

–¿Cherry ha pasado unas buenas vacaciones?

Su hijo frunció el ceño.

–Sí. Muy buenas. ¿Por qué? ¿Pasa algo?

–Oh, vamos, ¿de verdad no lo sabes? Se ha quedado aquí bastante tiempo.

–Creía que habías dicho que no pasaba nada, que no te importaba.

Laura suspiró.

–Sí, eso dije, pero la verdad es que no esperaba que se quedara tantos días...

–Lo siento. Habríamos buscado un hotel. Ya te ofrecí...

–No importa –dijo Laura con brusquedad—. Aunque me gustaría saber qué día se va a ir exactamente, no sé a qué viene tanto secreto.

–No es un secreto.

–Pues cuando se lo pregunté, se negó a decírmelo. Y no ha vuelto a sacar el tema desde entonces. –Laura sintió cómo la tensión de los últimos días afloraba en ella—. ¿Cuánto tiempo tiene intención de quedarse, si puede saberse? ¿Semanas, meses, todo el verano quizás?

–Se va el sábado.

Laura se quedó sin palabras.

–¿El sábado? ¿Pasado mañana?

–Sí, tiene que volver al trabajo.

–Ya. Entonces ¿por qué no ha dicho nada?

–Sí lo dijo. Yo hace siglos que lo sé.

–Pero ¿no se le ocurrió decírmelo a mí?

–Ella no... Yo... Seguramente se le pasó decírtelo. Lo siento, debería haber pensado en ello. Si hubiéramos sabido que estábamos invadiendo tu espacio, nos hubiésemos ido a otro sitio, de verdad.

Laura se tragó su consternación. «Nos.» Daniel hablaba en plural constantemente, y Laura había echado de menos a su hijo las últimas semanas.

–Sabes que no es eso lo que yo quería.

Se quedaron callados. Ambos tenían más cosas que decir, pero ninguno de los dos quería ser el primero en sacar el tema.

–Nos encantaría que vinieras a la playa con nosotros, mamá. De verdad que me gustaría mucho. Aunque solo fuera un par de horas...

Estuvo a punto de decir que sí. A punto.

–Lo siento, Daniel. Le prometí a Izzy que quedaría con ella.

Para Daniel, era evidente que su madre acababa de inventarse aquella excusa, y a ella le sabía fatal tener que mentirle, pero ¿cómo explicarle que había algo en Cherry que le daba mala espina? Estaba segura de que la incomodidad que ambos sentían en ese momento no eran imaginaciones suyas. Estaba claro, por la expresión de dolor en el rostro de su hijo, que creía que su novia no le caía bien.

–Está bien, entonces hasta luego.

Le dio un breve beso en la mejilla y luego se reunió con Cherry y se fueron.

Laura se sentía culpable por haberse inventado la excusa de ir a ver a Izzy, así que decidió convertir la mentira en verdad y fue en coche a Saint Tropez, pero, para su desgracia, Isabella no estaba. Se quedó un momento en la casa vacía de su amiga preguntándose qué hacer, y luego decidió que, simplemente, se volvería a casa otra vez. Preparó su maleta para la mañana siguiente y luego salió al jardín para ver si los pimientos o los tomates estaban en el punto preciso de madurez para su recogida. Se llevó consigo un bol de la cocina y así pasó

aproximadamente la siguiente media hora, incluso logró olvidarse de Cherry un ratito, hasta que oyó voces en la cocina. Barajó quedarse fuera un rato más, pero, tras lanzar un suspiro, decidió que eso sería demasiado grosero y entró con un pimiento rojo y amarillo y cuatro tomates maduros.

–Estamos teniendo una cosecha muy buena este año –empezó a decir, y luego les vio las caras–. ¿Qué pasa?

Daniel sostenía el cuadro en las manos: había un desgarró de cinco centímetros en el lienzo, justo al otro lado del centro de la Place des Lices.

Laura estaba horrorizada.

–Pero ¿cómo demonios...? Tu cuadro, tan bonito...

–Estaba rodeado de cristales cuando llegamos –explicó Daniel.

En la encimera estaba el vaso que había roto antes y que había olvidado envolver y meter en el cubo de la basura.

–Pero... ¿qué hacía ahí?

Los miró a los dos, pero Cherry no la miró a los ojos, sino que bajó la cabeza con tristeza.

Tardó unos segundos en entender lo que pasaba; luego, desechó la idea, se rio. Se quedó inmóvil, incrédula.

–¿Qué?

–Sea lo que sea lo que haya pasado, seguro que ha sido un accidente –dijo Cherry con benevolencia.

Laura estaba estupefacta.

–No creeréis en serio que... ¿fui yo?

–No, mamá. Simplemente, no sé cómo ha pasado. Llegamos a casa y lo encontramos... en medio de los cristales rotos.

–Quería tirar esos cristales, pero se me olvidó. –Laura se calló al darse cuenta de que eso la hacía parecer culpable–. Es imposible que un lienzo se rasgue de esa manera solo por estar encima de unos vidrios. Hay que ejercer presión para desgarrarlos, cortarlos. –Se interrumpió disgustada–. Siento mucho lo que ha pasado con tu cuadro –le dijo a Daniel–, pero la verdad es que no tengo ni idea de cómo ha podido rasgarse.

Dirigió la vista hacia donde estaba Cherry, quien miraba el suelo con una expresión apesadumbrada.

La cena transcurrió con normalidad; nadie mencionó el cuadro. Laura se



excusó temprano y se fue a la cama.

Al día siguiente, Daniel cargó las maletas de Laura en el maletero del coche. Cherry se detuvo en el umbral y le estrechó la mano.

–Muchas gracias por una estancia maravillosa, Laura.

«Es la primera vez que lo dice», pensó Laura, y trató de disimular la irritación por que la hubieran echado de su propia casa.

De camino al aeropuerto, Daniel estaba muy callado y a Laura la entristeció comprobar que ya no tenían la buena sintonía de siempre. Intentó rebajar la tensión antes de volver a casa.

–Sabes que yo no lo hice, que nunca se me ocurriría hacer algo así con tu cuadro, ¿verdad? –le dijo sin acabar de creerse que tuviera que decirlo.

–Sí, por supuesto.

–Pues no pareces muy convencido.

Daniel apartó los ojos de la carretera un segundo y le sonrió.

–Oye, tal vez simplemente es una de esas cosas inexplicables.

«¿Como qué?», pensó Laura. Pero estaba claro que el asunto estaba zanjado. Y no iba a ganar nada por seguir insistiendo. Sabía que ella no lo había hecho, y era muy poco probable que lo hubiera hecho Daniel, así que eso dejaba a Cherry como la única responsable posible, o bien que hubiese sido un simple accidente fortuito. No conseguía entender esto último, pero tampoco podía entender por qué haría Cherry una cosa así. Era difícil de comprender, desde luego, pero había algo más que la preocupaba, una persistente inquietud: la joven todavía estaba en su casa.

Cherry vio el coche alejarse y desaparecer al final de la calle. De modo que al fin se había ido. Sintió un gran alivio. Laura sabía cosas, estaba segura. Sabía que no había reservado un vuelo de vuelta, tal vez incluso sabía que Daniel había pagado un poco más de lo que le había costado realmente el billete. Lo cierto es que necesitaba desesperadamente un bañador nuevo, que no podía permitirse, pero es que, además, en realidad era para él: quería estar guapa para Daniel. Así que era un alivio que la madre agobiante se hubiese ido. Ahora podía soltarse el

pelo; ¡era libre! Libre para disfrutar de aquella magnífica casa.

Acarició el respaldo de las sillas mientras se paseaba por la sala de estar. Recolocó los paños de cocina y vio el cuadro con el desgarrón apartado a un lado. Era una lástima. El cargo de todo ese dinero en su tarjeta de crédito que todavía tenía que pagar; le daba mucha rabia y le hacía sentir un poco de vértigo. Pero había sido un mal necesario. Necesitaba deshacer aquellos lazos maternos que Laura aún mantenía tan firmes. Necesitaba a Daniel de su parte, ahora que su madre había estado entrometiéndose en su vida.

Cherry cogió una manzana del frutero y salió a la terraza. Se la comió delicadamente mientras contemplaba la península de Saint Tropez y pensaba en Laura, preguntándose si verdaderamente valoraba todo aquello y con qué frecuencia se molestaba en venir. Por lo que Daniel le había contado Laura trabajaba mucho y muchísimas horas. Cherry lanzó un resoplido desdeñoso, sin entender cómo su dueña podía desperdiciar así una casa tan bonita. Seguramente pasaban meses sin que la disfrutara nadie más que las arañas, que aún se las arreglaban para tejer telarañas cada semana antes de que la mujer de la limpieza las eliminara, y los pájaros, que se mojaban el pico en el borde de la piscina. Cherry sabía que si ella fuera la dueña de aquella magnífica villa, pasaría allí semanas o incluso meses. Observó el famoso puerto a lo lejos y experimentó una maravillosa sensación de bienestar –de familiaridad, por qué no–, como si todos aquellos yates, las playas, las calles bañadas por el sol y su estilo de vida estuvieran al alcance de su mano para su disfrute.

Esa noche, acostada en la cama, Cherry cogió su libro mientras esperaba a que Daniel saliera del baño. Lo oyó entrar en la habitación, y luego él se metió en la cama y le apartó el libro de la cara. Ella levantó la vista y vio que llevaba una cajita en la mano.

–Quería esperar hasta que estuviéramos a solas para dártelo –dijo.

Cherry miró la caja, embelesada. Era de terciopelo turquesa. Una caja como esa no podía contener más que joyas. Con aire vacilante, la abrió y se quedó sin habla. Sobre el forro de seda había una fina pulsera de oro con una sola piedra de un azul suave y reluciente.

–Es una piedra lunar. Por tu mes de nacimiento, según parece, aunque tengo que confesar que eso es solo una coincidencia. Simplemente, me gustó cuando la vi. Pensé que te quedaría bien.

Ella le lanzó los brazos alrededor.

–Gracias. Me encanta.

–Feliz cumpleaños, otra vez.

La besó y luego sacó la pulsera de la caja y ella le tendió la muñeca delgada y bronceada. Él cerró el broche y ella observó cómo la piedra brillaba misteriosamente mientras movía el brazo. Era la joya más hermosa que había visto en su vida. Y, en ese preciso instante, Cherry tomó una decisión. Nicolas no era el único que podía casarse.

También ella podría hacerlo con Daniel Cavendish.

# QUINCE

*Viernes, 4 de julio*

Al llegar a casa, Laura se encontró con un ruido insoportable: los trabajos para la ampliación del sótano de sus vecinos avanzaban a buen ritmo y, por muy irritantes que fueran, no tenía más remedio que soportarlos, pues apenas doce meses antes ella también había estado haciendo lo mismo. Se suponía que esa tarde iba a trabajar desde casa en algunas propuestas para presentárselas a la gente de la ITV durante el almuerzo previsto para dentro de un par de semanas.

Poco después de volver del aeropuerto, recibió en su casa a un guionista que a Laura le caía bien y con quien le gustaba trabajar, con muy buena prensa dentro de la ITV por haber tenido un éxito más que respetable con una miniserie el año anterior. Laura le abrió la puerta y tuvieron que saludarse a gritos por culpa del ruido de la excavadora. Trabajaron codo con codo en una idea conjunta que tenían sobre una serie dramática ambientada en una exclusiva escuela privada y, a pesar del ruido de las obras, lograron hacer grandes avances. La única interrupción fue un breve corte de electricidad por obra y gracia de los operarios, lo que significó que se quedaron sin internet durante una hora más o menos, de modo que no pudieron seguir documentándose durante ese tiempo.

Hacia media tarde, el guionista ya tenía suficiente material para escribir un enfoque, un resumen de la serie. Era una inversión cuyo coste Laura tendría que asumir; no era un guionista barato, aunque las series dramáticas solían ser muy caras. Aun así, creía que merecía la pena, ya que presentía que había muchas

posibilidades de que Alison y Sean aceptaran este proyecto.

Cuando el guionista se fue, los obreros recogieron sus cosas y se fueron también. Era última hora de la tarde, pero Laura sabía que el fin de semana no habría comenzado aún para todo el mundo. Le dio vueltas a la idea un rato y luego, antes de que pudiera echarse atrás, cogió el bolso y salió de la casa.

Recorrió la corta distancia hasta la inmobiliaria de Highsmith y Brown y miró en el escaparate. Había fotografías preciosas de muchísimas casas; algunas costaban millones, mientras que, en otras, se anunciaba que el precio solo se comunicaba a petición del interesado. Después de pasar lo que le pareció un tiempo razonable mirando, entró en la agencia. Un hombre de aspecto pulcro y elegante, acompañado de otro caballero, al parecer, jubilado, levantó la vista. Parecía sentirse agobiado, tal vez más incluso cuando una chica joven se acercó a Laura con aire vacilante.

–Hola. ¿Puedo ayudarla?

Laura quería hablar con el hombre bien vestido, no con aquella chica, que claramente era mucho más inexperta. Sabía por la web que él era el director de la agencia, y trató de recordar su nombre: Neil.

–Estaba mirando tan solo –contestó Laura, y se dirigió hacia un expositor con información sobre distintos inmuebles.

La chica asintió con la cabeza y se fue con aire agradecido, contenta de haberse librado de atenderla.

Laura se preguntó cuánto tiempo tendría que fingir interés en las casas. Tal vez podría escribir algo, tomar algunas notas, y estaba a punto de hurgar en su bolso para sacar papel y un bolígrafo cuando oyó que el jubilado terminaba de hablar y se iba. Se le aceleró el corazón al verlo marcharse, pero se obligó a mirar a Neil.

Él le sonrió.

–¿En qué puedo ayudarla?

Fue directo al grano, profesional. Tendría que ir con cuidado.

–Busco algo con cuatro habitaciones. Siempre me han gustado las caballerizas recon...

Le indicó una silla al otro lado de su escritorio.

–¿Le apetece sentarse?

Hizo lo que le decía.

–Tal vez sea mejor si empezamos anotando sus datos, ¿le parece? –dijo Neil.

Laura optó por darle un nombre y una dirección falsos. Le entró el pánico y no se le ocurrió nada mejor que dar el nombre de Isabella, así que eso fue lo que hizo, pidiéndole perdón mentalmente y acordándose a tiempo de alterar en parte su número de móvil y su dirección de correo electrónico.

Neil empezó a desplazarse por algunas casas en su iPad.

–Veo que está muy ocupado –empezó a decir Laura. «Qué falsa soy...», pensó.

–Sí. Es propio de esta época del año. –Miró hacia arriba y saludó con la cabeza a una pareja que esperaba con impaciencia; Laura supo que tenía que acabar con aquello más pronto que tarde–. Tenemos esta preciosa vivienda –empezó a decir mostrándole algunas fotos en la pantalla– en Lexham Gardens. No es una caballeriza, pero son cuatro dormitorios y tres baños.

–Estupendo. ¿Puedo llevarme una copia impresa?

Neil hurgó en un archivo al lado de su escritorio y sacó una impresión a todo color. Luego volvió a desplazarse por la pantalla de nuevo.

«Piensa, piensa... Dios, esto se me da fatal...»

–No le vendría nada mal un poco más de ayuda.

El hombre esbozó una sonrisa profesional.

–Sí, bueno, normalmente somos cuatro, pero este año parece que la temporada de vacaciones de verano se ha adelantado un poco.

–Ah, así que ¿algunos miembros del personal están de vacaciones?

«Es justo lo que acaba de decir, idiota», pensó Laura. Vio en los ojos de él que quería acelerar el proceso.

–Sí. Tres, de hecho.

–Vaya, qué inoportunos.

Como era de esperar, él no replicó, pero Laura decidió continuar.

–¿Y no suele haber otra chica aquí? Con el pelo oscuro, corto. ¿Joven?

–¿Se refiere a Cherry? Sí, ella también está ausente.

La chica inexperta y poco eficiente se acercó a ellos.

–Perdón, Neil, pero ¿la casa de Victoria Road está ahora disponible?

Él levantó su mano, indicándole que esperara, y luego sonrió a Laura.

–Me temo que no tenemos nada más disponible en este momento, pero, por supuesto, puedo informarla en cuanto nos lleguen nuevas propiedades.

–Eso sería estupendo.

De pronto, Laura se sintió estúpida. Como si estuviera jugando a un juego infantil, sacando de quicio algo que, en realidad, no era nada. Se levantó y Neil le estrechó la mano. En cuanto dejó el asiento, la otra pareja se abalanzó sobre él.

Avergonzada, se dirigió hacia la puerta, tratando todavía de aparentar ser una compradora auténtica, fuera lo que fuese lo que eso significara. A saber qué demonios pensaba que iba a descubrir, pero el hecho es que no había nada que descubrir. Lo único que no encajaba de ningún modo era que Cherry había dicho que Neil la había llamado y la había animado a tomarse más días libres. Saltaba a la vista que andaba escaso de personal.

–Vuelve la semana que viene –dijo la chica cuando Laura se dirigía a la puerta. Levantó la vista–. Cherry. Preguntaba por ella, ¿verdad? Volverá el lunes. Había un deje de alivio mal disimulado en la voz de la joven.

Laura asintió. Lo sabía. Miró un momento a la chica y vio lo grande que le venía aquel trabajo. Pobrecilla. Le sonrió.

–¿Último día?

La chica hizo una mueca.

–Mañana. –Acto seguido, arrepintiéndose de su falta de profesionalidad, añadió–: Lo siento, no debería decir eso, ¿verdad?

–No se lo diré a nadie.

La chica sonrió.

–Gracias. Estaba empezando a pensar que no volvería nunca...

–¿Ha retrasado la vuelta?

Laura hablaba con comprensión y empatía: sabía perfectamente que Cherry había alargado su viaje.

–¿La conoce?

Se le escapó un suspiro.

–Un poco.

Laura sonrió rápidamente y volvió a cerrar enseguida la válvula de presión. No había sido su intención lanzar un suspiro; no quería que nadie supiera lo ansiosa que se sentía: había cargado ella sola con esa preocupación durante varios días.

–Aunque es comprensible, claro.

Laura se detuvo.

–Sí –dijo sin saber de qué estaban hablando, pero tuvo una especie de intuición, algo que la obligó a permanecer alerta.

–Recuerdo cuando murió mi abuela. Aunque lo hizo en Norfolk, no en el sur de Francia. Fue más fácil llegar al entierro.

Laura todavía seguía allí de pie, tratando de mantener la calma e intentando aparentar comprensión, como si supiera que la abuela de Cherry había muerto, pero era como si toda su energía se hubiese visto reemplazada por la súbita certeza: Cherry debía de haberse inventado esa excusa. Había mentido fingiendo la muerte de su abuela –¿tenía abuela siquiera?– para poder estar en el sur de Francia en la casa de su novio. No podía ser verdad; si así fuera, se lo habría dicho a Daniel, y este se lo habría dicho a ella.

Con razón Neil no había tenido más remedio que dejar que se fuera cuando el resto del personal también estaba de vacaciones. Él la miraba de forma extraña, acaso preguntándose qué hacía todavía allí, y eso bastó para que ella volviera a centrarse lo suficiente como para decidir marcharse. Con un breve gesto de agradecimiento, se despidió de la chica –que no tenía idea de lo mucho que había hecho por ella–, salió de la inmobiliaria y no se volvió a mirar ni se detuvo hasta que estuvo en su propia calle. Enseguida adquirió conciencia de la magnitud de lo sucedido. Se detuvo en mitad de la acera y sintió que se le ponía la carne de gallina.

Cherry se lo había inventado todo.



# DIECISÉIS

*Viernes, 18 de julio*

Aquello la sumió en la más absoluta confusión. Cuando se fue de Francia, sabía que algo le impedía confiar del todo en Cherry, pero lo cierto es que no esperaba averiguar nada con un fundamento real. Ahora ya lo había averiguado. Cherry le había mentido a su jefe para irse de vacaciones; también les había mentido a ellos, o al menos había sido mezquina con la verdad, y Laura se sentía dolida por ello. Se sentía manipulada. Se acordó de las tácticas de Cherry para conseguir su trabajo. Y luego estaba el tema del dinero. Al parecer, Cherry había timado a Daniel cien libras, lo cual planteaba una incómoda y turbia pregunta: ¿era una cazafortunas?

No tenía a nadie con quien hablar. Laura se había planteado contárselo a Howard, pero había pasado demasiado tiempo desde la última vez que le había confiado algo. Izzy todavía estaba en Francia y no era la clase de cosas de las que se pudiese hablar por teléfono, así que se lo había estado guardando, dejándolo macerar y pudrirse en su cerebro.

Daniel llegaría a casa más tarde, ese mismo día, y pese a que estaba deseando verlo, también tenía un poco de miedo. Habían hablado por teléfono algunas veces y las cosas habían vuelto a la normalidad entre ellos, pero ahora que ella sabía aquello, se sentía desorientada. ¿Qué podía hacer? Daniel solo iba a estar en casa unos días, ya que se iría a vivir a su nuevo apartamento la semana siguiente. Laura había organizado una barbacoa con la familia y los amigos

como despedida. Sería la primera vez que vería a Cherry desde las vacaciones. Cherry, que ahora se colaba en su mente cada minuto del día, enroscándose en los intersticios de su cerebro como una enredadera y provocándole una mezcla de desazón e incomodidad.

Las pesadillas habían vuelto de golpe, negros pensamientos que había intentado enterrar. Habían empezado antes de que naciera Daniel. Soñaba que había tenido otro hijo, pero que se le había olvidado por completo, y no se acordaba hasta tres días después de que lo había dejado dentro del armario, en un cochecito. Presa del pánico, lo había sacado de allí, medio muerto de hambre, y él la había mirado, con los ojos muy abiertos y confundido, sin saber por qué lo habían abandonado. Una sensación de alivio culpable la invadía entonces, alivio por haberlo sacado de allí justo a tiempo; sin embargo, en algún rincón de su mente, sabía que volvería a hacerlo, que volvería a defraudarlo de nuevo. Y así era, porque la pesadilla era recurrente.

Más adelante, cuando efectivamente tuvo a su hijo, la asaltaban pensamientos oscuros, visiones; multitud de aterrados «¿Y si...?» que se agazapaban en su cabeza y la dejaban a la expectativa, aterrorizada y vulnerable, hasta que lograba reunir el coraje suficiente para sacudir la cabeza y quitárselos de encima. Salía a pasear con él por la calle, empujando el cochecito, cuando un automóvil pasaba y, de repente, ella no veía nada más que sus ruedas y a Daniel atropellado debajo, con la cabeza aplastada y destrozada en el amasijo de metal. O estaba en la ducha y lo veía caer por una ventana que se había dejado abierta por error, y veía su cuerpecillo inerte tendido sobre el pavimento, abajo. Un cuchillo de cocina se convertía en una pavorosa arma que Laura escondía a pesar de que el niño estaba cantando tan tranquilo en su hamaca. Peor aún, en los informativos oía la noticia del secuestro de un niño y se imaginaba toda clase de visiones de pesadilla con Daniel llamándola a gritos, sin entender por qué su madre no había ido a buscarlo y finalmente destrozado cuando se daba cuenta de que nunca más iría a por él. Empezaba a hiperventilar y tenía que levantarse y pasear arriba y abajo por la habitación para desechar las imágenes.

Habían sido horas, noches y meses muy oscuros, pero los episodios habían remitido poco a poco a medida que pasaban los años, si bien nunca habían desaparecido por completo. Si Daniel llegaba tarde a casa del colegio, o más adelante, cuando ya iba a la universidad, y Laura oía la noticia de un accidente

en la M11, su mente echaba a volar y empezaba a imaginar cosas, pensamientos horribles que se metamorfoseaban en otros a gran velocidad, hasta que ella les ponía freno a la fuerza, convenciéndose a sí misma que se había entretenido a hablar con unos amigos (como, efectivamente, así había sido) o que no había conducido desde o hacia Cambridge el día del accidente (cosa que, efectivamente, no había hecho).

Un movimiento delante de ella la hizo mirar hacia arriba y vio que Alison y Sean, los poderosos jefes del departamento de ficción de la ITV, habían llegado a La Galette, el restaurante que habían elegido para el almuerzo. Estaba en el Upper Ground, no muy lejos de la sede de la cadena de televisión, pero aun así, llegaban casi quince minutos tarde. La secretaria de Alison había llamado para ofrecerle una disculpa un tanto infantil: «¡Lo sienten muchísimo!». Sin embargo, había conseguido que sonara como todo lo contrario.

Sean llegó el primero a la mesa; con los brazos extendidos, le cogió las manos cuando ella se levantó.

–Laura, no sabes cuánto lo sentimos. Helen nos ha pillado en el último minuto.

Helen era la auditora de la cadena, y corría el rumor de que le encantaba llamar a la gente a su despacho como si fuera la directora de un colegio, cosa que no le granjeaba demasiado afecto entre el personal.

–No os preocupéis –dijo Laura con tono afable.

Había visto a Sean un par de veces y le caía bien, pensaba que tenía un gran olfato para detectar un buen guion y no le daba miedo decir lo que pensaba.

–Hemos conseguido escaparnos gracias a que le hemos dicho que teníamos una cita contigo –dijo Alison.

Laura estaba segura de que a Helen le importaba un higo que tuviesen una cita para almorzar con una productora independiente, y aquel falso enjabonado para su ego la ponía un poco nerviosa, como si no debiera confiar en nada de lo que dijera Alison. «Y el caso es que no debería hacerlo –pensó Laura con ironía–. En eso, nada ha cambiado.»

Mientras se sentaban, se preguntó qué era lo que la había incomodado de repente, y no eran los halagos innecesarios de Alison –hacía falta algo más que eso para alterarla–: era toda esa incertidumbre con Cherry. Tenía que olvidarse de aquello durante la siguiente hora; ese almuerzo podía ser fundamental para el

futuro de su empresa.

Sean la miró a través de sus gafas cuadradas de montura oscura.

–Muchas gracias por venir, Laura, y gracias por *Pelea de almohadas*: he visto dos episodios y me encanta.

Laura dijo que se alegraba, mientras que Alison permaneció en silencio con una sonrisa enigmática, como si fuera ella la que estaba detrás de todo aquello y sin ella, ni Laura ni la serie serían lo que eran.

–Sí, estamos realmente encantados –sonrió.

Sean era más joven que Alison y le gustaba hablar en un tono más informal; trabajaba en televisión porque era «guay».

–¿Helen los ha visto? –preguntó Laura.

–Aún no. Lo tiene en su agenda para la próxima semana, pero pensamos... Bueno, obviamente, todavía es demasiado pronto para decirlo con seguridad, pero tenemos muchas esperanzas en esto.

Se refería a los índices de audiencia, Laura lo sabía. Querían un gran éxito.

–Y Sasha está increíble. Va a ser una gran estrella cuando salga en antena. Como digo, tendremos que esperar a Helen y a las noches del primer par de semanas, pero a Alison y a mí nos gustaría ver una segunda entrega.

Laura sonrió; aquella era una noticia fantástica.

–Eso sería genial.

–Alison dice que podrías tener un par de ideas más de las que quieres hablarnos.

En efecto, las tenía. La primera era la de la escuela privada. Les había enviado una versión abreviada del enfoque del guionista antes del almuerzo. Mientras se lanzaba a la presentación, vio como sus plácidas caras permanecían impasibles y supo que no estaban mordiendo el anzuelo.

–Nos gusta... –dijo Sean–. Nos gusta mucho. Es solo que ya tenemos algo muy similar en fase de desarrollo.

Aquello suponía el golpe de gracia para el proyecto. Laura dejó en el bolso el enfoque completo en el que ella y el guionista habían trabajado tanto. Así era como funcionaban las cosas en aquel negocio: algo con lo que te habías entusiasmado y en lo que habías empleado una gran cantidad de dinero y horas de trabajo podía quedar aplastado por una simple frase. Encajó el golpe peor que de costumbre, pero tenía que seguir adelante. También tenía la adaptación de un

libro que había despertado el interés de una estrella de cine británica que en aquellos momentos protagonizaba una serie en HBO, ganando diez veces más de lo que podía ganar en el Reino Unido, pero Laura sabía que estaba desesperada por volver a Inglaterra porque echaba mucho de menos a su familia. Recibieron con cierta tibieza aquella idea también, aduciendo que el grueso de la audiencia de la cadena probablemente no se identificaría con la novela romántica tanto como harían los espectadores de la BBC.

–Es un poco deprimente –señaló Sean–. Lo que nos encantó de *Pelea de almohadas* fue el suspense, la manera en que el personaje principal engañaba a su mejor amiga y acababa quedándose con el chico de esta.

Alison asentía con la cabeza, y ambos la miraron expectantes. Tenía una última idea en la manga. Era una serie policíaca, y como un par de las que emitía la ITV estaban llegando a su fecha de caducidad, podía haber cierto apetito por un reemplazo. A Laura le gustaba esta en especial porque la protagonista era una inspectora de policía formidable que había aparcado su jubilación para que no le encasquetasen a sus nietos mientras su hija tenía que ponerse a trabajar (por necesidad). Prefiere ayudar a pagar a una niñera a tener que hacerlo ella misma. Para su sorpresa, tanto a Sean como a Alison les gustó y pasaron la siguiente media hora discutiendo algunos detalles de la historia y quiénes podrían interpretar los papeles principales.

–¿Puedes enviarnos un enfoque? –preguntó Sean–. Creo que esta podría salir adelante.

Laura les dijo que sí, y el almuerzo prosiguió plácidamente entre las interrupciones de distintas llamadas y mensajes de texto.

Al llegar a casa encontró una mochila en el pasillo, y apenas se había quitado la chaqueta cuando Daniel salió y la abrazó.

–¡Estás en casa! –exclamó ella encantada.

–Y tú también. Justo a tiempo para tomar una copa de chablis y un poco de quiche y ensalada. He hecho la cena.

Ella le alborotó el pelo y siguió los deliciosos olores que provenían de la cocina, abrió la puerta del horno y recibió una vaharada de calor. Dentro había

una enorme quiche de champiñones.

–¿Tú has hecho esto?

–Ajá.

–Mentiroso. Se parece muy sospechosamente a las que hacen en Vincent's.

–Está bien, me has pillado. Pero ha sobrevivido bien al vuelo, ¿eh?

Compararon bronceados e intercambiaron noticias sobre Izzy y Brigitte mientras ponían la mesa y servían la cena.

–Bueno, ¿y cómo estuvo el resto del viaje? –preguntó Laura–. ¿Has estudiado mucho?

–Sí. Un montón. –Sonrió–. Creo que avancé bastante en cuanto Cherry se marchó. Aunque lo cierto es que también pasábamos mucho tiempo hablando por Skype... –De repente se le iluminó la cara, como si acabara de darse cuenta de algo–. Es como si nunca nos quedáramos sin cosas que decirnos el uno al otro.

«Está perdidamente enamorado de ella», pensó Laura, tratando de aguantar la sonrisa mientras el corazón le daba un vuelco.

–Eso está bien.

Él la miró con curiosidad y supo que la respuesta había sido inadecuada.

–Es una chica estupenda...

–¿Pero...? –la animó a continuar él con una mirada penetrante.

–Es solo que... hace muy poco tiempo que os conocéis.

–¿Y...? –volvió a insistir, y esta vez su tono traslucía que estaba a la defensiva.

Ahora era su oportunidad. ¿Debía decirle algo? ¿Se atrevería? ¿Cómo podía no hacerlo?

–Me he dado cuenta de que... es alguien a quien... a quien has ayudado bastante desde que empezasteis a salir.

Sintió que empezaba a sonrojarse. «Dios, es una insinuación horrible...»

–¿Ayudado?

–Económicamente.

Su rostro parecía paralizado en una expresión de incredulidad.

–Un momento, un momento... ¿Estás tratando de decirme que crees que es una especie de... cazafortunas o algo así?

Laura se ruborizó.

–¿En serio?

–Me han llamado la atención un par de cosas.

–¿Como por ejemplo? Mamá, ella no me ha pedido nada. ¿Qué cosas son esas? Sí, yo le pagué los billetes de avión, pero la ropa... ¿Es eso? Era un regalo de cumpleaños. En todo caso, ella se gastó más dinero en mí cuando me compró el... mi cuadro –agregó.

La incomodidad del asunto se intensificó aún más con el desagradable y misterioso recuerdo del cuadro rasgado.

Laura levantó las manos en el aire.

–Lo siento, pero hay algo en ella que me da mala espina.

–¿Por qué? Si ni siquiera la conoces de verdad.

¿Qué podía hacer? ¿Confesarle tal vez que había estado fisgoneando en su habitación y haciendo de detective aficionada en la inmobiliaria?

–Pues a mí me parece que la conocí bastante bien... durante las vacaciones –respondió sin convicción.

Él la miró y ella trató de subrayar sus palabras con una sonrisa.

–Mamá, ¿te cae bien Cherry?

Su franqueza la desconcertó. Su vacilación antes de contestar delataba cuál iba a ser su respuesta y él lo sabía.

–Te agradezco tu preocupación, pero no tienes por qué inquietarte. Mamá, estamos saliendo y espero que continuemos haciéndolo durante mucho tiempo. Me gustaría que te alegraras por mí.

–Está bien.

Lo dijo con la boca pequeña, un par de palabras insignificantes en realidad.

–Bueno, ¿y eso de la barbacoa de mañana? No tenías que hacerlo, ¿sabes?

¿Debía asegurarle que Cherry le gustaba? ¿Debía tranquilizarlo? Pero ¿cómo podía hacer eso, cuando no era verdad? Y ahora aquel tema era espinoso para ambos. Y lo cierto es que sí le había caído bien, al principio; había querido conocerla mejor e incluso hacerse amiga de ella.

–¿Puedo ayudarte en algo?

–No, gracias. Lo tengo todo controlado.

–Muy bien. –Le señaló el plato vacío–. ¿Has terminado? –Ella asintió–. Voy a llenar el lavavajillas y luego tal vez salga un rato.

Ella ya sabía adónde iba a ir, y él era consciente de ello. Laura asintió,

disimulando la punzada de dolor, la extraña distancia que se había creado entre ambos por evitar pronunciar el nombre de Cherry. Laura no podía soportar que su hijo se distanciase de ella.

Lo observó mientras él se llevaba los platos, con una opresión insoportable en el pecho. Quizá estaba equivocada con respecto a Cherry. Después de todo, Daniel era una persona inteligente; habría tenido una corazonada si hubiese visto algo raro. Ella llevaba dos semanas reconcomiéndose a solas con sus pensamientos, y la paranoia tenía la desagradable costumbre de intensificarlo todo. Tal vez había alguna otra explicación y estaba a punto de cometer un terrible y vergonzoso error. De pronto, sintió disminuir la tensión. Tal vez todo aquello tenía una explicación perfectamente lógica. Cherry acudiría a la barbacoa al día siguiente; Laura intentaría hablar con ella. Con un poco de suerte, tendría la oportunidad de aclarar las cosas y al fin podría quedarse tranquila.



# DIECISIETE

*Sábado, 19 de julio*

El sábado fue un día bochornoso, con mucha niebla, y el polvo del edificio contiguo permanecía suspendido en el aire. Por suerte, los operarios debían terminar a la hora del almuerzo, pero, hasta entonces, las diminutas partículas conseguían alojarse en la piel y en la boca, dejando un sabor desagradable y amargo. Laura se mostró imperturbable. Regó el jardín con la manguera y contempló con satisfacción las plantas y el césped, de un verde tan reluciente como en un día de primavera. Había enviado a Howard a la carnicería para recoger la carne; Daniel estaba colocando botellas de vino en la nevera grande del estudio. Había estado un poco frío con ella desde el día anterior, pero Laura se había obligado a sí misma a mostrarse alegre y entusiasta. Después de todo, aquella era su fiesta de despedida y quería que los dos la recordaran como un momento feliz.

Las primeras en llegar fueron Isabella y Brigitte, que acababan de regresar de Francia.

–¿Cómo os ha ido el resto de vuestra estancia? –preguntó Daniel.

–Maravillosamente –respondió Isabella con un suspiro–. Hemos vuelto porque Richard no paraba de quejarse de que no nos veía nunca.

–Qué tierno...

–Y para venir a tu barbacoa, querido –dijo dándole unas palmaditas en la mejilla.

El jardín de la parte de atrás comenzó a llenarse: algunos de los amigos de Daniel del colegio, ahora ya mayores, y sus padres, amigos de Laura y Howard. No era un grupo demasiado multitudinario, unas veinte personas tal vez, y todos se conocían bien. Howard encendió la barbacoa y, en cuanto el humo se les metió a todos en los ojos, el fuego se apaciguó al fin lo suficiente para empezar a asar las hamburguesas caseras y el pollo marinado que había encargado al carnicero.

Poco después de las seis, Laura advirtió que Daniel miraba su móvil y luego desaparecía en el interior de la casa. Al cabo de diez minutos, reapareció con Cherry. Se hicieron las presentaciones de rigor y Cherry se paseó tímidamente por el jardín. Laura observaba en un segundo plano mientras Daniel presentaba a Cherry a los amigos invitados; todos se mostraban sonrientes y educados, encantados de conocer a la chica que, a todas luces, le había robado el corazón a Daniel. Se preguntó cuándo sería un buen momento para hablar con ella. Estaba ansiosa por terminar con aquello y solucionar el asunto de una vez; con un poco de suerte habría alguna explicación razonable.

Cherry estaba muy complacida por la forma en que Daniel la presentaba. Pronunciaba su nombre con orgullo mientras entrelazaba los dedos con los de ella. Era consciente de que todavía no había hablado con Laura y no pasó por alto el hecho de que Daniel y su madre no estaban tan pegados el uno al otro como de costumbre.

–¿Va todo bien entre tu madre y tú? –le preguntó.

–Sí, claro.

Pero para ella era evidente que no era así, no del todo, y Cherry estaba intrigada... y satisfecha a la vez. Se preguntó qué habría pasado.

Laura llenó la copa de Izzy.

–Gracias, cielo. Por cierto, tengo una sorpresa para ti. Tu cumpleaños. Te he reservado una mesa nada menos que en Bazaar. ¡Para el mismísimo sábado 23!

–¿Cómo lo has conseguido?

–Les dije que eras la directora de ficción de la cadena ITV.

–¡No es verdad!

–Era la única forma de conseguirte una mesa.

–Vas a hacer que me echen. –La abrazó–. Gracias.

Era un restaurante persa galardonado con una estrella Michelin que Laura se

moría de ganas de probar, pero cuando llamó por teléfono, le dijeron que había una lista de espera de seis meses. Isabella era amiga de unos amigos de los dueños y dijo que intentaría colarla. Tenía que ser ese día, puesto que ya era una larga tradición celebrar su cumpleaños saliendo a cenar, desde el nacimiento de Daniel. Incluso cuando era muy pequeño, lo sentaban en una trona y se ponía a jugar con los espaguetis, tratando de meterse las escurridizas tiras en la boca. A veces eran solo ellos dos, si Howard estaba trabajando. Laura siempre pedía un pastel porque sabía que eso le encantaba a Daniel, y los dos se turnaban para apagar las velas. Los cumpleaños eran el único día del año en el que Laura apartaba los problemas que pudiera haber en su vida (su matrimonio en particular) y los enterraba para que no pudieran escapar durante todo el día, y siempre, siempre se aseguraba de salir a cenar fuera.

–¿Qué se siente al verlo abandonar el nido?

–No es la primera vez.

–Ah, ahora sé que te estás haciendo la valiente. Esta es la definitiva, ¿verdad?

Laura sonrió.

–Tengo suerte. Se va a ir a vivir a la vuelta de la esquina.

–Eso es verdad. En su propio piso. Podrá hacer lo que quiera y ver a quien quiera. Buen trabajo, lo has educado muy bien.

Izzy bromeaba, lo sabía, pero, de pronto, a Laura se le ocurrió que Cherry podría pasar bastante tiempo en el nuevo apartamento de Daniel y los negros pensamientos que tanto la habían perturbado volvieron a asaltarla.

–Iz... pasó algo extraño durante las vacaciones.

–Ah, ¿sí?

–Yo, mmm... estaba ordenando el cuarto de Daniel y Cher...

–Hablando del rey de Roma, aquí está. –Izzy agarró a Daniel del brazo al pasar junto a ella con Cherry–. Oye, ¿a que no adivinas lo que ha conseguido la fiera de tu tía Izzy? Este año, tú y tu madre vais a ir a cenar por su cumpleaños nada menos que a Bazaar.

–¿Qué es eso?

–Oh, pobre muchacho ignorante...

–Hola, Laura –dijo Cherry–. Me alegro de verte de nuevo.

–Yo también –respondió ella cortésmente.

–Es un restaurante persa –explicó Izzy–. Para el sábado 23 de agosto. Tuve que arrodillarme y suplicar.

–¿Sigue en pie? –le preguntó Laura a Daniel, y se sintió aliviada y complacida al ver que su hijo asentía con la cabeza.

–Tengo muchas ganas.

–Oh... –empezó a decir Cherry en voz baja, antes de guardar silencio.

Daniel vio la expresión de decepción en su rostro.

–¿Qué pasa?

–Nada.

–Vamos, ¿qué ibas a decir?

–Es que... –Lo miró reacia–. Te he... Iba a ser una sorpresa... Pero siempre puedo cancelarlo.

Él sonrió.

–¿Cancelar qué?

Cherry parecía incómoda.

–He reservado una excursión para hacer *rafting* en aguas bravas para nosotros, bueno... para ti. Quería llevarte a algún sitio fuera.

Laura se quedó boquiabierta.

–¿En serio? –Daniel la besó–. Pero... –Miró a su madre–. Es el cumpleaños de mamá.

–¿De verdad? –exclamó Laura sin conseguir disimular la incredulidad en su tono de voz–. ¿Ese mismo fin de semana?

Daniel se rio.

–No creo que Cherry lo hiciera a propósito, mamá.

–No, estoy segura...

Trató de combatir la irritación que sentía. Sería infantil insistir.

–No pasa nada. Podemos hacer otra cosa.

–Pero la reserva... –señaló Daniel.

Laura se encogió de hombros.

–Podemos ir a cualquier sitio.

–¿Estás segura?

–Por supuesto. Vosotros dos id de excursión.

Daniel sonrió y ella supo que acababa de hacer algo para compensar lo del día anterior.

–¿Quieres que te llene la copa? –preguntó al ver que la de Cherry estaba vacía. También lo estaba la botella que llevaba Laura–. Traeré otra del cubo de hielo –dijo Daniel y echó a andar hacia la zona de la barbacoa.

–Cielo, tengo que ir a hablar con Diana. Me ha hablado de una profesora de yoga que, por lo visto, es maravillosa –dijo Isabella, y luego Laura y Cherry se quedaron a solas.

Se miraron la una a la otra un momento, sonriendo, sin nada que decirse. «Es ahora o nunca», pensó Laura.

–¿Te importaría echarme una mano y sacar unas cuantas botellas de vino de la bodega?

Cherry miró a su alrededor en busca de Daniel y su copa, pero su amigo Will hablaba ahora con él y, por la forma en que se reían, no parecía que fuese a acudir en su rescate muy pronto.

–Claro –contestó, y Laura la llevó al interior de la casa.

No hablaron de camino al ascensor, y el trayecto al sótano también lo hicieron en completo silencio, salvo por el zumbido de los motores. Cuando se abrió la puerta, Laura invitó a Cherry a salir primero. Se le hacía raro entrar en una sala tan oscura después de la luminosidad del exterior y salió con cautela. Un tenue resquicio de luz atravesaba la ventana que se abría en lo alto del techo y, aunque todavía había luz fuera, la opacidad y la distancia no hacían sino resaltar la fluidez del agua. Las baldosas de la piscina eran de un azul tan oscuro que daba la extraña sensación de que el agua era muy profunda, como cuando, en el mar, uno era incapaz de ver el fondo. Entonces Laura encendió las luces y el sonido reverberó en el amplio espacio. Cherry dio un respingo; era una sala preciosa. El agua quedaba iluminada desde el fondo, y su color azul tinta irradiaba de las luces como si fueran zafiros afilados atrapados bajo la luz del sol. Vio que estaba pisando un mármol blanco que se prolongaba por las paredes, labrado de manera que parecían celosías de estilo jaali. Siguió las celosías hasta sus reflejos parpadeantes en el techo.

Laura la guio a través de la sala de la piscina y Cherry miró hacia el ventanal de cristal opaco del techo, que interceptaba el resplandor del sol. Aunque veía sombras en movimiento cuando la gente paseaba alrededor, nadie llegaba a

pisarlo.

–Siempre hacen igual –dijo Laura con una sonrisa–. Es como si tuvieran miedo de que fuera a ceder.

Se dirigieron a la bodega y Laura sacó varias botellas de la nevera.

–Solo un par de blanco y otras dos de rosado –dijo dándole algunas a Cherry.

Mientras volvían de nuevo a la sala de la piscina, Cherry miró hacia el techo una vez más, pero no oyó absolutamente nada. Allí abajo, en el sótano, Laura y ella permanecían en un silencio casi sepulcral, acompañadas únicamente por el ruido de sus pasos.

–Bueno, ¿y qué tal en el trabajo? ¿Cómo ha ido la vuelta? –preguntó Laura.

–Bien.

–Siempre pasan tan rápido, ¿verdad? Me refiero a las vacaciones.

Cherry no dijo nada y se limitó a sonreír.

–Escucha..., puede que esto te resulte un poco violento, pero..., hay algo..., un par de cosas que quería preguntarte. –Laura miró a Cherry, pero su expresión resultaba impenetrable–. Los días que te cogiste... ¿De verdad te sobraban tantos días libres?

Le habló en un tono de voz deliberadamente despreocupado; quería que Cherry confiara en ella.

–Eso fue lo que dije.

–Es que... Yo... ¿Le dijiste a tu jefe que tu abuela había muerto? ¿Y que tenías que asistir a su entierro en Francia?

Cherry se detuvo en seco.

–¿Quién te ha dicho eso?

Laura esbozó una sonrisa evasiva mientras pensaba en cómo eludir la pregunta cuando, de repente, se fijó en una grieta de los azulejos de mármol en la pared. Se la quedó mirando, consternada. Seguramente era consecuencia de las obras de la casa de al lado, así que tendría que acordarse de hablar con los operarios y decirles que echaran un vistazo.

–¿Qué más?

–¿Perdón?

–Dijiste que querías preguntarme «un par de cosas». ¿Cuál era la otra?

Laura apartó la vista del mármol.

–Ah, sí. Bueno, es más bien una disculpa. La verdad es que no lo pensé...

cuando te invité a venir... Sé que las aerolíneas fijan unos precios muy altos para los billetes de última hora. –Esperó un momento, pero Cherry no dijo nada–. Fue muy poco considerado por mi parte. Tendría que haberlo tenido en cuenta. Y solo quería decir que la próxima vez comprobaré... –Se rio–. Pueden ser unos precios exorbitantes, ¿verdad? A veces hasta seiscientas libras... ¡Solo por ir a Francia y volver! –Parecía preocupada, como si hubiera sometido a Cherry a una presión innecesaria–. Oh, Dios... No fue tanto dinero, ¿verdad?

Cherry la miró fijamente. Era patética la forma en que trataba de sonsacarle información. Se dio cuenta de que Laura estaba debajo de un foco, y este le iluminaba la cabeza de manera que parecía que tuviera un halo. También le resaltaba la frente y proyectaba sombras por debajo de sus pómulos, y se sintió intrigada al ver que casi podía verle la forma del cráneo.

–Eso fue exactamente lo que me costó.

–¿De verdad?

–¿Daniel no te lo dijo? Él pagó los billetes.

–Ah. Bien. Me alegro.

–¿Por qué te interesa tanto?

Laura acertó a lanzar una risa desconcertada.

–¡No, si no me interesa...!

–Pues parece que me estás haciendo muchas preguntas sobre eso. Como si pensaras que te oculto algo.

–¡No! No...

De repente, se quedaron sumidas en la oscuridad; se oyó un grito y el estrépito de unos cristales rotos, seguido del ruido de una salpicadura y un chapoteo. El fuerte olor a vino impregnaba el aire y al chapoteo se sumaron unos jadeos. Acto seguido, se encendieron las luces de emergencia.

–No estoy del todo segura de lo que ha pasado –explicó Cherry despacio, una vez de vuelta en el jardín, chorreando y con una toalla envuelta alrededor del cuerpo–. Se fue la luz y ninguna de las dos veía nada... –Miró a Laura de forma extraña–. Creo que Laura tropezó..., por culpa de la oscuridad tal vez..., y chocó conmigo y me tiró.

Laura se quedó inmóvil mientras le servía una copa de vino a Cherry y

levantó la vista, perpleja.

–¿Cómo dices? No, perdona, yo no he hecho eso.

Cherry se estremeció y se acurrucó junto a Daniel.

–No sé qué decir... –Miró a Daniel para disculparse y se encogió de hombros con aire incómodo—. Sí que lo hiciste –insistió en voz baja.

–Cherry, yo no estaba cerca de ti.

–Oh, Dios, esto es muy embarazoso... Yo no me he caído en la piscina, ¿sabes? –murmuró.

–No estarás sugiriendo... –Laura soltó una débil carcajada de incredulidad y negó con la cabeza—. Eso es absurdo.

–Lamento haber estropeado tu cena de cumpleaños.

–Oh, por el amor de Dios, esto no tiene nada que ver con eso... –repuso Laura irritada.

–No lo sabía, ¿de acuerdo? No sabía que era tu cumpleaños. Si lo hubiera sabido, habría elegido otro fin de semana.

–Ha sido un accidente –replicó Daniel rápidamente.

Laura se dio cuenta de que se sentía como la mala de la película en su propia fiesta. ¿Qué demonios había pasado ahí abajo? La única explicación que se le ocurría era que Cherry se había lanzado de forma deliberada a la piscina, pero eso era tan retorcido, tan sumamente exagerado... y luego, de pronto, recordó el cuadro y se quedó paralizada. «¿Rasgó el cuadro la propia Cherry, solo para sembrar dudas sobre mí?»

Miró a su alrededor y vio que los invitados los observaban, con la nariz metida en sus copas de vino. Vio caras incómodas y miradas avergonzadas, personas que no estaban seguras de qué debían creer. Cuando recurrió a Isabella en busca de apoyo, obtuvo una sonrisa de desconcierto.

–Daniel, ¿podría hablar contigo? ¿Dentro de casa?

–Me temo que tu madre piensa que soy una cazafortunas –espetó Cherry mientras se le quebraba la voz.

–¡No!

Laura trató de quitar hierro al asunto, soltando una pequeña carcajada de incredulidad.

Cherry volvió sus grandes ojos castaños hacia Daniel, al borde de las lágrimas.



–Cree que voy tras tu dinero.

–Daniel, ¿podríamos entrar un momento? –insistió Laura.

–¿Lo ves? No lo niegas –dijo Cherry visiblemente abatida.

Todos la estaban mirando. Daniel tenía la cara encendida por la ira y Laura sintió que le ardían dos pequeños puntos en la parte superior de las mejillas.

–Creo que ya es suficiente –dijo en voz baja–. Es hora de que entres y te calmes un poco.

–Me llevo a Cherry a su casa, mamá –dijo Daniel y, al ver su rostro abatido, añadió–: Tiene la ropa empapada. No tengo más remedio.

Mientras se volvían para dirigirse de nuevo al interior de la casa, Laura supo que se subirían al coche, se irían al piso de ella y que, probablemente, no vería a su hijo durante al menos un día, tal vez hasta el lunes, cuando fuera a recoger sus cosas para mudarse a su nueva vivienda.

–¿Alguien quiere una salchicha? –preguntó Howard.

Isabella se acercó sigilosamente.

–Cielo, ¿a qué ha venido todo eso? Creía que ella te gustaba...

Laura no respondió, sino que se limitó a ver cómo se iban, sin poder evitar sentir una profunda inquietud.

# DIECIOCHO

*Miércoles, 23 de julio*

Cherry miró por la ventana de su oficina. Había estado lloviendo sin parar durante tres días seguidos, y cuando llovía, todo estaba muy tranquilo, y cuando todo estaba muy tranquilo, ella se aburría. Se sentía como un animal del zoo, aunque ni siquiera podía consumir su impaciente energía paseándose de arriba abajo. Su iPad, encima del escritorio, le permitía al menos navegar por internet para pasar el rato, algo que estaba segura de que Abigail y Emily estaban haciendo en ese preciso instante, puesto que nadie se interesaba tanto en mirar casas un periodo tan largo de tiempo. A juzgar por la intensa expresión de concentración en sus caras, sospechaba que estaban comprando ropa o zapatos.

Ya había leído *The Guardian* y seleccionado algunas charlas TED que quería escuchar más tarde cuando se sorprendió buscando en Google el nombre de Nicolas, algo que sabía que era un error en el mismo momento en que lo hizo. Había un artículo en una revista de telecomunicaciones donde se anunciaba su reciente ascenso a subdirector gerente –¡a los veinticuatro años!–, un éxito profesional más que remarcable, elogiaba el artículo. «¡Su padre es el dueño de la empresa!», le dieron ganas de gritar a la pantalla. El artículo continuaba enumerando sus logros: el trabajo y su reciente boda. Había una foto de Nicolas y su esposa en una gala benéfica de aire ostentoso, advirtió Cherry con amargura, y luego el artículo preguntaba en tono jocoso cuándo iba a dar el próximo heredero al trono de la compañía. Aquello la hirió profundamente.

Con la garganta espesa por el dolor, cerró la página web y luego, con actitud desafiante, se puso a buscar casas en venta en el sur de Francia. Desde su regreso, le había costado un esfuerzo sobrehumano adaptarse al trabajo, volver a asumir la personalidad que había creado para sí misma y la carga que eso suponía como medio para alcanzar un fin. Era una sensación peligrosa, aquella impaciencia nerviosa, y tenía que ser muy disciplinada; ahora no podía permitirse el lujo de cometer un error, no cuando parecía haber encontrado a alguien que tenía el potencial de sacarla para siempre de una vida de trabajo y monotonía. Sintiéndose físicamente mal por estar mirando la pantalla, tratando de encontrar algo con lo que entretener su cerebro, Cherry cerró el iPad bruscamente, e incluso estuvo a punto de golpearlo. Le daban ganas de romperlo de tan aburrida como estaba, de destruirlo y tirar todo el contenido de la mesa al suelo. Esa idea la divirtió durante un nanosegundo y sonrió.

El cerebro de Cherry trabajaba bien y lo hacía rápidamente. Siempre estaba en una búsqueda insaciable de información, planes y proyectos. Se rebelaba contra la inactividad forzada, empezaba a volverse contra sí misma, a explotar internamente si no tenía algo en lo que ocuparse. Tenía demasiada energía mental, algo de lo que se había dado cuenta ya en la escuela, desde que era siempre la primera de la clase en todas las asignaturas. A veces se preguntaba qué podría haber sido si hubiese tenido la oportunidad de ir a la universidad; tal vez abogada, porque odiaba la injusticia, en especial contra los más desvalidos, los pobres, y pensaba que se le daba bien darle la vuelta a un argumento hasta lograr revelar algo completamente distinto. Pero nada de aquello importaba ya, porque allí era donde estaba ahora, en una agencia inmobiliaria de Kensington, un trampolín para logros mucho mayores.

Contempló la lluvia de nuevo, escuchando el tamborileo constante sobre el cristal de la ventana y esperando que pudiera anestesiarla para ayudarla a alcanzar un estado de tranquilidad. La gente de por allí no hablaba tanto sobre el clima como los vecinos de Croydon o Tooting. Podían permitirse escapar de él, y a menudo incluso lo hacían durante varias semanas.

Miró el reloj. Al menos, Daniel llegaría al cabo de unos minutos para señalar la mitad de la jornada laboral. Recién instalado en su apartamento, la había invitado a almorzar y a comprar ropa de cama. Aunque se había mudado a su piso el lunes, se había quedado en el de ella desde la barbacoa. Estaba molesto

con su madre, toda una novedad para Cherry.

Cherry lo había animado con detalles sobre el viaje y la excursión en *rafting* que había reservado (rápidamente, el domingo después de la fiesta, cuando él había vuelto a la casa familiar para recoger sus cosas). Daniel había planificado deliberadamente su visita a la casa –su última como residente– mientras su padre estaba en el campo de golf –a Cherry empezaba a parecerle sospechosa la cantidad de veces que su padre jugaba al golf, y se dijo que tenía que investigar al respecto detenidamente– y su madre visitando a una amiga. Luego se había ido definitivamente, no sin antes dejarle una nota a su madre con la promesa de llamarla pronto. Cherry estaba casi segura de que aún no había hecho esa llamada. Últimamente se estaba debatiendo entre animarlo a hacerlo –porque un comportamiento tan maduro y magnánimo como ese solo podía acercarlo más a la propia Cherry– o dejar que el enfado que sentía hacia su madre se enquistara un poco más. Era un dilema peliagudo.

Daniel se colocó la capucha sobre la cabeza para protegerse de la lluvia y, con los hombros encorvados, se abrió paso por las escasas calles que lo separaban de la agencia donde trabajaba Cherry. Esperaba poder quitarse de encima las compras lo antes posible y de repente se preguntó por qué no había dejado que ella comprara lo que quisiera. Como de costumbre, la ropa de cama era algo que le resultaba completamente indiferente, pero reconocía que necesitaba sábanas y se sentía agradecido con ella porque quisiera tomarse la molestia de acompañarlo y le divertía, además, lo contenta que estaba ante la perspectiva de ir con él a comprarlas.

Era consciente de que se estaba enamorando perdidamente de Cherry y eso lo hacía muy feliz. Todo en ella, todo en ellos dos de hecho, parecía tan compatible, tan divertido, tan fácil... A excepción, claro está, del creciente conflicto con su madre. Estaba enfadado porque sus insinuaciones de que Cherry solo estaba con él por su dinero eran ahora de dominio público y habían causado incomodidad. No entendía por qué su madre estaba tan obsesionada con esa idea, cuando todo apuntaba a lo contrario. ¡Por el amor de Dios, pero si Cherry le había comprado un cuadro escandalosamente caro! En todo caso, Cherry era la más generosa de los dos. Incluso cuando él había ayudado económicamente

comprando los billetes de avión, casi había tenido que obligarla a que aceptase el dinero. Solo de pensarlo ya volvía a subirse por las paredes de nuevo... Lanzó un suspiro; detestaba los enfrentamientos y deseaba que su madre viera a Cherry tal como era en realidad y que se alegrara por él.

Irse de casa había supuesto un gran alivio. Había sido un completo desastre durante las vacaciones, pues no quería enfadarse abiertamente con su madre, pero, al mismo tiempo, se sentía incómodo con su creciente animadversión hacia Cherry. Las preguntas incisivas, los comentarios y, en general, la falta de sintonía que parecía aumentar con los días le habían irritado y le había resultado agotador tener que esquivarlos como si fuera un casco azul de la ONU. Tampoco le gustaba que su vida pareciera una telenovela, le daba vergüenza, como la escena del sábado durante la barbacoa.

Al día siguiente había recibido un mensaje de texto: «Espero que lo sepas, pero solo para asegurarme: te prometo que yo no la empujé a la piscina. Te quiero, Mamá». No quería volver a hablar de ese asunto y le molestaba que todavía estuviese pendiente; en consecuencia, aún no había respondido, aunque sabía que tendría que llamarla pronto, aunque solo fuera para evitar que todo fuera a peor. Tal vez hoy, después de almorzar con Cherry, la llamaría y le diría que, para poder llevarse bien en el futuro, era mejor que se contuviese un poco y dejase de pensar que Cherry solo estaba con él por su dinero. Sus amigos también le habían enviado mensajes de texto, provocándolo y metiéndose con él como suelen hacer los tíos, y Will había superpuesto con Photoshop las palabras «Escuela de natación de Laura» encima de la imagen de una temeraria bañista estrellándose contra una piscina y había añadido: «¿Tu madre ha vuelto a dar más clases de natación últimamente?».

En cierto modo, la reciente aversión de su madre hacia Cherry había fortalecido su amor por ella. Le gustaban las mujeres no demasiado complicadas y ella era justo así, y a pesar de cómo la había tratado, no se había quejado una sola vez de su madre. Él la admiraba por ello. Simplemente, parecía sobrellevarlo con naturalidad, siguiendo adelante con su vida y disfrutando de ella. Pensar en Cherry lo alegró y aceleró el paso. Era hora de liberarse del horror de las compras; entonces, tal vez ella volvería a su casa esa noche y probaría las sábanas nuevas con él...

A la manecilla del reloj le costó llegar a la una, y cuando al fin hizo clic, fue como si alguien hubiera plantado una bandera en la cima de una montaña después de un ascenso extenuante. Esa semana, Cherry comía a la una del mediodía, mientras que Abigail y Emily tenían que esperar hasta las dos, y Neil regresaba a la hora en que ella salía. Era un sistema para cubrir la «hora punta» del almuerzo, aunque era dudoso que una avalancha de gente fuese a acudir en masa para alquilar o comprar casas en un día como ese. La puerta se abrió de nuevo y, como todo estaba tan tranquilo, todas las cabezas se volvieron y Cherry se alegró de ver que Daniel iba a tener tanto público. Levantó la mirada para saludarlo, pero la sonrisa se le congeló en los labios.

–¡Hola, cariño! –la saludó Wendy con timidez desde el otro lado de la oficina, con un absurdo movimiento de la mano mientras bajaba su paraguas y unos regueros de agua caían al suelo.

Cherry se quedó allí, paralizada, con un horror y un pánico crecientes que la mantenían inmovilizada en la silla mientras intentaba entender qué narices hacía allí su madre.

Wendy esperaba algún tipo de saludo y se adentró un poco más en la oficina, acercándose a saltitos al escritorio de Cherry, consciente de que todos la miraban.

–Lo siento, cielo, no pretendía asustarte, pero no he tenido noticias tuyas desde que te fuiste al extranjero, y como hoy no tenía planes después del trabajo, y el jefe se ha ido y han cambiado los turnos, pensé..., bueno... Como hablamos de que un día vendría a verte y...

Cherry se levantó de golpe, una reacción defensiva contra aquella andanada, una retahíla de palabras que podía revelar cualquier cosa, y Wendy, gracias a Dios, dejó de hablar.

Cherry percibió las miradas de todo el personal de la oficina clavadas en ella, y se imaginó las sonrisas burlonas, las miradas de lástima. Su madre llevaba unos vaqueros pirata blancos, sin duda de la sección de ropa del supermercado donde trabajaba, y estaban manchados por la parte de atrás con salpicaduras de barro de las calles mojadas. Como sus pantorrillas. Miró más abajo y vio horrorizada que su madre calzaba sandalias –sandalias en un día como aquel–, y que también llevaba los dedos de los pies llenos de barro. De todas las veces que

se había sentido avergonzada de su madre, aquella batía un récord.

–¡Voy empapada de arriba abajo! Ahí fuera está diluviando –dijo Wendy a modo de explicación. Y entonces Cherry sintió una punzada de culpa, sabiendo que su madre había captado su mirada de absoluto desdén–. Pensaba que tal vez podríamos ir a almorzar juntas, cariño...

Una nueva oleada de horror se apoderó de Cherry. Daniel llegaría de un momento a otro. Lanzó una mirada de congoja hacia la puerta. Tal vez podría deshacerse de su madre de alguna manera, inventarse alguna excusa, diciendo que estaba demasiado ocupada, apaciguarla con la promesa de hacer otra cosa otro día. Pero era demasiado tarde: vio a Daniel cruzar la calle y acercarse a la agencia. La puerta se abrió y todas las cabezas se volvieron a mirar.

–¡Hola! –saludó Daniel a todos.

Wendy también se volvió; Cherry se quedó paralizada. Aquel era un encuentro que nunca habría querido que sucediese. Entonces, de repente, se apoderó de ella una furia ciega: ¿cómo se atrevía su madre a hacerla sentirse así, a producirle ese pánico y ese estrés, a poner en peligro su futuro? ¿Por qué no podía dejarla en paz de una puta vez? Tuvo que hacer un gran esfuerzo para dominar su ira y evitar cargar contra su madre, y se imaginó empujándola hacia la puerta, sacándola de allí y echándola a patadas a la calle, y luego logró dominarse. La imagen la devolvió bruscamente a la realidad, y horrorizada, la borró de su mente. No podía perder los nervios precisamente ahora. Gesticuló con nerviosismo hacia su madre, haciendo un ligero movimiento con los dedos, sin mirarla.

–Te presento –dijo con la voz tensa– a mi madre.

Daniel se acercó y estrechó la mano de Wendy. Cherry observó con atención su reacción, pero no vio nada más que su habitual talante amable, aunque con una ligera expresión de confusión.

–Encantado de conocerla. Lo siento, pero ¿me he equivocado de día o algo así?

Wendy se volvió hacia Cherry para reclamarle una explicación, con una sonrisa pícaro en el rostro; Cherry sabía que había adivinado que Daniel era algo más que solo un amigo.

–Mamá –dijo en voz baja y con tono de advertencia, una voz que decía: «No digas nada que me avergüence»–: Te presento a Daniel.

–Daniel. Cuánto me alegro de conocerte por fin. Cherry me ha hablado mucho de ti.

Lo cual era una mentira descomunal, porque Cherry no había mencionado a Daniel ni una sola vez. Aunque se sintió agradecida por aquel pequeño respiro, sus sentimientos hacia su madre no se dulcificaron.

–¿Ha venido a almorzar con Cherry? –preguntó.

Estaba a punto de intervenir y decir que no, de sugerirle a su madre que quedaran otro día, pero Wendy se le adelantó.

–Un almuerzo sorpresa –dijo–. Aunque creo que ha sido aún más sorpresa de lo que pretendía.

–Bueno, pues os dejaré que vosotras dos...

–No, no –lo interrumpió Cherry rápidamente–. Mamá, Daniel y yo ya habíamos hecho planes.

–Podemos dejarlos para otro momento –dijo él, y luego añadió, para llenar el silencio–: O si os parece bien a las dos, ¿por qué no vamos los tres juntos? Estaría bien conocer a la madre de mi novia.

Fue el peor almuerzo que Cherry había tenido que soportar en su vida. Todo lo que con tanto esmero le había ocultado a Daniel salió a relucir en la conversación: el piso de Croydon, el trabajo en el supermercado, las «entrañables» anécdotas sobre la infancia de Cherry... Vio a su madre exultante, como nunca la había visto. Estaba henchida de alegría y orgullo por su hija. Sin embargo, Cherry no podía ver más allá de su propio resentimiento, furioso y contenido, solo veía que su madre lo estaba pasando en grande a sus expensas. Después de la historia de cómo solía sentarse en la caja registradora al final del turno de su madre, encantada de jugar a las «tiendas» e insistiendo en que iba a trabajar allí cuando fuera mayor, Cherry le lanzó una mirada tan furiosa que Wendy empezó a titubear y cambió de tema.

En ese momento, Cherry odió a su madre con todas sus fuerzas. Daba vueltas lánguidamente a la cuchara en el plato delante de ella y la comida se le atragantaba en la garganta. Daniel se mostraba cortés y educado, por supuesto, e incluso se rio un par de veces, pero ella presentía que estaba anonadado por algunas de las cosas que estaba diciendo su madre y quería largarse de allí lo



antes posible.

Cuando ya no pudo soportarlo más, Cherry se escapó al baño y hundió las manos durante varios minutos en el agua del lavabo, mirándose en el espejo. Quería llorar, verter lágrimas de desesperación amarga y enfurecida, pero no podía; sabía que no tenía más remedio que volver y ver como la bola de derribo humana que era su madre reducía todo cuanto había construido a una pila de escombros irreconocibles. Aquella, la vida que Wendy estaba demoliendo, era su vida. Apretó los puños y dejó escapar un gemido de rabia ante la incapacidad de su madre para ver cuándo no era bienvenida, su incapacidad para ver cómo estaba destruyendo ella sola lo único que a Cherry le había importado de verdad en toda su vida.

Por un breve instante, se permitió un pensamiento oscuro. Imaginó cómo habría sido su vida sin su madre durante los últimos dieciséis años, si ella también hubiera ido en el coche cuando su padre murió en el accidente. Tal vez habría tenido algún problema con la familia de acogida durante un tiempo, pero esa etapa habría acabado pronto y luego podría haber rehecho su vida sin el equipaje que actualmente todavía tenía que llevar a cuestas. Se preguntó si su madre tendría algún seguro o si el supermercado habría pagado alguna prima por accidente. Tal vez podría haber vivido en un lugar un poco mejor que Tooting. La burbuja de la fantasía se desvaneció y Cherry se dio cuenta de que llevaba en el baño mucho tiempo, así que se secó las manos metódicamente y regresó al comedor. Su madre levantó la mirada cuando regresó a la mesa, pero Cherry no la miró a los ojos.

—¿Va todo bien, cariño?

—Sí.

Habían retirado los platos de la mesa mientras ella estaba en el baño y Daniel cogió la carta.

—¿Postre?

Cherry vio que Wendy estaba a punto de decir que sí, así que intervino rápidamente:

—Tengo que volver al trabajo.

Daniel pagó la cuenta a pesar de las protestas de Wendy, y luego se fueron. Ambos la acompañaron a la agencia bajo la lluvia y Cherry se detuvo unos metros antes de llegar.

–No hace falta que me acompañes –dijo con sequedad, y su madre la miró con aire dolido.

Luego le pasó un brazo por el cuello para estrecharla en un fuerte abrazo, mientras con la otra mano agarraba el paraguas, que chocó con el de Cherry. Esta notó que una marca pintalabios aterrizaba en su mejilla y venció el impulso de limpiársela con disgusto. No quería llevar ningún rastro de su madre en el cuerpo.

–Ha sido maravilloso verte –aseguró Wendy con una expresión nostálgica, y Cherry esbozó una sonrisa tensa.

–Lo mismo digo.

Wendy se volvió hacia Daniel y Cherry se estremeció al ver que le daba un afectuoso abrazo a él también. De hecho, parecía más relajada con él que con su propia hija, algo de lo que Cherry se sintió culpable al instante. Sabía que se había comportado de forma odiosa con ella, pero no podía evitarlo.

–Gracias por un almuerzo estupendo –dijo Wendy–. No me puedo creer que Cherry te haya tenido escondido todo este tiempo.

Se apartó y, tras mirar a su hija por última vez, captó la señal de que era hora de irse. Cherry la observó alejarse hacia el metro, salpicándose los gemelos con más agua sucia de lluvia por culpa de las sandalias. No quería mirar a Daniel, se negaba a ver el distanciamiento en sus ojos, las ganas de escapar ahora que su verdadero yo había quedado al descubierto.

–No hemos podido comprar la ropa de cama –dijo.

–No.

–No importa. Ya la compraremos otro día.

Era el primer rechazo, una referencia vaga a una futura fecha que nunca llegaría a materializarse. Cherry permaneció con aire desolado en la acera, inmóvil y reacia a participar en aquella ruptura.

–¿No deberías volver ya? Son más de las dos –insistió.

Y ahora él quería deshacerse de ella. Esa era la última vez que lo vería. Levantó los ojos hacia él.

–Oye, ¿qué pasa?

–Nada.

–Vamos, no estarás enfadada por lo de las sábanas, ¿verdad? Sí, ya sé que querías comprarlas hoy, pero pensé que era más importante que pasáramos un

rato con tu madre. Sobre todo teniendo en cuenta que ha venido hasta aquí para verte.

Cherry lo miró fijamente, buscando indicios de que decía la verdad.

–He hecho lo correcto, ¿no? Tenía la sensación de que no estabas cómoda. ¿Va todo bien entre vosotras dos?

–Sí –respondió Cherry despacio.

–Me alegro. Porque parece muy agradable. Es divertida. –Sonrió–. Aunque si estuviera en tu lugar, le pediría que no fuera tan explícita respecto a todas esas anécdotas que cuenta de tu infancia.

Cherry no estaba segura de que «divertida» fuese la manera adecuada de describir a su madre. «Ridícula» se ajustaba mejor. Pero lo más importante es que no podía dar crédito a lo que estaba oyendo: a Daniel no le importaba. Su madre era una vecina de Croydon que lucía un bronceado de bote y que pensaba que un decantador era una especie de cuchillo para cortar la verdura a rodajas, y a Daniel no parecía importarle lo más mínimo. Había salido indemne de la situación y la inmensa sensación de alivio resultaba embriagadora. Pero Daniel y su madre no volverían a verse hasta al cabo de muchos años, se juró a sí misma; había escapado por los pelos. En el fondo, Cherry siempre había sabido que tendrían que conocerse en algún momento si iba a comprometerse con Daniel, pero entonces lo habría planeado y preparado todo milimétricamente. Dos o tres horas como máximo, en algún lugar público de donde poder escapar fácilmente, y habría visitado a su madre de antemano, tal vez le habría regalado algo nuevo que ponerse, y le habría advertido sobre lo que podía y lo que no podía decir. Al menos, ya se había quitado eso de encima. Cherry nunca la perdonaría por presentarse así, pero, en general, todo había salido bastante bien. Pensó en la última pregunta de Daniel y le dio un beso de celebración.

–Sí, has hecho lo correcto.

Luego lo miró sintiendo que la felicidad le inundaba todo el cuerpo. Aquel hombre era asombroso. Tenía que ser suyo.

# DIECINUEVE

*Viernes, 22 de agosto*

Laura siguió a Daniel por todo el apartamento, lanzando corteses expresiones de admiración. Él señalaba lo obvio («Esto es el baño») y ella respondía con una expresión igual de banal («Qué azulejos tan bonitos...»). Ver el primer piso de «adulto» de su hijo había perdido toda su gracia. Aquello la entristecía, y percibía que a él también le disgustaba aquella nueva distancia entre ambos. Ya llevaba un mes viviendo en su nuevo hogar, pero era la primera vez que ella lo visitaba.

–Las próximas semanas lo voy a tener difícil –le había dicho– ahora que he empezado mi etapa de residente en el hospital.

Laura sabía que era cierto. Su nuevo trabajo como médico le ocupaba todo el tiempo, pero no hacía más que subrayar otra faceta suya de la que ella apenas sabía nada. Habían hablado por teléfono varias veces desde la fatídica noche de la barbacoa, conversaciones breves que giraban en torno a trivialidades, pero la fiesta seguía siendo un obstáculo para cualquier conversación profunda o relajada. Era imposible decir lo que tenía que decirle por teléfono, así que Laura había esperado la oportunidad de hablar con él cara a cara y, ahora, ahí estaba. Su estado de nervios era aún peor por el hecho de que lo echaba terriblemente de menos; lo único que quería era abrazarlo y conseguir que hicieran las paces, pero no podía. Ni siquiera Izzy la había entendido del todo. Habían quedado para tomar un café poco después de la barbacoa y Laura había intentado explicarle el

resultado de sus pesquisas: el supuesto fallecimiento de la abuela de Cherry y la diferencia de precio de los billetes de avión a Francia. Desde la barbacoa y las evasivas de Cherry, estaba convencida de que allí había algo raro. Izzy se mostró comprensiva, pero señaló que podría haber varias explicaciones. Peor aun, le había advertido de que debía tener cuidado de no interferir demasiado en la relación. Por lo general, la paranoia tenía tendencia a desquiciar a la gente.

Laura buscó señales de Cherry mientras recorrían el piso: ropa, zapatos, botes de productos en el baño... Había un bote de acondicionador y un cepillo de dientes –nada más que pudiera ver– y, con cierto alivio, supuso que eso significaba visitas frecuentes, pero no todavía el estado de semipermanencia que precedía a una vida en común. También quiso calmar su preocupación buscando indicios de alguna caja de preservativos o píldoras anticonceptivas, pero no vio ninguna.

Daniel preparó unos sándwiches de jamón para el almuerzo. Le sirvió un plato mientras ella se sentaba a la barra de desayuno.

–¡Tachán!

Ella sonrió. Parecía enorme. Pero delicioso.

–Gracias. Es un piso precioso. –Acto seguido, examinó a su hijo con atención; parecía cansado, sin duda por el exceso de horas que trabajaba como médico residente. Rebuscó en su bolso–. Esto es para ti. No estaba segura de lo que podrías necesitar...

Guardó silencio sin querer subrayar el hecho de que no había visto su nuevo hogar hasta entonces, y pensando, no por vez primera, que unos meses atrás probablemente ella misma lo habría ayudado a mudarse.

Daniel abrió el regalo. Dentro de la elegante envoltura había un despertador de alta gama que cumplía con su cometido despertando al usuario con un amanecer que se iba iluminando poco a poco y que también podía ir acompañado de un coro del alba, del sonido de las olas o del canto del gallo.

–Puedes elegir cuánto tiempo quieres que dure tu amanecer –dijo Laura–. Pensé que podría resultarte útil, ahora que has empezado la residencia, con todos esos turnos y el horario nocturno. Se supone que ayuda a regular el ciclo de sueño-vigilia.

–Me encanta –dijo Daniel–. Gracias. «Un amanecer todos los días, sin lluvia» –leyó en un lateral de la caja–. Parece que también puede mejorar el

estado de ánimo y los niveles de productividad. Ahora ya no tendré excusa para no escribir buenos informes.

–¿Va todo bien en el trabajo? –preguntó Laura.

Se le iluminó la cara.

–Es muy duro, pero me encanta. Incluso me he relajado ya un poco con lo de tener que extender recetas. Deberías haberme visto la primera vez: comprobé un montón de veces el Vademécum y releí las observaciones del paciente como tres veces. Tardé veinte minutos en hacer un trabajo de cinco. ¡Y las rondas de visitas en sala! Mi adjunto dispara las instrucciones como si fuera una ametralladora. He aprendido a escribir muy rápido.

Al observar cómo resplandecía al hablar vio al niño de cinco años que vendaba a sus muñequitos de acción con papel higiénico y que le decía que iba a ser médico cuando fuera «mayor, cuando tenga diez años». Y ahora ¡ahí estaba! Se sentía muy orgullosa, pero también experimentaba algo más al recordar aquellos recuerdos de infancia que hacían que se sintiera más sensible y emotiva. Rápidamente se los sacudió de encima.

–¿Y qué tal tú? ¿Cómo ha acogido *Pelea de almohadas* el respetable público británico?

–Bastante bien. Todo depende de lo que pase esta noche, con el segundo episodio. Si conseguimos unos buenos índices de audiencia, deberíamos poder plantearnos una segunda temporada.

De hecho, el episodio piloto había obtenido unas cifras más que decentes, pero después habían bajado a la mitad. Nada de qué preocuparse, le había dicho Alison. Las críticas en prensa habían sido buenas. La otra noticia era que Alison también había llamado para decirle lo mucho que les había gustado a ella y Sean el enfoque de la nueva idea para la serie policíaca («Es rabiosamente moderna, y qué personaje tan sensacional...») y quería encargar un guion cuanto antes. Corría el rumor de que una de las señas de identidad de la cadena iba a caerse de la parrilla y necesitaban un sustituto. Laura no dudó en contratar al guionista y decirle que le enviara sesenta páginas llenas de diálogos brillantes. Con un poco de suerte, Cavendish Pictures iba a estar muy ocupada durante los siguientes meses.

–Cruzemos los dedos entonces, ¿eh?

–¿La viste anoche?

–Cherry y yo la vimos juntos. A los dos nos encantó.

La simple mención de Cherry volvió a poner nerviosa a Laura. Empezó a toquetear su sándwich, preguntándose cómo abordar el asunto.

Daniel dejó de masticar y luego engulló su bocado.

–¿Qué? –preguntó en un tono de voz desafiante.

Tenía que contarle lo que sabía. Las razones por las que creía que Cherry no era trigo limpio. Tenía que intentar que él la escuchara.

–Mira, sé que Cherry y yo no hemos hecho muy buenas migas, y entiendo tu frustración por alguna de las cosas que dije, pero hay otras que me he callado deliberadamente. Cosas que he hecho y que siento haber hecho.

–Continúa.

–Estaba muy avergonzada y por eso no te lo dije. –Eso había llamado su atención. Laura respiró hondo–. Verás, cuando estuvimos los tres en Francia, un día entré en vuestra habitación después de que os hubierais marchado.

Daniel arqueó las cejas con indignación.

–No era mi intención. Simplemente, pasaba por allí y la puerta estaba abierta... Bueno, el caso es que entré. Encontré el billete de avión de Cherry y me fijé en dos cosas. En primer lugar, no había reservado el vuelo de vuelta, lo cual me pareció extraño, porque ya habíamos acordado cuándo se iba a ir a casa, y segundo, resulta que solo había pagado quinientas libras por el billete. Tú le diste seiscientas –le aclaró.

Él no dijo nada, sino que se limitó a mirarla, y Laura pensó que era mejor seguir adelante.

–Eso no es todo. Cuando volví a Londres, fui a Highsmith y Brown. Allí, alguien me dijo que Cherry había ido a Francia para asistir al funeral de su abuela.

–¿Qué?

–Estoy casi segura de que fue un pretexto para que le dieran unos días libres. Creo que necesitaba decir algo importante para que le dejaran irse en un momento en que tenían muy poco personal.

–Seguramente la confundieron con otra persona. Mamá, no es que no quiera entenderte, pero ¿de verdad es eso todo lo que tienes contra ella? ¿Para llegar a la conclusión de que es una especie de cazafortunas? En todos los casos podría tratarse fácilmente de un error, tal vez a Cherry se le olvidó cuánto pagó y la

persona con la que hablaste en la agencia... ¿quién era? ¿Su jefe?

–No.

–¿Quién, entonces?

–Una sustituta, creo.

–Ah, pues ahí lo tienes entonces –dijo con aire triunfal–. Probablemente ni siquiera sabía de quién estaba hablando. Y si Cherry quisiera desplumarme, creo que intentaría timarme algo más de cien libras.

–No, no lo entiendes –repuso ella desesperadamente.

–Por favor, mamá –la interrumpió. Luego inspiró hondo–. Mañana es tu cumpleaños. No nos enfademos ahora por esto. ¿Podemos dejarlo para después, cuando regrese de este fin de semana?

Laura se mordió el labio. Cuantas más cosas sabía de Cherry, más convencida estaba de que solo traería problemas. Daniel le había dicho que Cherry había intentado cambiar la reserva que coincidía con su cena de cumpleaños, pero la empresa no tenía otras fechas disponibles para ese verano que no se solapasen con sus turnos en el hospital. Ella no se creía una palabra de todo aquello. De hecho, estaba empezando a pensar que no solo se trataba del dinero: Laura sospechaba que aquel viaje estaba diseñado única y exclusivamente para demostrarle quién ocupaba ahora el lugar más prominente en la vida de Daniel. Cherry estaba decidida a alejar a su hijo de ella.

De pronto, le asaltó un pensamiento: ¿y si Cherry conseguía arrancarle un día de estos una proposición de matrimonio? La sola idea la hundía en la desesperación. Cherry maquinaría una vida entera de distanciamiento entre ellos. Todo aquello que había estado esperando con ansia de repente quedaría fuera de su alcance: ver evolucionar la carrera de su hijo, la multitud de acontecimientos familiares, las navidades, los cumpleaños, las vacaciones... Tendría que esperar a que rara vez se le otorgara permiso para ver a sus propios nietos.

–Mira, mientras estamos fuera, le preguntaré sobre lo que me has dicho y tú y yo hablaremos la semana que viene. ¿Te parece bien?

Laura volvió al presente. Lo miró y supo que, a menos que quisiera alejarlo más, tendría que aceptar. Asintió con la cabeza.

–¿Te apetece otra cosa? –preguntó mirando su bocadillo, casi intacto.

–No, no, está exquisito. –Se le había quitado el apetito, pero tomó un bocado con entusiasmo–. ¿Estás preparado para mañana?



Aunque no tuviera otro remedio, le seguiría preguntando por sus planes con Cherry para ver si podía averiguar algo más.

–Me muero de ganas. Ha llovido tanto que el agua está en los niveles más altos. La aventura comienza a las ocho de la mañana.

Agua fría y velocidad, a Laura aquello le parecía un auténtico infierno.

–¿Estáis...? Iréis con cuidado, ¿verdad? –le preguntó.

Él frunció el ceño, sin entender muy bien qué quería decir.

–La empresa tiene todos los permisos en regla y...

–No, no me refiero a eso.

–Entonces ¿a qué?

Laura arqueó las cejas como diciendo: «¿Tengo que deletreártelo?».

Daniel abrió la boca.

–¡Mamá! Soy médico. Me parece que no necesito una charla sobre métodos anticonceptivos. –Se echó a reír y siguió haciéndolo hasta que las lágrimas empezaron a resbalarle por la cara–. Ay, mamá... –acertó a decir–, a veces eres muy graciosa.

Ella sonrió débilmente, pero todavía tenía el estómago revuelto, y sabía que seguiría así hasta que todas sus dudas sobre Cherry quedasen despejadas.

# VEINTE

*Viernes, 22 de agosto*

–¿Estás seguro de que no quieres que conduzca? –preguntó Cherry mientras circulaban por la autopista en algún lugar cerca de Birmingham.

Se había ofrecido, le había insistido y hasta le había suplicado que la dejara conducir todo el viaje, pero él se había negado aduciendo que ella había estado trabajando mientras que él había tenido el día libre, así que tuvo que contentarse con configurar el navegador y elegir la música, lo cual no era una parte desagradable del trato.

Ella no le había dicho exactamente adónde los llevaría el código postal –iba a ser una sorpresa–, pero el prefijo, con una *ele* doble, evocaba imágenes de pueblos galeses en las montañas con acogedores pubs rurales. Era importante que no se lo dijera, pues el elemento sorpresa incrementaba el carácter memorable del viaje. Cherry lo había calculado todo minuciosamente, no solo para eclipsar el cumpleaños de Laura, sino también porque llevaban saliendo casi tres meses y Cherry sabía que necesitaban hacer algo especial para conmemorarlos. Algo memorable. Se llevaban bien, pero ella no iba a dejar que las cosas siguieran su curso así, plácida y tranquilamente. Tenía la firme convicción de que los hechos concretos y las fechas señaladas consolidaban las relaciones y las llevaban a una nueva fase. Cuantas más cosas se hacían juntos, más recuerdos se creaban. Cuanto más tiempo parecía que llevaba junta una pareja, la relación subía al siguiente escalón. No se podía seguir en el nivel uno

para siempre: había que avanzar. Y aquel fin de semana era un avance.

La noche anterior, sentados en el suelo de la sala de estar, habían envuelto el regalo de cumpleaños de Laura. Daniel había estado trabajando un montón de horas, así que ella se había ofrecido a comprarle algo y él había aceptado su ofrecimiento con gratitud. Habían acordado comprarle una blusa de seda y Cherry se había lanzado a las tiendas de King's Road con la tarjeta de crédito de él y su PIN, una agradable y peligrosa sensación. Una muestra más de lo que le deparaba el futuro. Aquello le había procurado una sensación de satisfacción y seguridad en sí misma, de superioridad ante las dependientas de las tiendas. No había nada tan placentero como gastar el dinero de otras personas. A él le gustó su elección y se sintió aliviado de que también hubiera pensado en comprar papel de regalo y un lazo, junto con una tarjeta. Ella envolvió la blusa mientras él escribía la tarjeta, y por supuesto, estando los dos sentados uno al lado del otro y teniendo en cuenta su participación hasta el momento, él le preguntó si le gustaría firmarla. Ella dudó, como si estuviera sopesando decir que no y luego hubiera decidido mostrarse generosa y ofrecer la rama de olivo de su firma. Mientras escribía su nombre con tinta indeleble con una floritura, era perfectamente consciente de los estragos y la ansiedad que iba a causar con su gesto. La primera tarjeta conjunta de Daniel y Cherry.

Empezó a llover. Los limpiaparabrisas no tardaron en ponerse a trabajar a toda velocidad para repeler el aguacero.

—¿Crees que estará lloviendo en Gales? —preguntó Daniel dejando traslucir su entusiasmo.

Cherry consultó su teléfono.

—Eso parece —dijo con una sonrisa—. Pero no queremos que llueva demasiado, o no nos dejarán realizar el descenso por el río.

—Es verdad. —Dejó escapar un sonido de euforia—. Me muero de ganas de hacer *rafting*. ¿Sabes? ¡Ninguna de mis exnovias ha hecho nada parecido por mí!

Cherry se hizo la sorprendida, como si fuera la cosa más natural del mundo elegir desinteresadamente un fin de semana para hacer una actividad que a tu novio le encantaría.

—¿En serio?

—En serio. En realidad, siempre giraba todo en torno a ellas. Quiero decir, puede que se les ocurriera la idea, pero imposible hacer que fueran sentadas en el

coche a mi lado, dispuestas a probarlo. Estarían demasiado preocupadas por el pelo, o por el frío, o cualquier otra cosa. –Se inclinó y le apretó la rodilla–. Eres maravillosa.

–Pensé que..., bueno, que sería una buena manera de desahogarse, después de toda la presión por trabajar en el hospital.

Vio que tanta consideración hacia él lo conmovía verdaderamente.

–Gracias.

–Es un placer, doctor Cavendish.

Daniel sonrió y ella supo que aquella clase de conversaciones contribuían a que el viaje fuera aún más memorable, poniendo de relieve su generosidad y reafirmando sus sentimientos hacia ella. Siguió lloviendo hasta que llegaron a Snowdonia y el navegador los condujo a un pintoresco y pequeño pub de paredes blancas a eso de las nueve y media. Ambos miraron a través de los cristales empapados de agua de las ventanillas mientras aparcaban, aunque les resultó difícil distinguirlo debido a la oscuridad y la lluvia. Entonces Daniel apagó el motor.

–¿Salimos?

Ella asintió.

–¡Vamos! –gritó ella, y se bajaron del coche de un salto, mientras él cogía sus maletas y echaban a correr, riendo, hacia el pub.

No habían recorrido más de diez metros, pero estaban empapados de la cabeza a los pies.

–Ustedes deben de ser los Laine –dijo con un fuerte acento galés el hombre bajo y grueso que había detrás de la barra–. Yo soy Ted. No sabíamos cuándo iban a llegar... Sobre todo con este tiempcito...

Cherry lo miró parpadeando a través de las gotitas de sus pestañas y sonrió. Había hecho la reserva a su nombre y no se molestó en sacarlo de su error al suponer que estaban casados. De hecho, estaba encantada de que lo hubiera dicho, y había algo en la forma en que había comenzado el viaje, todo tan perfecto, que le hizo pensar que iba a ser un fin de semana muy provechoso.

–¿Quieren que les enseñe su habitación y luego bajan a tomar una pinta y algo para comer?

–Eso suena genial –contestó Daniel.

Ted levantó la trampilla de la barra y los llevó a través del vestíbulo, que

estaba ocupado por una mezcla de lugareños de edad avanzada, en su mayoría hombres con chaquetas verdes acolchadas, y algunas caras jóvenes, personas que probablemente también habían acudido a vivir la experiencia del descenso por las aguas bravas del río Tryweryn. En la parte del fondo había una puerta que conducía a unos escalones estrechos. Lo siguieron y llegaron a un descansillo alargado, de donde salían las habitaciones.

–¿Qué tal el viaje? –preguntó Ted–. Vienen de Londres, ¿verdad?

Pronunció «Londres» como si fuera un país extranjero.

–Así es –contestó Daniel mientras Ted abría la puerta de la habitación número tres.

–Esta es su habitación. Todo es muy sencillo, pero si necesitan ayuda para abrir los grifos, ya saben dónde encontrarme.

Asintió con la cabeza y luego desapareció para regresar a la barra.

Cherry se puso a inspeccionar la habitación inmediatamente. Era un cuarto pequeño con una cama doble, un viejo armario de madera, una mesa baja con algunos folletos locales y dos mesitas de noche. La cama en sí parecía ridículamente pequeña, como todas las camas de matrimonio cuando la que tenía en casa era de metro cincuenta o, en el caso de Daniel, más grande aún. Estaba cubierta con un edredón grueso, y había una manta de color verde jaspeado, doblada a los pies. Otra puerta conducía al baño, donde –comprobó Cherry aliviada– las toallas parecían limpias, al igual que la ducha. Y el conjunto de bañera, lavabo e inodoro, gracias a Dios, era blanco, no de un horrible rosa enmohecido o verde aguacate. Había sido el único sitio disponible cerca del río y era barato, algo que la tranquilizaba, teniendo en cuenta la deuda que llevaba acumulada en su tarjeta de crédito.

Regresó al dormitorio y vio a Daniel saltando en la cama como un niño.

–Vamos –dijo tendiéndole la mano.

Ella sonrió y se unió a él. Probaron los muelles; definitivamente, estaban un tanto desgastados, pero, por suerte, no eran muy ruidosos. Luego se acostaron uno al lado del otro y Cherry sintió que caía rodando hacia el centro. Levantó una ceja.

–Será más acogedor –le aseguró él.

Ella se rio y, tras levantarse de un salto, fue a mirar por la ventana. Fuera, distinguió lo que parecía un establo y una amplia extensión de campo abierto.

–¿Tienes hambre? –preguntó Daniel desde la cama.

–Me muero de hambre.

Ted había encendido la chimenea; hacía bastante fresco. Las mañanas empezaban a traer consigo ese frío de otoño en el aire, las estaciones a punto de turnarse.

Se sentaron a una mesa vacía con cubiertos envueltos en una servilleta de papel verde oscuro y manteles individuales con acuarelas en blanco y negro de la parte delantera del pub.

–Esta noche solo hay pastel de cordero –dijo Ted mientras traía dos platos humeantes–. Mi mujer está incubando una gripe, así que no ha podido hacer el pollo.

–El cordero es perfecto –contestó Daniel.

Cherry levantó la vista hacia el menú de la pizarra. Al parecer, el pub solo servía pastel. Pastel de cordero y, en un día bueno, pastel de pollo. En la pizarra también se anunciaba que había pastel de ternera, y Cherry se preguntó qué habría pasado con eso.

–El de ternera se ha acabado –explicó Ted al ver su mirada, y se fue a buscar las bebidas.

Cherry miró a Daniel, pero este parecía encantado con el lugar y la actitud directa y campechana de Ted. La entonación gaélica de fondo del habla de los lugareños no hacía sino añadir color local al ambiente, el pastel estaba delicioso y el pub era muy acogedor, con una maravillosa sensación de intimidad que creaba la calidez del fuego de un hogar y la lluvia golpeando contra el cristal de la ventana. Fuera de Londres, Cherry se sentía más relajada. Era mucho más sofisticada que la gente de aquellos alrededores y no había necesidad de estar constantemente alerta ni de asegurarse de mantener los estándares de Kensington. Daniel levantó su copa y ella entrechocó la suya.

–Por un fin de semana maravilloso –dijo él y luego se detuvo y la miró con algo más profundo que el cariño, con algo más significativo que el afecto–. Por nosotros. Me alegro mucho de haberte conocido, Cherry.

Ella lo miró a los ojos y sonrió. Aquella era exactamente la clase de mirada que había esperado que aquel viaje provocara.

–Lo mismo digo –respondió ella en voz baja.

Dejó de llover en algún momento de la noche. Cherry se había dado cuenta porque se había despertado, incómoda e irritada porque el colchón se hundía en el medio. La habitación estaba completamente a oscuras, fuera no se oía ningún ruido, y era como si el silencio se hubiese colado y se hubiese adueñado de la habitación, observándola. Sintió una repentina añoranza de su casa, de ver luces brillantes en la calle y oír el sonido de las sirenas. Sintió que aquel no era su sitio. No tenía ni idea de la hora que era ni de cuánto tiempo llevaba despierta hasta que la alarma sonara a las siete. Permaneció allí durante lo que le pareció una eternidad, mirando a la oscuridad, escuchando la suave respiración de Daniel a su lado. Por un momento, se sintió muy sola en esa habitación oscura y estuvo a punto de despertarlo para poder acurrucarse con él, sentir sus brazos alrededor de ella, pero el mero hecho de pensar en ello hacía que su sensación de soledad le resultase absurda, infantil, y no sabía muy bien qué iba a decirle si lo despertaba. Cerró los ojos y se obligó a volver a dormirse, y en algún momento debió de hacerlo, porque lo siguiente que oyó fue un pitido cada vez más fuerte que procedía del móvil de Daniel.

El desayuno consistió en huevos, tostadas y mermelada, y esta vez en el pub solo se hallaba la media docena más o menos de clientes más jóvenes de la noche anterior. Luego recorrieron en coche la corta distancia hasta la sede de la empresa de *rafting*, donde un edificio de piedra albergaba el equipo, los vestuarios y una pequeña cafetería. Mientras atravesaban el aparcamiento lleno de barro, inundado de charcos, para registrarse y conocer a su guía, vieron un enorme cartel en la puerta del edificio principal: «Nivel de dificultad del agua hoy: Grado IV».

–Eso son aguas bastante turbulentas –dijo Daniel, y Cherry sintió una punzada de nerviosismo.

Ella, a diferencia de Daniel, que había bajado por los rápidos en Colorado, nunca había hecho ningún descenso de ríos de aguas bravas.

De pie en la puerta del edificio vieron a un joven con el pelo descolorido por el sol y un portapapeles dando la bienvenida a la gente. Iba vestido con un traje de neopreno que parecía caro y profesional; aquello, unido a aquel pelo

alborotado y salvaje, que hablaba de meses y meses en el río, acentuaba aún más la propia inexperiencia de Cherry. No le gustaba la sensación de lo desconocido, de hacer algo sobre lo que no tenía ningún control, y no había podido investigar ni probarlo previamente. Se registraron y luego entraron en vestuarios separados para ponerse los trajes de neopreno, los chalecos salvavidas y los cascos. Cherry no habló con las risueñas chicas que estaban colocándose los ajustados trajes. Se vistió, guardó sus cosas y luego salió, con el casco en la mano. Daniel ya estaba fuera, con otra pareja y el chico del pelo alborotado, que había dejado el portapapeles. Con ella, su grupo ya estaba completo.

–Hola –dijo el guía–. Ahora que estamos todos, haremos las presentaciones, y luego repasaremos la información de seguridad. Yo soy Gareth... –Sonrió a través de la barba y señaló a Cherry para que hablase a continuación.

–Me llamo Cherry –dijo saludando con la mano, luego le tocó a Daniel, mientras que la pareja eran Jane y Paul, de Bristol.

«Ella parece trabajar de contable –pensó Cherry–, formal y un poco sosa, y él podría ser un funcionario del ayuntamiento.»

–Muy bien –dijo Gareth–, esto es lo que tenéis que saber: yo iré en la parte posterior de la balsa y la controlaré y haré de timonel, pero a vosotros también os pediré que reméis o, de lo contrario, en algún momento nos caeremos. Bajo ningún concepto podéis poner os de pie en la balsa o, de lo contrario, os caeréis. Cuando tengáis que remar, escuchad mis instrucciones sobre en qué lado de la balsa tenéis que hacerlo o, de lo contrario... –Hizo una pausa para dar más efecto a sus palabras–. Exacto, lo habéis adivinado: os caeréis.

«Menudo idiota –pensó Cherry–. ¿Se cree gracioso?» Captó la mirada de Daniel y se mordió el interior de la mejilla cuando lo vio tratando de contener una sonrisa.

–Por si os caéis, llevaréis puestos el chaleco salvavidas y el casco; comprobaréis que es de los que tienen agujeros para que el agua pueda salir rápidamente. Si caéis al agua y no podéis volver a la balsa, nadad hacia la orilla. Yo avisaré por radio para que alguien vaya a buscaros, y según el tramo del río donde estéis, os llevarán en minibús o andando de regreso al punto de partida. Cuando llegemos al final del descenso, hay un tramo más tranquilo del que tendremos que salir rápidamente para no quedar atrapados en los rápidos río abajo, porque ese tramo conduce a una serie de cascadas pequeñas que son



demasiado rápidas y turbulentas para nuestro descenso de hoy. En cuanto terminemos, sacaremos la balsa para colocarla en el remolque y luego os subiréis al minibús y os llevarán de vuelta al principio. ¡Y entonces repetiremos el descenso! ¿Alguna pregunta?

Todos se miraron, pero nadie tenía ninguna.

–Estupendo. ¿Todos sabéis nadar?

Se oyeron unas risas nerviosas y luego el grupo siguió a Gareth hasta la orilla del río. Este les dijo dónde debían sentarse: Jane y Paul al frente, Cherry y Daniel detrás. Cada uno tomó un asa de la balsa inchable y, siguiendo las instrucciones de Gareth, la empujaron al agua. Luego se metieron ellos y Cherry sintió el frío glacial a través de sus botas de neopreno. Subieron a la balsa, las chicas nerviosas y los chicos entusiasmados y fanfarroneando. Gareth se subió a la parte posterior y ordenó a todos que comenzaran a remar. Al principio, todo estaba en calma, con el agua de un color verde alga translúcida y la orilla serena y circundada de árboles. Atravesaron un agradable meandro río abajo, pero luego, de repente, el agua descendió en picado al pasar por una serie de rocas en el lecho del río. Aquello creó una avalancha de agua que inundó la balsa y los dejó empapados, pero no tuvieron tiempo de darse cuenta de lo que había pasado porque la balsa se lanzó hacia delante para remontar otro rápido, y luego se estrelló contra unas rocas. Cherry contuvo la respiración mientras realizaban un giro de trescientos sesenta grados y luego se precipitaban más rápido corriente abajo, donde los engulleron más olas, que esta vez les llegaban a la altura del hombro. Cherry resopló con el frío que le azotaba el rostro, y luego chilló entre risas.

–¡Remad! ¡Izquierda! –gritó Gareth.

Al encontrarse en el lado izquierdo, Cherry se dio cuenta de que se estaba dirigiendo a ella y a Paul, y que se suponía que debían ayudar a impulsar la balsa para pasar por la siguiente serie de rápidos. Hundió violentamente el remo en el agua, sintiéndose absolutamente inútil, sobre todo cuando se tambaleó hacia un lado en la balsa mientras esta se precipitaba sobre otra roca. Luego hubo otro rápido cambio de pendiente y otra acometida de agua espumosa apareció por encima del costado de la embarcación. El mismo proceso se repitió durante unos estimulantes veinte minutos, mientras los cuatro reían exultantes, zarandeados de un lado a otro, sujetando los remos en el aire, tratando de oír las instrucciones y

obedecerlas cuando era necesario. De pronto, las órdenes se hicieron más urgentes:

–¡Remad hacia la orilla derecha! ¡Remad! –gritó Gareth.

Cherry pensó que aquella debía de ser la parte en la que había que situarse a un lado para evitar las cascadas. Aunque el agua se había calmado considerablemente, era más difícil de lo que pensaba y se esforzó en luchar contra la corriente mientras todos remaban bajo los gritos cada vez más insistentes de Gareth, y al final consiguieron acercar lo suficiente la balsa a la orilla para que no fuera arrastrada río abajo.

–Todo el mundo fuera –ordenó Gareth, y salieron de la balsa y la arrastraron hasta la orilla, donde un equipo de dos hombres los ayudó a subirla a la parte trasera de un remolque.

Cherry agradeció la ayuda, porque tenía los brazos y las piernas doloridos, y tomó la mano de Daniel para que este la sacara del agua.

–Ha sido increíble –le dijo dándole un beso húmedo, con sabor a río, y ella le devolvió la sonrisa.

Una vez que todos estuvieron en el minibús, con todos los asientos y el suelo mojados con el agua del río, emprendieron el regreso a lo alto de la colina. Gareth, que iba delante, se volvió para mirar a los cuatro tripulantes, completamente empapados.

–¿Todos queréis volver a hacerlo?

–¡Sí! –gritaron al unísono, una vez derribadas las barreras de la formalidad.

La segunda vez fue igual de divertido, como la tercera, cuando Cherry y Daniel cambiaron de lugar y se sentaron delante, con lo que se empaparon aún más y convertía la experiencia en más emocionante si cabe, puesto que se enfrentaban a los rápidos de frente. Incluso llegaron a sonreír al fotógrafo profesional que estaba a mitad de camino para tomar fotos que luego se podían comprar. Les habían prometido otro descenso si había tiempo y a juicio de Gareth sí lo habría.

Cada pareja volvió ocupar sus lugares iniciales y empezaron a remar suavemente con las aguas ahora ya familiares hasta el primer rápido. Cherry, que se había caído al río ya tres veces, estaba empezando a acusar el cansancio. Le costaba

más esfuerzo remar cuando Gareth gritaba las instrucciones, pero el descenso comenzó de forma tan emocionante como los anteriores. El agua era implacable en su determinación de arrojarlos río abajo y quitárselos de encima.

–¡Remad! ¡Izquierda! –gritó Gareth.

Cherry sintió una ligera irritación por tener que hacerlo: le dolían los brazos y estaba cansada de oír los berridos de aquel guía, dándose importancia. En su vacilación, la balsa quedó atrapada por un repentino rápido, y, cuando levantó el remo, el impulso la empujó hacia arriba en el aire y el brazo se le fue hacia delante y golpeó a Daniel en la parte delantera de la cabeza. Cherry abrió la boca, alarmada, pero en la confusión del movimiento que siguió, apenas lo vio salir catapultado hacia arriba, sino que más bien oyó el golpe cuando aterrizó en una roca que sobresalía de la orilla del río.

Intentó ver por encima del hombro, moviendo la cabeza de un lado a otro mientras la balsa avanzaba por el río a toda velocidad, esperando que él la saludara con la mano, riéndose de haber sido expulsado de la balsa por la fuerza del agua. Sin embargo, Daniel no se movía. Gareth también trataba de mirar hacia atrás, ambos luchando contra el impulso del agua para poder ver qué había pasado.

–¡Remad ¡Derecha! –gritó Gareth de repente.

La risa de Jane y Paul murió en sus labios cuando vieron que en la balsa faltaba un miembro del grupo, momento en que sumergieron los remos en el agua. Cherry estaba perdiendo de vista a Daniel, pero luego vislumbró algo y lo vio tendido todavía en la roca, inmóvil. Trató de ponerse en pie para ver mejor.

–¡Siéntate! –rugió Gareth, y ella se estremeció y luego volvió a sentarse y siguió sus órdenes urgentes para llevarlos a la orilla.

Gareth ya estaba pidiendo ayuda por radio mientras se dirigía hacia las rocas. Cherry salió del río, se resbaló en la orilla y volvió a caerse al agua dos veces; Paul tiró de su mano para ayudarla. Corrió río arriba hasta donde estaba Daniel, sin entender por qué no se levantaba del suelo, y no fue hasta que lo vio de cerca cuando el miedo se apoderó de ella. Yacía sobre un afloramiento rocoso, tendido de lado, con la cabeza más baja que el cuerpo y los pies colgando en el agua. Su cara apuntaba río abajo, pero tenía los ojos cerrados. El casco se le había caído hacia atrás y Cherry le vio una marca roja en la frente y de repente comprendió, horrorizada, de que era la señal del golpe que ella le había dado sin querer con su

remo. Gareth estaba agachado, tomándole el pulso.

–¡Dios mío! ¡Dios mío! –exclamó Cherry trepando por las rocas húmedas para llegar hasta él. Se arrodilló y le tocó la mano, fría por el agua del río–. ¿Está bien? Daniel, Daniel, háblame...

Su rostro permanecía muy pálido e inmóvil, y el único movimiento provenía de sus piernas, que la corriente del agua sacudía arriba y abajo.

El minibús se detuvo con un chirrido en el lodo y dos empleados se bajaron de un salto, con un botiquín de primeros auxilios. Detrás de ellos, en la orilla, estaban Paul y Jane, con los brazos cruzados y expresiones de impotencia en sus caras.

–Respira, ¿verdad? –insistió Cherry con enfado, sin dar crédito a la otra alternativa, pero diciéndolo en voz alta, solo para descartarla.

Gareth asintió.

–Necesitamos una ambulancia.

Uno de los chicos ya estaba llamando por teléfono.

–Daniel, Daniel... –imploró Cherry mientras le acariciaba la mejilla con el pulgar. Le apretó las manos con fuerza, como si eso pudiera despertarlo. Cuando no lo hizo, le apretó el brazo.

–¡No lo muevas! –gritó Gareth, y ella lo miró incrédula, pues nada de lo que decía tenía sentido.

El sonido de las sirenas se intensificó y luego una ambulancia llegó hasta la orilla del río, se detuvo bruscamente, sin apagar las luces, y dos paramédicos se acercaron a la carrera arrastrando una camilla. Tomaron el control de la situación. Mientras colocaban con cuidado a Daniel en la camilla, ordenándole a Cherry que se apartara, le quitaron el casco con delicadeza y Cherry vio otra marca, una lesión circular roja en la sien. Los paramédicos lo cubrieron hábilmente, al tiempo que hacían preguntas sobre lo que había sucedido, si alguien lo había movido, cuánto tiempo había estado allí y el nombre de sus familiares más cercanos. Mientras lo subían a la ambulancia, un helicóptero rojo apareció zumbando por encima de ellos y luego aterrizó más allá de los árboles. Justo antes de que cerraran las puertas, uno de los paramédicos le dijo:

–¿Eres su novia? –Ella asintió, demasiado aturdida para hablar–. La ambulancia aérea lo trasladará a Wrexham Maelor.

–¿Eso es un hospital? –preguntó ella, pero no respondieron, pues estaban

demasiado ocupados, o simplemente no la oyeron, y las sirenas volvieron a encenderse cuando lo trasladaban colina arriba hacia el helicóptero.

Cherry no se había movido todavía cuando vio el aparato remontarse en el aire, y no sabía si era porque llevaba allí de pie mucho tiempo o porque la ambulancia había sido extremadamente rápida. Sin embargo, el hecho de ver que se lo llevaban, del ruido de las palas del rotor desvaneciéndose en el cielo, acentuaba aún más el silencio del estupor que reinaba en el suelo. Cherry sintió un escalofrío, de repente estaba helada.

–¿Dónde está? –preguntó refiriéndose al hospital.

–Te llevaremos, o puedes seguirnos en tu coche –dijo Gareth.

De repente se dio cuenta de que aún tenía que cambiarse, y la idea de tener que retrasarse un minuto más hizo que el pánico la pusiera en movimiento. Echó a correr hacia la colina.

# VEINTIUNO

*Sábado, 23 de agosto*

Más adelante, Laura no asociaría aquel día a su cumpleaños –aunque nunca celebraría otro sin tener que enfrentarse a ese terror salvaje, a la sensación de dejar de respirar, a preguntas aterrorizadas de las que no obtenía respuesta y a una necesidad animal, abrumadora, de estar con su hijo–, sino que lo recordaría por el olor a rosas. Era un olor que le encantaba, pero que pronto tendría el poder de sumergirla en un lugar muy oscuro y tenebroso. Agachada en el jardín, cerca de la valla, había estado podando las rosas muertas para que florecieran los nuevos capullos cuando sonó el teléfono. Lo descolgó distraídamente, cortando aún con las tijeras de podar.

–Buenos días, ¿puedo hablar con la señora Cavendish, por favor?

Recordaba haber sentido una ligera irritación, suponiendo que debía de ser alguna compañía de *marketing* que había conseguido su número o el dentista, que llamaba para recordarle su revisión anual.

–Soy la señora Cavendish.

La voz hizo una pausa de una fracción de segundo y, en ese momento, obtuvo toda su atención.

–Señora Cavendish, soy la enfermera Hadley, del hospital Wrexham Maelor, en Gales. Me temo que tengo malas noticias respecto a su hijo.

# VEINTIDÓS

*Sábado, 23 de agosto*

El viaje a Gales fue insoportablemente angustioso. Los semáforos, los coches que ocupaban el carril rápido, sin apartarse de su camino; cada vez que las despóticas señales de velocidad de la autopista les indicaban que redujeran a cien o a noventa kilómetros por hora, ella se removía inquieta, furiosamente, en su asiento. La necesidad física de estar al lado de Daniel era tan fuerte que si no iban lo más rápido posible, su cuerpo empezaba a moverse, como para compensarlo. Howard iba sentado a su lado, conduciendo, con una expresión de dolor en el rostro.

Había tenido que llamarlo al campo de golf y, a su favor, debía decir que había respondido de inmediato –ella nunca lo llamaba, pues prefería dejarlo tranquilo, sabiendo que estaba prácticamente excluida de esa faceta de su vida–, así que tal vez había sospechado que pasaba algo malo. Mientras él volvía a casa, Laura metió algunas cosas básicas (pasta de dientes, muda de ropa para ambos) en una bolsa, y luego se sentó a esperarlo en la silla del vestíbulo cuando no estaba paseándose arriba y abajo con frustración. Salió corriendo tan pronto como oyó el coche detenerse fuera, y Howard ni siquiera tuvo tiempo de apagar el motor antes de volver a salir a la carretera.

Los primeros minutos del viaje los pasó repitiendo una y otra vez lo que la enfermera le había dicho, que era muy poco: «Su hijo está inconsciente después de caerse de una balsa en un accidente de *rafting*». En esos momentos estaba «en

quirófano», pero no podía o, lo más probable, no quería darle ninguna información adicional, sino que les pidió que llegaran allí «lo antes posible». Cuando Laura le insistía para que le diera más detalles, cualquier cosa capaz de darle algún sentido a todo aquello, la enfermera Hadley respondía con la misma frase: «Es mejor que hable con un médico en cuanto llegue». Aunque Laura entendía por qué, sintió un profundo odio hacia ella en un momento dado, tan desesperada estaba por tener un poco de información que le aportase tranquilidad.

–Es evidente que se ha dado un golpe en la cabeza –dijo Howard.

–¿Tú crees? –exclamó Laura.

Aunque en el fondo ella creía lo mismo, simplemente se negaba a admitirlo.

Él asintió.

–¿Y la operación?

A Laura le tembló la voz.

Howard no dijo nada al principio, pues ambos sabían que se mirase por donde se mirase, aquello no era bueno.

–No lo sabemos todavía –respondió con delicadeza.

Laura lo vio mirar el navegador otra vez y compartió su ansiedad por la hora. Todavía faltaban dos horas para llegar, aproximadamente a las 17.07. Miró el reloj. Dos horas a partir de ese momento hacían que la hora de llegada fuese a las 17.05; podría estar con Daniel unos dos minutos antes, pensó, antes de darse cuenta de lo ridículo del cálculo. Dos horas eran dos horas; simplemente, su reloj iba con retraso. Dijeron que el accidente había ocurrido a las 10.15, así que Daniel habría pasado casi todo el día sin su familia cuando llegaran. La mera idea la hacía estremecerse con una sensación de abandono. ¿Y si la estaba esperando, y si estaba esperando que alguien le cogiera de la mano? ¿Y si la presencia de ella o de Howard en el hospital era importante para el resultado de la operación? Howard, en un extraño momento de ternura, apoyó su mano en la de ella.

–Está en el mejor lugar donde podría estar, y estarán cuidando de él. Y llamarán. Llamarán –enfaticó, refiriéndose tanto a las buenas o a las malas noticias. A cualquier información que fuera significativa.

Fue en este momento cuando Laura se dio cuenta de que no iba vestido con su ropa de golf, lo que significaba que o bien se había cambiado después de que



ella lo llamara, cosa muy poco probable teniendo en cuenta la urgencia, o no había ido a jugar al golf. Ella no respondió, sino que se limitó a apretarle el pulgar, confirmándole que lo había oído.

Los condujeron a una habitación pequeña, una sala de consulta que Laura intuía que había sido utilizada para dar malas noticias a mucha gente, para pedirles que tomaran decisiones difíciles, tal vez incluso para dar alguna noticia alegre alguna vez. El ambiente en aquel reducido espacio era agobiante. Ella y Howard miraron las paredes, los carteles sobre seguridad, los teléfonos de ayuda y el jarrón de flores sorprendentemente frescas que había sobre la mesa. Esperaban en silencio a que el médico hablara con ellos, intentando exprimir al máximo lo poco que pudieran extraer de lo que ya sabían.

No había habido señales de Cherry.

La puerta se abrió y Laura se sobresaltó. Entraron dos médicos y Laura escudriñó con ansiedad la cara de la que iba delante –una doctora de rasgos asiáticos amable y de aspecto alegre–, tratando de interpretar su gesto en busca de noticias.

–Señor y señora Cavendish –dijo la doctora señalando las sillas–. Les agradezco que hayan venido tan rápido.

Ninguno de los dos se sentó.

–¿Dónde está? ¿Podemos verlo? –preguntó Laura.

–Muy pronto, por supuesto. Y sé que estarán ansiosos por hacerlo.

Señaló las sillas de nuevo y esta vez se sentaron, al igual que hicieron los médicos.

–Soy la doctora Raina, neurocirujana, y les presento al doctor Kennedy, anestesiista. –Señaló al hombre a su derecha, un pelirrojo desgarrado, que les sonrió–. Hemos atendido a su hijo desde que ingresó en el hospital. Daniel ha sufrido una lesión en la cabeza cuando estaba practicando *rafting* esta mañana. Tras someterlo a unas pruebas, descubrimos que la lesión le había provocado un hematoma subdural, que es una hemorragia cerebral. Lo llevamos al quirófano de inmediato y conseguimos eliminar con éxito la acumulación de líquido.

Laura estaba tratando con todas sus fuerzas de concentrarse, pero su mente seguía sobresaltándose ante la mención de ciertos términos: «hemorragia», «de

inmediato», «con éxito». Trataba de encontrarle un significado a todo aquello, de comprender la gravedad de lo que le estaban diciendo para poder llegar a un punto en el que poder dejar de pensar lo peor.

–Ahora se está recuperando en cuidados intensivos...

–Entonces ¿está bien? –espetó Laura.

La doctora Raina sonrió con gesto afable.

–La operación ha sido un éxito. Está estable y ahora le vamos a dar tiempo para que se recupere. Le mantendremos sedado para que su cerebro tenga más posibilidades de reparar los daños.

–¿Reparar? Entonces... ¿ha sufrido daños?

–Me refiero al hecho de que ha sufrido un golpe y ha sido sometido a cirugía. En cuanto a la posible existencia de una lesión cerebral, las exploraciones llevadas a cabo no indican que ese sea el caso.

Laura casi se echó a llorar de alivio.

–¿Puedo verlo?

–Sí, por supuesto. Los acompañaremos a usted y a su esposo hasta allí ahora mismo. Recuerden, no está despierto, y tiene un aspecto diferente al de la última vez que lo vieron. Tuvimos que afeitarle parte del pelo para la intervención, y está conectado a varias máquinas que lo ayudan a controlar sus constantes vitales mientras se recupera. También está conectado a un aparato de respiración asistida.

–Entonces ¿no respira?

–No por sí mismo. Lo mantendremos así un par de días y luego intentaremos desconectarle el respirador.

De repente, lo que a Laura le había parecido horrible pero manejable, era mucho peor. El pelirrojo flaco y desgarrado se adelantó en su asiento.

–No puede respirar por sí solo porque está fuertemente sedado para que el cerebro pueda descansar.

–¿Tienen alguna pregunta antes de que los llevemos a la unidad?

Laura tenía un aspecto sombrío y Howard le cogió la mano.

–No en este momento. Nos gustaría ver a nuestro hijo.

La doctora Raina sonrió.

–Los llevaré con él.

La siguieron a una sala llena de enfermeras muy atareadas, que charlaban de

asuntos triviales y prácticos, demasiado alegres, demasiado normales para la gravedad de la situación. Luego les presentaron a la enfermera de Daniel, una mujer que los recibió con una gran serenidad, imperturbable, como si lidiara con lesiones cerebrales graves todos los días, cosa que, por supuesto, era precisamente lo que hacía.

Laura se mentalizó antes de que la enfermera retirara la cortina divisoria blanca que separaba a Daniel de las otras camas de la unidad. Oyó los pitidos que anunciaban la presencia de su hijo y supo que lo que iba a ver sería duro, pero el hecho de verlo la golpeó de todos modos como si acabaran de lanzarle un bloque de cemento contra el pecho. Estaba conectado a varias máquinas, y los cables y tubos entraban y salían de su cuerpo como si fueran una plaga de parásitos alienígenas. Era difícil ver dónde terminaba él y dónde empezaban ellos, pues todo el conjunto conformaba una masa de carne y plástico. Le habían afeitado por completo un lado de la cabeza, y la piel expuesta era de un blanco cadavérico. Tenía la cara muy pálida, de un color casi grisáceo, e hinchada, como si hubiera participado en una pelea, pero sin moretones. El respirador estaba conectado a su boca, haciendo que la lengua le sobresaliera de forma grotesca; el plástico y las cintas que sujetaban el respirador en su sitio le apretaban en las mejillas. Tenía una marca roja en la frente. Permanecía inmóvil, con los ojos cerrados, y tras un momento de vacilación y estupor, Laura corrió hacia él y le cogió tímidamente la mano inerte, tocándolo como si fuera un frágil recién nacido. Laura intentó hablar, pronunciar su nombre y hacerle saber que ella estaba allí, para tranquilizarlo, pero se le quebró la voz y tuvo que callarse, pues no quería que supiera que se estaba derrumbando. Se limitó a dejar que las lágrimas silenciosas le rodaran por la cara.

–¿Puede oírnos? –preguntó Howard a la enfermera.

–No tenemos motivos para creer que no pueda –contestó la mujer–. De hecho, los animamos a que hablen con él, a que le ofrezcan consuelo, aunque él no pueda responderles.

–Ya estoy bien. Estoy bien –dijo Laura respirando profundamente, mientras acercaba una silla sin soltar la mano de Daniel.

Se sentó, sin apartar los ojos de él.

Howard tomó una silla al otro lado de la cama.

–Les dejaré un rato a solas–dijo la enfermera, y corrió las anillas metálicas

de la cortina hasta que quedaron aislados, los tres en una burbuja blanca de pitidos.

Al cabo de unos segundos, Laura oyó una especie de gemido sofocado y, al levantar la vista, vio a Howard llorando, con el puño cerrado contra la boca, tratando de ahogar el ruido. Sacudió la cabeza y se apretó los ojos con el índice y el pulgar para limpiarse las lágrimas. La última vez que lo había visto llorar fue la noche que nació Daniel. Había llegado por fin al mundo a las seis de la mañana después de veinticuatro horas de parto insoportable, que se complicó cuando el ritmo cardíaco de Daniel disminuyó drásticamente, lo que había tenido como consecuencia una cesárea de urgencia. Ella se había quedado agotada, aturdida, y Howard, sentado en la silla junto a la cama, sostenía al pequeño Daniel mientras, de repente, las lágrimas le resbalaban por el rostro.

–Lo siento –le había dicho él, como avergonzado, mientras trataba de secárselas apresuradamente, aunque le seguían cayendo–. Creía... Creía que ibas a morir o él...

Laura sabía lo que había querido decir. No podía volver a suceder.

–Tranquilo, ahora estamos bien –le había dicho ella, y había sido un momento íntimo de cercanía, juntos los tres, Howard en su faceta más descarnada. Era un Howard que Laura sabía que solo ella vería y eso nadie podría quitárselo jamás.

–Soy tan feliz... –había acertado a decir entre lágrimas, y ella había sonreído, llena de amor por él.

–¿Estás bien? –le estaba diciendo ella en voz baja por encima de la cama.

Howard asintió.

–Lo siento.

Laura deseó poder volver a decirle que todo iba a salir bien.

La enfermera regresó y comprobó las vías intravenosas de Daniel mientras Laura observaba en silencio. Les habían dicho que no se había separado de él en ningún momento y Laura le estaba muy agradecida. Al cabo de unos minutos, se volvió hacia Daniel y empezó a hablarle de su día. Al principio le resultó un poco extraño, pues no estaba acostumbrada a sus pitidos, a sus respuestas silenciosas. Cuando ella vacilaba, intervenía Howard, y al cabo de un rato lograron mantener una conversación a buen ritmo, ayudándose el uno al otro. Después de un par de horas diciendo una animada serie de tonterías, el

agotamiento empezó a hacer mella en ellos. Fue entonces cuando otra enfermera retiró las cortinas sigilosamente y pronunció las palabras que Laura había estado esperando oír:

–Aquí fuera hay alguien a quien le gustaría ver a Daniel. ¿Cherry?

Laura se puso rígida.

–No –espetó–. No la quiero aquí.

Howard la miró, pero ella se negaba a dar su brazo a torcer.

–Iré a verla –dijo él.

–Dile que queremos las cosas de Daniel.

Howard asintió y salió del cubículo. Laura apretó la mano de su hijo con más fuerza y se juró permanecer a su lado toda la noche y todo el día siguiente si con eso mantenía a Cherry alejada de él, algo que sabía imposible, pero lo que sí podía hacer, como familiar más cercano, era impedir que Cherry lo visitara. Le hervía la sangre con una profunda rabia emocional cuando pensaba en ella, en su estúpido plan de quedar por encima de ella y en cómo, para marcarse ese tanto, había acabado enviando a su hijo al hospital. Quería saber qué había pasado, pero no soportaba la idea de verla. Cada vez que se imaginaba la cara de Cherry, sentía una ira tan ciega que perdía toda racionalidad. Laura sabía que si permanecía en la misma habitación que ella, no podría responder de sus propios actos. Ya se encargaría Howard de averiguar lo que había pasado.

# VEINTITRÉS

*Sábado, 23 de agosto*

El tiempo tenía una forma curiosa de magnificar la ansiedad. Cherry estaba sentada en la cafetería, con su tercera taza de café en las manos, y de vez en cuando miraba el reloj y le entraba la aprensión al ver que ya había pasado otro retazo más, otro bloque entero de cinco minutos. Se había escapado allí abajo más o menos cuando calculó que Laura y Howard estarían a punto de llegar, para pensar en lo que iba a decirles antes de volver a subir a la habitación. El día había sido muy largo, una pesadilla. Al salir del vestuario se había encontrado a la policía esperando fuera, al parecer, un procedimiento rutinario cuando se llamaba a una ambulancia para que acudiera al lugar de un accidente. Gareth ya había hablado con ellos y Cherry sintió un escalofrío de miedo. Golpear a Daniel en la cabeza con el remo había sido un accidente. Pero no era eso lo que lo había lanzado fuera de la balsa, sino el agua; estaba claro que el río estaba demasiado revuelto, que era demasiado peligroso haber salido en la balsa, y sintió una punzada de ira hacia el engreído Gareth y sus bromas condescendientes.

Había conducido el coche de Daniel al hospital, seguido por la policía. Cuando llegaron, el personal de enfermería le comunicó que lo habían trasladado directamente al quirófano, pero no le dieron más detalles, algo que solo consiguió preocuparla aún más. Así que no tenía más motivos para retrasar su declaración ante la policía. Les dio su versión de los hechos entre lágrimas mientras revivía el accidente. Luego se acabó. Le preguntaron si podían llamar a

alguien para que fuese a hacerle compañía, a alguna amiga para que fuera y se sentara con ella, pero ella dijo que no. Después de asegurarles que se encontraba bien, se fueron, no sin antes informarle de que volverían a ponerse en contacto con ella de nuevo.

Ahora Cherry era libre para estar a sus anchas con sus pensamientos. Dejó que el complejo de culpa aflorara a la superficie, para examinarlo y ver si tenía alguna credibilidad. Sabía que debería haber remado cuando Gareth le gritó que lo hiciera, pero, durante esa fracción de segundo, no le hizo caso. Aquello posiblemente tenía alguna relación con el lugar a donde se había desplazado la balsa a continuación, un tramo donde los rápidos eran particularmente violentos, y eso pudo haber sido lo que hizo que se le escapara el remo en el aire y golpeará a Daniel. Tal vez eso le había hecho perder el equilibrio, por lo que no había podido sujetarse a la balsa cuando la ola los golpeó y lo arrojó fuera, al agua. Tal vez, al golpearlo, Cherry le había dado en el casco y este se había movido e impedido que su cabeza estuviera protegida en un punto crucial cuando se estrelló contra la roca. Tal vez. Sin embargo, todo aquello no eran más que conjeturas, razonó consigo misma. Nadie sabía si su apatía había puesto en marcha la cadena de acontecimientos, si una cosa realmente había llevado a la otra. No se podía demostrar nada de todo eso. Y ella no le había dicho nada a la policía.

Le habían preguntado por el golpe en la frente, y entre lágrimas y auténticos remordimientos, ella les había dicho que se le había escapado el remo hacia arriba, fuera de su control. Los propios policías le dijeron que el casco se le había movido de sitio, pero eso podría haber ocurrido a consecuencia de la caída y el impacto contra la roca, no por su culpa. En su fuero interno, se sintió aliviada de que no hubiera motivos para señalarla a ella como culpable. Pensó en el pobre Daniel, inconsciente sobre la roca, y deseó con toda su alma haber hecho caso de lo que le decían, haber remado cuando Gareth se lo ordenó, y tal vez ahora estarían en su casa, de vuelta en su piso de Londres, preparando juntos la cena.

Se había dirigido al mostrador para ver si había noticias y sintió un gran alivio al saber que la operación había ido bien y que ahora se estaba recuperando. Un médico vendría y hablaría con ella, y entonces podría ir a verlo. Mientras tanto, habían llamado a Laura y Howard, que estaban de camino.

Cherry planificó la tarde: pasaría cuarenta y cinco minutos con Daniel y luego volvería a la cafetería y dejaría que sus padres estuvieran un tiempo a solas con él.

Cuando lo vio por primera vez, le chocó mucho su aspecto, lo repentinamente vulnerable y dependiente que parecía. Aquello la afectó mucho más de lo que esperaba, una demostración de hasta qué punto se había enamorado de él.

Cherry se terminó el café. Llevaba allí tanto tiempo que había llegado a «conocer» a algunas de las otras personas que también estaban allí esperando. Había una pareja joven, la mujer en avanzado estado de gestación y con aspecto de estar agotada. El hombre parecía encontrarse en un estado de permanente nerviosismo, y de vez en cuando le masajeara la parte inferior de la espalda a ella con los pulgares. Luego estaba la mujer de mediana edad, bien vestida con un abrigo color crema y un pañuelo de seda de color ámbar. Estaba sola, pero, de algún modo, se dijo que eso no casaba con ella; parecía la clase de mujer que siempre iba acompañada por su marido. Cherry le había visto una alianza y se preguntó si no estaría allí para verlo a él. Todos llevaban allí tanto tiempo como ella y parecían casi viejos compañeros, cada uno con sus propias razones para permanecer en vela pero todos unidos por una necesidad esencial de estar en el hospital. Se habían cruzado miradas, la embarazada cuando su devoto esposo había ido a buscar una bebida. Ella había suspirado y se había recostado hacia atrás, con las manos alrededor de su enorme barriga; la mujer de mediana edad tenía las manos alrededor de su taza caliente; ambas habían sonreído. Cherry se levantó con nerviosismo. Era hora de volver a la unidad.

La enfermera levantó la vista cuando se acercó y le dijo que los padres de Daniel estaban con él y que les informaría de que Cherry estaba allí. Cuando desapareció, Cherry trató de imaginar la conversación que estaba teniendo lugar en la habitación. A pesar de que no se sorprendió, el hecho de ver que Howard regresaba solo la afectó de todos modos.

–Hola, Cherry.

–¿Puedo verlo?

Él le puso una mano sobre el hombro y la alejó de allí.

–En otro momento. ¿Por qué no vamos a tomar un café?

Volvieron al lugar que Cherry había desocupado hacía apenas cinco minutos,



pero en el tiempo que ella había estado en la sala sus compañeros se habían ido. Aquello descolocó a Cherry, que se sintió abandonada y se puso aún más nerviosa. Dio un sorbo al cuarto café del día y, sintiéndose como una niña esperando una reprimenda del director de la escuela, esperó a que Howard hablara.

–¿Cómo estás?

Era una buena señal, que le preguntara cómo estaba. Le hizo pensar que estaban del mismo lado.

–Bien. Estoy bien. Todavía un poco conmocionada, pero es Daniel quien me preocupa.

–Nos preocupa a todos –dijo él bruscamente.

Cherry asintió, viendo como se evaporaba su optimismo anterior.

–¿Qué pasó esta mañana?

Cherry le explicó a Howard lo mismo que le había contado a la policía. Una vez más, lloró cuando mencionó el remo con el que le había golpeado la cabeza. Odiaba tener que contar esa parte, pues sentía que eso la incriminaba. Dejó muy claro, con toda naturalidad, que no había sido el golpe con el remo el causante de la lesión. Cuando acabó, esperó a que le hiciese más preguntas, pero Howard se limitó a remover su café, lo que la puso nerviosa. ¿La creía? Desde luego, no podía preguntárselo, ya que eso daría pie a pensar que quizá le había mentado.

Él la miró.

–¿Tienes su bolsa, sus cosas?

Cherry se había olvidado de ellas; las había cogido apresuradamente de la taquilla del vestuario del centro de *rafting* y las había guardado en la bolsa de viaje que ambos habían compartido. Había experimentado cierto sentido de responsabilidad y atención por cuidar de ellas. Había dado por supuesto que quedarían bajo su cuidado y le resultaba extraño desprenderse de ellas. Vaciló un momento, pero él continuó mirándola, así que sacó de debajo de la mesa la bolsa que había estado acarreando todo el día.

–Aquí dentro están las cosas de los dos...

–Quédate la bolsa.

Sacó los objetos personales de Daniel y se los dio a Howard por encima de la mesa. Él los cogió y los depositó en la silla junto a él.

–Necesito buscar un sitio donde alojarme. Las enfermeras han dicho que va a

quedarse en el hospital unos cuantos días.

–No creo que Laura vaya a dejarte que lo veas. No hasta dentro de un tiempo.

Estupefacta, Cherry lo miró fijamente.

–Ella no puede impedírmelo.

–Me temo que sí puede, que sí podemos. Como familiares más cercanos.

El dolor se hizo más profundo.

–¿Tú también?

–Mi esposa ya está sumamente afectada por esto. Reducir su ansiedad beneficiará la recuperación de Daniel.

–¿Y qué hay de mí?

–Solo será un breve intervalo de tiempo. Hasta que lo peor haya pasado.

A Cherry le hervía la sangre de ira.

–Ella no parece entender que lo amo.

Él la miró un momento.

–¿Reservaste este fin de semana a propósito para fastidiar a mi mujer?

Cherry bajó la mirada al suelo.

–Porque si lo hiciste... entonces no lo amas tanto, ¿verdad?

Ella permaneció inmóvil, aturdida, mientras él se levantaba.

–¿Vas a llevar el coche de Daniel a Londres?

Ella se encogió de hombros: «Supongo», pensó.

–Pues conduce con cuidado –le dijo él con tono amable.

Ella lo observó mientras se alejaba con las cosas de Daniel bajo el brazo: su ropa, su billetera, su móvil, sus llaves... Acababan de echarla de su vida.

# VEINTICUATRO

*Miércoles, 27 de agosto*

–Por lo que evidencia el escáner, creemos que debería recobrar la consciencia – dijo la doctora Raina.

Esperó a que asimilaran la noticia.

Estaban de nuevo en la consulta. Era por la mañana temprano, y el sol entraba por la ventana, captando las partículas de polvo suspendidas en el aire. La doctora Raina era compasiva pero profesional, y transmitía los hechos sin adornarlos; Laura y Howard estaban exhaustos y asustados. Laura había pasado tres días junto a la cama de Daniel y entonces, la noche anterior, los médicos habían retirado la sedación. Durante las últimas doce horas, en algún momento, Daniel debería haber vuelto en sí.

–Entonces ¿por qué no lo recupera?

Laura hablaba con un hilo de voz, que sonó pequeña, como arrugada.

–Aún no lo sabemos. Empezaremos a estudiar su caso esta mañana. Le harán otro escáner y también realizaremos algunos electroencefalogramas y otras pruebas.

–¿Cuánto tiempo tardará...?

–Dispondremos de algunos de los resultados hoy mismo, pero debo advertirles que tal vez no nos den las respuestas que necesitamos –dijo la doctora Raina con delicadeza–. El cerebro es un órgano muy complejo y a veces lleva un tiempo hasta que descubrimos exactamente qué es lo que está impidiendo a

alguien salir de un coma. A veces se recuperan antes de que lo descubramos.

–¿Puede decir...? ¿Puede decirnos cuánto tiempo es probable que esté así?

Laura sintió que Howard apoyaba la mano suavemente sobre la de ella.

–Me temo que no. Simplemente, no lo sabemos. La buena noticia es que está respirando sin ayuda artificial, así que hemos desconectado el respirador.

Laura asintió, pero no pudo evitar sentir que aquello no eran más que migajas de buenas noticias; algo ínfimo a lo que aferrarse cuando el mayor problema se hacía cada vez más grande y más oscuro.

En ese momento sonó el busca de la doctora Raina y ella lo miró. Era evidente que la reclamaban en otro sitio. Podrían haberla retenido, pero no parecía haber nada más que decir.

–¿Nos mantendrá informados, doctora? –dijo Howard.

–Por supuesto. Tan pronto como tengamos alguna noticia, me pondré en contacto con ustedes. ¿Puedo sugerirle que se tomen un descanso por un par de horas? ¿Que cambien un poco de ambiente?

Él asintió con la cabeza solo para poner fin a la conversación, pero ni Howard ni Laura sabían adónde ir. Su única razón para permanecer ahí era Daniel.

–Daniel, es hora de que despiertes –dijo Laura mientras se inclinaba sobre su cama, sosteniéndole la mano y examinando su rostro en busca de señales de vida–. Abre los ojos.

Él permaneció inmóvil, mientras los pitidos sonaban al mismo ritmo tortuoso.

–¿Puedes mover los dedos? ¿Los dedos de los pies?

Lo miró fijamente, pero seguía sin haber ningún movimiento.

–Solo un parpadeo...

–Vamos, Daniel –dijo cada vez más desesperada.

Empujó una silla con determinación y apretó los dedos con fuerza, con demasiada, probablemente, pero solo quería llegar hasta él. Un leve movimiento, el que fuera, un sonido, algo que le dijera que estaba allí, que lo estaba intentando.

–Por favor... –le suplicó, y se le quebró la voz; unas lágrimas silenciosas y

frenéticas rodaron por su rostro.

Al día siguiente, todo seguía igual. Las pruebas no habían arrojado más luz sobre los motivos por los que Daniel no recuperaba la consciencia, y él yacía en silencio, con los ojos cerrados y las palmas de las manos sobre las sábanas. Fue lo mismo al día siguiente, y al otro. Laura ya había estado haciendo averiguaciones, llamando a amigos de amigos, investigando en internet, y había descubierto que uno de los mejores especialistas del país trabajaba en el hospital Chelsea y Westminster de Londres. Después de hablar con la doctora Raina, quedó claro que podían solicitar que trasladaran allí a Daniel, algo que se organizó con suma rapidez.

Laura esperaba que el traslado pudiera obrar algún cambio en él, pero se llevó una decepción. El nuevo especialista también fue taxativo: era imposible predecir cuándo saldría del coma, y Laura empezó a hacerse a la idea de que la situación podía prolongarse durante semanas o incluso meses, y eso la sumía en un torbellino de terror y angustia que amenazaba con desquiciarla. Tenía que seguir mostrándose positiva, se recordó a sí misma, una palabra de la que la gente empezaba a abusar, pero era lo único a lo que podía aferrarse. La vida de su hijo se había reducido a una serie de clichés: «Aprende a vivir día a día»; «Solo necesita que estés ahí, a su lado»; «Sé positiva y no pierdas la esperanza».

Al cabo de diez días, la vida llamó a la puerta. Howard tenía que volver a la oficina para despachar algunas reuniones urgentes. Su secretaria había dejado un tímido mensaje diciendo que tenía algunos asuntos pendientes para cuando Laura lo considerase oportuno. Tenían que ser importantes o no la habría molestado.

Se acostumbraron a una rutina. Ella iba a la oficina por la mañana y trabajaba desde casa por la tarde, e iba a visitar a Daniel al menos dos horas todos los días. Howard iba por las tardes, al volver del trabajo. Laura había decidido permitir que Cherry viera a Daniel. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa que pudiera ayudar a sacar a su hijo del coma. Si Cherry le hablaba, tal vez su voz podría desencadenar alguna reacción dentro de su cerebro, algo que se lo trajese de vuelta. Cherry podía visitarlo a media tarde dos veces a la semana, los martes y los jueves. Laura dio instrucciones estrictas de que esas eran las únicas

frangas horarias en que podía visitarlo, y tenía que estar fuera cuando Howard llegase a las ocho. Tras preguntarse si el personal de enfermería estaría respetando esas reglas, habló con Howard una vez y él le dijo que no la había visto.

Laura se había encontrado con malas noticias a su vuelta. La dirección de la ITV había decidido no encargar una segunda temporada de su serie ya que las audiencias habían seguido disminuyendo, de modo que, lamentablemente, no era un proyecto viable para seguir confiando en él. Sin embargo, tenían depositadas «grandes esperanzas» en el guion de la nueva serie policíaca y estaban ansiosos por verlo. Mientras tanto, ella todavía podía seguir pagando los salarios del personal. Había estado a punto de llamar a Howard para comentar la decisión porque necesitaba hablar de ello con alguien, pero se detuvo con el teléfono en la mano. Después de sentirse momentáneamente unidos por el accidente de su hijo, habían vuelto a distanciarse. Cada uno regresaba del hospital sin apenas nada que contarse, ya que a ninguno de los dos se le ocurría hablar con el otro sobre lo que le habían dicho a Daniel. Llevaban alejados el uno del otro tanto tiempo que tenían vidas separadas. Si Howard intentaba hablar de su vida con Laura, tendría que empezar desde el principio, y a ella le ocurría lo mismo.

Laura nunca podría acostumbrarse a la idea de ver a Daniel tendido en la cama del hospital y el corazón le daba un vuelco cada vez que lo veía. Le hablaba animadamente, sin parar, después de investigar sobre el coma en libros, en internet e interrogando a cualquiera que estuviera relacionado con el campo de la neurología. Había artículos que aseguraban que los pacientes que se habían recuperado de un coma podían repetir frases textuales enteras de lo que les habían dicho mientras estaban en su estado comatoso. Solo era cuestión de tiempo. O eso creía Laura obstinadamente.

Pasó el tiempo e Isabella celebró su tradicional fiesta de Navidad, cantando villancicos alrededor del piano y con ríos de champán y vino caliente con azúcar y especias. Se había comportado como una gran amiga desde el accidente y había estado a su lado cada vez que Laura había necesitado a alguien con quien hablar, brindándole palabras de aliento y pañuelos de papel. Sabía que la Navidad iba a ser un momento difícil y le dijo a Laura que lo entendía si no

quería ir, pero Laura pensó que era importante seguir llevando una vida lo más normal posible, a pesar de que cada día se levantaba con un dolor punzante en el pecho.

Sin embargo, una vez que llegó a la fiesta, se sintió como una extraña. No tenía ningún interés en beber, y de todos modos el ambiente festivo nunca le había interesado demasiado. También sentía que la gente estaba incómoda con ella; no sabían cómo hablar de Daniel, así que la mayoría ni siquiera lo mencionaban, salvo tal vez para decir: «Dale todo nuestro amor de nuestra parte», cosa que hacían con una expresión dolorosa y fatalista. Eran palabras que interpretaba como tan desoladoramente pesimistas que la sacaban de quicio. «¡Todavía está vivo! –le daban ganas de gritar–. Todavía está aquí, es una parte de mí. Todavía no se ha muerto, joder...», gemía para sus adentros. Después de un par de horas deprimentes, se fue a casa. Luego llegó la Navidad. Ella y Howard la pasaron con Daniel, en la unidad de cuidados paliativos de larga estancia, la residencia especial a la que lo habían trasladado. A Laura la consolaba estar con él, asegurarse de que no estaba solo.

Cuando llegó el año nuevo, lo hizo con tristeza, sin rastro de alegría. Todos los días la asaltaba el miedo mientras hacía las cosas más normales, como ponerse las medias o cerrar la puerta con llave. «¿Cuándo? ¿Cuándo?» A veces lo gritaba en voz alta cuando nadie la oía, una palabra que se evaporaba como una vaharada de humo cuando salía de su boca, sin dejar rastro ni respuestas. «¿Cuándo se recuperará?» La espera era una tortura. Cada día se asomaba al negro abismo de una profundidad insondable, pero permanecía amargamente desafiante. Ella nunca se daría por vencida.

# VEINTICINCO

*Jueves, 12 de febrero*

Habían transcurrido más de cinco meses desde el accidente. Empezaban a asomar los primeros brotes de la primavera. Habían florecido las campanillas de invierno en Hyde Park, agazapadas al pie de los árboles. Como Londres tenía su propio microclima, había incluso algunos brotes de azafrán silvestre, salpicaduras de amarillo y morado. Laura se sentó en la parte trasera de un taxi de regreso de su reunión vespertina. El sol había aparecido tarde y habían superado los diez grados por primera vez desde octubre. Sintió una intensa necesidad de salir fuera, de sentir el aire en el rostro, y dio unos golpecitos en el cristal de separación entre ella y el conductor.

Cuando salió del taxi, supo que había sido una buena idea. El sol era una delicia, y vio algo que no había visto desde hacía semanas: sombras en la acera. Había pasado tanto tiempo que resultaban un tanto extrañas a la vista, toda una novedad. Aquello le levantó el ánimo, que había tenido por los suelos durante varios meses. La reunión con la ITV había ido bien; Alison y Sean habían leído el guion de la serie policíaca y les había gustado. De hecho, estaban muy entusiasmados con el proyecto, y ansiosos por ver el siguiente borrador lo antes posible. Siempre y cuando el guionista añadiera de forma satisfactoria todos los puntos que habían discutido ese día, Laura creía que seguramente le darían luz verde.

El sol y el aire fresco la estaban ayudando mucho, pero Laura aún seguía con



dolor de cabeza, que amenazaba con convertirse en una migraña en toda regla. Nunca las había sufrido antes del accidente de Daniel, pero ahora aparecían al menos una vez al mes. Buscó en su bolso los comprimidos que siempre llevaba encima, pero descubrió que el paquete estaba vacío. Era muy consciente de que si llegaba a desarrollar la migraña, la dejaría completamente fuera de combate, así que se detuvo en la farmacia y entró a comprar otra caja de comprimidos. Esperó en la cola del mostrador, concentrándose en los estantes que había detrás del dependiente, hasta encontrar lo que estaba buscando. Entonces le tocó su turno. La chica que iba delante de ella se dio la vuelta. Era Cherry.

Habían transcurrido meses desde la última vez que Laura la había visto, así que fue un *shock*, más aún por su aspecto: había perdido peso, pero también estaba muy pálida, con sombras oscuras bajo los ojos. No había ni rastro del esplendor y la frescura que había visto en ella cuando la conoció, el día que había mirado por el escaparate de la agencia inmobiliaria.

Cherry fue la primera en recobrase del impacto.

–Hola, Laura.

–Hola, Cherry.

Ambas se quedaron allí plantadas, unidas por el mismo hombre, pero sin saber muy bien en qué consistía su propia relación.

–Creo que es hora de que hablemos un poco, ¿verdad? –dijo Laura.

Fueron a una cafetería, un establecimiento concurrido e impersonal. Tan pronto como estuvieron en la cola, Laura se arrepintió de haber invitado a Cherry a hablar. ¿Qué tenía que decirle? No la soportaba, y aun así quería saber cómo eran sus visitas cuando iba a ver a Daniel. Solo hablaría con ella lo justo para confirmar sus sospechas –que su hijo mostraba la misma falta de reacción que cuando estaba con Howard y con ella– y luego pretextaría alguna excusa y se iría.

Encontraron una mesa llena de azúcar granulado que Laura limpió con una servilleta de papel. Se sentaron; era evidente que Cherry no estaba de humor para entablar conversación mientras miraba por la ventana a la gente que pasaba. Laura la miró un momento.

–¿No deberías estar en el trabajo?

Lo dijo en un tono más incisivo de lo que pretendía, acusatorio.

Cherry la miró con dureza y luego bebió un sorbo de té, sin prisa.

–Es mi día libre. Trabajo los sábados.

Escarmentada, Laura se dio cuenta de algo más.

–Pero hoy es el día que vas a ver a Daniel, los jueves.

–Sí.

–Entonces vienes a la ciudad expresamente.

Aquello irritó a Cherry por partida doble: Tooting era parte de la ciudad, aunque estuviese casi en el extrarradio, y por supuesto que iba expresamente.

–Sí, Laura. Daniel es mi novio.

Se quedaron en silencio un momento y Cherry volvió a mirar por la ventana.

–¿Qué te parecen... las visitas? –preguntó Laura.

Cherry se encogió de hombros.

–Me preocupa estar aburriéndolo con mi cháchara sobre la venta de casas.

–¿Crees que él escucha lo que dices?

–No lo sé. A veces.

Laura fue rápida:

–¿Por qué? ¿Qué hace?

–Nada. Quiero decir, no quiero darte esperanzas ni nada parecido, es más bien una sensación. Él es demasiado especial, se interesa demasiado por las cosas, las personas, como para no escuchar. –Sus ojos se empañaron de lágrimas y rápidamente se las secó–. No saben cuándo se va a despertar, ¿verdad?

–No.

–Le echo de menos.

Hablaba con una voz tan frágil, tan perdida, que el corazón de Laura se ablandó, solo por un instante.

Cherry se recompuso.

–Lo siento. Sé que tú también. –Bajó la cabeza, jugueteó con su cucharilla y luego levantó la vista otra vez–. Y siento habérmelo llevado a esa excursión, y en el fin de semana de tu cumpleaños, además. Ojalá pudiera hacer retroceder el tiempo...

De repente, se echó a llorar ruidosa, desconsoladamente, y Laura la miró, horrorizada. Luego, cuando otros clientes la miraron también, cogió una servilleta de papel y se la dio a Cherry.

–Ten. Sécate las lágrimas.

–Lo siento. Lo siento muchísimo... –Pero consiguió contener las lágrimas. Laura advirtió que parecía aún más desconsolada que antes–. A veces –continuó Cherry–, a veces siento que me voy a romper, poco a poco, que voy a encontrar trocitos de mí desperdigados por el suelo. –Intentó sonreír.

Laura la miró. No acababa de creerse a aquella nueva Cherry, consumida por el dolor y la aflicción. No confiaba en ella. Aquella era la chica que había mentido y manipulado para meterse en sus vidas, que se había tirado a una piscina e insinuado que había sido ella la que la había empujado. Había saboteado deliberadamente el fin de semana de su cumpleaños y luego se había llevado a su hijo a un viaje cuyas consecuencias lo tenían hospitalizado desde hacía cinco meses. Y pese a todo, parecía muy angustiada. Puede que sí tuviera conciencia al fin y al cabo.

–Deberías irte a casa.

–No puedo. Estoy esperando a que den las seis.

Se refería a la hora que Laura le permitía ver a Daniel.

–Mira, estoy segura de que no le importará que no vayas hoy. Howard irá más tarde de todos modos.

–No puedo, yo...

–Seré sincera contigo, Cherry; te veo muy mal. Vete a casa, métete en la bañera y descansa un poco. De hecho, ¿por qué no te coges unos días? ¿Cuándo fue la última vez que has descansado como es debido?

–¿Qué quieres decir?

–Una semana fuera. Un cambio de ambiente. Un tiempo en el que no pienses en Daniel.

–Siempre pienso en él.

Laura empezó a irritarse y sintió que se le agotaba la compasión.

–Por el amor de Dios, haz que te dé un poco el sol. Tómate unas vacaciones. Seguro que Daniel va a estar igual cuando vuelvas.

–¿Tú crees?

Asintió a regañadientes.

Cherry le dedicó una sonrisa llorosa.

–Creo que tienes razón. No me vendría mal una escapada.

Laura asintió de nuevo y luego se levantó.

–Adiós, Cherry.

–Adiós, Laura.

Cherry la vio irse y, cuando Laura desapareció al final de la calle, decidió tomarse un *brownie* de chocolate. Al fin y al cabo, tenía algo que celebrar. Lo cierto era que estaba agotada. Agotada de las visitas, de la espera, de preguntarse... No dormía bien, y el médico le había recetado un ansiolítico que si bien al principio la ayudó, luego la dejaba zombi. Tras el accidente, echaba muchísimo de menos a Daniel. Se había convertido en una parte muy importante de su vida, y habían pasado mucho tiempo juntos, pero luego, después de un tiempo, la tristeza se extendió más allá del propio Daniel. Cherry también experimentó un terrible sentimiento de pérdida por su nueva vida, por su futuro en común..., por su propio futuro.

Las cosas habían cambiado rápidamente desde el accidente: ya no había más cenas en restaurantes caros, no más noches en el elegante apartamento de él. Cherry se estremecía de dolor cada vez que pensaba en aquel piso tan bonito y lujoso, desperdiciado, vacío, sin nadie que lo disfrutara. Había tenido incluso que devolver el coche el día que Howard regresó de Gales. La había llamado a la oficina y le había pedido que lo aparcara delante de su casa y que dejara las llaves en el buzón. La Navidad había sido espantosa. Wendy la había invitado a que fuera a Croydon y la celebraron sentadas a la mesa plegable con el pavo y unos sombreritos de papel, que ella se había quitado a la primera oportunidad.

Cada vez que veía a Daniel, le pedía que saliera del coma para poder estar juntos otra vez y continuar con la vida que había planeado para ellos. Pero habían pasado cinco largos meses y, de momento, nada había cambiado. Cherry lo había visitado religiosamente dos veces a la semana, todas las semanas, cuando podía haberse buscado fácilmente alguna excusa para no hacerlo –pero no lo había hecho– y la espera empezaba a pasarle factura. Empezaba a preguntarse cuánto tiempo se podía esperar de ella que siguiera siendo la novia de un hombre que no podía responderle de ninguna forma. Era joven, tenía planes, y cuanto más tiempo pasaba sentada junto a esa cama, más se preguntaba qué otras oportunidades estaba dejando escapar. Había planeado comprometerse al cabo de cuatro meses, al cumplirse un año de conocerse, y si eso no sucedía –

cosa más que probable—, entonces tendría que empezar de nuevo. Cuando pensaba en ello, le invadía una honda desesperación, lamentándose de lo que pudo haber sido y no fue.

Para colmo de males, en el trabajo no le estaba yendo demasiado bien últimamente. Ella era demasiado inteligente para trabajar en una inmobiliaria, y le aburría. Tenía que hacer un gran esfuerzo para seguir adelante interpretando su papel, pero se sentía atrapada. No podía irse, porque si no tenía trabajo, perdería su piso, y la amenaza de Croydon surgía entonces en el horizonte. Podía buscar otro empleo, pero solo habría estado allí un año y eso sería una mancha en su currículum. Necesitaba desesperadamente un respiro, una oportunidad de descansar, de hacer balance y ver las cosas desde una nueva perspectiva. Había ahorrado un poco y podía reservar algo barato, alguna oferta de última hora. Sin embargo, no quería desaparecer e irse dos semanas de vacaciones a México y volver morena y relajada, porque no quería que Laura pensara que era una desconsiderada. Ahora, en cambio, tenía su bendición. Sonrió. Las lágrimas le habían salido en el momento justo.

# VEINTISÉIS

*Martes, 24 de febrero*

Dos semanas después, Laura recibió una llamada de la residencia. El corazón le latía con fuerza, pero el mensaje de la doctora no era el que había estado esperando.

–Señora Cavendish, lo siento, pero tengo malas noticias.

–¿Qué ha pasado?

–Me temo que Daniel ya no puede respirar sin ayuda. Han vuelto a ingresarlo en el hospital y han tenido que conectarlo al respirador.

Su mundo se hundió una vez más.

Fue la primera en llegar al hospital. El doctor Murray le explicó que a las nueve y veinte de la mañana Daniel había dejado de respirar y, como consecuencia, había sufrido un paro cardíaco. El equipo lo había reanimado con éxito, pero ahora estaba conectado de nuevo a un respirador artificial. Howard llegó entonces y Laura lo escuchó todo de nuevo, las palabras clavándose como cuchillos en su maltrecho corazón. Era como si Daniel, después de todo aquel tiempo, se les estuviera yendo poco a poco, pero ella no podía entender por qué.

–¿Qué es lo que lo ha provocado? –le preguntó al especialista, desesperada por encontrar un sentido a aquel cambio.

–Ha contraído una neumonía. Me temo que los pacientes en su situación son

muy susceptibles a padecerla.

Laura estalló por la angustia y la frustración.

–¡No puede estar perfectamente un día y al siguiente contraer neumonía y sufrir un ataque al corazón! ¡No tiene ningún sentido!

El doctor Murray se mostró paciente.

–Señora Cavendish, su hijo no está perfectamente: está en coma. Muchas veces es difícil, o imposible, predecir el resultado de esa situación.

Aquello no la satisfizo. Se sentía como si le hubiera fallado a su hijo, limitándose a visitarlo y esperando como parte de la rutina, alimentando su propia esperanza, cuando debería haber estado haciendo algo.

–Ahora tenemos que esperar y ver si puede recuperar el funcionamiento pleno de los pulmones –continuó el médico–. Trataremos de quitarle el respirador de nuevo, y si eso no funciona, lo ajustaremos para forzar a que su organismo trabaje con más ahínco para respirar, pero la máquina seguirá asistiéndolo.

–¿Y si sufre otro paro cardíaco?

El doctor Murray hizo una pausa.

–Ha estado en coma durante mucho tiempo. Tenemos que pensar en qué es lo que más le conviene.

Una sensación creciente de horror se apoderó de Laura.

–¿Quiere decir que no...? ¿Que podrían dejarlo morir? –exclamó incrédula.

–No necesariamente. Si todavía lo desean, haremos todo lo posible por reanimarlo de nuevo.

–¡Sí, aún lo deseo! –dijo Laura llorando.

Cuando los dejaron a solas, Howard y Laura se sentaron en silencio un momento.

–Están haciendo todo lo que pueden –dijo Howard.

–¿De verdad?

Él la miró, ligeramente escandalizado.

–Sí, por supuesto.

–Oh, Howard, no quiero decir que estén actuando con negligencia ni nada de eso, sé que aquí hay unos médicos increíbles, el doctor Murray, sin ir más lejos,

es uno de los mejores, pero siento como si hubiéramos estado dejando que las cosas siguieran su curso cuando deberíamos haber estado más encima, haber prestado más atención. –Fue a sentarse a su lado y juntó las manos en su regazo–. Ya hemos pasado por esto antes, recuerda. ¿Y si...? ¿Y si hubiera llevado a Rose a un hospital en cuanto vi que no se despertaba para su primera toma?

–Espera un momento...

–Sé lo que vas a decir, lo que todo el mundo me ha dicho siempre: que hice todo lo que pude, que yo no tuve la culpa. Pero todos esos «¿Y si...?» no desaparecen así como así. Y lo prometí, Howard, prometí que siempre cuidaría de él, que nunca dejaría que le pasase nada, que haría las preguntas que él no pudiese hacer. Yo tomaría las riendas. Él era mi segunda oportunidad.

Howard apoyó una mano sobre la de ella.

–Entonces ¿qué sugieres?

–Hay otro médico... Es estadounidense. No hice nada porque pensé que estábamos en buenas manos. Y estamos en buenas manos, pero quiero aumentar nuestras opciones. Acaban de contratarlo en un hospital privado de la ciudad, uno especializado en trastornos neurológicos. Oh, no puedo soportarlo, Howard... ¿Y si no estamos haciendo todo lo posible? ¿Y si estamos dejándonos llevar por la inercia de los acontecimientos? Simplemente, creo que deberíamos verlo, hacer que vea a Daniel.

–¿Y eso no implicaría trasladarlo?

–Sí, pero en ese hospital hay todo lo que hay aquí, además de ese especialista. Es el doctor Bell. Puedo hacer una llamada, y estoy segura de que es solo cuestión de autorizar a que el Chelsea y Westminster lo traslade y ellos se encargarán del resto.

–¿Y es seguro trasladarlo en el estado en que se encuentra?

–Podemos preguntar.

Howard reflexionó sobre las palabras de su esposa y Laura confundió su silencio con reticencia. Se le quebró la voz.

–Si no... Si Daniel no lo supera, Howard, no creo que pueda vivir sabiendo que no lo intenté todo, que hice absolutamente todo lo posible por él. Puede que ese doctor Bell nos diga exactamente lo mismo, pero al menos, pidamos una segunda opinión.



Howard la miró. Eran como dos seres perdidos, buscando desesperadamente que alguien acudiera a rescatarlos. Por muy arriesgado que fuera, era mejor que quedarse abandonado en la isla.

–Vayamos a hablar con el doctor Murray.

El especialista no creía que aquello fuese a cambiar algo, pero no puso ninguna objeción y consintió en que trasladaran a Daniel al hospital Wellington en ambulancia dos días más tarde.

Laura iba de camino a ver a Daniel cuando se acordó de que Cherry iría a visitarlo esa misma tarde, ya que era jueves. Se preguntaría qué estaba pasando, pues hacía dos días que Daniel había dejado la residencia. Llamó por teléfono al centro y habló con una de las enfermeras a las que conocía bien, pero le sorprendió oír que Cherry llevaba ya varios días sin aparecer por allí.

–Se ha ido fuera –le informó la enfermera–. A Cancún, dos semanas. ¿No se lo dijo?

Laura recordó su conversación.

–Ah, sí, sí, por supuesto. ¿Cuándo se fue?

–El lunes pasado, creo.

Laura tenía muchas esperanzas puestas en su primera visita con el doctor Bell, pero, por desgracia, su diagnóstico fue muy similar. Daniel no estaba respondiendo al retirarle la respiración asistida. Tres días después del ingreso, tuvo otro paro cardíaco. El hospital llamó a Laura y Howard y el doctor Bell les advirtió con delicadeza que la situación no tenía buen pronóstico.

–Me temo que es muy probable que pueda sufrir otro paro muy pronto y resulte muy difícil mantener al paciente con vida.

–¿Cuánto tiempo? –preguntó Laura.

–Es difícil decirlo con certeza, pero podría ser incluso en veinticuatro o cuarenta y ocho horas.

Laura regresó a la espaciosa y soleada habitación privada de Daniel y se sentó en silencio junto a su cama. Lo había intentado, había hecho verdaderamente todo cuanto estaba en su mano, pero al parecer no era suficiente. Cogió la mano de su hijo y se le partió el corazón. Llevaba tanto tiempo frágil, debilitado, que se rompió en mil pedazos que se le clavaron y le desgarraron las

entrañas.

Ya estaba. Eso era todo lo que le quedaba de él. Después de veinticuatro años, le quedaban uno, tal vez dos días de estar con él, tendido en aquella cama de hospital, pálido, inerte e indefenso. De repente, tuvo la abrumadora sensación de que no quería compartirlo con nadie más. Le había pasado lo mismo cuando nació: no soportaba que la gente lo tuviera demasiado tiempo en brazos, le parecía antinatural separarse de él, aunque solo estuviera al otro lado de la habitación. No podía quedarse quieta, sino que flexionaba los brazos con nerviosismo, luchando contra el impulso de apartarlo de las carantoñas de la madre de Howard, que siempre dejaba la fuerte impronta de su perfume en Daniel, de modo que tenía que bañarlo cada vez. Laura quería tenerlo de nuevo en sus brazos. Quería apurar cada segundo de aquellos últimos días, estirarlos y alargarlos al máximo, a pesar de que sabía que la manecilla del reloj seguiría avanzando de forma inexorable.

Pero Cherry volvería al día siguiente, y cuando supiera las noticias, querría verlo. Laura no podía soportar la idea de que esa mujer estuviera cerca de su amado hijo. Ni siquiera quería oír cómo pedía ir a verlo, ni que fuera al hospital a suplicarle al personal. Cherry le había arrebatado a Daniel de tal forma que la sola idea de que acaparase parte de esas últimas horas la llenaba de una furia intensa y desesperada. Pero sabía que eso era justo lo que haría. En el fondo, Laura sabía que aunque le pidiera que se mantuviera alejada, aunque le explicara lo que sentía y su necesidad de estar a solas con él, Cherry querría ir de todos modos. El carácter definitivo del momento golpeó a Laura en ese instante en toda su magnitud; agarrando a Daniel de la mano, lloró sobre su cama como nunca antes había llorado.

Era tarde cuando Laura regresó a casa, y *Moisés*, ajeno a todo cuanto estaba sucediendo en su desgraciada vida, se frotó contra sus piernas. Estaba hambriento. Laura había regresado para darle de comer, pero también para meter en la bolsa algunos artículos de primera necesidad. El taxi estaba esperándola fuera, listo para llevarla de vuelta al hospital. Howard estaba allí ahora, pero se iría cuando ella llegara, y Laura planeaba pasar la noche allí.

Abrió una lata de comida para gatos y apenas la había puesto en el suelo

cuando *Moisés* se abalanzó sobre ella para devorarla, sin dejar de ronronear. Luego, Laura subió a buscar lo que necesitaría para pasar la noche. Metió un pijama, un cepillo de dientes y otros artículos de aseo. También una muda de ropa.

Se le ocurrió en un momento de lucidez. Se irguió de golpe frente al armario, sujetando una camisa limpia, y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Eso era justo lo que tenía que hacer. Era una idea macabra, espantosa, pero era una salida. La única salida. Empezó a andar arriba y abajo por la habitación, temblando, preguntándose si sería capaz de hacerlo. Pero ahora que la idea se había apoderado de su cerebro, era como si nadara arrastrada por una corriente contra la que no podía luchar.

Lo haría mañana.

# VEINTISIETE

*Lunes, 2 de marzo*

«Quiero a mi hijo.» Eso era lo único que contaba. No importaba que estuviera a punto de hacer algo imperdonable, una atrocidad. Se le había presentado una oportunidad, un rayo de luz después de los demoleedores meses anteriores, y Laura sabía que debía aprovecharla. Había estado dándole vueltas y más vueltas, angustiosamente, pero ahora que la decisión era definitiva, sintió una oleada de terror ante lo que tenía que decir. Las palabras que iban a romperla en mil pedazos. Aquella era la primera vez. Por un instante, se planteó ensayarlas, pero las palabras –la palabra– no se formaban correctamente en su cabeza; su reacción instintiva fue ahuyentarlas con violencia.

Atravesó la sala en dirección al lavamanos, en el baño de la habitación privada del hospital, y se miró en el espejo que había encima. La fugaz comprobación, en sus cansados ojos azules, de que su alma todavía estaba intacta la tranquilizó y la animó a continuar. No vio ningún destello verde en el iris, ningún brillo demoníaco en las pupilas. Sin embargo, parecía más fatigada, y la conmocionó ver lo mucho que había envejecido. Le habían salido más arrugas alrededor de los ojos y la boca. También había tristeza, una atormentada desesperación que había tratado por todos los medios de mantener a raya acudiendo a aquel nuevo y costoso hospital, con los mejores médicos que pudo encontrar, con una brizna de esperanza. Por un momento se olvidó de lo que iba a hacer y solo pensó en lo que iba a suceder muy pronto. El dolor, la angustia, se

transformó en una fuerza física que la hizo doblarse sobre el estómago, agarrarse al borde del lavabo. Al cabo de unos segundos, se incorporó. Nada había cambiado.

Cherry regresaba ese día. Laura lo había comprobado y todos los vuelos procedentes de México solían llegar a Heathrow a primera hora de la mañana. Miró el reloj. Tal vez para entonces ya estaría de vuelta en su apartamento de Tooting.

Se le formó un nudo en la garganta mientras sujetaba el teléfono, y tragó saliva con fuerza. Tenía que hacerlo bien. «Cualquier madre haría lo mismo», se recordó a sí misma una y otra vez, un mantra para ayudarla a pasar el mal trago.

Marcó el número con cuidado. Sintió frío y luego calor, en sucesivas oleadas, zarandeada por la agonía. Su vida pronto terminaría. La vida que tenía sentido. Sosteniendo el teléfono con las dos manos para evitar que le temblasen, aguardó la interrupción de la señal de llamada que sonaba en sus oídos.

Finalmente, el timbre cesó y la voz que respondió lo hizo con curiosidad, intrigada. No era de extrañar, ya que Laura nunca la había llamado y no habría reconocido su número.

–¿Diga?

–¿Eres Cherry?

–Sí.

–Cherry, soy Laura Cavendish.

Hubo un breve silencio mientras Laura imaginaba que el cerebro de Cherry estaría trabajando a toda velocidad, tratando de deducir el motivo de su llamada.

–Cherry, me temo que te llamo para darte malas noticias... Daniel murió hace unos días.

«Oh, Dios, cómo duele, cómo duele...» Apretó los ojos con fuerza, pero eso no detuvo el aluvión de lágrimas.

Siguió un silencio lleno de estupor al otro lado del teléfono, y luego:

–¿Qué?

–Sufrió un ataque al corazón; bueno, en realidad tuvo varios, y lo ingresaron de nuevo en el Chelsea y Westminster. No pudieron salvarlo.

Más silencio.

–Sé que es muy difícil de asimilar...

–¿Por qué no me llamaste?

–Sabía que querías descansar un poco... y no me parecía justo, teniendo en cuenta que acababas de irte. Lo siento, fue una decisión difícil, pero pensé que era lo mejor.

–Entiendo.

Eran las palabras de alguien que no sabía qué decir, que aún no había procesado por completo lo que le estaban diciendo.

Laura vislumbró parte de su reflejo en el espejo. La angustia que mostraba su rostro era real. El corazón le latía desbocado y solo quería que aquello terminara.

–¿Cuándo es el funeral?

Laura sintió una fuerte opresión en el pecho.

–Ya se ha celebrado. Solo acudió la familia.

Si Laura hubiera podido ver la cara de Cherry en ese momento, tal vez su expresión de culpa la habría delatado. Ese último gesto de destierro de la vida de Daniel había herido a Cherry en lo más hondo.

Cuando colgó el teléfono, Laura se sintió vacía. No sintió alivio, ni júbilo por haberse librado de Cherry. Pero sí una especie de paz. Ahora ya podía despedirse de Daniel. Los médicos no sabían cuándo podían ser sus últimos momentos con vida y no quería que los tomara por sorpresa antes de que ella le hubiese dicho todo lo que quería decirle.

Dedicó unos minutos a serenarse y se echó un poco de agua fría en la cara. A continuación abrió la puerta del baño y volvió a la habitación, donde Daniel yacía en la cama en la misma posición en la que había estado los últimos meses. Estuvo a solas con él durante un par de horas, puesto que Howard se había ido a casa para coger una muda de ropa.

Acercó una silla y, al mirar por la ventana, vio que era uno de esos primeros días de primavera que suponen todo un regalo de la naturaleza, un espectáculo inesperado. De pronto quiso que Daniel lo viviera también y abrió la ventana de par en par. El aire que entraba era fresco pero no frío, lleno de vida, y oyó el canto de los pájaros. Volvió a sentarse y le tomó la mano.

–Hace un día precioso. –No podía más, y le acarició el pelo para ganar tiempo, pensando que tenía que esforzarse un poco más o lo estropearía todo. Ahora no era el momento de derrumbarse. Lo intentó de nuevo—. Por si acaso no tengo la oportunidad de decirte esto más adelante, por si tienes...

Se interrumpió bruscamente. Había estado a punto de decirle: «Por si tienes

que irte de repente...», pero algo la había frenado, algún mecanismo de protección maternal. Durante aquellos últimos meses había pensado largo y tendido si Daniel podía oír lo que le decían y pensaba, o mejor dicho, esperaba, que pudiera hacerlo. Había estado a punto de hablarle de todos sus recuerdos, de todo lo que amaba de él, pero ahora sabía que no podía. ¿Y si Daniel no sabía que estaba a punto de morir pero podía oír todo lo que ella le decía? Se estremeció de horror. Estaría atrapado en aquel cuerpo, escuchando cómo le anunciaban el final de su vida pero incapaz de comunicarse, de pedir consuelo. Sería como si lo enterraran vivo.

Se subió con torpeza a su cama y apoyó la mejilla suavemente junto a la de él, con cuidado de no desplazar ninguno de los tubos de plástico conectados a las distintas partes de su cuerpo. Entonces lo tomó de la mano. En su cabeza, Laura revivió dos recuerdos. Uno era de una niña, una cosita perfecta con los ojos azules y el pelo rubio que había muerto en sus brazos, pocos días después de nacer. El otro era de un niño igualmente perfecto que, cuando era pequeño, se despertaba y se encaramaba a su cama con su mono de peluche, acurrucándose junto a ella y compartiendo una de las orejas del mono, la parte más suave y la que más le gustaba, con ella. Y se quedaban allí juntitos los dos, calentitos, susurrándose secretos el uno al otro.

–Daniel, espero que no tengas miedo, que no tengas miedo absolutamente de nada, porque no tienes por qué tenerlo. Yo estoy aquí, a tu lado y siempre lo estaré, pase lo que pase. Y me quedaré a tu lado hasta... hasta... Me quedaré aquí.

## VEINTIOCHO

*Lunes, 2 de marzo*

Cherry colgó y dejó el teléfono en el sofá, a su lado. Daniel estaba muerto. No podía asimilarlo. Había muerto. Ya no estaba. Ya no estaría nunca más. ¡Mientras ella estaba de vacaciones! De repente se dio cuenta de que ni siquiera le había preguntado a Laura el día exacto. ¿Qué había estado haciendo ella ese día? ¿Estaba tumbada perezosamente en una hamaca en la playa? ¿Paseándose por Chichén Itzá? O tal vez incluso cenando con Elliot. Había sido un encuentro fugaz, eso se lo había dejado muy claro, pero ella necesitaba el respiro que le había procurado pasar aquel tiempo con él. Él la había abordado en el bar de su hotel y descubrió que ambos viajaban solos y que iban a coincidir cuatro días de sus vacaciones. Terminaron pasando casi la totalidad de esos cuatro días –y sus noches– juntos. Cherry no se sentía culpable, lo veía más bien como un bálsamo reparador necesario después de los últimos meses. Luego Elliot se fue y ella prosiguió con el resto de su viaje.

Le molestaba no saber exactamente cuándo había muerto Daniel, no poder asignar un acontecimiento de tal magnitud a un momento de su propia vida. Estuvo a punto de volver a llamar a Laura inmediatamente, pero en cuanto tuvo el teléfono en la mano, lo soltó. No tenía ganas de hacer preguntas todavía; todo le parecía tan sumamente irreal... Un movimiento en la ventana le llamó la atención: la gente pasaba caminando, siguiendo con sus vidas como si nada, ajena a lo que sucedía en el interior de su piso. Se levantó de repente y fue a



prepararse una taza de té. Mientras sostenía el hervidor de agua bajo el grifo, la realidad la golpeó. Se echó a llorar, con un llanto inconsolable, y tiró el hervidor al fregadero; entonces, de repente, recordó que los vecinos de al lado podían verla si la puerta de atrás estaba abierta, y los del piso de arriba también podían ver si miraban desde cierto ángulo. Retrocedió unos pasos, odiando su piso con toda su alma, odiando Tooting, «el Londres de los pobres», y cómo la gente vivía apelotonada una encima de otra. Entró en el dormitorio, donde gozaba de un poco más de intimidad, y se acostó, completamente vestida, en la cama.

Daniel estaba muerto. Había creído sentirse sola, abandonada y sin rumbo cuando él estaba enfermo, pero se dio cuenta de que no era nada en comparación con lo que iba a ocurrir a partir de ahora. Siempre había creído que él se recuperaría; había leído muchos artículos, reportajes en internet, estudios en libros y revistas, hasta sentir que ella misma podía pasar por médico. Pero en vez de recuperarse, Daniel la había dejado. Y su nueva vida, la vida que ella había planeado, se había desintegrado. Ni siquiera había podido despedirse de él. Se estremeció al recordar las palabras de Laura: «Solo acudió la familia». Ella no estaba incluida. ¿No era lo suficientemente buena? ¿No era digna de ellos? ¿No era lo bastante rica? Una vez más, había vuelto a sentir la bofetada del desprecio. Era como revivir otra vez toda su historia con Nicolas. Ni Laura ni Howard la reconocían como una novia formal para su hijo, como alguien que había significado algo para Daniel. ¿Dónde lo habían enterrado? ¿O lo habían incinerado? Y si así era, ¿dónde estaban sus cenizas? No sabía las respuestas a ninguna de aquellas preguntas y se quedó en un limbo de ignorancia.

Sintió una ira repentina y violenta hacia Laura por guardárselo todo para ella. Laura la había apartado de su vida, y ella, Cherry, se encontraba atrapada en un trabajo sin futuro que estaba empezando a odiar, sin atisbar ninguna clase de escapatoria en el horizonte. No podía volver a pasar por todo aquello de nuevo. Se dio cuenta de que era Daniel quien había hecho que el trabajo le resultara aceptable, no solo porque tarde o temprano la sacaría de allí, sino porque estar con él era lo que esperaba con ansia al final del día. Hablar con él, intercambiar anécdotas e historias sobre las personas con las que cada uno había tenido que vérselas ese día, él como médico en prácticas en el hospital y ella como agente inmobiliaria. La forma en que la abrazaba y la besaba la había hecho sentir bien, la había hecho sentir que era importante para él. Ahora, todo eso había

desaparecido. Ella no era nadie otra vez. La gente, cuyo círculo ella había aspirado a formar parte le había cerrado la puerta en las narices sin contemplaciones. Al final, Laura había ganado.

# VEINTINUEVE

*Lunes, 2 de marzo*

Laura no abandonó el hospital. Temía que si lo hacía Daniel moriría cuando ella no estuviera allí. Llamó a la señora Moore para que le preparara algo de ropa limpia y envió un taxi a recogerla. Por la noche, dormía en una cama supletoria que las enfermeras habían dispuesto al lado de la suya. Howard iba cuando podía, pero su trabajo le obligaba a pasar al menos un par de horas en la oficina todos los días. Las enfermeras decían que muchas veces adivinaban cuándo a un paciente «no le quedaba mucho tiempo» y le decían a Laura que podría llamar a su marido si llegaba ese momento. Cuatro días después, advirtió que algunas de las flores se estaban muriendo. Le deprimió que reflejasen lo que estaba sucediendo en la cama y las arrancó del jarrón con un gesto de disgusto. Ni siquiera las quería en la papelera de la habitación y las sacó afuera para que se deshicieran de ellas. Cuando cerró la puerta a su espalda y echó a andar por el pasillo, oyó algo, una alteración en el ritmo de los pitidos que se habían vuelto tan familiares para ella como los latidos de su propio corazón.

Una enfermera pasó corriendo junto a ella. «Dios –pensó Laura–, ¡ha muerto! Ha muerto en cuanto he salido de la habitación.» Dejó escapar un alarido de angustia y volvió a entrar, corriendo hacia la cama, desesperada por abrazarlo, para que no fuera demasiado tarde. El doctor Bell llegó una fracción de segundo después de ella.

–Señora Cavendish, si pudiera darnos un poco de espacio –dijo, y la

enfermera la agarró del brazo con firmeza y la apartó a un lado mientras él recorría con la mirada a Daniel y los monitores.

–Está tratando de respirar.

Laura lo miró con incredulidad.

–¿Qué?

–Intenta respirar. Por sus propios medios. –El doctor Bell sonrió y miró las lecturas–. Tres respiraciones en el último minuto. Bien, bien, bien.

Laura negó con la cabeza.

–No lo entiendo.

–Está respirando sin ayuda. Parte del tiempo. Es una buena noticia –dijo con cautela–. Creo que lo pondremos a prueba con el respirador, lo cambiaremos para que reduzca la cantidad de esfuerzo que tiene que hacer. Veamos si puede respirar por sí mismo un poco más.

–Oh, Dios mío...

–Lo someteremos a una estricta observación durante las próximas veinticuatro horas mientras vemos cuánto son capaces de soportar sus pulmones.

–¿Y luego qué?

–Primero, vamos a empezar con las próximas horas –dijo el doctor Bell con delicadeza.

Laura estuvo exultante... durante unos minutos, pero luego volvió a sumirse en la desesperación. Era una broma cruel, la medicina jugando con sus emociones, un extraño intento de aferrarse a la vida antes de que Daniel la abandonara para siempre. Permaneció pegada a su cama, mirándolo, observando su pecho, vigilando con la mirada cada nuevo aliento que inspiraba. Le preguntó a la enfermera qué significaban exactamente las cifras de la máquina, cuáles estaban relacionadas con sus pulmones, y se obsesionó con que el aparato registrara cada nueva inhalación. Esa noche no durmió apenas, acostada a su lado en su cama improvisada, y se levantaba cada hora más o menos para revisar los monitores.

A la mañana siguiente, a primera hora, ella y Howard esperaron impacientemente el pronóstico del doctor Bell.

–Lo está haciendo extraordinariamente bien. De hecho, creo que deberíamos desconectarle el respirador.

Laura se volvió hacia Howard e intercambiaron una sonrisa radiante y tensa, sin atreverse a creer lo que estaba sucediendo.

–Ahora voy a retirar el tubo traqueal.

Mientras desconectaba el respirador y luego extraía con cuidado el tubo que alimentaba los pulmones de Daniel, este tosió de repente y abrió los ojos.

–Dios mío... –exclamó Laura llevándose las manos a la cara.

–Daniel, ¿puedes oírme? –dijo el doctor Bell, colocándole una máscara de oxígeno–. Estás a salvo. Estás en el hospital. Soy el doctor Bell y estoy aquí para ayudarte.

Daniel miró a su alrededor frenéticamente, sin comprender.

–No tengas miedo, todo va bien. Voy a cogerte de la mano y quiero que parpadees si puedes oírme.

Durante unos segundos, no pasó nada. Luego Daniel parpadeó y Laura sintió una alegría abrumadora que la dejó sin fuerzas mientras le inundaba todo el cuerpo, y las lágrimas salían a raudales y resbalaban incontrolablemente por su rostro.

–Estás en el hospital, y tu madre y tu padre están aquí.

–Estoy aquí, estoy aquí –dijo Laura secándose las lágrimas mientras se acercaba a él y le tomaba la otra mano.

Él la miró, pero ella no estaba segura de si podía verla.

–Has tenido un accidente, pero vas a ponerte bien –explicó el doctor Bell.

Daniel volvió a cerrar los ojos y a Laura le entró el pánico.

–¿Qué ha pasado?

–Es completamente normal. Volverá en sí poco a poco, recuperará la consciencia con el tiempo.

–Entonces ¿está bien?

–Lo sabremos más tarde, tal vez durante los próximos días y semanas, pero esto es muy, muy bueno.

La recuperación de Daniel empezó muy despacio, y al principio Laura tenía que tener en cuenta constantemente cuántas cosas no podía hacer aún: tardó dos semanas en incorporarse en la cama, todavía no podía comer por sí solo, las llagas en su cuerpo y en sus labios tardaban mucho tiempo en curarse, pero poco

a poco fue advirtiendo cómo pequeñas partes de él volvían a ella. Una sonrisa, una palabra ronca, un momento de lucidez..., y después de todas esas veces, Laura se maravillaba de los progresos que hacía.

–Eso es porque es joven y lucha por recuperarse –dijo el doctor Bell, y Laura sintió un inmenso orgullo de que Daniel tuviese tanta fuerza de voluntad.

Lo miraba maravillada, asombrada por la transformación. Los médicos le recordaban repetidamente que aún quedaba un largo camino por recorrer, que aún podría sufrir lesiones cerebrales, que su memoria podría quedar afectada. Sin embargo, Laura estaba eufórica y restaba importancia a aquellas advertencias. Estaba tan inmersa en su recuperación que al principio se olvidó de Cherry. Luego, una noche, en la cocina, mientras preparaba la cena para ella y para Howard, el recuerdo se le echó encima como una locomotora de vapor, rápido, atronador y arrollando todo cuanto encontraba a su paso. «Le dije a Cherry que Daniel había muerto.»

Era un gran problema, pero un problema con el que no quería lidiar en ese momento. Todos sus pensamientos estaban consagrados a la recuperación de Daniel y a las tareas relacionadas con eso: la fisioterapia, la terapia del habla, el tiempo dedicado simplemente a hablar con él, a darle ánimos. No quería interrumpir o complicar sus progresos de ninguna manera y, definitivamente, Cherry era una complicación. Laura se la imaginó vampirizándole a Daniel su nueva vida, diciéndole mentiras, manipulándolo emocionalmente con la vista puesta en el premio, y sintió miedo. Aunque mejoraba día a día, Daniel no estaba ni de lejos en su punto óptimo de recuperación, y Laura apartó a un lado la culpa y se dijo a sí misma que lo mejor para él era que Cherry se mantuviera alejada de su vida por el momento.

Bajó a la bodega para buscar un poco de vino para la cena y vio a Howard nadando en la piscina. Se dio cuenta de que tendría que pensar en algo que decirle, algo que explicara la ausencia de Cherry. Gracias a Dios, no había preguntado por ella; imaginaba que él también había estado tan absorto en Daniel que no se había acordado de ella. ¿Qué demonios iba a decirle? Sintió pánico al recordar lo que había hecho, la mentira que le había contado, y atravesó rápidamente la sala de la piscina hasta la bodega y sacó una botella fría de chablis de la nevera. Mientras volvía al piso de arriba, vio algo mojado en el suelo, un charco de baldosas relucientes, y se agachó a ver qué era. Parecía agua,

pero no provenía de la piscina. Percibió que algo le goteaba lánguidamente en el pelo, y sobresaltada, levantó la vista. Estaba justo debajo de la ventana opaca. Frunció el ceño. ¿El agua venía de allí? Estaba demasiado lejos para verlo, pero eso significaría que había una grieta.

–¿Qué pasa? –le preguntó Howard.

–Creo que tenemos una filtración de agua.

Se acercó nadando y miró hacia el techo.

–¿Qué? Pero si acabamos de reparar las baldosas... Malditas obras de los vecinos...

–Yo me encargaré.

Más tarde, cuando ella y Howard estaban sentados a la mesa, ella abordó el tema con aire vacilante.

–Por cierto, hablé con Cherry hace unas semanas.

–¿Sí? ¿Qué días ha estado visitando a Daniel?

Laura escondió las manos temblorosas debajo de la mesa.

–Ha pasado página y ha seguido adelante con su vida.

Howard dejó su copa de vino.

–¿Qué?

–Sí, me temo que tomó la decisión justo después de volver de vacaciones.

–Eso fue hace siglos. No me habías dicho nada.

–No pensé que fuera importante... Estaba demasiado centrada en Daniel, ya sabes, en las malas noticias que pensamos que íbamos a tener...

–Entonces ¿no sabe que ha salido del coma?

–Sí, sí lo sabe. Por eso la llamé.

Era otra mentira, la cuarta, ahora. La una llevaba imperiosamente a la siguiente.

–¿Él lo sabe?

–Yo no he sacado el tema, y él tampoco. Pero pienso que puede haberlo adivinado. –Hizo una pausa–. Creo que tenemos que protegerlo. Si dice algo, creo que para él podría ser más fácil de asimilar si cree que Cherry se fue hace meses.

Howard guardó silencio un momento, enfadado por lo que su hijo todavía tenía que sufrir, y luego asintió.

Por un momento, Laura no se podía creer lo fácil que había sido. Luego,

lanzó un silencioso suspiro de alivio y se olvidó por completo del asunto.

Dos meses después de despertar del coma, Daniel terminó su sesión de fisioterapia y, al volver a su silla de ruedas, se recostó en ella, exhausto. Le dolía algo, Laura lo veía en sus ojos, y estaba a punto de decirle que lo estaba haciendo muy bien cuando él habló primero.

—¿Dónde está Cherry?

Un espeso nudo de terror le atenazó la garganta. Aquella era su oportunidad, el momento de hacer las cosas bien. Podía decirle simplemente que Cherry le estaba dando espacio para recuperarse, pero que se moría de ganas de verlo. Y luego podía decirle a Cherry que... ¿qué? ¿Que cuando hizo lo que hizo estaba delirando? ¿Que estaba desquiciada por la pena de saber que a su hijo apenas le quedaban unos pocos días de vida?

La vida había adquirido una nueva dimensión de alegría, un nuevo propósito, desde que Daniel había regresado a ella. Era como si alguien o algo hubiera decidido en el último momento no llevarse a su único hijo, a pesar de que Laura no había cumplido su promesa. Porque ella le había fallado. Había dicho que lo protegería, que no permitiría que nunca le pasase nada y, a cambio, él siempre estaría a salvo. No cometería ninguna torpeza, como con Rose, ni tomaría malas decisiones. Ese había sido el trato. Pero ella no lo había mantenido.

Laura había invitado a Cherry al seno de la familia. Sí, Daniel estaba saliendo con ella, pero Laura lo había animado a que le abriera las puertas de su casa sin ni siquiera pensar en quién era esa chica. Ella misma la había invitado a ir a Francia. Dios, en un momento dado incluso había llegado a pensar en ella como una especie de hija... Laura se estremeció. Había fallado estrepitosamente y, sin embargo, le habían dado otra oportunidad. ¿Qué clase de madre sería si dejaba que Cherry volviese a entrar en sus vidas como si nada? De repente, irguió la espalda. ¿Acaso estaba loca? ¿Cuántas advertencias necesitaba para reaccionar?

—Hace ya un tiempo que no viene a verte —dijo con aire apesadumbrado, afligida.

No era una mentira, pero tampoco era toda la verdad. La expresión en el rostro de Daniel lo decía todo: acababa de deducir que Cherry lo había dejado



cuando estaba en coma.

Miró por la ventana por un momento y Laura miró hacia otro lado, sintiéndose fatal. Sintió el repentino impulso de decirle que no era verdad, pero pasaron los segundos y al final no dijo nada.

Daniel continuó mejorando y no volvió a mencionar a Cherry, pero aun así, Laura estaba preocupada. ¿Qué pasaría si él intentaba ponerse en contacto con ella? Una vez, cuando estaban en los jardines del hospital, dando un lento paseo porque Daniel aún tenía muy débiles los músculos de las piernas, Laura sacó tímidamente el tema. Habían estado hablando de sus viejos amigos de la escuela, que habían ido a visitarlo ese fin de semana, y parecía el momento oportuno.

—¿Vas a llamar a Cherry?

—No.

Y el tema quedó zanjado. Aunque sintió alivio al saber que él parecía haber pasado página, una parte de ella sabía que una simple llamada bastaría para descubrir la verdad.

El móvil de Daniel estaba en una caja, arriba, en su tocador. Laura fue a casa esa noche y se disponía a eliminar el número de Cherry, solo para asegurarse de que ella saliera de sus vidas para siempre, cuando se dio cuenta de que parecería sospechoso que solo se hubiese borrado el de ella. Entonces llevó el móvil al patio y lo rompió, después de sacar la tarjeta SIM y destruirla también. Se quedó mirando los pedazos y luego los recogió apresuradamente y los metió en una bolsa de plástico que enterró bajo los desechos del cubo de la basura, alegrándose de que el camión la recogería al día siguiente.

Todo aquel asunto la hacía sentirse muy incómoda. El único consuelo era saber que estaba llegando al final del entramado de su mentira: estaba atando todos los cabos sueltos. Hoy en día, ya nadie se sabía el número de nadie de memoria. Todo el mundo dependía de sus móviles: les decían por dónde debían caminar, si iba a llover o no, y almacenaban sus contactos de modo que la mayoría de la gente ni siquiera se sabía el número de su propia madre. En el caso de Daniel, sin duda ocurría lo mismo, y seguro que había introducido el número de Cherry en su teléfono una sola vez —y ni siquiera eso si ella lo había llamado desde el suyo y luego él lo había guardado— y nunca más lo habría marcado de nuevo. El teléfono habría hecho el trabajo por él. Laura le compró un móvil nuevo, diciéndole que el viejo había desaparecido durante alguno de los

traslados de hospital. Tenía un número nuevo, por si Cherry lo llamaba accidentalmente.

Pero todavía había una cosa más, algo que hacía que sintiera un nudo en el estómago.

Cherry todavía seguía trabajando a tan solo diez minutos andando de su casa. Si a Daniel se le ocurría pasar por su oficina... Bueno, más valía no pensarlo siquiera. Aquello la atormentaba, no la dejaba dormir por las noches, y no sabía qué hacer. Fueron los médicos quienes le dieron la idea. Era solo una solución temporal, pero así le daría algo de tiempo para pensar. Dijeron que Daniel estaría listo para irse a casa pronto, pero que todavía tenía que hacer varias semanas de fisioterapia: nadar, caminar y mucha rehabilitación. Laura supo exactamente qué hacer: irían a Francia, donde el clima era excelente para su salud. Daniel accedió sin rechistar y Laura sintió un profundo alivio. Reservó los vuelos para el día en que le daban el alta.

# TREINTA

*Lunes, 8 de junio*

Daniel trató de alcanzar el borde de la piscina, pero no lo consiguió. Su rostro se sumergió durante un segundo antes de emerger de nuevo, y esta vez sí lo tocó. Haciendo caso omiso del dolor, se volvió para nadar otro largo. La ropa aún no le quedaba bien, y se negaba a comprar un guardarropa nuevo. Para empezar, la idea de tener que ir de compras le restaba energía, y la energía era precisamente algo de lo que no iba muy sobrado en esos momentos. No, tenía que ganar masa muscular, y así podría dejar de subirse los vaqueros cada dos por tres, y eso con el cinturón puesto.

Cuando completó su objetivo, estaba tan cansado que apoyó la cabeza en los brazos que había recostado en el borde de la piscina. Como siempre, cuando no estaba distraído con el ejercicio, mil pensamientos asaltaban su cerebro. Aún estaba asimilando hasta qué punto había cambiado su vida. Al despertar del coma, no supo reconocer su entorno, ni mucho menos identificarse con su aspecto físico. Lo último que recordaba era el momento antes del accidente, cuando estaba en la balsa y se precipitó río abajo. Su trabajo y su novia, a los que adoraba, habían desaparecido. La vida cotidiana se había ralentizado al ritmo de una vida de jubilado, pero incluso aunque quisiese acelerar ese ritmo, físicamente no era capaz de hacerlo. Le frustraba estar atrapado dentro de su propio cuerpo.

Suspiró, salió de la piscina y se echó una toalla sobre los hombros. Lucía el

sol, y el mes de junio en la Costa Azul era fabuloso, así que no tardó en quitarse la toalla de nuevo para disfrutar del calor. Se sentó un momento a la mesa de teca y miró hacia Saint Tropez, a lo lejos, con sus tejados rojizos centelleando bajo la luz del sol. El pueblo entero parecía mirar al mar, algo que le resultaba maravilloso y tranquilizador a la vez. Sin embargo, Daniel aún no había bajado hasta allí, y ya llevaban una semana en Gassin.

No era una persona que se considerase particularmente sentimental, pero aquel viaje le estaba resultando difícil. Por todas partes había recuerdos del verano anterior... y de Cherry. Estaba en la misma habitación donde habían dormido juntos. Y habría más recuerdos aún en Saint Tropez. Sabía que parte del problema era que le costaba aceptar haber sido abandonado cuando ni siquiera sabía cómo había sucedido, cuando ni siquiera había estado mentalmente presente. Sus últimos recuerdos de Cherry eran de una inmensa felicidad, y era como si le faltase un pedazo gigante de su vida, cosa que, efectivamente, así era. Se moría de ganas de llamarla, como si todo hubiera sido un gran error, pero luego se recordaba a sí mismo que ella había tirado la toalla y lo había abandonado. Y él no pensaba que Cherry fuera así. Su relación, pese a haber sido breve, le había parecido sólida. En su momento le había parecido que estaba predestinada a durar, como si realmente tuvieran un futuro.

A menudo se preguntaba qué habría hecho él si hubiera sido al revés, si hubiese sido Cherry quien hubiera tenido el accidente, y le gustaba pensar que él habría permanecido a su lado mucho más tiempo. Entonces ¿qué la había hecho marcharse de su lado? Sí, estaba en coma, pero su madre había dicho que Cherry había desaparecido antes de Navidad; a principios de noviembre, de hecho, por lo que entonces solo había estado «ausente» un par de meses. Se preguntó cómo había llegado a tomar esa decisión. ¿Le había resultado fácil? ¿Había querido ser libre? Y luego estaba lo que ella no sabía: que él había salido del coma. Pero él no podía llamarla para decírselo: si ella volvía con él, Daniel nunca sabría si era porque realmente lo quería o porque se sentía obligada por una especie de sentido del deber. Tampoco podía llamarla porque su móvil se había perdido durante el periplo desde la taquilla del centro de *rafting* hasta los distintos hospitales y no sabía su número.

Le rugió el estómago y se levantó en busca de algo para almorzar. Le fascinaba lo mucho que comía; aquella debía de ser la forma en que la naturaleza

reponía fuerzas para un cuerpo maltrecho. Era capaz de engullir *baguettes* enteras, untadas hasta los topes de mantequilla y queso. Cuando se dirigía a la cocina, vio a su madre sentada a la mesa, leyendo algo en su ordenador portátil. Parecía preocupada, con el ceño fruncido. Cuando lo vio, se colocó una sonrisa en los labios y cerró la pantalla.

–Mamá, ¿tienes que volver al trabajo?

Ella vaciló antes de contestar, de modo que, cuando lo hizo, Daniel supo que estaba mintiendo.

–No seas bobo. Puedo trabajar aquí.

Se sentó frente a ella.

–Has empleado demasiado tiempo en cuidar de mí. –Ella empezó a protestar, pero él le puso una mano en el brazo—. No pienses que no te lo agradezco. No habría llegado hasta aquí si no fuera por ti, pero... todos esos meses en el hospital, venir aquí conmigo... es hora de que te antepongas a ti misma por una vez.

La inundó una oleada de alivio que no supo disimular. Para su satisfacción, habían dado luz verde a su serie policíaca y debían comenzar el rodaje a finales de año. Eso significaba que de repente había que ponerlo todo en marcha: había que leer y revisar más episodios, organizar *castings*, entrevistar a los directores, contratar al personal clave, buscar las localizaciones... Por no hablar de perseguir a los albañiles que se suponía que debían reparar la claraboya del jardín, y Laura no podía hacer todo aquello desde el sur de Francia. No era solo el trabajo lo que la preocupaba; la sombra omnipresente de Cherry, que trabajaba justo al final de la calle de su casa, le quitaba el sueño, y sabía que se le acababa el tiempo.

–¿Estás completamente seguro?

–Nunca he estado más seguro.

Ella le puso las manos a ambos lados de la cabeza y lo besó.

–Volveré los fines de semana.

–No hace falta...

–Chsss, calla. Ese es el trato.

Volvió a casa en avión esa misma noche. Fue una despedida emotiva y ambos parpadearon para contener las lágrimas.

–Gracias por todo –musitó Daniel mientras se abrazaban con fuerza—. No

podría haberlo hecho sin ti.

–Te llamaré –dijo ella–. Todos los días, solo para asegurarme de que haces tus ejercicios.

Una vez a solas, Daniel la echó de menos más de lo que pensaba. Se acostó en la cama y, como de costumbre, volvió a pensar en Cherry. Solo quería saber por qué había decidido dejarlo. Y luego se le ocurrió una idea. La llamaría a la oficina, hablaría con ella allí. Y si era difícil, por la falta de intimidad para ella, podría pedirle el móvil de nuevo, llamarla cuando saliese de trabajar.

Sintió cierta tranquilidad fatalista una vez hubo decidido qué hacer, aunque no estaba ansioso por mantener aquella conversación. Estaba seguro de que iba a ser rechazado por segunda vez... y ser rechazado dos veces por la misma mujer era algo difícil de asimilar para cualquier hombre.

La mañana siguiente amaneció cálida y sin nubes. Se levantó temprano y fue a la *boulangerie* para comprar una *baguette* fresca, y luego desayunó fuera. Había dormido bien, pero ahora que estaba completamente despierto y se acercaba el momento de telefonar a Cherry, estaba nervioso. Encendió su teléfono y buscó en Google la agencia inmobiliaria de Highsmith y Brown. Ver la foto del exterior de la agencia en el sitio web lo puso aún más nervioso. Todavía no podía llamar: solo eran las siete de la mañana en Londres y ella no estaría trabajando todavía. Para matar el tiempo y dejar de ensayar una y otra vez en su cabeza qué iba decir, decidió hacer la visita a Saint Tropez que había estado posponiendo.

El trayecto en coche fue fácil, ya que era muy temprano para la muchedumbre de turistas y el tráfico era plácidamente soportable. Era día de mercado y se encontró deambulando por los concurridos puestos de la Place des Lices, llenos de las verduras típicas de principios de verano: montones de habas, torres de alcachofas y guisantes de aroma fragante en sus vainas. Compró unos cuantos, además de algunas nectarinas tempranas, y luego, resultándole aún el esfuerzo físico demasiado extenuante, se sentó en un banco a un par de calles del mercado. Descansó bajo el sol y luego consultó su reloj. Eran las diez menos cuarto. Al cabo de quince minutos, Cherry estaría en su oficina. Se le aceleró el corazón y miró a su alrededor para distraer su atención de la inminente llamada. Fue entonces cuando se dio cuenta de dónde estaba. Al otro lado de la calle se

hallaba la tienda de ropa de firma a la que Cherry había dicho que no necesitaba ir en su día de compras. Estaba sentado en el mismo banco donde la había dejado para salir corriendo a comprar el almuerzo y su pulsera de oro. Se incorporó de golpe, pues la madera cálida de repente se le antojaba incómoda. Sin saber muy bien qué hacer, echó un vistazo alrededor distraídamente y luego detuvo la mirada en la galería. Vio un cuadro inconfundible en el escaparate, obra de su pintor favorito, y se dio cuenta de que era allí donde Cherry debía de haberle comprado su regalo. De pronto, se dio cuenta de que era un poco raro que la galería estuviera justo enfrente del banco, como si hubiera sido una compra impulsiva, pero luego, pensó: ¿y qué pasaba si lo había sido?

Sintió la necesidad de moverse, de alejarse del banco y decidió entrar en la galería. Una campanilla tintineó a su espalda y se dirigió a la colección del pintor. Contempló los cuadros: la playa, la plaza, los pinos en el paisaje. No había visto su propio cuadro desde hacía meses y supuso que aún estaba colgado en su piso ahora vacío, con el desgarrón reparado pero aún visible. Cuando Cherry se lo regaló, Daniel sintió una intensa oleada de amor por ella. Había sido un gesto increíblemente detallista y generoso. Entonces ¿por qué había cambiado? Porque, desde luego, Cherry había cambiado. Ella lo había abandonado apenas diez semanas después de que él hubiera caído en coma. ¡Diez semanas! Aunque bien mirado, apenas llevaban saliendo poco más de eso antes del accidente.

Los cuadros resplandecían a su alrededor, con sus colores vibrantes y la luz mediterránea despertando en un rincón de su mente la alegría olvidada que había sentido al verlos por primera vez. Aquello le dio una fuerza inesperada y pensó en la llamada que estaba a punto de hacer. Se preguntó si se quedaría muy sorprendida, si se habría preparado para semejante posibilidad. Probablemente sí. Tendría preparada alguna respuesta tipo cuando le preguntara por qué había decidido dejarlo; ella le diría lo difícil que había sido para ella tomar esa decisión, pero que había sentido que no tenía otra opción. Negó con la cabeza ante su propia estupidez. ¿Qué otra cosa esperaba que le dijera? ¿Que no tenía ningún interés en salir con alguien que estaba en coma? Tal vez había conocido a otra persona. Fuese lo que fuese lo que hubiese sucedido, lo había dejado hacía más de siete meses. Siete meses... Lo más probable es que se hubiera olvidado de él.

Daniel se rio, pues acababa de darse cuenta de algo, con una claridad meridiana y amarga. Para ella, la ruptura había sido hacía mucho tiempo, el tiempo suficiente para superarlo y seguir adelante. Igual que haría él. De repente, supo que no necesitaba una explicación. No iba a salir nada bueno de aquella llamada, y se estremeció ante la idea de imaginarla vacilando, sugiriendo de mala gana por qué no quedaban un día o –de repente, la posibilidad le horrorizó– que ella fuera a Francia a verlo, para hablar con calma de todo. Ya estaba harto de sentirse débil, de que la gente se compadeciera de él. Los cuadros parecían estimularlo, sus vivos colores se filtraban por sus venas. Le producían mucha más alegría que dolor, y fue entonces cuando supo que había empezado a desprenderse de Cherry. Fue un momento estimulante. Salió de la tienda sintiéndose renovado, más ligero.



# TREINTA Y UNO

*Martes, 16 de junio*

¿Qué iba a hacer? Daniel estaba cada día más fuerte. No tardaría en volver a casa con ella y luego sería cuestión de días antes de que se tropezara con Cherry y todo lo que ella había dicho saltara por los aires. Laura se retorció de los nervios mientras caminaba, con el estómago tan revuelto que tuvo que detenerse un momento. ¿Cómo había podido llegar a creer que se saldría con la suya? Debía de estar loca. Su desazón afectaba a todo cuanto hacía: no podía trabajar, comer ni dormir sin que la consumiera un pánico creciente. Se detuvo en la puerta del edificio de Daniel, respiró hondo, y luego repitió el mismo gesto una y otra vez, hinchando las mejillas, tratando de desembarazarse de la sensación de malestar en el estómago. Se quedó inmóvil un momento, mentalizándose, y luego entró.

Daniel quería volver a la casa familiar cuando regresara de Francia, al menos al principio, lo que a Laura le parecía bien. Le gustaba tenerlo cerca y se ofreció a ir a su apartamento para buscarle algo de ropa. También le había pedido si podía llevarle el portátil. Laura saludó a Ian, el portero, y luego miró su buzón: solo había correo comercial. La mayor parte de su correspondencia postal había dejado de llegar hacía meses.

Subió y, al abrir la puerta de entrada, la recibió un olor a cerrado y a rancio, pues el sol de verano había recalentado el aire del interior muchas veces.

Entró primero en el dormitorio; sabía más o menos por sus instrucciones qué guardaba allí: camisetas, pantalones cortos, ropa interior, una chaqueta que le

gustaba especialmente. La habitación presentaba un extraño aspecto de espacio abandonado, con un vaso de agua en la mesita de noche desde el verano anterior, una capa de polvo en la superficie, y un par de calcetines sucios en el suelo. Habían enviado a una mujer de la limpieza un par de semanas después del accidente, pero Laura solo le había dado instrucciones precisas de que vaciara los contenedores de basura y la nevera. Había querido que todo lo demás permaneciera intacto, con la esperanza de que solo fuera cuestión de días que Daniel despertara del coma.

Metió la ropa en una bolsa grande que había en la parte superior del armario. Daniel también quería algunos de sus libros de estudio, ya que habían vuelto a aceptarlo en el programa de residentes, con una prórroga de un año, pero dijo que ya los recogería él mismo cuando regresara al cabo de dos semanas. Solo dos semanas. ¿Qué iba a hacer ella? Volvió a sentir un sudor frío y Laura se dio prisa, esta vez en la cocina. Había libros y revistas de medicina olvidados en la barra de desayuno, algunos abiertos. Un periódico del agosto anterior, amarilleado por el sol. El portátil de Daniel también estaba allí, enchufado, y Laura estaba a punto de cogerlo cuando advirtió que la luz del *standby* parpadeaba. No debía de haberlo cerrado por completo el fin de semana que se dirigieron a Gales, sino que simplemente se habría limitado a bajar la tapa. Probablemente sería mejor que lo apagara ella, antes de llevárselo a casa.

Laura levantó la pantalla y el aparato volvió a la vida con un recordatorio visual de la vida de Daniel de todos esos meses, antes del accidente. Una a una, fue cerrando todas las ventanas: el periódico *The Guardian*, un sitio web que vendía elegantes bicicletas de montaña, el pronóstico del tiempo en Gales... Se le hacía raro mirar una imagen congelada en el tiempo, todavía activa y, sin embargo, olvidada... y de hacía una eternidad, además. Una web médica y luego algo más. Una cuenta de Twitter. «Qué raro...», pensó. Daniel no estaba en Twitter. Y entonces lo vio. Era la cuenta de Cherry. Los nervios volvieron a apoderarse de ella de nuevo. Cherry iba a encontrárselo, Laura lo sabía. Volvería con él y esta vez nada la detendría. Se quedaría con todo. Sintió que la invadía la ansiedad, magnificada por no saber nada de Cherry en los últimos meses. ¿Dónde estaba? ¿Qué había estado haciendo? Laura no pudo evitar sentirse atraída por su adversaria, pues precisaba saber algo, con la necesidad del guerrero que participa en una batalla y le urge averiguar la posición del enemigo

antes de la derrota final.

Volvió a mirar la pantalla y se fijó en algo que no había advertido antes. El recuadro de la contraseña estaba lleno de equis. Lo único que tenía que hacer era hacer clic en el botón de iniciar sesión.

Podría averiguar todo lo que quería simplemente desplazándose por la cuenta. Dejó el dedo suspendido encima de la tecla. Aquello era un error, una invasión de la privacidad, un acto probablemente ilegal.

Y entonces tuvo una idea. Dio un respingo y la adrenalina la obligó a sentarse de inmediato. Era una barbaridad, en cierto modo repugnante, pero aquello podría solucionar su problema. Se sentó, con la respiración agitada, sin creérselo del todo. Hizo clic. Pero no perdió el tiempo leyendo las entradas y se puso a escribir.

# TREINTA Y DOS

*Martes, 16 de junio*

Cherry estaba sentada ante su escritorio observando en silencio la oficina. Abigail y Emily, de pie una al lado de la otra, miraban fijamente en una pantalla las fotografías de una nueva casa que acababa de entrar en cartera en la agencia. Se preguntó por qué nunca había llegado a conectar con ellas; ¿acaso era porque reconocían un espíritu afín en los orígenes de cada una? No lo sabía y, además, ya no le importaba. Formaban corrillo junto a la escalera de cristal y la terraza con vistas a Hyde Park, y ella las despreciaba por ello. En realidad, era patético facilitar la compra y venta de algunas de las propiedades más caras de Londres a cambio de un mísero sueldo. Insultante, más bien, si pensabas que estar en contacto con aquellas casas era una de las ventajas añadidas del trabajo. Sí, podías caminar sobre alfombras hechas a mano y suelos de madera pulida, pero nueve veces de cada diez había una cláusula en el contrato que decía que era imprescindible quitarse los zapatos al entrar. Eso era algo que Cherry habría hecho de todos modos, pero que se lo ordenaran –como si fuera una criada ignorante que no sabía cómo respetar algo valioso– la hacía rebelarse. Los propietarios se reían de ellos, toda esa gente con sus millones en el banco. «Se mira pero no se toca», sería su lema, y los demás debían doblegarse y seguir mostrando su deferencia si no querían perder su trabajo. Era una mierda.

También era un trabajo insoportablemente aburrido. Cherry llevaba ya un año y medio allí. Se sentía atrapada, como si su vida se le estuviese escapando

entre los dedos, y su valioso tiempo y su juventud se filtrasen como el agua por el suelo y estuviesen desapareciendo. Aquello la asustaba y alimentaba aún más la sensación de aburrimiento, hasta que acababa dando vueltas y más vueltas en círculos viciosos tratando de decidir qué hacer. No era así como se suponía que iba a ser su vida. Daniel iba a ser su vía de escape, y todo iba tan bien... Aún lo echaba de menos, todavía estaba destrozada por su muerte, y lo que acentuaba aún más el dolor era el hecho de que se sentía responsable. El cambio en su vida, la vuelta a la casilla de salida... En fin, tenía que asumir cierta responsabilidad. Ella misma se había hecho aquello. Si hubiera estado concentrada en aquella maldita balsa, si no le hubiera dado con el remo en la cabeza, Daniel seguramente estaría allí con ella. Estarían viviendo juntos, tal vez incluso comprometidos. Iría de camino a una vida de libertad. ¡Libertad! Lejos de una vida de penurias, de trabajo y miedo. Por un momento, se imaginó cómo sería tener siempre dinero, antes de volver a probar el sabor amargo de la realidad.

Cherry reconocía que su situación no presagiaba nada bueno. Se mostraba impaciente, a veces incluso cortante con un par de clientes últimamente, y Neil, que la había oído por casualidad, le había dado una reprimenda. A ella le hervía la sangre mientras él le sermoneaba, pero sabía que no tenía más remedio que obedecer. La nube omnipresente de Croydon la acechaba, acercándose con sus tentáculos, listos para llevársela de nuevo a aquel agujero de oscuridad y a una vida monótona sin perspectivas. Había intentado buscar a otros hombres, echarse un nuevo novio, pero todos los solteros, o solteros potenciales, que entraban por la puerta la sacaban de sus casillas. Todos parecían tan pagados de sí mismos... apenas la miraban, y hablaban con sus amigos como si ella no estuviera, mientras Cherry bullía de indignación y se enfurecía y se decía otra vez a sí misma que maldita la hora en que había reservado aquella excursión en *rafting*.

Luego estaba Laura. No había tenido noticias suyas desde marzo, cuando llamó para informarle de la muerte de Daniel. Nadie la había llamado para asegurarse de que estaba bien, para interesarse por cómo sobrellevaba su pérdida. Nadie le había preguntado si quería ver su lápida o lo que fuera. Se le revolvían las entrañas ante el dolor y la humillación.

Dos mujeres se dirigían hacia ella. Había oído el sonido de la puerta al abrirse, pero no se había molestado en levantar la vista; sin embargo, se dio cuenta de que ella era la única que no parecía estar ocupada. Dedicó una mirada

de resentimiento a Abigail y Emily, pero no se dieron cuenta. Las mujeres se acercaron a su escritorio. Una era unos veinte o treinta años más joven que la otra, y la mayor aún lucía un aspecto impecable. Supuso que eran madre e hija.

Cherry anotó sus datos y escuchó lo que tenían que decir sobre el apartamento que querían. La hija necesitaba un «pisito» para cuando empezase la universidad. Estaban buscando ahora porque quería «probarlo» durante el verano. Quería algo con patio o, preferiblemente, con terraza. Imprescindible tener portero y gimnasio, así como mucha luz y en las proximidades de King's Road porque quería vivir cerca del «ambiente».

No había muchos pisos que cumpliesen todos aquellos requisitos. Cherry le enseñó uno, luego otro, detestando a aquella chica de pelo color miel y piel dorada tan difícil de complacer y que apenas era un par de años más joven que ella. A juzgar por la tonalidad de su piel, Cherry sospechaba que se habría ido de vacaciones dos o tres veces ese año y ahora la vida le brindaba todas las oportunidades que Cherry había deseado pero que nunca había tenido: ir a la universidad, independencia, una madre con la que estaba muy unida, tanto que iban las dos juntas a comprar un piso.

La envidia se le clavó en la garganta y le dieron ganas de gritarle por ser tan mimada, tan egocéntrica que no podía ver lo afortunada que era por tener un apartamento en Kensington... ¿y a quién coño le importaba si los armarios de la cocina eran negros y no blancos? Seguro que su madre podía desembolsar suficiente dinero para un diseño completamente nuevo de todo el interior si protestaba lo bastante. Pero en vez de eso, sonrió, aunque con frialdad, y en un tono de voz aburrido le dijo que solo le quedaba uno por enseñar. Lo hizo aparecer en su pantalla y esta vez todo fueron exclamaciones de entusiasmo.

—¡Oh, me encanta! Mira, mami, tiene un horno pequeñito y monísimo. ¡Podría aprender a cocinar!

Cherry se estremeció; odiaba oír a una mujer adulta llamar a sus padres «mami» y «papi». Y el horno pequeñito y monísimo era un La Cornue de primerísima gama. «Mami» sonrió con aire indulgente, divertida, y Cherry supo que aquella era la típica chica que alardeaba de que se le habían quemado los huevos, y cualquier intento de cocinar se centraría sobre todo en lo adorablemente mal que se le daba en vez de dedicarle algún esfuerzo verdadero.

—¿Me lo compras? ¿Por favor, por favor...?

–Solo si nos invitas a cenar a papá y a mí en cuanto te den las llaves.

La chica estalló en chillidos entusiastas.

A Cherry le entraron ganas de vomitar. Miró descaradamente el reloj. Gracias a Dios, solo faltaban diez minutos para salir de allí.

–¿Podemos verlo ahora?

La madre había hablado y la había pillado desprevenida.

–Me temo que eso no va a ser posible.

La mentira no sonó convincente y la madre frunció el ceño.

–¿Por qué no?

«Pues porque quiero irme a casa, y la mera idea de pasar un minuto de mi tiempo llevándola a usted y a su hija malcriada a un lugar que nunca en toda mi vida podría soñar con tener hace que me den ganas de destrozar este escritorio ahora mismo», era lo que le daban ganas de contestarle.

Sin embargo, en su lugar se conformó con decirle:

–Tenemos que avisar a los propietarios con veinticuatro horas de antelación.

–Pero creía que había dicho que no vivía nadie.

Cherry se volvió hacia la chica. Así que la había estado escuchando.

–Pero tenemos que avisarlos de todos modos.

La expresión de decepción en el rostro de la chica le produjo una oleada de satisfacción, de poder. Sintió la necesidad de desposeerla de aquel derecho divino que ella misma se había otorgado y hacerle saber lo que se sentía cuando una no conseguía lo que quería.

–¿Y no puedes llamarlos ahora?

Cherry se puso rígida. No le gustaba la forma en que le estaban hablando. «Necesitas este trabajo», se dijo rápidamente con una sonrisa impostada. No vio a Neil llegar por detrás desde la oficina trasera, seguido de Emily.

Se dirigió a las clientas primero, con un derroche de encanto.

–Disculpen la interrupción, pero Emily podrá encargarse de enseñarles el piso. Cherry, ¿te importaría venir conmigo a mi despacho un momento, por favor?

Ella lo miró desconcertada, pero él tenía el brazo extendido, señalando el camino, y no tuvo más remedio que levantarse. La chica del pelo color miel le lanzó una mirada burlona mientras Emily se deslizaba en su cálido asiento.

Cherry percibió cómo el ambiente cambiaba a uno de atención servil

mientras seguía a Neil a su despacho.

–Siéntate –dijo Neil.

–¿De qué va esto? –preguntó tratando de recuperar cierta dignidad, pero sentándose de todos modos.

–Voy a ser muy breve –dijo–, porque creo que será lo mejor.

A Cherry se le revolvió el estómago. ¿Acaso se había metido en algún lío?

–Tus últimos comentarios sobre los clientes que vienen a vernos...  
Simplemente, no es un comportamiento aceptable.

–Esa chica de ahí fuera ha estado un poco brusca conmigo... –se defendió Cherry–. Bueno, maleducada en realidad. Exigente. Pero no le he dicho nada.

–No me refiero a ella. No me refiero a nadie en especial. O tal vez a todos. –  
Se inclinó hacia delante en el escritorio, donde había un ordenador encendido–.  
«Una vez más, mi día está lleno de extranjeros arrogantes y ricos que parecen insistir en querer comprar todo Londres. Ya estoy harta de ellos, con sus lluvias de millones y llevándose todas nuestras casas.» –Dejó de leer y la miró–. Incluso has mencionado esta agencia por su nombre en otro mensaje.

Cherry lo miró horrorizada, se levantó de un salto para ver la pantalla y se dio cuenta de que estaba leyendo dos tuits: sus tuits.

–Pero esa no soy yo. ¡Yo no he escrito eso! –repuso ella acaloradamente.

La miró fijamente un momento.

–Es tu cuenta de Twitter.

–Alguien me la ha «hackeado». Ocurre continuamente, lo dicen todos los periódicos...

–Esto es extremadamente perjudicial.

–¡No jodas! ¡Dios! ¡Pensar que crees que yo he escrito eso...!

–Quería decir para la agencia. Ya hemos perdido una venta. Un empresario chino ha retirado la oferta para un trato que debíamos cerrar a finales de semana. Ha encontrado otro sitio. Con otra agencia. Más de treinta y cinco mil en comisión perdidos. Y acabo de pasar media hora hablando por teléfono con una clienta tratando de convencerla de que no se lleve los dos apartamentos que tiene con nosotros. No lo he conseguido.

El miedo se apoderó de ella; tenía que convencerlo.

–Pero, Neil, por favor... No he sido yo. No puedes culparme por algo que no he hecho.



–Lo siento, Cherry, pero me parece que esto no funciona...

–No...

–No es solo esto. He percibido un cambio de actitud general...

–¡Mi novio acaba de morir! Y ahora me estás despidiendo. Te denunciaré por despido improcedente.

–O puedes irte sin hacer ruido y te pagaremos dos meses de sueldo.

Era una minucia. Insultante. Bullía de ira.

–Seis. Y una carta de recomendación.

–Tres. Y esa es mi oferta final. Los clientes necesitan saber que son bienvenidos, que pueden trabajar con nosotros. Y lo siento, pero creo que una carta de recomendación está fuera de lugar, dadas las circunstancias. Creo que será mejor para todos que te lleves tus cosas ahora mismo.

Minutos después, Cherry desfilaba con aire desafiante calle abajo, sin importarle si empujaba a la gente. Algunas personas la miraron con desaprobación, pero a ella le importaba un comino. ¿Quién le había hecho aquello? ¿Era una broma? ¿Podría haber sido Emily o Abigail? Entonces llegaron las lágrimas. Tragó saliva rápidamente para contenerlas. Un dolor endurecido le atenazó el pecho. Sin ninguna carta de recomendación, tenía muy pocas posibilidades de encontrar otro trabajo. Y no tener trabajo significaba que no tendría dinero para pagar su apartamento.

Tendría que volver a Croydon.

# TREINTA Y TRES

*Lunes, 27 de julio*

Como de costumbre, se despertó a las seis de la mañana. Sin la alarma de ningún despertador, una costumbre inútil, ya que ahora no tenía ningún motivo para levantarse. Se quedaba en la cama haciéndose preguntas. ¿Quién lo habría hecho? No habían publicado nada más. Ella había cerrado la cuenta, pero el daño ya estaba hecho. Se quedaría allí tumbada, sin hacer ruido, hasta que fuesen las siete para no coincidir con su madre. Oyó a Wendy abrir el grifo de la ducha, el monótono zumbido del secador a través de las finas paredes de la habitación, el tintineo de la cucharilla en la taza y, finalmente, el suave chasquido de la puerta principal.

Ni siquiera entonces se levantó, no al principio. Quería asegurarse de que su madre no regresaba porque hubiera olvidado algo, de que hubiera tenido tiempo suficiente para subirse al autobús que la llevaba al hipermercado, a cinco kilómetros de distancia. Hacia las siete y veinte, Cherry salió de la cama. Una cama individual, encajada contra la pared del pequeño segundo dormitorio. Las sábanas eran las mismas que tenía cuando vivía allí en sus años de estudiante, rosa y con estampado de flores. La habitación no había cambiado en absoluto: el armario beis de Ikea con las puertas blancas translúcidas, que se vendían a millares y se liquidaban en eBay por noventa y nueve peniques; una imagen de Nueva York reproducida mil veces, probablemente también de Ikea; pañuelos de papel en una caja «de diseño». Sentía la misma desesperación sofocante que

cuando había vivido allí antes.

Cherry había tenido que notificar que dejaba su apartamento después de que la despidieran del trabajo. Había guardado todas sus pertenencias y ahora estaban metidas debajo de la cama y en el fondo del armario de la pequeña habitación, su último vestigio de intimidad. No se había molestado en sacar de las cajas la mayor parte de sus cosas. No parecía tener ninguna necesidad.

Cuando Cherry había llamado a su madre para preguntarle, en un tono vacilante, si podía quedarse temporalmente, Wendy supo que era mejor no hacerle demasiadas preguntas.

–Aquí siempre habrá sitio para ti, cariño –le dijo afectuosamente, pero para Cherry aquellas palabras francas sonaron como una trampa de la que nunca podría escapar.

Le había comentado vagamente a su madre algo acerca de una reducción de plantilla, a lo que Wendy había respondido chasqueando la lengua y diciendo: «Qué mala suerte». Se había mostrado extremadamente comprensiva con el hecho de que Cherry hubiese perdido a su novio y su trabajo en cuestión de pocos meses. Era un golpe muy duro.

Cherry llevaba cuatro semanas viviendo allí y no daba muchas señales de estar buscando un nuevo trabajo y mudarse. Lo cierto es que no sabía qué hacer. Se pasaba los días andando, más allá de Reeves Corner, donde todavía había terrenos quemados por los incendios de los disturbios, y pasaba por delante de los establecimientos de manicura, las tiendas de apuestas y las tiendas de ocasión, con las bolsas de plástico de cuadros colgando por encima de la cabeza al entrar. Con el calor, era como si las propias aceras sudasen también, emitiendo un aroma agrio y pegajoso.

Caminaba sin cesar, en espera de que le llegase la inspiración. Una idea, un plan, algo que le dijera qué hacer. Quería sentirse motivada de nuevo, recuperar el rumbo y la ambición que tenía dieciocho meses antes, cuando empezó a trabajar en la inmobiliaria. Caminaba hasta que su mente daba vueltas en círculos, pasaba por delante de las listas de las oficinas de empleo, que se burlaban de ella con ofertas como administrativa a ocho libras la hora. Trabajo aburrido, sin salida, de baja categoría.

Ni siquiera la Biblioteca Central lograba motivarla. Parecía estar llena de estudiantes desempleados y holgazanes con grandes ideas, pero sin fuerza de

voluntad. Ella no debería estar allí con aquellos fracasados, con todos esos bichos raros, sino en un apartamento en Kensington, planeando una fiesta de compromiso. Le hervía la sangre con la injusticia de la situación, el desaprovechamiento, la oportunidad perdida.

Salió de la biblioteca y se quedó fuera, desesperada, viendo cómo los autobuses pasaban acelerando por su lado. La deprimía vivir así, sin un objetivo. Se planteó caminar un poco más lejos, cruzar George Street y bajar hacia la estación East Croydon, pero entonces ¿qué? No podía permitirse ir a ningún lado, y ¿adónde iba a ir de todos modos? Trataba de escapar de sí misma. Dio media vuelta y echó a andar de vuelta despacio hacia el piso de su madre.

Cherry intentó estar en casa antes de que su madre volviera del trabajo. No para darle la bienvenida, sino porque sentía que debía ganarse su sustento, ya que no hacía ninguna aportación económica y necesitaba alojamiento y comida gratis. Examinó el contenido de la nevera, llena de las ofertas que su madre traía del hipermercado y preparó algo para cenar. Wendy siempre elogiaba exageradamente todos sus platos, algo que molestaba a Cherry, ya que sabía que no era más que un intento de animarla.

–¡Caramba! ¿Qué has cocinado hoy? –decía mientras abría la puerta del horno y olisqueaba de forma teatral–. Me estás malacostumbrando. No tienes idea de lo agradable que es que te preparen la cena después de haber estado de pie todo el día.

Se sentaron y Cherry se aseguró de que la conversación se centrara en la jornada laboral de su madre: cuántos empleados se habían puesto enfermos, qué grababa la hija de Holly en YouTube (aparentemente una balada de guitarra) y si la promoción de sartenes había atraído a más clientela. Por lo general, después de cenar, Cherry lavaba los platos mientras su madre veía *EastEnders*. Cherry odiaba estar en la misma habitación mientras se emitía esa serie. Era otra cosa más que la arrastraba al denominador común más bajo y, para eso, prefería estar sola.

Sin embargo, esa noche Wendy entró en la cocina.

Cherry levantó la vista sorprendida. Oyó la melodía de la cabecera de la serie, procedente de la sala de estar.

–¿Es que no vas a ver tu programa?

–Dentro de un minuto, cariño. –Wendy parecía incómoda y las señales de alarma sonaron con fuerza en los oídos de Cherry. ¿Iba a pedirle su madre que se fuera?–. Estaba pensando... Te pasas todo el día aquí, sola. No puede ser bueno para ti. Sobre todo con, ya sabes... Con la muerte de Daniel tan reciente.

Cherry se puso tensa y su madre se apresuró a continuar.

–Espero que no te importe, pero me he tomado la libertad de hablar con mi jefe, le he hablado de ti, de lo lista e inteligente que eres y todo eso y, bueno, hay una vacante en el trabajo. En el departamento de tecnología y videojuegos –dijo eso último como si fuera un verdadero golpe de efecto.

Cherry se encogió. ¿Trabajar en un supermercado? ¿Era a eso a lo máximo a lo que su madre aspiraba para ella?

Wendy lo vio reflejado en su cara.

–Sé que es un poco diferente de lo que hacías antes, pero no tienes por qué quedarte durante mucho tiempo. Podrías tomártelo como algo provisional.

Se suponía que iba a estar prometida con un médico con un fondo fiduciario y heredero de una fortuna multimillonaria y una villa en el sur de Francia.

Wendy interpretó su silencio como un estímulo para seguir.

–O podrías ascender, ya sabes. Reconocen el talento y promocionan a la gente con mucha rapidez.

Preferiría morir antes que trabajar en ese supermercado. Su seguridad en sí misma había alcanzado su cota más baja, y se secó las manos. Tenía que mantener la calma y no perder los nervios, o vivir allí sería insoportable.

–¿Una taza de té, mamá?

–Estupendo. Así que... ¿Qué me dices?

Cherry fingió pensarlo.

–Tal vez. Pero quiero explorar otras posibilidades primero.

Wendy sonrió.

–Claro. Pero si quieres hablar con él, puedo organizarte una reunión – chasqueó los dedos– con solo hacer así.

–Gracias, mamá. Ya te llevo yo el té. Te estás perdiendo tu programa.

Wendy hizo lo que le decía, y en cuanto salió de la habitación, una lágrima resbaló por la mejilla de Cherry. Se la secó rápidamente, pues lo único que conseguiría si su madre la veía con los ojos enrojecidos era que la acribillara a

preguntas. Después de llevarle el té, fingió que le dolía la cabeza y dijo que se iba a tumbar un rato en su habitación.

Se acostó en la cama y supo que había tocado fondo. Tal vez había que caer así de bajo para recuperar el espíritu de lucha, porque ahora sabía que tenía que largarse de allí. El primer paso era olvidar lo que podría haber sido, dejar de mirar atrás y de pensar dónde estaría ahora si Daniel no hubiera muerto. Una vez más, le vino a la cabeza una imagen de su piso, pero la ahuyentó con furia. Había terminado con todo eso. Era hora de olvidarse de Daniel de una vez por todas. Él se había ido. Necesitaba pasar página.

# TREINTA Y CUATRO

*Miércoles, 12 de agosto*

Cuanto más tiempo pasaba, más segura se sentía Laura. Incluso estaba empezando a olvidar. Bastaban un par de días para darse cuenta de que no había pensado ni una sola vez en lo que había hecho. A veces, en un día particularmente bueno, podía convencerse a sí misma de que no había sucedido. Lo veía muy lejano, como en un sueño.

El tiempo avanzaba de forma inexorable. Porque, si aquello salía a la luz al cabo de diez, veinte años, sus vidas habrían cambiado tanto –nuevos trabajos, nuevas novias– que Daniel y ella se reirían de lo sucedido. Tal vez. Lo que estaba claro es que habría perdido su carácter excesivo, cosa que sucedía a medida que transcurrían los días, incluso aunque no lo suficientemente rápido para Laura.

Había entrado en la web de la agencia dos días después de haber publicado el mensaje y haber visto que el perfil de Cherry había sido eliminado. Entonces se arriesgó a llamar. Preguntó por ella y le dijeron que ya no trabajaba allí. La sensación de alivio fue embriagadora. Incluso Isabella había notado el cambio.

–Se te ve más..., no sé, como más ligera, más feliz –le comentó durante el almuerzo, y le tomó la mano–. Este último año has vivido un infierno. No puedo ni imaginar lo que has debido de sufrir, y ahora mira. Daniel ha vuelto a casa, sano, recuperado... No me extraña que se te vea tan bien.

Laura sonrió y permitió que Izzy atribuyera su nuevo bienestar únicamente a

la recuperación de Daniel.

–Entonces ¿puedo tentarte a que vayamos de compras ahora para celebrarlo?

–Iz, tengo un trabajo.

–Cariño, lo sé. –Agitó una mano desdeñosa en el aire–. Solo pienso en todas esas tardes desperdiciadas. Ahora que estás mejor... –Hizo una pausa y Laura la miró con suspicacia–. Tiene cincuenta y pocos años, está divorciado, todo el pelo es suyo y tiene su propia empresa. Hace triatlones por diversión. –Se estremeció–. Me dan ganas de patrocinarlo solo para que parezca que merece la pena.

Laura le dio un golpe en la mano con su cucharilla.

–Ya te lo he dicho otras veces: Howard y yo estamos bien, aunque a nuestra propia manera disfuncional.

Isabella resopló.

–Sí, él está perfectamente, claro. Lo siento, solo intento protegerte.

–Es que lo necesito. No sé por qué, tal vez sea la costumbre.

Lo único que obtuvo con aquello fue un apretón compasivo con la mano.

Sabiendo que ya había insistido lo bastante, Isabella cambió de tema.

–Entonces ¿qué más noticias tienes?

–Bueno, aparte de la nueva serie con la ITV...

–Me parece que todavía no te he felicitado como es debido por eso. Tú y Daniel.

–Se reincorpora en el hospital la próxima semana.

Izzy aplaudió.

–¡Los dos estáis muy ocupados!

–No hay más que buenas noticias. Las obras de la casa de al lado han terminado por fin, gracias a Dios, así que ya pueden reparar la grieta en la claraboya de la piscina.

–Es todo genial. Y ahora yo te traigo otra noticia. ¿Sabes qué? ¿Cómo se llamaba...? ¿Cherry?

Laura sintió que se le aceleraba el corazón.

–Bueno, ¿conoces a mi amiga Angela, la que todavía usa un bikini de la talla seis? Ha puesto su casa a la venta y han contratado los servicios de Highsmith y Brown. Por lo visto, Cherry ha sido despedida. ¡Así que se ha ido para siempre! Todavía no me puedo creer lo mal que se portó con Daniel. Me



equivocé mucho con ella. Lo siento, Laura.

Laura sonrió cortésmente. Estaba agradecida de que todo hubiera acabado.

Y había acabado, todo había acabado, se recordó a sí misma más tarde. No solo lo de Cherry, sino también lo que le había sucedido a ella. La persona en la que se había convertido, a quien, si echaba la vista atrás, no reconocía. Era como si otra persona hubiera hecho aquello, y eso la asustaba, el extremo al que había llegado. Quizá ahora, al saber que Daniel se recuperaría, no lo habría hecho. Pero ver las cosas desde la distancia, en retrospectiva, era algo maravilloso y, en aquel momento, todas las pruebas médicas indicaban que Daniel tenía los días contados. Realmente había pensado que iba a pasar sus últimas horas con él y estaba completamente desquiciada, desconsolada y desesperada. Era más que probable que no estuviera en su sano juicio. Algo debía de haber fallado en su cerebro. Era mejor que lo olvidara y siguiera adelante con su vida, pero ahora que había recuperado la cordura, sabía que algo así nunca debía volver a suceder, jamás.

# TREINTA Y CINCO

*Martes, 15 de septiembre*

–Este es el motivo por el que aún no he regresado a mi apartamento –dijo Daniel mientras Laura sacaba un cruasán de chocolate del horno.

La verdad es que él no veía ninguna razón para hacerlo. De hecho, estaba empezando a preguntarse por qué se había molestado en marcharse. Vivir en casa de sus padres estaba muy bien, no solo porque le sirvieran el desayuno de vez en cuando, sino porque disfrutaba de la compañía. Tanto él como sus padres trabajaban muchas horas, y en turnos irregulares, por lo que era un poco como una lotería ver a quién veía quién, pero eso significaba que valoraban más su tiempo juntos. Aunque siempre había estado muy unido a Laura, Daniel descubrió que también estaba conociendo mejor a su padre. Él y Howard habían terminado en el estudio hacía unas noches, con un par de cervezas y una película.

–Hace frío fuera –le dijo Laura–. Ponte una chaqueta.

Y lo hacía. El otoño había empezado con ganas y el viento golpeaba contra la ventana, los árboles ya casi desnudos, a pesar de que solo estaban a mediados de septiembre.

–Creo que puedo salir con un suéter –dijo Daniel engullendo el cruasán–. Esto también es malo para las arterias. Sabes que trabajo en la unidad de cardiología, ¿verdad, mamá? Difícilmente sea un buen ejemplo para los pacientes.

–Eres la viva imagen de la salud –sonrió Laura pellizcándole la mejilla.

Tenía el tiempo justo de hojear el periódico antes de irse a la oficina.

–Así pues ¿tú qué opinas? –dijo Daniel.

–¿Sobre qué?

–¿Deberíamos alquilar el piso? ¿Y si me quedo a vivir aquí?

Laura dejó el periódico.

–Sabes que siempre eres bienvenido, y me encanta verte las raras ocasiones en que no estás en el hospital. Pero depende de ti. Entiendo que necesites tu propio espacio.

–¿Me traerás cruasanes de chocolate todos los días?

–No.

–Hmmm... podría ser un factor decisivo.

Laura se levantó.

–Mala suerte. Es hora de que me vaya.

Daniel se inclinó para hablarle al oído.

–¿Qué pasa en la nueva serie, entonces?

–No puedo decírtelo.

–¿No puedes o no quieres?

–Un poco de las dos cosas. Esta mañana tengo una cita con el guionista para planear el final. Y si no me voy ahora, llegaré tarde.

El viento la zarandó de lado cuando cruzó la carretera hacia su oficina y Laura rio, con una risa enérgica y feliz aún más remarcable por el hecho de que las risas habían sido muy escasas durante todos esos largos meses. Era fantástico reencontrarse con la felicidad, con los placeres simples de la vida, y nunca se cansaba de recordarse a sí misma el maravilloso y estimulante hecho de que Daniel estaba bien. Se despertaba por las mañanas o cogía unas manzanas en el supermercado, o estaba supuestamente muy concentrada en una reunión de preproducción, cuando se lo decía a sí misma, y una explosión de fuegos artificiales estallaba en su interior.

Tras su regreso de Francia había vuelto a ser más o menos el mismo de antes. Y más importante aún, hablaba como el Daniel que conocía, despreocupado y feliz, y había recuperado su ambición. Si acaso, era aún más fuerte que antes.

Mientras estaba fuera, había conseguido recuperar su puesto en el hospital en su primer año dentro del programa de residentes. Dijo que sentía como si le hubieran dado una segunda oportunidad. Algo le había sucedido cuando ella lo dejó solo y volvió a Londres; había entablado amistad con una lugareña que dirigía el negocio de sus padres. Laura la había visto brevemente un fin de semana cuando fue allí; Vivienne había pasado por la casa y ella y Daniel habían salido a tomar algo. Parecía diez años mayor que él, con la seguridad en sí misma propia de la edad y sin tiempo para la autocompasión. Daniel no era de los que se regodeaban en el victimismo, pero el espíritu combativo y pragmático de ella había acelerado su recuperación. Volvió a Londres bronceado, relajado y, en cierto modo, más duro.

Laura entró en su edificio y subió las escaleras hacia donde estaba Willow, sentada a la puerta de su despacho. Era su nueva secretaria y estaba deseosa de agradar.

–Su visita la espera –dijo–. En la sala de reuniones.

Al parecer, el guionista había llegado un poco antes, pero eso estaba bien. Laura estaba deseando comenzar la sesión; era una de las etapas más divertidas del desarrollo de una serie, componer las historias, y el guionista era inteligente y creativo. Laura fue a la sala de reuniones y abrió la puerta.

Cherry estaba sentada a la mesa redonda de vidrio, hojeando una revista.

–Hola, Laura.

En un estado de *shock* absoluto, Laura no dijo nada.

–Sospechaba que verme te resultaría una auténtica sorpresa, pero no desagradable.

El pánico se apoderó de ella y Laura se volvió rápidamente y cerró la puerta. ¿Por qué estaba Cherry allí? Tardó unos segundos en recobrase antes de darse la vuelta. Procuró que su voz sonara lo más tranquila posible, a pesar de que el corazón le latía desbocado.

–Hola, Cherry. Me temo que me pillas en un mal momento. Tengo una reunión dentro de un minuto.

–Ah, vaya. Bueno, te robaré ese minuto si no te importa. –No esperó su permiso–. Es que era muy importante para mí verte. Desde la última vez que hablamos, cuando me llamaste justo después de México con la noticia... Bueno, han pasado todos estos meses, pero me ha costado mucho aceptarlo.

Laura no dijo nada. Todavía no había recuperado el habla. «Piensa, piensa...» Habían pasado... ¿cuánto? ¿Seis, siete meses? Cherry llevaba el pelo más largo, lo que la hacía aún más atractiva, más sensual. Laura sabía que tenía que mantener la calma, y luego, cuando llegara el guionista –maldijo a Willow por haberse confundido y creído que era ella– tendría que pedirle amablemente pero con firmeza que se fuera.

–A pesar de lo que pudieras creer, Daniel lo era todo para mí. –El tono de voz de Cherry se volvió brusco–. ¿Por qué no me llamaste para asegurarte de que estaba bien?

–Yo... Lo siento. Estaba muy centrada en mi propio... duelo.

–Sí, y supongo que también tenías que organizar el funeral. No, espera, eso lo hiciste cuando yo estaba de vacaciones. No podía esperar. ¿Qué día murió Daniel, por cierto? Me gustaría mucho saber dónde está enterrado, para poder despedirme de él.

Laura se quedó de piedra ante la andanada de preguntas, porque Cherry ni siquiera esperaba para oír las respuestas. Ella se limitaba a mirarla y Laura dio gracias por haber pensado en todo aquello de antemano.

–Lo incineramos. Llevamos las cenizas a Francia, un lugar que siempre le había encantado.

Cherry la miró y ella apartó la vista.

–Lo siento, Cherry, pero es que tengo una reunión...

–Una cosa más.

Laura comenzaba a impacientarse. «Muy bien, Cherry lo has pasado mal, pero ¿has tardado todo este tiempo en reaccionar?»

–Dime.

–Si Daniel no hubiera muerto, ¿te habrías alegrado de que los dos estuviéramos juntos?

Laura hizo una pausa y trató de esbozar una sonrisa afectuosa y un tanto exasperada.

–¿Qué clase de pregunta...?

–Ah, bien. Porque siempre pensé que harías algo para impedirlo. Es bueno saber que yo era casi parte de la familia. Aunque no me invitaras al entierro. – Cherry se puso en pie–. Gracias, Laura. Esto me ha ayudado mucho. Solo necesitaba una confirmación definitiva, para poder pasar página. Todo sucedió

tan de repente... Y carecía de un lugar concreto que visitar. Simplemente, no parecía real.

Sintiendo que se le revolvió el estómago, Laura asintió.

–Veo que estás ocupada, así que me voy ya.

Cherry le tendió la mano y, después de unos momentos de vacilación, Laura se la estrechó. Cherry se volvió y salió de la habitación. Temblorosa, Laura se agarró al borde de la mesa y se aflojó el pañuelo. Esperó un par de minutos para darle tiempo a Cherry de abandonar el edificio, y luego volvió a la mesa de Willow. Su guionista seguía sin dar señales de vida.

–Si llega mi visita de las diez, por favor, hazla pasar a la sala de reuniones. Yo tardaré un par de minutos.

Willow asintió, sorprendida por la cara de su jefa, y decidió que no era el momento de decirle que la visita anterior había entrado en su despacho antes de que le dijera que aquella no era la sala de reuniones. Willow la había sorprendido revolviendo unos papeles en el escritorio de Laura. «¡Ah, qué tonta!», había dicho Cherry, y luego había seguido a Willow a la sala grande de al lado.

Laura bajó corriendo las escaleras. Lo había conseguido, pero aún le temblaban las piernas. Necesitaba una taza de café bien fuerte, y había una cafetería italiana justo al otro lado de la calle, a cuyos expresos dobles había tenido que recurrir en los días más oscuros de la convalecencia de Daniel, para ayudarla a superar el agotamiento. Presionó el tirador de la puerta para salir a la calle y pisó la acera. Entonces gritó del susto. Cherry estaba fuera, apoyada contra la pared.

Le sonrió.

–Bueno, me has ahorrado unas horas. Creí que iba a tener que esperar hasta que terminaras la jornada y me preguntaba qué hacer durante todo ese tiempo.

Laura la miró, sin comprender; su mente ya estaba suficientemente confundida con su aparición repentina, con el hecho de que se hubiese presentado así en la oficina.

Cherry se inclinó hacia delante.

–Sé que está vivo –susurró.

Laura tartamudeó.

–¿De qué estás hablando?

–¿Qué clase de madre eres, alguien capaz de mentir sobre la muerte de su propio hijo?

Sintió que la sangre se le helaba en las venas, que volvía todo el desprecio que había experimentado hacia sí misma.

Cherry endureció el tono de voz.

–Has intentado quitármelo todo. Y ahora yo voy a hacer lo mismo contigo.

Laura se quedó boquiabierta. Cherry le sostuvo la mirada un momento, con los ojos fríos e implacables. Luego, cuando estuvo segura de que había entendido el mensaje, dio media vuelta y se fue.

Temblando, Laura la vio marcharse. Intentó tomárselo como una amenaza ridícula e infantil, pero algo en el tono de voz de Cherry la asustó. Intuitivamente, sabía que no importaba lo mucho que lo intentara, no podría olvidar aquella amenaza. Laura tendría que esperar. Esperar y preguntarse qué es lo que iba a suceder.

# TREINTA Y SEIS

*Martes, 15 de septiembre*

Cherry sabía que si Laura hubiese sido un poco más generosa con su información, si le hubiese dicho antes que las cenizas de Daniel descansarían en Francia, si la hubiese telefoneado para interesarse por su estado y dejar que le preguntara qué día había muerto, ella nunca habría llamado al hospital. No al nuevo hospital, claro, porque ella ni siquiera sabía de su existencia, sino al Chelsea y Westminster, donde se suponía que Daniel había sufrido el paro cardíaco que había acabado con su vida. Como no se atrevió a telefonear a Laura para rellenar esas lagunas de información, los datos que necesitaba para seguir adelante con su vida, había llamado a la unidad del hospital donde había estado ingresado. Sin embargo, tal como sospechaba, se negaron a decirle nada ya que no era un «familiar cercano». Luego vinieron las lágrimas, la insistencia en que no sabía cuándo había muerto porque había estado tan traumatizada por todas las visitas, por verlo en coma durante tanto tiempo, que ella también se había puesto enferma, así que solo se había enterado por terceros de que, efectivamente, podía ser ese el caso.

—¿De verdad está muerto? —había exclamado con un alarido de dolor, en medio de un llanto desconsolado, y a continuación había solicitado que la pasaran con los servicios de duelo del hospital, una petición que —bien lo sabía— no podían negarle.

También sabía que una vez que le pasaran la llamada, obtendría la



información que necesitaba. ¿Cómo podrían orientar a los familiares en el duelo sin saber dónde y cuándo había pasado? Sin embargo, se sorprendió al oír que Daniel no había muerto (por lo que los servicios de duelo no estaban disponibles para ella), pero no quisieron decirle nada más.

Al principio, se había quedado tan completamente atónita que había sido incapaz de entenderlo. Estaba convencida de que en el hospital habían cometido un error, un estúpido pero espantoso error, y por un breve instante se preguntó si podría denunciarlos y cuál sería la compensación por daños psicológicos. Entonces empezó a pensar en la posibilidad de que fuera cierto. Era demasiado poderosa como para ignorarla, así que fue al hospital y esperó en la puerta de la unidad a que saliera una de las empleadas de la limpieza, una a la que reconoció de sus horas de espera durante todas esas primeras semanas y con la que había conversado de forma regular en sus tardes solitarias. Al principio, la mujer se había negado a decirle nada, pero los cinco billetes nuevecitos de diez libras de Cherry habían ayudado a que soltara la lengua. Le contó que Daniel había sido trasladado a un hospital privado, el Wellington, en el noroeste de Londres, a finales de febrero. No quiso decirle nada más, pero Cherry tenía suficiente. Al llamar al Wellington, le dijeron que no podían darle ninguna información, pero que el paciente había sido dado de alta el 26 de mayo. Cuando uno está muerto, no te dan de alta.

Con un sudor frío, empezó a atar cabos. Recordó el funeral repentino, el hecho de que hubiese sido un acto íntimo, restringido a la familia. Todo convenientemente organizado para que hubiese acabado antes de que ella regresara de México. Al principio, la idea le pareció tan demencialmente cruel, tan sumamente increíble, que pensó que debía de estar equivocada. Nadie podía odiarla tanto, se dijo con aire vacilante, aunque no conseguía enterrar del todo la hiriente sensación de que tal vez, solo tal vez, sí la odiaban. En medio del dolor, se obligó a afrontar el posible escenario ficticio de que la habían engañado. La única forma de saberlo con seguridad era hablar cara a cara con Laura, así que fue a su despacho. La confirmación definitiva la obtuvo al ver la cara de Laura esa mañana.

Solo de pensar que si hubiera sido un poco más considerada, un poco más humana, se habría salido con la suya...

Le había quitado todo aquello por lo que Cherry había trabajado tan duro, lo

que más amaba, aquello a lo que aspiraba, toda su razón de ser. De un solo golpe cruel y megalomaniaco. ¿Se había estado riendo Laura de ella todo ese tiempo? ¿Hablando de la pobre chica de Croydon con aires de grandeza? ¡Y pensar que se había esforzado tanto por ser su amiga! «¿Cómo se atreve? –pensó Cherry–. ¿Cómo se atreve a pensar que, porque tiene dinero, ella es mejor que yo, que puede controlar la vida de los demás?»

No iba a permitir que la humillaran de nuevo. Esa mañana, al ver a Laura, había tenido que hacer un esfuerzo sobrehumano para no abalanzarse sobre ella, pero eso habría sido desperdiciar energías. Cherry quería que se sintiera exactamente como se sentía ella, la sensación de injusticia e impotencia cuando alguien aparece y te arrebató lo que más te importa y luego te pisotea hasta aniquilarte por completo. No, Laura necesitaba que le dieran una lección.

Cherry también quería recuperar a Daniel. Le habían dado otra oportunidad y esta vez no iba a fastidiarla. Nada de excursiones estúpidas de *rafting*. Tenía que proceder con mucho cuidado; después de todo, seguramente le habrían dicho que ella había arrojado la toalla y que lo había abandonado cuando estaba en coma. De pronto, sintió que su corazón dejaba de latir. ¿Y si había conocido a otra persona? «Oh, por favor, que no haya conocido a nadie, por favor...», pensó, y supo que tenía que actuar con rapidez. Así que entre sus dos objetivos y la presión urgente, tenía muchas cosas en que pensar, mucho que planificar. Su cerebro se activó, y eso en sí mismo supuso una fuente de alegría. La energía la inundó por primera vez en meses. Su madre, que ya estaba en casa a media tarde después de su turno, fue la primera en advertir el cambio.

–¿Tienes trabajo, cariño?

–Sí, mamá, tengo trabajo. Uno muy importante.

La estrechó en un abrazo de oso.

–¡Felicidades! ¿Y en qué consiste?

–En enmendar un error.

Wendy parecía desconcertada.

–¿Estás trabajando para una organización benéfica?

Cherry se quedó pensativa; aquella respuesta valdría para su madre.

–Eso es.

–Me alegro mucho, cielo. Ya es hora de que la gente haga algo por los demás. Estoy pensando en participar en la marcha de medianoche, ya sabes, para

el cáncer de mama. ¿Te apetece acompañarme?

–Creo que podría estar demasiado ocupada con el trabajo nuevo, mamá.

Cherry se sentía viva. Aquel era el proyecto, el rumbo que había estado buscando para enderezar su vida. Fue a su habitación e hizo una lista de todo lo que Daniel había dicho sobre Laura, sobre sus padres, cualquier cosa que pudiera resultarle útil. Tenía una memoria excelente, algo de lo que se sentía especialmente orgullosa y que había aprovechado al máximo durante toda su vida. Una vez, había faltado a clase unos días por culpa de una gripe y la temida prueba de verbos de francés estaba programada para el día que volvía a incorporarse. Le bastó escanear con los ojos el libro mientras formaban fila para entrar y ya se sabía perfectamente la conjugación del verbo *souhaiter*, «desear».

Cuando terminó su lista, había bastante información, datos realmente valiosos. Se iba a divertir mucho. Sin embargo, lo primero que haría era ir a ver a Daniel. Laura no le diría que había ido a verla a la oficina, no de inmediato, porque entonces tendría que explicarle por qué, y no podía hacer eso sin admitir que había mentido acerca de su muerte. No, probablemente tendría que prepararse para eso. Pero Cherry sabía que no dejaría pasar mucho tiempo, no se atrevería. Tendría demasiado miedo de que Cherry fuese a hablar con él primero, así que decidió asegurarse de hacer justo eso: se puso la chaqueta y le dijo a su madre que iba a salir a tomar el aire.

Caminó los diez minutos hasta Wandle Park y encontró un banco tranquilo. El parque estaba bastante concurrido con gente que paseaba a sus perros, madres que empujaban cochecitos de bebés y algunos niños que no iban a la escuela, pero aún era lo bastante grande como para que la gente tuviera suficiente espacio, y nadie se le acercó. Tras asegurarse de marcar un prefijo especial para ocultar su propio número, Cherry marcó el número de la oficina de Laura.

–Hola. ¿Puedo hablar con Willow, por favor?

Oyó un clic y le pasaron con la secretaria.

–Cavendish Pictures, ¿dígame?

–Ah, hola, Willow. Soy Rachel Thornton, la secretaria de Alison Forest, del departamento de ficción de la ITV. –Se felicitó por haber hablado con Willow antes, cuando había ido a la oficina. Descubrió que la chica solo llevaba allí unos

días y que era su primer trabajo en televisión. Era poco probable que estuviera familiarizada con la voz de la gente, y era muy útil que estuviese verde—. Llamo por *La nueva vida de Heather Brown*.

–Ah, me encanta ese proyecto.

–A mí también. Es uno de mis favoritos en nuestra lista de futuras series.

–¿De verdad?

Willow estaba encantada.

–Desde luego. El guion es fantástico.

–Me muero de ganas de que empiecen a rodarla –comentó efusivamente Willow.

–Deberías preguntarle a Laura si puedes venir a visitar el plató.

–Ay, Dios, me encantaría...

Cherry sonrió. Willow era tan confiada...

–Escucha, Alison pregunta si Laura puede venir a una reunión mañana por la mañana. Tiene algunos problemas con el *casting* y quiere cerrarlo lo antes posible.

La ITV era muy servicial al anunciar todos los nombres de sus ejecutivos en su página web además de publicitar todos los detalles de sus próximas series. Todo había sido increíblemente fácil y Cherry apenas había tenido que esforzarse.

–¿Tiene una hora entre las diez y las once?

Willow parecía preocupada por el futuro de la serie. Era tan inocente que Cherry casi sintió pena por ella.

–Genial. La veremos a esa hora entonces. Alison está fuera de la oficina e ilocalizable toda la tarde, pero mañana responderá cualquier pregunta.

Y eso fue todo. Cherry solo tenía que prepararse para una cosa más. Empezó el camino de regreso al piso de su madre. Era hora de abrir las cajas.

# TREINTA Y SIETE

*Miércoles, 16 de septiembre*

A la mañana siguiente, impecablemente vestida con el vestido azul eléctrico que Daniel le había comprado en Francia, el que tanto le resaltaba el pelo negro, Cherry se encaminó a Cadogan Square. Al enfilarse el camino de entrada del número 38, sintió que la invadía una sensación de aflicción. Llamó al timbre. Al cabo de un momento, oyó el ruido de unos pasos acercándose a la puerta. Esta se abrió y Cherry levantó la vista y lanzó un grito. Luego se desmayó y cayó en mitad del umbral.

Al volver en sí, Daniel la había llevado a rastras hasta el pasillo y había cerrado la puerta. Cherry trató de incorporarse, pero le dolía la cabeza. Se había dado un golpe al caer, algo para lo que se había concienciado. Ella lo miró, aún en estado de *shock*, aterrorizada.

–¿Estás bien? –preguntó él con naturalidad.

Ella no contestó.

–¿Qué pasa?

–Estás...

Daniel frunció el ceño.

–¿Qué?

–Vivo.

–Sí. Que yo sepa.

–No lo entiendo...

–¿Quieres un poco de agua?

Parecía impaciente, como si quisiera acabar con aquello cuanto antes y que ella se marchase.

Ella siguió mirándolo fijamente, con una expresión de dolor en el rostro. Las lágrimas le asomaron a los ojos.

–Podrías haberme dicho que lo nuestro había terminado.

Cherry trató de levantarse y abrir la puerta de entrada, pero él extendió una mano para detenerla.

–¿Qué acabas de decir?

–Si no querías verme más lo habría aceptado, ¿sabes? Si hubieras roto conmigo. No hacía falta que tu madre hiciera el trabajo sucio por ti. ¿Fue idea de ella o tuya?

Parecía desconcertado.

–¿De qué estás hablando?

–¿Qué? ¿Ahora vas a negarlo? Lo siento, pero me merezco algo mejor.

Se tragó las lágrimas y trató de abrir la puerta de nuevo.

–Cherry, ¿podrías decirme qué pasa?

Ella se detuvo y lo miró.

–Tu madre. Me dijo que habías muerto.

El vestíbulo se sumió en un silencio absoluto.

–Repíteme eso.

Cherry frunció el ceño.

–Tu madre me llamó por teléfono. En marzo. Me dijo que habías muerto mientras yo estaba fuera.

Daniel la miró.

–¿Que ella hizo qué?

A Cherry no le pareció necesario repetirlo. Él la miraba fijamente con una expresión de asombro absoluto.

–Cherry, ¿tienes tiempo para tomar un café?

Lo tenía. Él echó a andar hacia la cocina.

–Pero no aquí –dijo ella rápidamente–. Si no te importa, preferiría no estar...

–Miró alrededor, incómoda, y él lo entendió.

–Déjame ir a por mis cosas, guardar mi trabajo.

–¿Puedo ir al baño?

–Claro.

Daniel desapareció en el interior de la casa, y al cabo de un par de segundos, cuando ya no lo oía, se deslizó escaleras arriba y entró en el dormitorio de Laura. Cerró la puerta con sigilo, echó un vistazo al escritorio y vio el papel de carta que había visto la primera vez, cuando le enseñó la casa, la noche que había ido a cenar. Con el nombre y la dirección de Laura en relieve. Se desplazó por la habitación sin hacer ruido, notando cómo la gruesa moqueta amortiguaba sus pasos. Cogió unas cuantas hojas y se las metió en el bolso; luego, al ver una nota escrita a mano, algo sobre una mujer que pasaba unas horas agotadoras cuidando de sus nietos, se la llevó también. No habrían pasado más de dos o tres minutos cuando volvió a bajar.

–¿Lista? –preguntó Daniel tras salir de la cocina con una chaqueta.

Ella asintió.

Fueron a una cafetería a unas pocas calles de distancia. Era mejor así. Laura pronto descubriría que no había ninguna reunión convocada en ITV Towers y Cherry no quería encontrársela.

Daniel se sentó y escuchó mientras ella le contaba lo que había sucedido, sumamente incómoda, por supuesto, ya que a él le resultaría difícil oír aquello, y ella no quería herir sus sentimientos más de lo necesario. Trató de resumirlo al máximo. Trató de tener cuidado y obrar con tacto; todavía le quedaba un largo camino por recorrer.

Él no dijo nada durante un buen rato; luego se frotó la cara con las manos. Cuando levantó la vista, todavía estaba perplejo.

–¿Por qué no dijiste que querías ir al entierro?

La insinuación era que ella podría haberse esforzado más por destapar la mentira.

–Lo hice. Tu madre me dijo que ya se había celebrado, mientras yo estaba fuera. Y no había ninguna lápida en ningún cementerio, porque habían llevado tus cenizas a Francia.

Él se puso rígido y Cherry pensó que debía de ser surrealista escuchar cómo tu propia madre había descrito tu propio funeral. Cogió la cucharilla y removió lentamente el café sin mirarla.

–Siento que tuvieras que pasar por eso.

Ella asintió.

–Tardé mucho tiempo... Bueno, lo cierto es que no llegué a superarlo. Por eso ayer fui a la oficina de tu madre. Estaba desesperada por hablar con ella, por saber lo que había pasado después de que tú... ya sabes...

–¿Fuiste a su despacho?

–¿No te lo ha dicho? –exclamó Cherry–. Bueno, claro, supongo que no. – Volvieron a quedarse en silencio un momento–. ¿Estás bien?

–¿Por qué has venido a la casa?

Ella reparó en que Daniel todavía manifestaba recelo.

–Vine a traerle esto a tu madre. –Abrió su bolso y sacó un sobre. Dentro había algunas fotografías–. Son de nuestro viaje. De la excursión en *rafting*. Pensé que tal vez le gustaría ver las últimas fotos tuyas...

Él cogió las fotos. Ahí estaban, los dos riendo y gritando mientras se precipitaban río abajo. La noche anterior Cherry había sacado las fotos de las cajas guardadas en el armario. Las había tomado el fotógrafo profesional y la empresa se las había enviado un mes después del accidente, como recuerdo.

De pronto le entró un ataque de responsabilidad.

–Espero que no sean demasiado fuertes –dijo rápidamente–. Por lo del accidente...

–No. –Él la miró–. Ha sido un gesto bonito.

Ella esbozó una frágil sonrisa.

–Bueno, y... ¿cuándo saliste del coma?

–En marzo. Unos días después de que ella te llamara. Cuando ya estaba lo bastante fuerte, nos fuimos a Francia. Era mejor para mi recuperación. Un clima más cálido.

–Tienes muy buen aspecto.

Él asintió, aceptando el cumplido.

–¿Puedo preguntar... qué te dijo ella de mí? Sobre por qué había dejado de ir al hospital...

–No entró demasiado en detalles. Simplemente me dio a entender que hacía tiempo que no acudías al hospital.

A Cherry se le ensombreció el rostro.

–Ya sé que tu madre y yo no siempre nos llevamos bien..., pero no pensaba



que hasta el punto de...

El rostro de Daniel reflejaba una expresión glacial.

Ella se removió incómoda en su asiento. Él se dio cuenta y pareció salir de su ensimismamiento. Irguió un poco la espalda y le dedicó una sonrisa fugaz.

–¿Sigues con tus estudios? –le preguntó ella.

–He vuelto al hospital. Me han concedido otra plaza.

–Eso es genial.

–Sí. ¿Y tú? He visto que ya no estás en la agencia inmobiliaria...

–No funcionó.

Él pareció sorprendido.

–¿No?

–No, las cosas se pusieron un poco... No tenía energía para seguir trabajando allí.

Negó con la cabeza, sin querer entrar en más detalles.

–Espera, eso fue por... ¿por mí? ¿Por lo que te habían dicho?

«Eso es más o menos cierto», pensó Cherry. Otra cosa más de la que podía responsabilizar a Laura. Lo miró con una sonrisa incómoda.

Él lanzó un suspiro de irritación y Cherry vio que se estaba mordiendo la lengua para no hablar de su madre.

–Creo que estoy en deuda contigo.

Ella sonrió.

–Simplemente, me alegro de que sigas aquí.

–Debes de haberte llevado una buena sorpresa cuando he abierto la puerta.

–Pues sí.

Ambos recordaron el momento en que se había desmayado y se rieron.

–Bueno, ¿y qué más has estado haciendo? –preguntó él.

–No mucho. Estoy viviendo con mi madre.

–Dale recuerdos de mi parte. Bueno, primero dile que estoy vivo.

–Lo haré. ¿Y tú?

–Voy de cabeza con el trabajo, con tantas horas de guardia.

Se miraron el uno al otro un momento.

Con el corazón en la boca, ella habló primero.

–¿Has conocido a alguien?

–No. –Daniel hizo una pausa–. ¿Y tú?

Cherry oyó el dejo de esperanza en la voz de él. Sonrió y negó con la cabeza.

# TREINTA Y OCHO

*Miércoles, 16 de septiembre*

Había empezado como una mañana de estudio. Daniel seguía agradeciendo a su buena estrella que su memoria no se hubiera visto afectada por el accidente y, por suerte, había retenido cinco años de Facultad de Medicina. Había encontrado una nota para él al bajar las escaleras: «Necesito hablar contigo. Estaré en casa esta tarde. ¿Podemos hablar entonces? Besos, mamá». Se había puesto a estudiar mientras se comía la tostada del desayuno y el tiempo había pasado volando hasta que llamaron al timbre. Recordó que le había molestado la interrupción y que se había levantado pensando que debía de ser el cartero.

Al ver a Cherry en la puerta con aquel deslumbrante vestido azul, que recordaba de su viaje a Francia, sintió que el corazón le daba un brinco. Sin embargo, no tardó en recordarse a sí mismo que ella lo había dejado. Entonces ella gritó y se desmayó, algo que le resultó desconcertante y molesto, aunque eso podría deberse al hecho de que despertó en él un sentido de la caballerosidad que no quería sentir.

Al principio, cuando escuchó su relato, se dijo que no tenía sentido. Daniel no podía entenderlo. Trató de pensar en alguna explicación razonable, pero a lo que seguía volviendo una y otra vez era que su madre había mentado. Se había inventado una historia diciendo que él había muerto. Poco a poco, esa idea se abrió camino en su cerebro y se instaló allí, negándose a irse. Para empeorar aún más las cosas, se dio cuenta de que no solo se había inventado aquello tan

horrible, sino que había perpetuado la mentira, incluso después de que se hubiera recuperado. Se había sentado junto a él en la cama del hospital hasta que poco a poco fue recuperando las fuerzas para levantarse de ella, había empujado su silla de ruedas por los jardines y había pasado días animándolo durante las sesiones de fisioterapia. Había habido tiempo de sobra para sacar el tema. Y todo el tiempo él había estado luchando para hacer frente a lo que le había caído encima: no solo sus lesiones físicas, sino también el intenso dolor de una ruptura sentimental. Lo había superado, por supuesto, pero una o dos veces se había ido a la cama sintiéndose tan terriblemente desgraciado que le había supuesto un esfuerzo inmenso no derrumbarse.

¿Cómo podía haberle hecho esto? ¿Por qué? Sabía que a ella no le gustaba Cherry, pero aquello era... repugnante. Inspiró hondo para tratar de expulsar el dolor que se había instalado en su pecho. Una parte de él quería una explicación, pero aún no respondía de sí mismo si tenía que hablar con su madre. No quería escuchar lo que ella tuviera que decir; lo más probable era que su vacilación o su endeble justificación le dieran asco. Por la misma razón, tampoco llamó a su padre. No quería incriminar a su madre, pues sabía que, teniendo en cuenta cómo era la relación entre ambos, su padre sin duda la consideraría un ser despreciable. No podía lidiar con nada de eso todavía.

No tardó mucho en recoger sus escasas pertenencias. Miró alrededor en su habitación y supo que aquella era la última vez que se iría de allí. Luego bajó las escaleras. Cuando había leído la nota de su madre esa mañana, no había pensado nada en particular. Tenía intención de estar allí esa tarde, y se alegraba de poder ayudarla. Ahora, sin embargo, podía leer la urgencia contenida entre líneas: quería hablar con él antes que Cherry, y no era de extrañar. Si Cherry no hubiera tenido el gesto casual y compasivo de traer aquellas fotos, lo más probable era que su madre se lo hubiera dicho primero. Se preguntó si habría reaccionado de manera diferente si hubiera sido su madre quien se lo hubiera contado. Trató de imaginarse las palabras que saldrían de su boca: «Fingí que habías muerto. Me inventé que habíamos celebrado tu funeral». Sonaban grotescas, pero al mismo tiempo, de una crueldad increíble. Le recordaba a la clase de cosas que aparecían en los periódicos sensacionalistas: madres que fingían que sus hijos tenían cáncer para poder recaudar jugosas donaciones.

Dio la vuelta a la nota, escribió algo en el reverso y la volvió a colocar sobre

la encimera. Luego se echó la bolsa al hombro y salió de la casa, cerrando la puerta principal a su espalda. Mientras caminaba por la calle, pensó que al menos había salido algo bueno de aquella revelación: había vuelto a ver a Cherry.

# TREINTA Y NUEVE

*Miércoles, 16 de septiembre*

La recepcionista de ITV Towers llamó a Alison mientras Laura rellenaba el formulario para los visitantes.

–¿Señora Cavendish?

Laura levantó la vista.

–Tengo a su secretaria al teléfono. Dice que no tiene ninguna reunión programada en la agenda.

–¿Qué?

–Alison está fuera de la oficina.

–¿Cuándo vuelve?

–No volverá hasta esta tarde.

Eran las diez de la mañana.

–Pero tengo una reunión...

La recepcionista levantó un dedo y escuchó algo a través del auricular.

–Su secretaria bajará ahora.

Laura se apartó para dejar paso a la multitud que hacía cola detrás de ella y consultó su agenda. Tenía la hora correcta, así que Alison debía de haberlo olvidado. Y se suponía que era urgente. Observó las pantallas, que retransmitían una mezcla de las noticias y el programa matinal de la cadena y se preguntó, con irritación, cuándo iba a poder hacerle un hueco a Alison. Aquella tarde ya la tenía llena, y quería volver a casa temprano para hablar con Daniel.

Rachel, la secretaria, apareció por las puertas giratorias.

–Laura, parece que hay algún error. No tenemos ninguna reunión programada con usted para esta mañana.

–Pero tú misma llamaste a Willow. Ayer por la tarde.

La mujer frunció el ceño.

–No, yo no la llamé.

–Ella habló contigo. ¿De algo referente al *casting*?

–Se lo prometo, yo no llamé.

Algo hizo clic en el cerebro de Laura, acompañado de una creciente sensación de desasosiego. Sabía quién estaba detrás de esto.

–Lo siento mucho. Hablaré con Willow. Debe de haberse equivocado –dijo, y rápidamente abandonó el edificio.

Una vez fuera, intentó calmar los latidos desbocados de su corazón. En la calle, alguien tenía colocada una cámara en un trípode, apuntando a la entrada principal, justo donde ella estaba de pie. Aquello la puso nerviosa, como si, de algún modo, Cherry pudiera estar viéndola en alguna pantalla, el ojo que todo lo ve. ¿Cómo se había enterado? Laura se apartó rápidamente del objetivo de la cámara.

Había estado dándole vueltas y más vueltas a esa pregunta la noche anterior, pero seguía sin encontrar respuesta. Sin embargo, había algo de lo que estaba segura: Cherry estaba detrás de aquella broma. Pero ¿por qué iba a hacer algo tan estúpido, tan infantil, enviarla de un lado a otro, a una reunión que no existía? Era una broma inofensiva en sí misma, a menos que hubiera querido quitársela de en medio deliberadamente para... Dios... Daniel...

Laura entró en su casa, inquietantemente silenciosa, y supo casi de inmediato que Cherry había estado allí antes que ella. Sintió una omnipresente sensación de temor mientras se desplazaba por las habitaciones vacías. La nota que había en la encimera de la cocina decía simplemente:

He visto a Cherry. Al final he decidido volver a mi piso. Creo que eso simplemente facilita las cosas. Ya es hora de que me valga por mí mismo y tenga un poco de independencia.

DAN

Laura se dio cuenta de que la última frase había sido añadida con posterioridad. Se le había ocurrido al final, para suavizar el golpe. Laura dejó la nota y se desplomó en una silla. ¿Qué le había contado Cherry? ¿Cómo se lo había explicado? De la forma que más le conviniese a ella, de eso no tenía ninguna duda.

Sacó el móvil y estaba a punto de telefonar a Daniel cuando vio la imagen de Cherry allí a su lado, escuchando junto al teléfono. No, aquella era una conversación que debían mantener madre e hijo, solos los dos. Así que optó por enviarle un mensaje de texto: «Daniel, sé que es muy probable que estés enfadado conmigo, incluso furioso, y con toda la razón, además, pero, por favor, ¿me dejas que me explique? ¿Podemos vernos más tarde?».

La respuesta fue rápida.

«Mañana. A las cinco. En mi piso. Pero solo tengo una hora.»

No era exactamente lo que había querido leer, y se le cayó el alma a los pies. Al menos, Howard estaba fuera, en un viaje de negocios, por lo que no tendría que explicarle por qué su hijo se había marchado tan precipitadamente de casa.

*Moisés* entró en la vivienda procedente del jardín, encantado de verla en casa tan inusitadamente temprano. Se subió de un salto sobre la encimera y se frotó el hocico contra los nudillos de ella, mientras se sujetaba la cabeza con las manos con un gesto de desesperación. Lo rascó detrás de las orejas.

–Ay, *Moisés*, he hecho algo realmente... horrible.

Y lo había hecho. Ella misma había empezado todo aquello diciendo aquella mentira monstruosa.



# CUARENTA

*Miércoles, 16 de septiembre*

Cherry se sentó en el asiento del andén de la estación de metro de Notting Hill y esperó a que el reloj señalara las siete y cuarto. Entonces se levantó. Era hora de salir a la calle. Sabía que Daniel era muy puntual, por lo que llegaría justo lo bastante tarde para que él aún tuviera la esperanza de que iba a ir. Subió los escalones dando saltos, para llegar casi sin aliento, y luego atravesó corriendo la puerta. Allí estaba él, delante de un local de sándwiches sofisticados, tratando de no parecer como si acabaran de dejarlo plantado.

–Lo siento, llego un poco tarde –dijo–. El metro ha estado parado en South Ken... –Y él sonrió, una vez desvanecidas todas sus dudas.

–No pasa nada.

Permanecieron inmóviles, mirándose incómodamente el uno al otro, como si fuera su primera cita. Paradójicamente, parecía un poco prematuro para saludarse con un beso en la mejilla, a pesar de que hacía poco más de un año estaban durmiendo juntos. Aquella tarde fue una salida al cine, una admiración mutua por Steven Soderbergh. Una vez que ambos admitieron que todavía no tenían pareja, lo siguiente, lo más natural, era quedar para salir juntos. Cherry había tenido que pensar en algo inofensivo que les ayudara a sentirse más cómodos, algo que no resultara demasiado extraño, algo inocuo que no le hiciese cuestionarse si estaba haciendo lo correcto. Estaban a punto de quitar la película de la cartelera y ella le había dicho que sería una pena perdérsela; él se había

mostrado de acuerdo, y luego ella había dicho que estaba pensando en ir esa tarde, así que si necesitaba un respiro de las horas de estudio... Daniel no se lo pensó demasiado e hicieron planes para quedar más tarde. Cherry se fue a casa para ducharse y cambiarse. Quería estar lo más guapa posible, pues tenía muchas esperanzas puestas en esa tarde. Caminaron en dirección al cine Gate; al llegar al bordillo Daniel extendió la mano en actitud protectora cuando un automóvil dobló la esquina a toda velocidad y apareció por la izquierda. Cherry sintió una oleada de afecto, una extraña sensación de apego.

Cruzaron la calle con seguridad y se dirigieron hacia la fachada del edificio. Fuera, en la cartelera había malas noticias.

–Parece que ya la han quitado –exclamó Cherry, a pesar de que ella ya lo sabía al sugerir el lugar.

Sentarse en silencio en un cine lo convencería para salir con ella, pero no iba a resucitar su relación.

Él se acercó.

–¿Qué? No puede ser verdad...

Pero sí lo era. Un nuevo filme sobre alienígenas había ocupado su lugar.

–¿Y el cine Electric, justo al cabo de la calle?

–Buena idea –dijo Cherry.

Caminaron el par de manzanas hasta el Electric, pero allí tampoco había ninguna obra maestra de Steven Soderbergh, algo que Cherry ya sabía. Daniel parecía avergonzado y se golpeó la frente con el puño.

–Lo siento mucho. Te he arrastrado hasta aquí para nada.

–¡Estoy indignada! ¿Cómo vas a compensarme?

Él sonrió.

–¿Podríamos buscar otro cine?

–¿O ir al zoo? –sugirió ella rápidamente–. Siempre he querido ir.

–¿De verdad?

Reparó en su reticencia.

–No te interesa.

–Si tú quieres...

Pero ninguno de los dos se movió. Cherry intuía que el control de la tarde se le estaba escapando de las manos. Fuese lo que fuese lo que hiciesen, tenía que decidirlo ya.

–Hagamos una cosa, ¿por qué no vamos andando hacia el parque? Hace un día tan bonito...

Se volvió, sin darle la oportunidad de negarse, y echaron a andar hacia Kensington. No era un comienzo muy prometedor y, desesperada por dentro, Cherry supo que iba a tener que trabajárselo mucho más. De repente pensó que un paseo no era tan buena idea después de todo: se sentían incómodos el uno con el otro, y necesitaban una distracción externa, algo de lo que hablar. Se volvió entusiasmada hacia él.

–Jazz.

–¿Qué?

–También tocan un poco de rhythm & blues. Y el pescado y las patatas están buenísimos.

–¿Y no sería mejor acompañarlos con comida creole?

–Podríamos hacer una petición especial.

Cherry contuvo la respiración y dio gracias de nuevo por su buena memoria. Debía agradecerse a las distantes y elitistas Abigail y Emily. Nunca había logrado derribar el muro de su amistad, pero escuchar atentamente todas las conversaciones que habían mantenido en la inmobiliaria le había resultado útil después de todo. Más de una vez, le habían hablado en tono más que entusiasta de un bar con «la mejor» música en vivo, aunque nunca se les había ocurrido preguntarle si quería ir con ellas. Había echado un vistazo a su web con aire melancólico una noche, cuando ellas dos habían ido después del trabajo, y le había sorprendido el hecho de que parecía un sitio realmente bueno, no demasiado exclusivo ni pretencioso. Sabía que abrían a las cuatro; de hecho, era probable que consiguieran una mesa al llegar tan temprano.

Ella lo miró con entusiasmo.

–¿Te apetece?

Su entusiasmo era contagioso.

–¿Dónde está?

–A diez minutos.

–¿Andando?

–En taxi.

Daniel paró uno y se subieron. Cherry dio instrucciones y unos minutos más tarde entraban en un pequeño callejón. El bar estaba situado entre una vinatería y

una joyería.

Una vez dentro, Cherry supo de inmediato que había sido una buena idea. Tenían una mesa para ellos solos, y ya había suficiente gente para que pareciera una especie de reunión de amigos, personas que por suerte o por habilidad habían logrado escabullirse temprano del trabajo.

Daniel miraba la carta.

—¿Es demasiado temprano para los cócteles?

Cherry sonrió y negó con la cabeza.

—Este lugar es genial. ¿Cómo lo encontraste?

—Es uno de mis sitios favoritos —dijo Cherry como si tal cosa, como si hubiera estado muchas veces allí y ahora lo estuviera compartiendo con él.

Los cantantes atrajeron su atención, un joven blanco con una prominente nuez en la garganta y una escultural mujer negra con un vestido de lentejuelas morado. Tenía casi sesenta años, pero su voz era poderosa y desafiante. El chico de vez en cuando coqueteaba con ella en el escenario y ella lo trataba con un digno desdén. Esto lo divertía, y entre ellos había una química electrizante en el escenario.

Cherry miró a Daniel y buscó algún indicio de que su madre se hubiera puesto en contacto con él esa mañana. Laura habría descubierto la verdad sobre la inexistente reunión en la ITV horas antes y sin duda sospecharía quién la había enviado allí, y era posible que hubiese sacado una conclusión acertada. Seguramente le había entrado el pánico y habría querido hablar con Daniel, pero él no había dicho nada de momento. Todavía se comportaba como si no hubiera hablado con ella, lo que significaba que no sabía que ella había amenazado a Laura el día anterior. De hecho, eso no preocupaba a Cherry en absoluto: si Laura lo mencionaba, ella lo negaría sin más. Era algo bastante melodramático y disparatado, y era Laura la que tenía el historial de mentiras de mal gusto. De hecho, en lugar de ser motivo de preocupación, Cherry estaba segura de que podía hacer que pareciera que Laura estaba peor que nunca, y eso empujaría a Daniel hacia ella aún más rápido. Ya había perdido suficiente tiempo y estaba harta de quedarse siempre sin nada. Por suerte, Daniel había pagado el taxi y también había cargado las bebidas a su tarjeta de crédito.

El estilo de la música cambió. La mujer entonó una pieza potente y animada y su voz inundó todo el espacio. Los murmullos de admiración se extendieron

por la sala y Daniel se levantó impulsivamente. Extendió la mano y llevó a Cherry hacia las otras parejas en la pequeña pista de baile. Cherry sonrió. Definitivamente, habían roto el hielo. Ya no había vuelta atrás.

Mientras la tomaba de la mano y la hacía dar vueltas en la pista, Daniel volvió a pensar en la suerte que había tenido de que Cherry hubiera decidido ir sin previo aviso a la casa de sus padres esa mañana. Y en la suerte de que no le tocara trabajar en el hospital en ese momento, porque así había estado en casa. Era como haber recuperado algo a cambio de todo lo que le quitaron después del accidente. Sintió una punzada de dolor al pensar en su madre y en lo rápido que se había ido de casa, pero la neutralizó rápidamente.

Al entrar, el piso olía a moho. Había abierto todas las ventanas inmediatamente, así como los grifos, que gorgotearon con la acumulación de aire. Su vieja tarjeta de metro estaba sobre la mesita de café, en el mismo sitio donde la había dejado al volver del trabajo el día que él y Cherry se fueron a Gales. Estaba ordenada cuidadosamente con su tarjeta de identificación del trabajo y la vieja correspondencia. Revisó los matasellos. Las cartas habían dejado de llegar en algún momento a principios de noviembre, probablemente cuando su madre logró hablar con la mayor parte de sus contactos para decirles que estaba en coma. Las examinó rápidamente, pero prácticamente todas eran correo comercial, facturas y cosas así. Lo tiró todo a la papelería. Luego abrió la nevera. Estaba vacía. Sintió un repentino impulso de llenarla y hacer de aquel lugar un sitio más acogedor, de sentirse como en casa, así que dejó su mochila en el pasillo y salió. Cuando regresó, puso algo de música y se preparó el almuerzo. En el piso ya se estaba mejor, pero de lo que no podía deshacerse era del dolor en el pecho. Y por primera vez se sintió muy enfadado. Lo habían engañado con respecto a algo que le importaba mucho. Todos esos meses en los que podía haber estado con Cherry, la chica a la que amaba. ¿Por qué? ¿Por qué había llegado su madre hasta ese extremo?

La potente música y la fabulosa voz desataron algo en el interior de Daniel y lo hicieron sentirse libre. La cantante terminó con una nota sentida y un pequeño coro de aplausos se extendió por la sala. Daniel llevó a Cherry de regreso a su mesa.

–Qué bien te mueves...

Ella se sonrojó.

–No...

–¿Fuimos a bailar alguna vez?

Su rostro se nubló.

–No creo que tuviéramos tiempo.

–¿Qué más no hicimos?

–Nadar con delfines.

–¿Qué parejas nadan con delfines?

–Es una opción. Hacer que nos pintaran un retrato de los dos.

Él sonrió.

–Comprar camisetas a juego.

–Organizar una cena con amigos.

–Tener «nuestra» canción.

–Pelearnos.

Él se quedó pensativo.

–No, no nos peleamos, ¿verdad?

De hecho, se dio cuenta de que nunca habían ido más allá de un debate saludable. Era un pensamiento agradable.

–He vuelto a mi piso.

Ella lo miró fijamente.

–¿Qué quieres decir?

–Estaba vacío. Desde el accidente.

–¿Qué ha dicho Laura?

–No he hablado con ella todavía. Le dejé una nota en la casa. Me pareció que esa no iba a ser una conversación fácil y necesitaba un poco de tiempo para pensar.

Cherry asintió.

–¿Eso ha sido hoy? ¿Después de que nos viéramos?

–Sí.

Cherry vio que aún estaba muy dolido. Le puso la mano en la suya y luego levantó su copa.

–Feliz nuevo hogar –dijo cariñosamente, y chocó su copa con la de él.

Hacia el final de la noche, Daniel ya sabía lo que quería hacer. Se fueron del

bar y, antes de pensarlo demasiado, él le preguntó:

–¿Quieres volver?

Ella lo miró fijamente un momento y él se preguntó si no habría ido demasiado lejos.

–No pasa nada si no quieres...

–No, me gustaría.

Realizaron el trayecto en el taxi en silencio, cada uno satisfecho con la compañía del otro y sus propios pensamientos. Daniel abrió la puerta del piso y ella entró. Cuando se cerró detrás de ellos, se fundieron en un beso. Cherry le tiró con urgencia de la camisa y estaban desnudos antes de llegar a la habitación.

Después, tumbados en la cama, se sentían más felices de lo que lo habían sido en mucho tiempo. Los meses perdidos se habían desvanecido y tenían la sensación de estar tan unidos el uno al otro como un año antes, más incluso por todo lo que habían tenido que pasar. Cherry cruzó la pierna alrededor de la de él, y Daniel examinó su hermosa piel, ligeramente bronceada, luminosa en la penumbra.

–¿Cherry?

Ella se acurrucó a su lado.

–¿Sí?

–Vente a vivir aquí, conmigo.

A Cherry se le aceleró el corazón. Se apoyó sobre un codo y lo miró con los ojos abiertos como platos.

–¿Aquí? ¿Contigo?

–Claro, conmigo. No quiero perder más tiempo. Mi accidente me ha enseñado eso. Y no sé tú, pero esto... –lo señaló a ambos–, esto es tan bueno como era antes, incluso mejor. Yo solo quiero estar contigo.

–Yo también quiero estar contigo.

–Entonces ¿te vendrás aquí?

Ella hizo una pausa.

–¿Y tu madre?

–No, ella no viene.

–No me refiero...

–Yo sé lo que quieres decir. Tendrá que acostumbrarse, sencillamente. Es mi vida y te quiero en ella. Si tú quieres estar.

Ella lo besó.  
-Sí quiero.



# CUARENTA Y UNO

*Jueves, 17 de septiembre*

Laura llamó al timbre del portal del piso de Daniel. Se colocó el bolso con cuidado sobre el hombro, y al darse cuenta de que tenía las palmas húmedas, se las secó rápidamente en la chaqueta. Era una sensación nueva, estar nerviosa por visitar a su propio hijo. Saludó con la mano a través de la puerta de vidrio a Ian, a quien vio sentado en su garita, y finalmente obtuvo una respuesta. Sonrió a la cámara y oyó que la puerta se abría con un clic. En el primer piso, Daniel había dejado la puerta de entrada abierta. Laura llamó a la puerta y se asomó.

–¿Hola? Soy yo.

Se le hacía raro que no acudiera a recibirla, como si estuviera colándose allí. Daniel salió de la cocina y se detuvo en el pasillo. Laura hizo ademán instintivamente de abrazarlo, pero su postura con los brazos cruzados y su rostro inexpresivo la hicieron mantener las distancias.

–¿Una infusión?

–Sí, por favor.

Daniel se fue a la cocina y se quedó sola un momento.

–¿De menta? –dijo él, y ella lo siguió y se sentó a la barra de desayuno y lo observó mientras preparaba las infusiones.

Ninguno de los dos dijo nada. Él empujó una taza hacia ella y luego sujetó la suya, se recostó contra el mostrador y la miró expectante.

–Lo siento –dijo Laura–. De verdad, lo siento muchísimo. Los médicos me

acababan de comunicar que era muy probable que tú no... –Hizo una pausa, recordando aquella reunión aciaga–. Que no ibas a sobrevivir. Que no te quedaba mucho tiempo. Estaba destrozada, y al saber que estaba a punto de perderte, quería... Te quería para mí. Quería dártelo todo y quería dártelo yo. Quería que las últimas horas fueran como cuando eras pequeño. Solo nosotros dos.

–¿Y luego?

–¿Qué quieres decir?

–Bueno, me desperté del coma. En ningún momento le comunicaste a Cherry que me había recuperado. Y a mí me dijiste que ella me había dejado meses antes.

–Lo sé. Yo...

–¿No pensaste que la echaba de menos? ¿Que podría haberme ayudado mucho en mi recuperación?

Hablaba con la voz impregnada de dolor, y Laura sintió el impulso de abrazarlo, pero ya no era un niño al que pudiera consolar. Y, además, ella era la causante de aquel dolor.

–Daniel, no fue una decisión fácil. Estuve mucho tiempo angustiada, incluso después de que salieses del coma.

–Eso lo empeora aún más. Tenías mi futuro en tus manos, a tu merced.

–No, no lo entiendes...

–Al menos, si hubieras sabido con seguridad que era mala para mí, sería más fácil de entender.

Laura inspiró hondo.

–Escucha, sé que ha sido difícil, y que debería haber sido yo quien te lo dijera, pero... Bueno, esto no te va a resultar fácil de oír...

Daniel se puso rígido.

–¿Qué?

–Ayer Cherry hizo todo lo posible para quitarme de en medio. Llamó a mi secretaria haciéndose pasar por alguien de la ITV, y dijo que tenía que estar en una reunión ayer por la mañana. Mientras tanto, ella fue a casa a soltar la bomba.

Daniel soltó su taza con exasperación.

–Mamá, ella no sabía que yo estaba vivo.

–Te equivocas, sí que lo sabía... Había ido a mi oficina el día anterior.

–Sí, me lo dijo.

Laura se quedó sorprendida.

–¿Te lo ha dicho?

–Dijo que había ido en busca de un adiós definitivo, para poder pasar página. No le habías dicho nada sobre mi entierro, ni dónde podía ir a visitar mi tumba inexistente.

Laura trató de pasar por alto su sarcasmo.

–¿Fue eso todo lo que te dijo?

–¿Qué más tenía que decirme?

–Que me amenazó. Me dijo que sabía que estabas vivo y que como venganza por lo que le había hecho, iba a arrebátarmelo todo.

Él lanzó un resoplido, incrédulo.

–¡¿Qué?!

–Lo siento, Daniel –dijo–. Sé que ella te gusta, pero el hecho es que no te conviene, no es lo suficientemente buena para ti.

–¿«Venganza»? ¿«Arrebátártelo todo»? ¿Cómo va a hacer eso?

–No lo sé.

La miraba de una manera que la hacía sentir incómoda. Su rostro era el vivo reflejo del dolor, junto con algo más que trataba de reprimir. Disgusto.

–Ayer por la mañana fue a casa para traerte algunos objetos de recuerdo –dijo–. Fotos de nuestro viaje a Gales. Pensó que te gustaría.

El corazón le dio un vuelco.

–Es muy inteligente, ¿es que no te das cuenta? Te está manipulando.

Se oyó el timbre del interfono. Daniel descolgó el aparato, escuchó y pulsó el botón para abrir la puerta.

–¿Esperas a alguien? –dijo ella con aprensión.

Creía adivinar a quién.

Su mirada lo confirmó y Laura irguió la espalda.

–¿Qué vas a decirle?

Se oyeron unos golpecitos en la puerta y Daniel fue a abrir. Laura oyó murmullos silenciosos en el pasillo. Unos segundos más tarde, regresó, seguido de Cherry.

–Laura –la saludó tímidamente–. Espero no estar interrumpiendo nada.

Laura la miró. Estaba como siempre, sin ningún rastro en la expresión de su cara de la conversación que habían mantenido ambas.

–Daniel lo sabe todo.

Cherry parecía confundida.

–¿Sobre lo que me dijiste? ¿La mentira?

–No... –empezó a decir acaloradamente antes de recomponerse–. Lo que hiciste. Que te presentaste en mi oficina y me amenazaste.

Cherry miró a Daniel, con los ojos muy abiertos.

–No sé de qué está hablando.

–Oh, vamos...

–Lo siento, Daniel –dijo Cherry con delicadeza–. Sé que ella no me soporta, no quiere que estemos juntos, pero todo esto me resulta muy difícil. Quizá deberíamos replantearnos nuestros planes.

–¿Qué planes? –preguntó Laura mirando a Daniel con ansiedad.

Él guardó silencio por un momento.

–Cherry va a volver a vivir conmigo.

–Que ella ¿qué?

–No, no lo voy a hacer. No puedo con esto. –Molesta, Cherry se volvió para irse–. Mira, cogeré un taxi y me llevaré mis cosas a casa otra vez.

Daniel la agarró del brazo.

–No...

–¿Se va a venir a vivir aquí ahora? No pierdes el tiempo, ¿verdad?

–¡Mamá!

–¿De quién fue la idea? –exigió saber Laura.

–¿Qué?

–De mudarse aquí contigo.

A Daniel se le estaba agotando la paciencia.

–Mía, por supuesto.

–¿Estás seguro? Piensa. ¿Estás seguro de que no fue ella la que te metió esa idea en la cabeza?

–Estoy seguro.

Cherry estaba en el pasillo, arrastrando su bolsa hacia la puerta.

–¡Cherry, espera!

Daniel corrió y puso la mano en la puerta para evitar que la abriera.

Laura inspiró hondo. Habló atropelladamente, en voz baja.

–Daniel, es lo que te he estado diciendo... sobre el dinero. Los billetes de

avión, ¿recuerdas que te hablé de ello? Cuando te dijo que el vuelo a Francia le había costado seiscientas libras cuando en realidad fueron quinientas. Vi el billete.

Lo vio vacilar.

–Daniel, por favor, créeme. Todo lo que te digo es cierto.

Daniel miró a Cherry, cuya expresión de perplejidad parecía muy convincente.

–¿Te refieres al viaje a Francia? –contestó Cherry–. No entiendo... –Pestañeó, con gesto herido, y luego empezó a rebuscar en su maleta–. ¿Crees que traté de estafarle dinero? No, no lo hice... Mira... Estoy segura de que lo tengo aquí en alguna parte... Lo guardé, de recuerdo... Fue nuestro primer viaje juntos... ¡Aquí! –Sacó un trozo de papel arrugado con un gesto triunfal–. Mi billete.

Daniel lo cogió.

–Ese fue el dinero que te pedí, ¿verdad? –continuó Cherry.

Laura frunció el ceño al ver el pedazo de papel en la mano de Daniel. Parecía idéntico, pero la cantidad eran seiscientas libras...

–No puede ser. Ese no es el billete que yo vi...

–Tengo que irme –dijo Cherry con lágrimas en los ojos.

–Aún no. –Daniel se volvió hacia Laura–. Mamá, creo que será mejor que te vayas.

–Pero ¿es que no te das cuenta? Debe de haberlo falsificado, habrá impreso otro o algo así. ¡Está mintiendo!

Él habló en voz baja.

–Mamá, no es Cherry precisamente la que ha dicho mentiras.

Laura apartó la mirada de él cuando empezó a sentir el escozor de las lágrimas; con la cabeza lo más alta posible, salió del piso.

Mientras cruzaba la calle, podía percibir la mirada de Cherry desde la ventana. No se atrevió a levantar la vista; no quería ver cómo se regodeaba con gesto triunfal.

Anocheecía, y la oscuridad sumía la habitación en una penumbra reverencial, pero Laura seguía tumbada en el sofá, incapaz de reunir la energía necesaria para

levantarse y encender la luz. De hecho, le gustaba estar allí tendida, con *Moisés* sobre su estómago, ronroneando rítmicamente, los dos viendo las sombras adueñarse del espacio. Estaba en armonía con su estado de ánimo. Era consciente de que antes había perdido los nervios, pero la actuación de Cherry le había tocado la fibra. Ahora, allí tumbada y reviviendo el momento, le asustaba pensar hasta qué punto Cherry había controlado todo el incidente. Probablemente estuviera disfrutando, regodeándose en la forma en que Daniel se revolvía contra su propia madre. Había intentado llamarlo al regresar a casa, pero le había saltado el buzón de voz. Le había dejado un mensaje pidiéndole que le devolviera la llamada, pero no lo había hecho; no esperaba una respuesta esa noche. De hecho, lo cierto es que no sabía cuándo volvería a tener noticias suyas.

La puerta del ascensor se abrió en el pasillo y *Moisés* irguió las orejas. Howard debía de haber accedido desde el garaje.

Entró en la habitación y encendió la luz. Laura hizo una mueca y se tapó los ojos.

Él se sorprendió al verla.

—¿Qué haces aquí a oscuras?

—Nada. Descansando.

Howard acarició a *Moisés*, que se restregaba contra sus tobillos.

—Hola, amigo. —Levantó la vista—. ¿Dónde está Daniel?

A Laura se le formó un nudo en la boca del estómago. Tendría que decírselo.

—Ha vuelto a su piso.

Howard se incorporó.

—¿Cuándo?

—Ayer.

—¿Y no pensaba despedirse?

—No es tan sencillo.

Él la miró a la espera de más detalles. Bajo presión, Laura se levantó y se refugió en la cocina. Se sirvió una copa de vino.

Howard la siguió.

—¿Qué está pasando?

—Daniel y Cherry vuelven a estar juntos.

Parecía sorprendido.

–¿Qué...? ¿Después de la manera en que lo dejó?

–Ella no lo dejó. Yo le dije... –Hubo una larga pausa.

–¿Sí...?

–Cuando pensábamos que no iba a sobrevivir al coma... Le dije a Cherry que había muerto.

Howard la miró pasmado y luego se echó a reír, con una carcajada salvaje de incredulidad. La risa se le secó en la garganta.

–No bromeas, ¿verdad?

–Ella no lo quería, estoy segura... Sé que solo lo quiere por su dinero.

Howard se pasó la mano por el pelo, haciendo que se le levantara.

–Oh, Dios mío...

Laura rellenó su copa de vino.

–¿Quieres un poco? –le ofreció señalando la botella.

Tratando aún de recuperarse de la impresión, Howard negó con la cabeza.

–¿Qué pasó cuando se despertó del coma? ¿No pensaste en decirle la verdad a nuestro hijo?

–Oh, Howard, ¿cómo podía hacerlo? –contestó frustrada por su falta de comprensión–. Y ahora se ha enterado por Cherry, que lo ha manipulado para volver a meterse en su vida.

–¿Cherry lo ha manipulado?

–Es una chica muy lista y muy decidida.

Howard alcanzó la botella y un vaso.

–Creo que me tomaré esa copa de vino.

Él la miró y Laura deseó que no pusiera aquella cara de superioridad moral, juzgándola.

–Así que cuando Daniel se ha enterado, ha sentido la necesidad de volver a su apartamento, y a juzgar por tu estado de ánimo no está muy contento contigo –señaló Howard.

–Él no ve cómo es ella realmente.

–Creo que eres tú la que no ve.

–Pero ella es...

–No me refiero a ella, sino a ti. Mírate. Mira lo que has hecho. –Sacudió la cabeza–. ¿Cómo demonios creíste que te saldrías con la tuya?

–Lo has olvidado. En aquel momento, creíamos que... Los médicos nos

dijeron que se estaba muriendo. Yo solo necesitaba esos últimos días. Como madre, dadas las circunstancias, no creo que sea demasiado difícil justificarlo, ¿no?

–«Como madre...» Es un hombre adulto, Laura. Ya no tienes que pensar qué es lo mejor para él. ¿Cómo crees que se sintió cuando se despertó y tú, Dios, y yo también, le dijiste que Cherry lo había dejado? Yo, consolándolo con una sarta de tonterías diciéndole que ella no merecía la pena si no estaba a su lado en un momento así. –Visiblemente enfadado, dejó su copa de golpe sobre la mesa–. ¿Cree Daniel que yo también estaba metido en esto?

–No lo sé.

–Bueno, pues será mejor que le digas que no, joder. No, no, se lo diré yo. –Suspiró pesadamente–. Cherry es una buena chica. ¿Se puede saber qué es lo que tienes exactamente contra ella?

Laura le lanzó una mirada de exasperación.

–Ya te lo he dicho. Va detrás de su dinero, de su futuro, creyendo que puede aferrarse a él y conseguirse otra vida.

–¿Y tú cómo sabes eso?

–Por pequeños detalles. Ha mentido sobre algunas cosas. Dinero. Se inventó una excusa para que le dieran días libres para ir a Francia. Pero es más que eso. Es... no sé... un presentimiento...

–¿Qué, el instinto maternal?

–No lo descartes –dijo bruscamente, dolida.

–Te estás engañando. Deja a Daniel. Déjalo ir. –La miró desde una nueva distancia, como si no la conociera–. Olvídate ya de buscar excusas para tu comportamiento obsesivo. Tú lo has alejado de ti, tú y solo tú, y es a ti misma a quien debes echar la culpa.

Negó con la cabeza mientras la miraba, como asolado por una enorme tristeza, y luego se fue de la habitación.

Laura lo oyó subir las escaleras y, al cabo de un rato, los pasos se desvanecieron. Se sentó y, al servirse un poco más de vino, descubrió que le temblaba la mano. No le había mencionado las amenazas de Cherry, pero tenía la sensación de que Howard habría creído que, simplemente, estaba siendo melodramática, o ¿qué era lo que le había dicho? Que se engañaba.



# CUARENTA Y DOS

*Viernes, 2 de octubre*

Dos semanas después seguía sin tener noticias de Daniel. Por fuera, aparentaba equilibrio y racionalidad, se comportaba como si no pasara nada. Sin embargo, por dentro la consumía la ansiedad. No tenía a nadie con quien poder hablar. Howard y ella estaban más distanciados que nunca y ni siquiera coincidían ya para compartir alguna que otra cena juntos. Él le enviaba un mensaje de texto diciéndole que tenía una reunión y que saldría tarde del trabajo y ella acababa cenando sola en la cocina. Comer sola pronto perdió todo su atractivo y se acostumbró a no cocinar, a veces ni siquiera se molestaba en comer. Había perdido varios kilos. Al mirarse la cara en el espejo del tocador, se vio las mejillas más hundidas. Sin embargo, en realidad no eran sus mejillas lo que le daban un aspecto distinto, sino la falta de brillo en los ojos. Apartó la mirada rápidamente. Esa noche tal vez lograría distraerse un poco.

Tenía previsto asistir a una cena en casa de Isabella. Al parecer había invitado a un grupo de amigos, y luego le había preguntado si Howard se iba a quedar trabajando, en lugar de preguntar si podía ir. Laura no había insistido para que lo invitara a él también, porque sabía que no iría de todos modos, teniendo en cuenta cómo estaban las cosas entre ellos. Laura no estaba de humor para fiestas y conversación, pero era mejor que quedarse en casa.

Esperaba que Isabella estuviera demasiado ocupada para preguntar por Daniel. No le había dicho que se había ido de casa, y no quería verse involucrada

en una situación incómoda inventándose una excusa para no explicarle lo de la mentira. No, el plan era salir, cambiar de ambiente, ver a algunos viejos amigos y regresar a casa temprano. También evitaría beber demasiado, no quería caer en la desesperación ni ponerse sentimental y acabar hablando más de la cuenta. Prefería no pensar siquiera en aquello; era una especie de secreto vergonzoso, un monstruo enorme y sucio que se encaramaba en su hombro y le pinchaba en la nuca de vez en cuando, solo para recordarle que estaba allí.

Se estaba pintando los labios con mano experta cuando oyó el ruido de la puerta del ascensor. Howard estaba en casa. Se puso nerviosa de inmediato. Cerró el pintalabios y lo guardó. Luego salió de su habitación. Se alegraba de que hubiera vuelto a casa temprano, porque había algo que quería preguntarle, que llevaba queriendo preguntarle desde hacía tiempo.

Se dirigió a la sala de estar, donde Howard, todavía con su traje del trabajo, se estaba sirviendo un whisky.

–¿Has tenido un buen día? –lo saludó con una forzada actitud risueña.

Él se volvió y vio con sorpresa que Laura se había acicalado, pero no hizo ningún comentario.

–Sí. ¿Y tú?

Laura no pensaba decirle que había intentado llamar a Daniel por tercera vez desde que la echó de su casa y que, por tercera vez, le había saltado el buzón de voz. No le dejó ningún mensaje, pues no veía qué más podía añadir a los dos anteriores, pero la falta de comunicación la estaba martirizando y de alguna manera tenía que abordar el tema.

–Sí, he tenido un día genial, gracias. ¿Vas a hacer algo esta noche?

–No, la verdad es que no. Ha sido una semana larga.

–Dicen que va a hacer buen fin de semana. ¿Tienes algo planeado? ¿Vas a ver a Daniel?

Había sido un comentario poco sutil, desde luego, pero Laura siguió mirándolo sin despojarse de su sonrisa.

–No tengo planes de verlo –contestó él despacio.

Laura cogió fuerzas y abandonó la fachada de despreocupación. Hacía días que se hacía esa pregunta, y necesitaba saberlo.

–¿Se ha puesto en contacto contigo? Ya sabes... ¿desde que se fue de aquí?

Howard tomó un sorbo de su bebida.

–Sí.

Aquello fue un jarro de agua fría para ella, a pesar de que era la respuesta que esperaba obtener.

–¿Está bien?

–Deduzco que no has hablado con él.

Laura no sintió la necesidad de responder.

Howard parecía sentirse incómodo.

–Daniel está bien. Muy ocupado con el trabajo. No tiene mucho tiempo libre, ya sabes cómo es la vida de los médicos residentes.

Saber que le había mentado para ahorrarle el sufrimiento lo empeoraba más aún: si Daniel había tenido tiempo para hablar con su padre, entonces tenía tiempo para hablar con ella.

–¿Se ha ido Cherry a vivir con él? –Su voz sonaba tensa, extraña.

Él la miró.

–¿Quieres que te responda a eso?

Laura respiró profundamente y miró alrededor de la sala sin verla realmente.

–Déjalo, Laura.

Dolida, lo miró fijamente. No quería discutir otra vez.

–Está bien, sí, será mejor que me vaya.

–¿Vas a algún sitio en especial?

–No, a casa de Isabella.

–Bueno, procura pasarlo bien.

Estaba a punto de sugerirle que la acompañase, puesto que había vuelto a casa antes de lo habitual, pero Howard ya se había dado media vuelta y se estaba preparando otra copa. Laura asintió a su espalda y se dirigió al vestíbulo, se puso los zapatos y se fue.

Fue la última en llegar. Isabella había contratado a una empresa de *catering* cuyos empleados también hacían de recepcionistas, y una joven de pelo oscuro y sedoso que le recordó a Cherry se ocupó de su abrigo. La condujeron al salón principal, que bullía con las animadas charlas y el buen humor general, y Laura reconoció a la mayoría de los invitados: Diane y su esposo, Phillip, que también asistieron a la barbacoa el año anterior, al igual que Sally y Edward. Recordó a

un par de personas de la fiesta de Navidad, pero no había visto a nadie más desde entonces, pues no había tenido mucha vida social en los últimos meses. Nadie reparó en ella. Se quedó junto a la puerta, en la periferia, incapaz de sumarse al grueso de la fiesta.

Se sentía fuera de lugar; temía que si se decidía a sumarse a alguna de las conversaciones, sus interlocutores le respondiesen con miradas frías. Había mentido, había dicho que su hijo estaba muerto. Laura no se hacía ilusiones con respecto a lo que pensaría aquella gente de ella si se enteraban. Se sumirían en un estado de *shock* y en un silencio horrorizado colectivo. Aunque supieran la verdad sobre Cherry, aquello no bastaría para justificar sus actos. Había dicho lo indecible y permitido que afectara profundamente a la vida de otras personas. Todos ellos querrían alejarse de semejante mezquindad. La juzgarían, murmurarían, algunos tal vez incluso disfrutarían con el revuelo, con aquella diversión sutil a su costa.

Ya empezaba a arrepentirse de haber ido y pensaba darse media vuelta e irse a casa cuando Isabella la vio. La saludó con entusiasmo y se dirigió hacia ella.

–Querida, casi llegas tarde. Espero que no sea porque has estado trabajando demasiado. –No esperó una respuesta, sino que la besó en la mejilla y le hizo una señal a la camarera para que trajera un poco de champán, al mismo tiempo que le tendía su propia copa para que se la rellenara–. Ven a conocer a mi nuevo amigo, Andrew. Estás fantástica, por cierto, ese gris plateado le sienta de maravilla a tus ojos.

Isabella arrastró a Laura en dirección a su marido, Richard, quien estaba hablando con un hombre enérgico y enjuto, con el pelo canoso y un rostro bronceado y curtido por el sol.

–Andrew, déjame presentarte a mi gran amiga Laura.

–Hola, Laura.

Le tendió la mano con efusividad y ella se la estrechó ante la mirada atenta de Isabella.

–Laura es productora de televisión y Andrew dirige una empresa de exportación. Ah, ya estamos listos –dijo al oír que sonaba un gong en el comedor, y Laura descubrió que se sentaba al lado de Andrew.

Al mirar alrededor de la mesa, se dio cuenta de que eran las únicas dos personas en la habitación que habían llegado solas. Un destello de sospecha

cruzó por su mente y luego se hizo evidente durante el primer plato.

–Y bien, ¿qué haces en tu tiempo libre? –le preguntó Andrew.

Laura sonrió.

–Son preguntas como esa las que siempre me recuerdan que necesito más tiempo libre.

–Sé a qué te refieres. Dirigir un negocio es un monstruo que se come todas las horas del día.

–¿Así que no tienes mucho tiempo para otras cosas?

–Intento mantenerme en forma.

–¿Qué deporte practicas?

–Triatlones, sobre todo. Me he marcado como objetivo competir dos veces al año.

Laura siguió sonriendo, pero por dentro se sentía tremendamente incómoda. Le había dicho expresamente a Isabella que no intentara «juntarla» con nadie. Era como llevar otro peso sobre los hombros, tener que mostrarse amable y simpática con un hombre en el que no tenía ningún interés, al menos no románticamente. ¿Qué le habrían dicho a él? Dios, era tan embarazoso... De repente, se enfadó, cosa que la hizo sentirse agotada, lo que a su vez la enfureció aún más. Sobrellevó la velada lo mejor que pudo. Se preguntó más de una vez qué estaría haciendo Daniel. ¿Cuándo iba a tener noticias suyas? Los interrogantes daban vueltas en su cabeza, atormentándola mientras respondía preguntas de cortesía sobre la diferencia entre un director y un productor. Anunció que se iba en cuanto le pareció una hora razonable. Andrew se despidió fríamente y ella sintió una punzada de culpabilidad: sabía que no había mostrado ningún interés por su compañero de mesa. «Maldita Isabella por ser tan entrometida...» Su amiga se acercó a ella entonces y se ofreció a acompañarla hasta la puerta.

–Desearía que no tuvieras que irte tan pronto. –Isabella la miró y advirtió su actitud tensa–. ¿Te encuentras bien, querida? ¿No estarás incubando algo?

–No, Isabella, estoy bien.

–¿Qué pasa, entonces?

–Pues que o bien crees que soy una cualquiera o das mi matrimonio por muerto, y ninguna de esas dos posibilidades es especialmente agradable viniendo, digamos, de una supuesta amiga.

Eran palabras duras, demasiado duras, pero ya las había dicho. Laura se sintió inmediatamente culpable cuando vio la expresión de sorpresa en la cara de Isabella, pero el caso es que no sabía, o no quería, rectificar.

Salió a la calle y se subió al taxi que había solicitado. Su estado de ánimo no mejoró durante el trayecto a casa, y cuando llegó, descubrió que Howard no estaba. Se dirigió al piso de arriba, y al no ver luz debajo de su puerta, llamó con aire vacilante y luego la abrió con sigilo. Su habitación y su cama estaban vacías. Tampoco estaba en el estudio, y con un sentimiento de desazón, dedujo que debía de haber ido a casa de Marianne. Sintió un arrebató de ira; debería haber sido más simpática con Andrew, después de todo. Aunque ahora él ya no tendría ningún interés. ¿Por qué era capaz de quemar puentes de esa manera últimamente?

Fue a la cocina y se sirvió una copa de vino. No era aquello lo que había previsto para su vida: a pesar de su acalorado discurso delante de Isabella su matrimonio era una farsa, y su único hijo no quería saber nada de ella. De repente sintió una oleada de soledad tan intensa que la dejó sin aliento. ¿Y si los perdía a los dos? La tristeza que la invadió era tan descarnada que se levantó de la mesa de la cocina.

Dejó la copa de vino, subió las escaleras precipitadamente, tropezando con un escalón a medio camino, y luego entró corriendo a su habitación. Se sentó ante su escritorio. Tenía que hacer algo. No podía dejar que Daniel desapareciera de su vida así, sin más, sin saber cómo se sentía ella, dejando que aquella chica lo tergiversara todo. Había una foto encima el escritorio, una foto en blanco y negro de ella y Daniel cuando era un bebé. Levantó la vista para mirarla y vio su mirada de arrobó y adoración mientras lo sostenía sobre su cabeza. Sintió un nudo en la garganta. Se había volcado tantísimo en él, había puesto tanto de sí misma... Él era su máxima alegría, un ser al que había creado, en todos los sentidos de la palabra, su inversión, su niño. Ella le había enseñado a escribir su nombre, a atrapar una pelota, a montar en bicicleta. Lo había animado a debatir, a formarse una opinión, a abrir su mente. Le había enseñado a cocinar y cómo tratar a las mujeres. Si no la dejaba entrar en el apartamento y no respondía a sus llamadas, tendría que intentar otra cosa. Un mensaje de correo electrónico era

arriesgado: Cherry usaba el ordenador de Daniel. Y no podía enviarle una carta por correo ordinario, porque había muchas posibilidades de que ella la interceptase. La única opción era dársela al portero con instrucciones estrictas de entregársela a Daniel en persona. Cogió un bolígrafo y se puso a escribir.

# CUARENTA Y TRES

*Viernes, 2 de octubre*

Era su primer día libre en lo que parecían semanas, sin turno en el hospital o sin tener que estudiar. Daniel sintió el impulso de escapar, así que se levantaron temprano y se fueron a Cambridge. Cherry nunca había estado allí y dijo que quería ver dónde había vivido y estudiado todos esos años. Pasearon por King's Parade y Trinity Street, y los imponentes edificios de la universidad los observaban vigilantes como directores severos pero afectuosos. Él señaló la ventana del que había sido su dormitorio y adónde iba a comprar sándwiches de beicon un domingo por la mañana después de una noche de juerga particularmente movida.

Ella lo oyó lanzar exclamaciones y reír mientras revivía aquellos recuerdos, pero no eran testimonios nostálgicos, cosa que a Cherry la satisfizo. No le gustaba no saber nada de una parte tan importante de su vida y no quería que él echara de menos esa etapa y a las chicas que podrían haber formado parte de ella. Después de ver los escenarios de su época universitaria, decidieron sumarse a los turistas.

Ya puestos, se comportaron como tales y alquilaron una barca en el río. Daniel vio como Cherry se recostaba en ella, con los ojos cerrados para protegerse de un sol inesperadamente cálido, con el verano dando sus últimos coletazos antes de que el otoño se adueñara por completo del paisaje.

Como de costumbre, sintió un aleteo en el estómago al mirarla. Era



increíblemente guapa. Las pestañas largas y oscuras le resaltaban los ojos como dos sonrisas traviesas, y la luz del sol le bañaba el hueco de la clavícula de una forma tan sugerente que le daban ganas de hundir los dedos en su calidez. No era solo que se sintiese extremadamente atraído por ella; Daniel podría pasar horas enteras con ella sin aburrirse. Era inteligente y, a veces, se preguntaba por qué se había conformado con un trabajo que a su juicio era muy inferior a sus capacidades, pero había respetado su elección y, de todos modos, ya no trabajaba allí.

Aquella idea reciente e incómoda volvió a asaltarle: Cherry parecía no hacer nada, y tampoco mostraba ningún interés por hacer algo. Se le ensombreció el gesto. No habría pensado así si su madre no se hubiera mostrado tan insistente sobre las motivaciones de Cherry para estar con él. Se equivocaba: el amor de Cherry era auténtico, pero, aun así, Daniel no podía evitar experimentar una molesta sensación. ¿Por qué estaba su madre tan convencida?

Todavía no le había devuelto los mensajes porque no sabía qué decirle. Estaba cansado de intentar contenerse ante las innumerables acusaciones sobre cómo era su novia. Estaba cansado de tener que defenderla. Para ser sincero, estaba harto, hasta las narices de aquella situación y solo quería seguir adelante con su vida. No podía ignorar a su madre para siempre, pero sabía que en cuanto la llamara, ella volvería a sacar el tema. Y luego estaba esa sensación molesta e incómoda, aquel detalle que no conseguía pasar por alto del todo. Cada día era más consciente de que, desde que Cherry se había ido a vivir con él, no había vuelto a buscar trabajo.

—¿En qué piensas?

Cherry tenía un ojo abierto y lo estaba mirando.

Él sonrió.

—En nada. Que espero que no llueva.

Cherry miró hacia arriba, al cielo, y vio unos jirones de gasa blanca sobre un azul violáceo.

—No creo que llueva.

Levantó la mano y acarició la cascada de hojas de un sauce llorón que se deslizaba corriente abajo.

—Está muy bien salir de Londres.

—¿Mañana vuelves al hospital?

–Sí. –Daniel se apartó de un manotazo un par de mosquitos que se le habían acercado demasiado a la cara—. ¿Tú qué vas a hacer?

–Sábado... Pensaba holgazanear. Ver una película.

–¿Y después de eso? Quiero decir, ¿el resto de la semana?

Pretendía hablar en un tono desenfadado, pero vio que Cherry se ponía tensa.

–¿Qué quieres decir?

Empujó el remo contra el lecho del río.

–Imagino que debe de ser muy aburrido para ti estar todo el día encerrada en el apartamento.

–No estoy encerrada todo el día, salgo.

–Sí, pero tú siempre habías tenido, tienes, ambiciones. Cuando estabas en la inmobiliaria... –Él le sonrió.

Se quedó callada un momento.

–¿Crees que me estoy aprovechando de ti?

–¡No!

–Ahora mismo, sinceramente, no estoy en disposición de pagarte un alquiler. Ya lo sabes.

–No quiero que...

–Ni tampoco las facturas.

–Lo sé, y no pasa nada...

–Pero sí ayudo con las compras del supermercado.

Cherry lo miró, a la defensiva, con una expresión dolida en los ojos.

Daniel se sentía incómodo. No le apetecía nada aquella disección de su vida doméstica y empezaba a arrepentirse de haber sacado el tema.

–Pero eso cambiará. A partir del mes que viene.

Parecía decidida, pero la expresión de su rostro era de resignación. Daniel no tenía ni idea de a qué se refería.

–Me han ofrecido un trabajo –explicó.

Él dejó de remar y la miró entusiasmado.

–¡Guau! ¿En serio? ¿Qué es? ¿Por qué no habías dicho nada?

–Porque no es nada del otro mundo. Como ayudante, no agente, y no pagan mucho. Mi intención era seguir buscando, pero...

–Pues no lo aceptes.

Ella lo miró con silenciosa exasperación.

–Creo que, teniendo en cuenta la conversación que estamos teniendo debería hacerlo.

–No, por favor. No hay prisa. Es que pensaba que... Eres lista, obviamente, quieres hacer algo con tu vida, y debe de ser tan frustrante estar todo el día... cuando no estás fuera, quiero decir.

Era consciente de que no quería mencionar el hecho de que se estaba aprovechando al vivir en su apartamento.

Cherry se sentó y lo cogió de las manos.

–Realmente creo que debería aceptarlo. Al menos como solución provisional. Tengo otra idea... No pensaba decírtelo todavía, no hasta que lo tuviera todo organizado, pero he estado pensando en la posibilidad de abrir una empresa. Pero hasta entonces, si acepto este trabajo, podría pagarte mil libras al mes. Sé que no es mucho...

Él le puso un dedo en los labios, avergonzado por haberla presionado... pero también, porque, técnicamente, él tampoco pagaba por su apartamento, sino que se lo había comprado su padre. Y ahí estaba ella, ofreciéndole lo que sería la mitad, o incluso más de la mitad, de su sueldo en un trabajo para el que era demasiado brillante y que no quería aceptar.

–No quiero oír ni una palabra más. Pero vamos a lo que me interesa, ¿qué es lo de esa empresa?

Cherry hizo una pausa.

–¿Estás seguro?

–Sí. Vamos, desembucha.

–Bueno, aún es pronto, pero con mis conocimientos sobre el mundo inmobiliario... Creo que aún se puede ganar dinero con las reformas.

–Invertiré en ti.

–¿De verdad?

–Por supuesto.

Ella sonrió educadamente. Daniel se puso a remar de nuevo. Se instaló un silencio entre ellos.

Él se vio obligado a romper el hielo.

–¿En qué estás pensando?

–¿Qué pasa si...? Ya sabes, ¿si el asunto del dinero se interpone entre nosotros?

–¿Por qué iba a interponerse? Está bien, está bien, sé que acaba de hacerlo, pero ahora sabemos que podemos hablarlo.

Él la miró y supo en qué estaba pensando.

–Pero no es solo sobre nosotros, ¿verdad? Tu madre cree que esa es la razón por la que estoy contigo.

–Eso no tiene nada que ver con nosotros.

–Sí que tiene que ver. Yo nunca seré tan rica como tú. Siempre seremos diferentes. Siempre acabarás pagando más que yo si seguimos viviendo con tu estilo de vida. A veces cuesta un poco seguir el ritmo, hacer que no me importe. Yo también tengo mi orgullo, ¿sabes?

Molesta, Cherry miró hacia la orilla.

Daniel dejó de remar y se acercó a ella.

–No pasa nada...

–Ojalá pudiera comprarme esto, comprar lo otro, pero no puedo. Así son las cosas. Si te molesta, debes decirlo.

–Lo siento, Cherry.

Se volvió hacia él y le dedicó una pequeña sonrisa. Dejó que la cogiera de las manos.

–Por supuesto, siempre podríamos mudarnos a Croydon.

Él se rio.

–A mí no me importaría.

Ella hizo una mueca de disgusto.

–Pero a mí sí.

Y él se rio de nuevo.

–Me da miedo lo que pueda hacer tu madre –añadió en voz baja–, me da miedo perderte.

Parecía tan frágil... como si estuviera al borde de la derrota, y Daniel sintió un súbito impulso de luchar por ella. Además de miedo. Se dio cuenta de que había dejado entrar algo tóxico en un espacio que era exclusivamente suyo, en el espacio de los dos, en su amor, y se enfadó consigo mismo por dejarse influir de ese modo por las palabras de su madre. Nunca había sido tan feliz, y si no iba con cuidado, alejaría a Cherry de él. Entonces supo que no podría seguir soportando meses y meses la desaprobación constante de su madre, sus argumentos disuasorios. Era como arrancarse una muela: cuanto más pensaba en

ello, más difícil parecía. Era mejor cortar por lo sano. Tirar con fuerza y arrancar la muela de golpe.

–Cásate conmigo.

Su expresión de asombro lo hizo reír. Entonces, en un ataque de pánico, se dio cuenta de que podía decirle que no. Se puso de rodillas, mientras la barca se balanceaba peligrosamente, y le cogió la mano mientras ella soltaba una risita y gritaba:

–¡Vas a hacer que nos caigamos al agua!

–¿Te casarás conmigo?

Ella se rio de nuevo y una expresión de felicidad le iluminó el rostro.

–¡Sí!

# CUARENTA Y CUATRO

*Sábado, 3 de octubre*

Movía lentamente la mano hacia delante y hacia atrás, hipnotizada por los colores que destellaban ante ella antes de desaparecer y ser reemplazados por otros, aún más brillantes. La tenía maravillada, y supo que nunca se aburriría de mirarlo. Habían ido a comprarlo de inmediato, porque Daniel decía que quería hacerlo oficial, pedírselo como es debido, y se disculpó por no estar mejor preparado.

Al principio, Cherry se había quedado tan perpleja que no se lo había creído del todo. Se dejó arrastrar a una joyería pequeña y exclusiva a solo cinco minutos del río, donde él la presentó como «mi prometida». Los dependientes se habían entusiasmado con aquella proposición tan «romántica», y les preguntaron si tenían alguna preferencia por algún tipo de piedra preciosa en particular. Eso hizo que Cherry aguzara el oído y tomara nota; tenía que ejercer alguna influencia si quería conseguir lo que pretendía.

De hecho, ella sabía perfectamente lo que quería –un diamante, por supuesto, un único diamante–, pero ahora tenía la oportunidad de fantasear con un arcoíris de joyas, algunas de las cuales aparecerían más adelante en su vida bajo distintas formas. Un regalo de cumpleaños, por su primer hijo tal vez, un anillo de aniversario... Primero se probó un zafiro, rodeado de diamantes más pequeños, luego una aguamarina, que era del color del mar Caribe, y luego un rubí rojo sangre antes de advertir una sensación de desasosiego en Daniel, además de que

era evidente que el dependiente también estaba empezando a perder interés. Así que eligió el que había visto diez minutos antes: un diamante de corte cuadrado de dos quilates sobre una banda de platino.

Salió de la tienda con el anillo puesto, y mientras caminaba con la mano derecha sujetando la de Daniel, se frotaba con el pulgar la parte inferior del anillo, sonriendo y sintiendo en su tacto frío una especie de reconocimiento privado de que iban a ser amigos de por vida.

Cuando Daniel se fue al trabajo al día siguiente, Cherry se probó el anillo en cada habitación del piso, observando cómo se veía bajo determinada luz y en contraste con determinadas telas, y luego con toda clase de ropa y conjuntos. Probó cómo le quedaba cuando vertía un poco de agua de la tetera, cuando estaba hablando por teléfono, cuando levantaba la mano en alto, cuando escribía en un teclado... Se entusiasmaba con cada nuevo escenario. Se echó las cortinas de marfil de la sala de estar alrededor de la cintura y se puso a dar vueltas, con el corazón henchido de felicidad. ¡Lo había conseguido! Iba a casarse con alguien que la sacaría de su antigua vida para siempre. Nunca tendría que preocuparse por las dificultades, por el dinero o por la monotonía de un trabajo aburrido y sin porvenir, como había tenido que soportar su madre. Ella valía más que eso y podía llevar la cabeza bien alta.

«A la mierda Nicolas y su filosofía elitista y esnob.» Tal vez hasta se comprarían una casa en Webb Estate. Solo de imaginarse viviendo en la casa de al lado... Que Nicolas y la estúpida de su mujer salieran un día y se la encontrasen a ella... Cherry estuvo regodeándose durante un buen rato con aquella fantasía, imaginándose sus caras; luego empezó a impacientarse y miró por la ventana. Quería salir a compartir con alguien la buena noticia. Llevar el anillo de visita. Se vio conduciendo hacia Croydon y se le ocurrió sorprender a su madre. Iría a verla y esperaría a ver cuánto tardaba en darse cuenta.

Wendy estaba tan poco acostumbrada a las visitas inesperadas, que al verla se convenció de que pasaba algo malo. Al final, Cherry tuvo que mostrarle el anillo solo para que se callara, lo cual le arruinó su plan de esperar a ver cuánto tardaba en fijarse en el pedrusco de diez mil libras que llevaba en el dedo.

—¡Dios mío! —exclamó Wendy agarrándole la mano—. ¿Es de verdad?

—Pues claro que es de verdad...

—¿Estás...? —La cara de Wendy se iluminó y Cherry sonrió y trató de

esquivar el beso que siguió a continuación—. ¡Enhorabuena! –Wendy se tapó la boca con la mano y los ojos le brillaron con unas amenazadoras lágrimas de felicidad—. Pensar que mi niña va a casarse... Oh, Cherry... ¡Vas a casarte con Daniel! Es tan encantador... La verdad, me gustó mucho. Ah, es como un cuento de hadas... Como lo de Catherine y William... Tendré que ir a un lugar un poco más sofisticado para comprarme el vestido, a la tienda de Designers at Debenhams o alguna parecida...

Mientras Cherry conducía de vuelta a casa, pasó por delante de viejos lugares de su pasado que le causaban vergüenza o temor. El restaurante donde había trabajado, la escuela... Ya no significaban nada para ella. Era una persona distinta, mejor, y nunca podría volver a sentirse amenazada por ellos. Al escapar de su dominio, sintió una nueva sensación de libertad que le resultaba muy estimulante.

Regresó justo antes de las dos, aún en una nube de felicidad. Al pasar frente a la garita del portero, él la llamó:

–¿Hoy vienes sola?

–Sí. Daniel está trabajando.

Ian se levantó del escritorio y desapareció en la habitación de atrás, exclamando algo por encima del hombro:

–Eso explica esto, entonces...

Cherry se preguntó distraídamente qué habría ido a buscar cuando se fijó en un sobre metido en el pequeño casillero que estaba reservado para el correo certificado que el portero firmaba en nombre de los residentes. Era una carta manuscrita e iba dirigida a Daniel. Estaba a punto de decirle si quería que ella misma se la llevara cuando reconoció la letra. Era de Laura. Sin pensarlo, la cogió y se la metió en el bolso justo cuando Ian salía con un enorme ramo de flores.

–A menos que tengas otro admirador.

–¡Son preciosas! –Leyó la tarjeta que había dentro del ramo–: «Para mi prometida, el primer día de nuestro compromiso».

–Pues sí, ese anillo casi me deja ciego... –bromeó el portero, protegiéndose los ojos del dedo de Cherry.



Una vez de vuelta en el apartamento, Cherry se sentó en el sofá color limón y sacó la carta. La palpó un momento entre los dedos, pensando. Seguramente no era más que una súplica, llena de imploraciones patéticas; aunque también podía contener más veneno hacia ella, y no podía permitirse el lujo de que algo enturbiase su compromiso. Ella ya había mencionado que quería casarse en invierno y estaba planeando una boda para enero; si de ella dependía, cuanto antes mejor. Todavía tenía que lidiar con el obstáculo de Laura, y a pesar de todas las afirmaciones de Daniel de que era él quien tomaba las decisiones acerca de su vida, Cherry estaba un poco preocupada. Laura tendría que sacar las narices de sus asuntos de una vez por todas, y eso incluía las cartas a Daniel empañando su nombre.

La abrió y leyó rápidamente:

Daniel:

Siento que no me devuelvas las llamadas, y sé que eso se debe en parte a que no quieres escuchar lo que te vengo diciendo continuamente. Sin embargo, no puedo quedarme de brazos cruzados cuando sé que algo va mal, muy mal. También sé que quieres a Cherry y es difícil oír cosas negativas de la persona a la que amas, pero lo único que te pido es que reflexiones sobre todo lo que te he dicho. Investígalo. Créeme cuando te digo que no exageraría los hechos para destruir vuestra relación simplemente porque no la apruebo. Esta es una situación mucho más grave de lo que crees. Tal vez podrías hacer algunas sencillas averiguaciones, de forma discreta. ¿Recuerdas cuando le dijo a su jefe que su abuela había muerto? Eso es exactamente lo que me dijeron y, sin embargo, ella no nos dijo nada en absoluto. ¿Por qué? ¿No era verdad? O tal vez haya algo más, algo sobre su pasado que puedas investigar. ¿Te ha hablado alguna vez sobre alguno de sus exnovios? ¿Quiénes fueron? ¿Por qué terminó la relación?

Si descubres que mis temores son infundados, dímelo y no insistiré más, pero inténtalo. No me importa lo que ella me haga mientras tú lo intentes, y en cierto modo, hasta querría que ella hiciera algo, solo para que te dieras cuenta. No hace falta que te diga que te echo mucho de menos y que quiero, más que nada en el mundo, que volvamos a hablarnos.

Te quiere,

MAMÁ

Cherry dejó la carta en su regazo y supo de inmediato que Daniel no debía verla. Se perdería, extraviada por Ian. Cabía la posibilidad de que este se lo mencionara a Daniel, incluso podría decirle que era de Laura, pero como su hijo no hablaba con ella, probablemente no se molestaría en averiguar qué contenía. De pronto, se levantó. Laura aún no estaba informada del compromiso, pero Cherry sabía que Daniel tendría que decírselo. Su madre no tendría más remedio que hacer lo que cualquier futura suegra haría cuando su hijo se casaba: reconocer su nuevo sitio en la vida de Daniel, menos relevante, y, sobre todo,

mantener la boca cerrada. Laura necesitaba saber con quién estaba tratando y qué era lo mejor para ella. Cherry arrugó la carta y se la metió en el bolsillo.

Esperó hasta el lunes, porque había más posibilidades de que Howard no estuviera en el club de golf. Daniel había mencionado de cuál era miembro, y mientras atravesaba con el coche las puertas del Royal Surrey Golf Club, vio que era tan exclusivo como parecía en internet. Haciendo crujir el suelo de gravilla con los neumáticos, desfiló despacio por delante de la recepción, con su fachada de ladrillo recubierta de hiedra, y se dirigió al aparcamiento.

Detuvo el coche en un rincón tranquilo sin nadie alrededor, pero desde donde podía ver la recepción. Salió y echó a andar hacia la entrada. Empujó las inmensas puertas dobles y entró. Olía a cera de abeja y a dinero, y la moqueta era gruesa y mullida. Mientras caminaba, se fijó en los tabloncillos de madera colgados en las paredes con los nombres de los ganadores de los torneos. Se detuvo y leyó sus letras doradas, filas enteras de nombres que se remontaban a 1875. Luego vio su nombre: «Howard Cavendish, 2015, ganador de la Liga de Invierno». Su pareja de golf era una tal señora Marianne Parker. También habían ganado en 2014, 2012 y 2011. «Caramba, vaya par», pensó. Luego desaparecían durante un tiempo, pero los vio aparecer nuevamente en 1995. Era un paréntesis muy largo y Cherry se preguntó qué habría sucedido; tal vez no estaban en forma en esa época. También había una fotografía de los ganadores más recientes, y la mirada de Cherry se vio atraída por una de Howard con Marianne. La examinó con atención, buscando algo de interés. Él tenía el brazo alrededor de los hombros bastante anchos de ella, y ambos sonreían a la cámara.

—¿Puedo ayudarla?

Un hombre de mediana edad, vestido con un *blazer* y pantalones claros, se había detenido a su lado.

Era la clase de individuo que lo sabía todo sobre su club de golf, un hombre que tendría una opinión muy categórica sobre quién debía ser miembro y las normas de etiqueta que lo acompañaban. Se alegraba de haberse puesto uno de los trajes de cuando trabajaba en la inmobiliaria y le dedicó una sonrisa irresistible.

—¿Es usted el secretario del club?

–Sí –dijo él con aire expectante, a todas luces esperando que ella se presentara.

–Me preguntaba si podría darme alguna información sobre cómo hacerse miembro, un folleto o algo parecido.

Los celos del hombre disminuyeron un poco y le dio un folleto a todo color, y a continuación Cherry tuvo que escuchar una parrafada publicitaria. Después de algunas sonrisas y cumplidos sobre el buen estado de los campos, logró huir de él. Regresó al coche y se sentó en el interior preguntándose qué hacer. Howard pasaba mucho tiempo allí, lo sabía, y quería descubrir por qué. Abrió el folleto y marcó el número impreso en la cubierta interior, alterando la voz.

–Buenas tardes. Había quedado hoy con una amiga mía, Marianne Parker, pero he olvidado a qué hora y no la localizo. ¿Podría decirme qué hora tenemos reservada en el hoyo de salida? ¿A las dos? Oh, vaya, lo había olvidado. Ya la llamaré luego. Lamento haberle molestado –se despidió y colgó antes de que él le preguntara algo más.

Así que Marianne estaba allí. Tal vez merecía la pena esperar un rato. Cherry tiró el folleto en el asiento de al lado, y se recostó en el suyo. Al cabo de una hora más o menos, vio salir de la recepción a una mujer que se parecía a la de la foto. Entrecerró los ojos y se convenció, por los rasgos de su cara y por el pelo castaño, de que era Marianne. La vio hablar con una amiga con la que había salido del club y luego, al cabo de un par de minutos, se abrazaron y se fueron a sus coches por separado. Marianne se subió a un BMW, un modelo descapotable nuevo plateado. Cherry esperó hasta que hubo arrancado y luego, con cuidado, la siguió, desde una distancia prudente.

Marianne regresó a la ciudad por la A3 y Cherry se aseguró de circular dos coches por detrás durante todo el camino. Cruzaron el río en Battersea Bridge y luego se dirigieron al norte hacia Kensington. Cada vez había más tráfico y los conductores conducían peor a medida que se adentraban en la ciudad. Cherry estuvo a punto de perderla un par de veces. Cuando llegaron a Swiss Cottage, Marianne se desvió hacia Hampstead para internarse en las calles residenciales. Los Audi y los Range Rover se apelotonaban en silenciosa exclusividad. A continuación, el BMW redujo la velocidad y se detuvo frente a una casa adosada victoriana de ladrillo rojo de tres pisos. Cherry aparcó un poco más atrás y vio

que Marianne se bajaba del coche y se dirigía hacia el porche antes de entrar en la casa. Esperó un momento, preguntándose qué hacer a continuación, pero no había nada más que ver.

Estaba a punto de irse cuando otro automóvil se dirigió hacia ella desde la dirección opuesta. Alarmada, dio marcha atrás rápidamente y volvió a aparcar junto a la acera. El otro conductor aparcó en un hueco un poco más arriba de la calle, se desabrochó el cinturón y salió. Cherry bajó la cabeza y vio que Howard enfilaba el camino de entrada hacia la casa de Marianne. ¡Howard! Esperó a que él llamara al timbre, pero abrió los ojos como platos al ver que sacaba su propia llave y entraba sin llamar. Cherry miró la puerta cerrada con emoción y soltó una pequeña carcajada. Conque era eso lo que había estado haciendo... Y durante bastante tiempo, a juzgar por los años de las fotos de ellos dos juntos. Cherry pensó en la mujer que acababa de ver. Era morena, en contraste con el físico rubio de Laura, y más robusta, con la cara más rubicunda. Cherry se preguntó qué se sentiría sabiendo que la amante de tu marido no era tan guapa como tú. Debía de ser como una patada en el estómago. Puso el coche en marcha y se alejó.

# CUARENTA Y CINCO

*Martes, 13 de octubre*

Era hora de disculparse. Había llegado el momento de ser humilde y reconocer que se había equivocado. Había sido demasiado dura, se había precipitado al juzgarla. A Laura le entristecía su penoso comportamiento. Esperó con cierta inquietud en la puerta de entrada, y tras mirar alrededor, advirtió que estaba anocheciendo. Estaba nublado y el manto de gris parecía cubrirlo todo. A cabo de unos segundos, abrieron la puerta.

–Lo siento –dijo ansiosa, rápidamente, pues se sentía muy frágil y no estaba segura de si sería capaz de mantener la compostura si Isabella todavía estaba enfadada con ella–. Reaccioné de forma exagerada y no debería haberte hablado así.

Isabella se quedó pensativa un momento, luego abrió más la puerta y le hizo señas a Laura para que pasara.

El alivio fue tan grande que creía que iba a echarse a llorar, pero eso sería absurdo, así que se mordió el interior de las mejillas para contener el llanto. Últimamente parecía estar al borde de las lágrimas con demasiada frecuencia.

–¿Una copa? –preguntó Isabella mientras la conducía a la sala de estar donde se había celebrado la cena unos días antes.

–Sí, por favor –contestó, y observó en silencio mientras Isabella preparaba dos *gin-tonics*–. Fue una velada estupenda –empezó a decir débilmente.

–Creo que ambas sabemos que eso no es cierto –dijo Izzy dándole un vaso–.

Al menos, no para ti.

A Laura se la comían los remordimientos.

–Lo siento. Pero te pedí expresamente que no intentaras liarme con él.

–Yo no intenté liarte con él, simplemente estaba en la misma cena. Él y Richard han estado trabajando juntos y Richard quería presentarlo a nuestro grupo de amigos. Andrew estaba allí como invitado de Richard...

–Oh, Dios, ahora me siento aún peor...

–Pero admito que os senté uno al lado del otro en la cena. No para que «os liarais» –dijo rápidamente–, simplemente pensé que tal vez disfrutarías de un poco de compañía masculina. No, no he querido decir eso, no quiero decir que estés... muy sola ni nada de eso, es solo que a los demás ya los conoces a todos. Pensé que podría estar bien conocer a alguien nuevo.

Laura recordó con tristeza sus respuestas frías y distantes durante la cena.

–Pues no creo que él lo pasara demasiado bien conmigo.

Esperaba algún tipo de reprimenda, pero Isabella tomó un largo trago de su copa, y luego dijo:

–No te preocupes. Sobrevivirá.

Ya estaba otra vez, el dique a punto de estallar y la sensación de alivio inundándola, y empezó a sentir que se le humedecían los ojos. ¡Por el amor de Dios! Aquello era ridículo. Pestañeó rápidamente, sabiendo que su reacción exagerada ante aquel gesto de benevolencia, ante aquella reconciliación muy necesaria, era por Daniel y, hasta cierto punto, por Howard. Ella no había recibido ninguna respuesta a su carta y empezaba a preguntarse si la recibiría alguna vez. ¿Y si no hablaban antes de la Navidad o pasaba la Navidad sin verse? ¿Y si la situación se prolongaba un par de años? Tal vez un día se encontrarán por la calle por casualidad. Se saludarían el uno al otro con la cabeza. Tal vez pasara tanto tiempo que se acostumbrarían a estar sin el otro..., pero aquel pensamiento era tan insoportablemente triste que estuvo a punto de tambalearse, de hacer que se derrumbase sin fuerzas en el sofá.

–Laura, ¿va todo bien?

Apenas la había oído y enfocó su mirada para poder ver a su amiga.

–Pareces un poco...

–¿Qué? –preguntó con la voz quebrada.

–Preocupada. ¿Ha pasado algo?

Laura intentó sonreír.

–¿Como qué?

–Pues no sé.

–De verdad, las cosas no podrían ir mejor.

Vio que Izzy no la creía.

–Puedes hablar conmigo, ¿sabes? Soy tu amiga. Olvídate de esa absurda discusión. –Izzy le apretó el brazo afectuosamente y suavizó el tono de voz—. Tú y yo hemos pasado por muchas cosas juntas.

Estuvo a punto de confesárselo entonces. Quería hacerlo. Pero ¿por dónde empezar? La mentira la avergonzaba demasiado: no podía soportar que nadie más supiera lo que había hecho, y tenía miedo de lo que Izzy pensara de ella. La miró a la cara, franca y amable, y esbozó una sonrisa forzada.

–No pasa nada, de verdad.

Izzy la estudió con atención y se dio cuenta de que no confiaba en ella. Parecía dolida.

–Muy bien –dijo, y con esas dos palabras, Laura sintió que una puerta se cerraba entre ambas.

La situación se volvió incómoda y se oyó a sí misma inventándose una excusa.

–Supongo que debería volver a casa; todavía no he dado de comer a *Moisés*.

Era consciente de que Izzy sabía que aquello solo era una excusa. Una excusa pobre y deprimente, además, y de repente necesitaba irse de allí. Normalmente, al despedirse, lo hacía con una coletilla del tipo «Te veo mañana», «Quedamos para almorzar, el martes», «Te llamo para ir a yoga». Esta vez, no se dijeron nada.

–Hasta pronto –optó por decir Laura al final, mientras daba un beso fugaz a Isabella en la mejilla y luego echaba a andar calle abajo y buscaba un taxi.

Vaciló antes de mirar hacia atrás, pues no estaba segura de cuál iba a ser la expresión de Izzy. Cuando lo hizo, con la intención de sonreírle y para tranquilizar a ambas, vio a Izzy cerrar la puerta.

Al entrar, la casa estaba fría y a oscuras. Puso la calefacción y se dirigió a la cocina para prepararse un té, pero al sacar la leche de la nevera, vio media

botella de vino y se sirvió una copa. Sabía que beber no iba a ayudarla con su estado melancólico, pero qué más daba. Dudó si debía preparar algo para cenar y luego decidió que lo haría, también para Howard, ya que era el día que volvía de un congreso por trabajo. No le había enviado ningún mensaje de texto para decir que llegaría tarde.

Tener algo que hacer hizo que se sintiera un poco mejor y encendió la radio y se puso a preparar una salsa boloñesa. Para cuando escuchó el ruido del ascensor, la cena ya estaba lista. Decidió que, en lugar del comedor, esa noche cenarían en la cocina. Era un cambio de escenario y sería bueno para ellos sentarse en un lugar diferente, en alguna parte donde las viejas costumbres no hubieran echado raíces. Estaba poniendo la mesa cuando Howard entró. Se quedó parado cuando vio lo que estaba haciendo.

–Hola. ¿Tienes hambre? –preguntó ella alegremente, con las manos llenas de cucharas y tenedores.

Él miró hacia los fogones.

–He hecho espaguetis a la boloñesa.

Howard asintió y fue a lavarse las manos al fregadero.

–¿Te preparo algo de beber?

Howard se puso tenso.

–¿Vas a dejarlo ya?

–¿Dejar el qué?

–Esta estúpida farsa.

Laura sonrió, genuinamente confusa, lo que pareció irritarlo más. Entonces se dio cuenta de su frialdad hacia ella, de su enfado.

–Nunca creí que fueras tan...

–¿Qué?

Él dudó.

–Tan mala y rencorosa.

Laura se sorprendió al descubrir cuánto daño podía hacerle él todavía. Howard se metió la mano en el bolsillo y sacó una carta, luego la puso en la barra de desayuno. Ella miró el sobre. Estaba dirigido a Marianne Parker. Retrocedió unos pasos de forma instintiva. ¿Las cartas de su novia? ¿Por qué las traía a casa? Luego la miró más detenidamente, frunciendo el ceño. La letra... «Es mi letra.» Poco a poco acercó el sobre hacia ella.



–Ábrela. Aunque, por supuesto, ya sabes qué contiene.

Laura extrajo el papel de carta –su papel de carta, el de su escritorio– y lo desdobló.

Querida Marianne:

Hace ya tiempo que quería escribirte, pero nunca me parecía el momento adecuado. Hasta que me di cuenta de que nunca iba a ser el momento adecuado. ¿A qué esperaba? ¿A que hicieras lo correcto y quitaras tus sucias manos de sanguijuela de mi marido? Estoy harta de que me ignoren, de que se aprovechen de mí. Eres un ser humano abyecto. Simplemente, coges lo que quieres sin pensar en el efecto que pueda tener en los demás. Y lo haces, al parecer, sin que te recuerde la conciencia. Espero que algún día recibas el castigo que mereces, que te pasen las peores desgracias a ti y a tu familia. Espero que sufras un horrible accidente. Y que el karma te la devuelva desfigurándote.

Eso sería lo justo.

Ya está. Ahora ya me siento mejor. Sencillamente, hay cosas que tienen que decirse.

LAURA CAVENDISH

Soltó la carta como si le abrasara la piel de las yemas de los dedos.

–Yo no he escrito esto.

Howard hizo una mueca.

–Te lo prometo, yo no he sido.

Pero parecía su letra. Entonces, en un fogonazo, lo supo. El corazón le dio un vuelco mientras trataba de entenderlo. ¿Cómo lo había hecho? ¿De qué modo había averiguado Cherry cómo era su letra? ¿Cómo había logrado imitarla tan bien, y cuándo había conseguido el papel? Vio que Howard la miraba.

–Howard, Cherry ha falsificado esta carta, ha hecho que parezca que la he escrito yo. –Empujó la carta hacia él–. Sí, parece mi letra, pero no lo es. –De repente, advirtió algo–. Mira las pes: yo no cierro el óvalo, y ella sí, mira...

Él permaneció en silencio un momento y Laura vio que trataba de dominar sus nervios.

–¿Cherry? ¿En serio, Laura? Y ahora me vas a decir que ella también es responsable de la crisis en Oriente Próximo y del calentamiento global.

–No, no... Tienes que escucharme. Howard, hace aproximadamente un mes vino a verme a mi oficina. Me dijo que sabía que le había mentado sobre Daniel, y me dijo que iba a quitármelo todo. Me amenazó. De alguna manera, se hizo con mi papel de carta. Ha estado en casa...

La mera idea le heló la sangre.

–¿Por qué no dijiste nada de eso antes?

–Porque pensaba que no me creerías. –Era evidente que no la creía en ese momento, y eso la frustraba. Miró la carta de nuevo—. ¿De dónde la has sacado?

–Llegó esta mañana.

–¿Y tú pasabas por allí por casualidad y te quedaste a consolar a Marianne? Se suponía que estabas en un congreso por motivos de trabajo.

–Laura, quiero el divorcio.

Algo se cerró alrededor de su corazón e hizo que le dejara de latir.

–¿Qué?

–Marianne va a dejar a su marido.

–Qué bien para ti.

–No seas así.

–¿Así cómo? ¿Quieres que os felicite a los dos? ¡He tenido que quedarme de brazos cruzados y hacer la vista gorda durante años mientras vosotros dos...! – estalló.

–Lo siento.

–No, no lo sientes. Solo piensas en ti mismo.

–De acuerdo, sí, lo hago. No soy feliz. ¿Tú sí?

Laura no se atrevió a responder; no quería admitirlo.

–Llevamos así años, Laura. ¿Cuánto tiempo se supone que debemos continuar? ¿Quieres pasarte el resto de tu vida viviendo así? ¿Sin que esto funcione? ¿No crees que algún día mirarás atrás y pensarás que hemos estado malgastando el tiempo, un tiempo valiosísimo, además? ¿Cuánto nos queda a los dos? Dentro de pocos años, tendré sesenta. ¡Sesenta! Si no puedo hacer algo al respecto ahora, ¿cuándo cambiaré las cosas? ¿Cuando tenga setenta años? ¿Ochenta? Pero, además, creo que tú tampoco eres feliz. Si me voy, serás libre para cambiar tu vida. Quizá conozcas a alguien.

Hervía de rabia por dentro.

–No necesito tus consejos sobre relaciones de pareja, muchas gracias. Mis planes eran que mi primer matrimonio funcionara.

Él la miró con tristeza.

–Los míos también. –Howard se levantó—. Creo que es mejor que me vaya. Y para que conste, sí que estaba en un congreso. Marianne vino a verme esta mañana a la oficina.

Por supuesto, la única vez que se enfrentaba a él por su infidelidad era

inocente. Laura no soportaba toda la lamentable parte en que decía que lo sentía. Le dieron ganas de patear y gritar ante lo injusto de todo el asunto.

Howard recogió su chaqueta.

–¿Te ha llamado Daniel? –le preguntó en voz baja.

–No.

No parecía haber nada más que decir. Howard se dirigió al pasillo. Laura esperó, y luego, instigada por la necesidad de verlo marcharse, esperando tal vez que no lo hiciera, lo siguió.

–¿Estás bien?

–Fantásticamente, teniendo en cuenta que mi marido acaba de dejarme.

–Puedes ser tú quien solicite el divorcio. Tienes la base legal. Pero en realidad me refería a si estás bien por lo de Daniel.

Las lágrimas asomaron a sus ojos. Quería decirle que no, quería que él la consolara, que tuvieran una relación en la que algo así pudiera suceder, pero no era ese el caso y la invadió una oleada de soledad y amargura.

–Parece que sigue el ejemplo de su padre en lo de elegir a la mujer equivocada.

Lo había dicho refiriéndose a Marianne, pero se dio cuenta demasiado tarde de que podría haber estado hablando de ella. Humillada, se volvió y regresó a la cocina. Esperó hasta que oyó el ruido del ascensor bajando al sótano y supo que Howard se estaría subiendo a su coche. Efectivamente, oyó el sonido de la puerta del garaje. Howard se disponía a reunirse con la mujer que amaba.

Laura cogió su copa de vino con mano temblorosa. ¿Era todo eso parte de su castigo? ¿Había abierto ella misma la veda en aquella senda larga, terrible y destructiva? Se le atragantó el vino.

«Soy una mentirosa.»

La casa parecía muy grande y vacía cuando Laura se levantó a la mañana siguiente. Por primera vez desde que vivía allí, no se sentía del todo cómoda en ella. De pronto, la «veía»: era consciente del número de puertas, paredes y muebles. Las cosas a las que tan acostumbrada estaba que le resultaban reconfortantemente invisibles, de repente se le hacían extrañas, como si no las reconociera del todo. Una silla en la esquina de la sala de estar. Espejos que

reflejaban su rostro. Sintió unas ganas irresistibles de irse y llegar al trabajo lo más rápido posible.

Llamó un taxi, que la llevó hasta Drury Lane. Había un atasco más adelante y el tráfico era muy denso; mientras esperaban, una ambulancia apareció con la sirena encendida detrás de ellos, desesperada por llegar hasta su objetivo malherido, pero sin poder avanzar. Los coches se subían despacio a la acera para dejarla pasar. Laura decidió ir andando el resto del camino. En el tiempo que tardó en pagar la carrera y salir del taxi, la ambulancia apenas había avanzado unos pocos metros más y lo lamentó por la persona que la esperaba. «Más te vale no necesitar nunca una ambulancia en Londres –pensó con tristeza–. Podrías morir desangrado sin que nadie llegase a tiempo por culpa de los atascos.» Fue en dirección a lo que fuera que hubiese motivado la congestión, con la intención de doblar en alguna calle lateral. Justo antes de desviarse, dirigió la vista hacia el incidente. Era evidente que habían chocado dos o tres coches; distinguió unas puertas aplastadas y un capó destrozado. Luego vio la horrible imagen de un hombre, un ciclista, tendido en el suelo. Su bicicleta estaba a poca distancia de sus pies, con la rueda trasera destrozada. Estaba a punto de preguntar si podía ayudar, pero vio que ya había allí una ambulancia, con dos auxiliares médicos que a todas luces esperaban refuerzos. La policía estaba conteniendo a la gente. Se estremeció y deseó que el hombre estuviera bien. Parecía joven. Llevaba una mochila. Pensó en la madre del herido cuando la ambulancia pasó por su lado al fin, con las luces parpadeando frenéticamente y el aullido desolado de la sirena para recordarle a la gente que se apartara.

Dobló por una calle estrecha, luego por otra y se dirigió a la oficina. Caminaba deprisa; el accidente la había trastornado todavía más y ansiaba llegar al trabajo. Todo estaba preparado para empezar el rodaje y los jefes de departamento –arte, vestuario, maquillaje, cámara y director– se pondrían manos a la obra al cabo de un par de semanas. Cuando pensaba en eso, experimentaba una sensación familiar de emoción, mezclada con cierta ansiedad por lo que estaban a punto de comenzar, por la locura de la producción y todo por unos minutos al día captados por la cámara. Tenía que ir a visitar algunas localizaciones ese día y luego reunirse con el director de *casting* para ver cintas con las pruebas para algunos de los personajes secundarios.

El zapato derecho se le quedó pegado a la acera y, disgustada, se detuvo y

levantó el pie por detrás. ¡Chicle! Puaj... Estaba intentando rasparlo para quitárselo cuando oyó un ruido a su espalda, una tos. Alguien detrás de ella se había detenido también. Bajó el pie y se quedó allí un minuto, mientras el miedo se apoderaba de ella, castigándola por su estupidez. Estaba en una especie de callejón muy tranquilo, flanqueado por edificios a ambos lados, un pasaje entre dos calles más grandes. Sintió la tensión de alguien que contenía la respiración. Se le aceleró el corazón y vio que solo había unos pocos metros hasta el final de la calle. La gente cruzaba delante de ella. Gente que no se daría cuenta si alguien la agredía en aquel callejón estrecho. De repente echó a correr hacia delante, notando cómo se le enganchaba el tacón en el suelo, reteniéndola allí mientras trataba de alcanzar la salida, segura de que alguien la seguía. Salió a la calle principal y corrió con toda su alma para alejarse del callejón, y no se detuvo hasta estar a una distancia considerable. Ahora había mucha gente a su alrededor. No fue hasta entonces cuando se armó de valor para mirar hacia atrás.

No vio a nadie, excepto a los atareados transeúntes y los turistas ociosos, absortos en sus propios planes y sin reparar en ella. Se quedó mirando la entrada al callejón, pero nadie salió de él. Esperó durante lo que le pareció una eternidad, se obligó a quedarse un poco más, y luego se preguntó si no debería volver y ver si alguien merodeaba allí, pero la idea le produjo escalofríos. No, quería llegar al santuario de su oficina y sumergirse en su trabajo. Era lo único que podía distraerla de sus preocupaciones. Dio media vuelta y se alejó de allí a toda prisa.

# CUARENTA Y SEIS

*Viernes, 23 de octubre*

Era increíble lo rápido que una persona podía sentirse como en casa, pensó Cherry mientras añadía los huevos a la mezcla de mantequilla y azúcar y ponía en marcha su nueva –bueno, de los dos– KitchenAid de color rojo manzana de caramelo. Las cuchillas empezaron a batir con diligencia y, después de unos segundos, la apagó. Había pasado más de un mes desde que Daniel echara a su madre y tres semanas desde su compromiso, y ella estaba preparando un pastel. Un detallito para él, una sorpresa mientras estaba fuera con sus amigos antes de volver al agotador horario del hospital, pero también podía ser una celebración. Un aniversario.

A veces no podía creer en su suerte. Vivía en un apartamento alucinante, que iba a ser su hogar –bueno, de los dos– en un futuro próximo, y ese solo era el comienzo de la vida más maravillosa con el hombre más maravilloso del mundo. Él le había dejado el vestidor más espacioso, el mayor espacio en los cajones y su tarjeta de crédito para que comprase algunas cosas para hacer que se sintiera como en su casa. Entre risas, le había suplicado que lo dejara al margen de las salidas para ir de compras, y ambos sabían que ella prefería ir sola de todos modos. Por fin había comprado sus –bueno, de los dos– sábanas nuevas. Agregó la harina, luego repartió la masa en los dos moldes y los metió en el horno. Satisfecha, programó el reloj temporizador.

Mientras se horneaba el pastel, pensaría en su idea de negocio. Investigaría

un poco. Era importante mantener la apariencia de estar buscando una vocación, aunque solo fuese a tiempo parcial en cuanto se casaran. Se sentó con el ordenador portátil de Daniel en el perfecto sofá color limón, enmarcado por las paredes de papel pintado color crema y dorado, imaginando qué aspecto tendría. Había alcanzado un nivel de vida del que disfrutaba orgullosamente, y lo único que tenía que hacer era seguir viviendo en él para sentirse plácidamente eufórica.

Y pensar que Laura había hecho todo lo posible para impedir que eso sucediera..., para evitar que se sentara en aquel sofá, que viviera en aquel piso. Laura le habría arruinado la vida felizmente sin pestañear. Aún lo haría si pudiera. Cherry no podía permitir que Laura pensara que era débil, que podía sentirse intimidada. Cuando le dijo que iba a enseñarle lo que se sentía cuando alguien pisoteaba todo aquello que te importaba, hablaba en serio. Era la única forma de que aquella mujer entendiera lo que se sentía. Tal vez así se lo pensaría dos veces antes de volver a hacerlo. Porque una parte de Cherry tenía miedo de que aún pudieran quitarle todo aquello. Nunca había querido enemistarse con Laura, pero con sus actos esta había hecho que su relación fuera imposible.

Se recostó y desplazó la mirada hacia el óleo que había comprado para Daniel en Saint Tropez. Aunque reparado, nunca volvería a lucir un aspecto tan bonito como antes de que Cherry lo desgarrara, pero había sido la mejor inversión que había hecho jamás. No tardaría en volver al piso de su madre a recoger el resto de sus cosas. No había querido ir antes porque se estaba divirtiendo demasiado. Quería deshacerse de la mayor parte de ellas: la vieja Cherry había desaparecido hacía mucho tiempo, pero aún le quedaban los libros. Cajas y cajas de ellos. Los libros eran inocentes. Eran puertas a un futuro distinto, a una nueva vida y quería conservarlos a su lado. Suponía que Wendy le sugeriría que llevara a Daniel a tomar el té, y ella le daría largas indefinidamente. Volvió a experimentar los viejos sentimientos de culpa y pensó, no por primera vez, que si su madre no fuera tan peculiar, no tendría por qué sentirse así.

Se preguntó distraídamente durante cuánto tiempo ella y Daniel podrían seguir instalados en aquella burbuja de felicidad, sin que una madre interfiriera en su camino. Que ella supiese, Laura aún no había hablado con él, y se había asegurado de que Daniel no recibiera su carta. Aunque sí había hablado con su padre. Eso había sido la semana pasada, y tuvo que ocultar su alegría cuando

Daniel le dijo que Howard había dejado a Laura. «Bien.» Al parecer, llevaba años acostándose con Marianne, tal y como ella sospechaba. Howard había llamado a Daniel y le había informado de lo mínimo imprescindible, que se iban a divorciar y que no debía preocuparse. Ella le había sujetado la mano para mostrarle su apoyo mientras Daniel le repetía la conversación. Esperaba que hubiera sido su carta lo que había motivado la decisión. Le había costado muchas horas de práctica conseguir imitar su caligrafía. ¿Cómo tenía que escribir algunas letras? ¿Ejercía mucha presión Laura con el bolígrafo sobre el papel? ¿Había alguna zona donde la presión era más ligera o más firme? Luego preparó un alfabeto modelo y practicó y practicó antes de escribir la carta. Solo se la había jugado en dos puntos: que Howard no apareciese en el club de golf mientras ella investigaba, y que Marianne no reconociese el coche de Daniel, algo de lo que estaba bastante segura, ya que no era probable que hubiera ido a la casa de los Cavendish. Y fue un golpe de suerte que Howard no la hubiera visto. Luego solo había sido cuestión de enviar la carta, desde un lugar alejado de Chelsea y Croydon. Se había ido al centro de la ciudad y había entrado en John Lewis y había pedido sus utensilios de repostería al mismo tiempo. Era increíble que te pudieses pasear por la tienda cogiendo cosas y luego alguien lo organizase todo para que te las entregasen en casa, como si fueras la señora de la mansión. No tenías que conectarte a internet y hacerlo tú misma ni nada parecido.

Sonó la alarma del reloj temporizador. Cherry regresó a la cocina y sacó los pasteles del horno. Los olisqueó con gesto de aprobación y luego dejó que se enfriaran. Se puso la chaqueta y cogió las llaves. ¡Sus llaves! ¡Su propio juego! La vida le sonreía. Y ahora iba a buscar otra pequeña sorpresa, algo que sería solo suyo y de Daniel.

Cherry intentó dominar su ira, pero no era fácil cuando veía cachorros de perros y gatos desesperados por salir, con las patitas unas encima de otras, tratando de agarrarse a los laterales de vidrio de sus cubículos mientras ella pasaba por delante, ansiosos por captar su atención. Probablemente los habían comprado en granjas, pobrecillos, se los habían arrancado directamente a sus madres y los habían dejado en aquella tienda de mascotas. Se arrodilló junto a una de las



jaulas de gatos y sonrió a las suaves bolas de pelo que querían llegar hasta ella, que sin duda se pondrían a ronronear con un ruido ensordecedor por el contacto humano si cogía a alguna de ellas. Aquellos eran los desafortunados, vidas determinadas por el azar de su lugar de nacimiento. Nada de comienzos prometedores a cargo de criadores de pedigrí y, probablemente, un hogar poco fiable cuando alguien los compraba (y si es que alguien lo hacía). ¿Qué clase de futuro les aguardaba? Siempre era igual en la vida: todo dependía de dónde nacías y en qué familia.

Miró a los gatitos, a los cinco, pero eran demasiados, y de todos modos, Daniel prefería los perros. De esos había menos, solo quedaban dos de una camada de tres cocker spaniel. «Igual que el que tenía Laura cuando era joven», recordó. De color marrón claro, casi dorado, el macho tenía un parche blanco en la panza. Señaló los cachorros al hombre que dirigía el lugar, que estaba alimentando algunos peces.

–¿Alguna vez los sacan a pasear?

–Todos los días –contestó él con aplomo, automáticamente.

Se planteó cuestionar al hombre, porque era obvio que estaba mintiendo, pero probablemente eso no cambiaría nada.

–Me llevaré al macho –dijo, y colocó al cachorro cuidadosamente en un trasportín, con agujeros en el costado.

El hombre sacó un certificado de nacimiento y documentos médicos, que ella tomó con la misma apatía con que él se los dio.

–¿Quieres una correa?

Ella miró hacia una estantería detrás de la caja.

–Sí, por favor.

Al salir de la tienda, miró a la hembra. Estaba allí quieta, mirando en silencio, y Cherry de repente sintió una punzada de culpa. La pobre nunca había visto la luz del día, y no tenía espacio para correr. Seguramente no recibía cuidados ni tenía ningún consuelo más allá de lo que era necesario para su subsistencia como mercancía, algo de lo que sacar dinero. Y Cherry acababa de llevarse a su hermano. Vaciló. Tal vez sí había una manera de poner fin a su amarga vida en aquel lugar.

–Me llevaré la otra también –dijo Cherry.

La perrita movió la cola mientras la sacaban también a ella de la jaula.

Cherry sacó su monedero de nuevo.

–¿Otra correa? –preguntó el hombre.

–No..., no la necesito –dijo Cherry–. Pero me llevaré una de esas cajas grandes de comida para hámster.

Condujo hasta Richmond Park, con el trasportín en el asiento delantero. Al aparcar, cogió el trasportín, junto con la bolsa de plástico que contenía la correa y la comida del hámster. Los dos pequeños bultos suaves y juguetones intentaron lamerle las manos a través de los agujeros en la caja de cartón. Ella se arrebujó con el abrigo y echó a andar por el parque, uno de los pocos lugares de Londres donde realmente uno se podía alejar de la gente. Más adelante, vio un bosquecillo de coníferas y se dirigió hacia ellas. Cuando se agachó, los sonidos del espacio abierto se redujeron. Estaba escondida y sola.

Tras arrodillarse sobre la tierra blanda, abrió la caja y los dos cachorros dieron grandes muestras de alegría al verla. Ella los acarició por debajo de la cabeza. El sonido de unos frenos la hizo mirar hacia arriba y se puso en tensión cuando un niño se acercó con su bicicleta. Observó a través de los árboles mientras el niño hacía girar los pedales, mirando la cadena, y luego, al cabo de unos segundos, se alejaba. Esperó a que todo estuviera en silencio, mientras los cachorros le lamían la mano y luego sacó a la perrita de la caja. «Habría sido una crueldad dejarla allí», se dijo, y al menos podría hacerlo rápido. Colocó las manos alrededor del cuello del animal y lo retorció con fuerza. La perra se quedó inerte. Cogió la caja de comida para hámster, vació el contenido en el suelo y luego depositó dentro al cachorro sin vida. A continuación, sacó el móvil y marcó un número.

–Hola. Llamo para denunciar un caso de maltrato animal... Es por unos gatitos. Es una tienda de mascotas en la que acabo de estar. Parecían estar en muy malas condiciones, muy flacos. Y el hombre que trabajaba allí... Él... Dios, ha sido horrible... Tiró a uno de ellos en la jaula de vidrio. Desde muy lejos, como si fuera una pelota. Como si la chutara. Creía que yo estaba en la otra punta de la tienda, echando un vistazo. No, no compré ninguno... Sí, el Reino de las Mascotas en Worcester Park... ¿Mi nombre? Me llamo Polly Hammond. – Dio un número de teléfono falso y continuó hablando, aún más desesperadamente–. Irán allí, ¿no? ¿Eso es lo que hace la protectora de animales? Estoy segura de que son de granjas. ¿No pueden cerrar los sitios como

ese?

Miró el reloj. Daniel estaría en casa dentro de dos horas. Tenía el tiempo justo para ir a la oficina de correos y volver para preparar el pastel. Le puso la correa al otro cachorro, que estaba encantado de salir a dar un paseo, probablemente el primero desde que había nacido. Vio como saltaba con las patitas sobre la hierba –¡hierba de verdad!– y sintió que se emocionaba ante su euforia evidente. Luego, dio un respingo. ¡No había comprado una de esas cosas para lanzar pelotas! Qué poca consideración por su parte. Consternada, Cherry se disculpó ante... *Rufus*. Lo llamaría *Rufus*, y prometió compensarlo en cuanto viera alguna tienda.

–Esto está delicioso –dijo Daniel, una vez más, mientras tomaba un enorme bocado de su segundo trozo de pastel.

Cherry se inclinó sobre el respaldo de su silla y lo besó en la mejilla.

–¿Estás seguro de que no es la cerveza lo que hace que esté tan bueno?

–De ninguna manera. Will y Jonny te mandan recuerdos, por cierto.

–Dales recuerdos de mi parte también.

–Will está esperando el resultado de una entrevista de trabajo. Le espera una gran promoción si lo consigue.

–¿Así que lo habéis pasado bien?

–Estupendamente. –De repente, Daniel se dio cuenta de que era uno de sus raros días libres–. No te habrá molestado que saliera con los chicos, ¿verdad?

–Por supuesto que no. He estado muy ocupada...

–Ah, ¿sí? –La agarró, la sentó en su regazo y le plantó un beso con sabor a chocolate en los labios–. ¿Haciendo qué? Además de adquirir a nuestro nuevo amiguito aquí presente.

Se inclinó para recoger al cachorro, que de inmediato trató de lamerle la cara.

–¡*Rufus!* ¡Travieso! –Cherry se lo llevó–. No te importa, ¿verdad?

–No, ya te lo he dicho, es genial. ¿Sabes que conmigo en el hospital eres tú quien tiene más números de limpiar cualquier accidente suyo?

–Pienso llevarlo a adiestrar dentro de nada. –Puso los brazos alrededor del cuello de Daniel–. Y en respuesta a tu pregunta, he estado planeando un día muy

especial.

–Ajá. ¿Y tengo yo algo que decir en ese día tan especial?

–Por supuesto. Siempre y cuando estés de acuerdo en que sea en enero.

Cherry contuvo la respiración un momento mientras lo veía reflexionar.

–¿No hará un poco de frío?

–¿Luna de miel en el Caribe?

Él asintió con la cabeza: buena observación.

–¿No es muy pronto? ¿De aquí a tres meses?

–¿De verdad quieres que pase más tiempo hablando de bodas? Podría alargarlo hasta un año, si lo prefieres...

Daniel se rio.

–No, gracias.

Estaba contenta de haberse salido con la suya.

–También he encontrado el sitio perfecto. Si te gusta, podemos empezar a enviar las invitaciones.

–Sí.

Parecía un poco ausente.

–¿Qué pasa?

–Bueno, ya sabes, el divorcio de mis padres. Todo el tema de mamá... Ni siquiera le he dicho aún que estamos comprometidos.

–Tal vez deberíamos escaparnos –dijo ella con despreocupación–, casarnos en alguna playa.

–Eso nos ahorraría muchas molestias. Rápido, fácil, solo nosotros dos.

Cherry contuvo el aliento. No había pensado ni por un momento que fuese a tomarla en serio, pero en realidad era una idea brillante.

–¿Sabes? Creo que se pueden organizar en tan solo un par de semanas.

–¿De verdad? Suena fabuloso.

–¿Podrías cogerte días en el trabajo?

Él se rio.

–Lo dices en serio.

A ella se le nubló el rostro.

–¿Tú no?

–Bueno, no sé... Quiero decir, queremos que nuestra familia y amigos estén allí, ¿verdad? –Cherry se bajó de su regazo–. Oh, Dios, lo siento. No me di

cuenta... Pensé que estábamos bromeando. –Él la siguió hasta la cocina, le quitó el plato de las manos y lo puso en el lavavajillas. Luego entrelazó los dedos con los de ella–. ¿Es porque crees que mi madre va a estropearnos la boda?

–No le va a hacer ni pizca de gracia. Seguro que intenta estropeárnosla.

–¿Cómo va a hacer eso?

La irritaba que él no se lo tomara en serio, y se apartó.

–Cherry, espera. Lo siento. Es solo... sabes que te quiero. Lo que importa ahora somos nosotros dos. Lo que está pasando con mi madre... Bueno, estoy seguro de que se arreglará. Tenemos tres meses.

–Intentará malmejar y alejarte de mí.

–Deja que lo intente.

–Volverá a inventarse algo. Te dirá que supuestamente he hecho cosas.

–No creo que lo haga. –Cherry frunció el ceño–. Pero si lo hace, la pondré en su lugar.

Ella pensó en sus palabras, deseando que la tranquilizase.

–¿Sabes? Hoy también he estado trabajando en mi plan de negocio. Está saliendo todo muy bien. Solo por si piensas...

Él la atrajo hacia sí.

–Chsss. No creo que estés conmigo por mi dinero, a pesar de lo que diga mi madre.

Cherry lo miró, buscando señales de su sinceridad, luego lo envolvió con los brazos alrededor del cuello y lo besó con delicadeza en los labios.

# CUARENTA Y SIETE

*Lunes, 26 de octubre*

A veces pensaba que se estaba volviendo loca. Estaba loca. ¿Cómo había podido verse atrapada en todo aquello? Laura no veía salida. El miedo la seguía a todas partes. Por las noches se sentaba a ver la televisión, pero no podía concentrarse porque una mezcla de ansiedad y soledad se instalaba con ella en el sofá. Odiaba ver el pasillo, oscuro y silencioso desde el sofá, y empezó a dejar encendidas todas las luces de la planta de abajo. Así siempre había alguna luz para darle la bienvenida cuando se levantaba a beber algo o entraba en la cocina preguntándose si molestarse en prepararse la cena.

Por las noches, era más consciente que nunca de la ausencia de Howard y de su propia soledad en casa. Había empezado a echar los cerrojos de la puerta de entrada, el de arriba y el de abajo; al principio, antes de irse a dormir, pero, luego, en cuanto llegaba del trabajo. Rara vez iba andando a los sitios, pues prefería el espacio seguro del taxi. Tenía miedo de que la siguieran. Tenía miedo de no estar segura siquiera de si la habían seguido.

Subió las escaleras hacia su oficina mientras la llovizna de aquella mañana de lunes arañaba los cristales de las ventanas. Willow fue a prepararle un café de filtro en la máquina de la cocina. Laura entró en su despacho, encendió el ordenador portátil y revisó el correo para comprobar si le había llegado el último

borrador del final de la serie. Su guionista se lo había prometido para ese día, pero ya sabía que muchas veces los de su oficio prometían cosas y no siempre cumplían con los plazos. Al cabo de unas semanas, empezarían el rodaje y Laura dio gracias por las horas de distracción que traería consigo. Le sonó el móvil, vio el nombre en la pantalla y contestó.

–Alison.

–Hola, Laura.

–¿Cómo estás?

–No muy bien.

Alerta, Laura se enderezó en el asiento.

–Acabo de hablar por teléfono con nuestra actriz principal.

Laura se puso en guardia de inmediato. ¿Por qué iba Julie a llamar a la cadena de televisión y no a ella?

–Me temo que tengo malas noticias. Le han enviado un paquete, tuyo, según decía la nota. Le ha llegado esta mañana.

Empezaron a entrarle unos sudores fríos, de auténtico pavor.

–¿Qué era?

Alison suspiró.

–No sé cómo decir esto: era un cachorro de perro muerto.

–¿Qué? –exclamó con un hilo de voz.

–En una especie de caja. La nota también decía algo sobre resolver su primer crimen.

–¡Joder!

–Estaba histérica. Supongo que todavía lo está.

–La llamaré.

–No.

–Pero necesito...

–Laura, ella no quiere hablar contigo. Ni con nadie, de hecho. Se ha ido.

–¡¿Qué?!

–Hay que pararlo todo.

Willow apareció en la puerta con el café, pero Laura la ahuyentó furiosamente con la mano y ella se retiró encogiendo el cuerpo.

–Espera un momento... ¡No puede irse así, sin más, de la producción!

–Podemos presentar una demanda si queremos, pero creo que tendrá una

sólida defensa, teniendo en cuenta que ha estado recibiendo paquetes macabros y amenazadores.

–Contrataremos a otra actriz.

–¿A quién? Sabes perfectamente que la financiación dependía del *casting*. Los americanos no aceptarán.

–Entonces ¿vais a cancelar la serie?

–Laura, nos hemos quedado sin actriz principal. No tenemos serie.

Le empezó a entrar el pánico.

–Tienes que dejarme hablar con ella. Voy a llamarla ahora.

–No te contestará, ha apagado el móvil. Cree que hay una posibilidad de que su número...

Alison se calló, dejando un pesado silencio en el aire.

–Alison, sabes que yo no he tenido nada que ver con esto, ¿verdad?

–Por supuesto, pero eso ahora no importa. Lo grave es que alguien la ha tomado con ella. ¿Sabes quién puede ser?

Pensó en mentir, pero considerando la magnitud del asunto se dio cuenta de que tenía que dar una explicación mínimamente digna.

–No, nadie la ha tomado con Julie. Creo que podría... Creo que el objetivo soy yo. Hay una chica, una estúpida chica que, en sus fantasías, se ha propuesto vengarse de mí.

–Entiendo. ¿Vas a llamar a la policía?

Laura hizo una pausa.

–¿La vas a llamar tú?

–Julie no quiere que el asunto trascienda. Ni que se entere la prensa, obviamente. No creo que necesitemos a la policía para poder reclamar el seguro.

–Se calló un momento–. Laura, ¿cómo consiguió esa chica la dirección de Julie?

Laura se quedó inmóvil, mirando con aire culpable alrededor en su oficina.

–No tengo ni idea.

Contuvo el aliento, esperando a que Alison dijera algo más; por un momento pensó que iba a hacerlo, pero entonces sentenció:

–Vale. Lo siento, Laura, parece un triste final. Los abogados se pondrán en contacto contigo. Tendremos que volver a vernos cuando todo esto haya pasado.

¿Cuándo sería eso? Al cabo de meses, años incluso, probablemente nunca. Y la ITV no sería la única puerta que se le cerraría en las narices. En cuestión de



días, el abrupto final de una serie a la que ya habían dado tanta publicidad estaría en boca de todos en el mundillo. Al otro lado de la puerta de su despacho, vio a Willow levantarse de su escritorio, y luego al verla, volver a ocupar su silla de nuevo.

Laura se sentó en silencio mientras empezaba a asimilar la verdadera magnitud del desastre: su porcentaje por la producción, las reposiciones, la segunda, tercera y cuarta temporadas de la serie. Las ventas internacionales, los DVD. La buena acogida entre la crítica. Su reputación. Su empresa. Su carrera. Todo había saltado por los aires. Sintió una súbita oleada de ira. ¿Cómo se atrevía?! Laura agarró su bolso y, frunciendo los labios, salió de la oficina.

Su cólera no se aplacó en el taxi, sino que alcanzó cotas desconocidas para ella. Fue sintiéndose cada vez más tensa a medida que se acercaban al apartamento de Daniel... y entonces la vio. Andaba tan tranquila, con sus pantalones ajustados, su chaqueta de firma y sus tacones, con un bolso muy caro que sujetaba en el hombro y las manos enfundadas en unos elegantes guantes. Caminaba exhibiendo una plácida sonrisa, como no podía ser de otra manera, teniendo en cuenta la monumental estafa que había conseguido perpetrar. Laura dio unos billetes al taxista y luego salió y fue detrás de ella. Cuando la alcanzó, le puso una mano en el hombro y Cherry se dio media vuelta. Se puso las gafas de sol en lo alto de la cabeza.

—¡Laura! Me has asustado.

—¿A qué coño crees que estás jugando?

—¿Cómo dices?

—Venga ya, déjate de cuentos. Sabes perfectamente de qué te estoy hablando.

Cherry miró de reojo y vio las miradas de curiosidad que les lanzaban el resto de los transeúntes.

—¿Ha pasado algo?

—¿Te gusta ir por ahí enviando animales muertos a la gente? ¿Sabes lo que me ha costado esto por tu culpa?

—Te juro que no sé de qué me hablas, Laura, pero no me gusta tu tono.

—Han cancelado la serie y tú...

Temblaba de ira y señaló con el dedo a la cara de Cherry...

De repente se detuvo. Iba a seguir gritándole, a amenazarla, pero Cherry no parecía asustada, ni siquiera desconcertada. Su mirada era fría. La invadió una extraña inquietud. Respiró hondo.

–Sea lo que sea lo que estés haciendo, sea cual sea tu venganza, me gustaría que lo dejaras. Esto ha ido demasiado lejos. Lo que has hecho... es completamente irrazonable. Estás enfadada conmigo y lo entiendo, pero esto es..., bueno, es completamente desproporcionado.

Cherry la miraba en silencio. «Tal vez –pensó Laura–, tal vez consiga que me entienda.» El silencio se prolongó. Y se prolongó aún más.

–¡Uh! –le dio un susto Cherry, lanzándole la exclamación a la cara.

Laura soltó un grito ahogado y se tambaleó hacia atrás.

–¿Sabes? He tenido muy mala suerte últimamente. Alguien pirateó mi cuenta de Twitter y envió un tuit que mi jefe pensó que era mío. Me echaron del trabajo.

Los ojos de Laura parpadearon arrepentidos y rápidamente desvió la mirada.

–¿Qué se siente al perder el trabajo, Laura?

–Estás loca –murmuró.

–Parece que tú también llevas muy mala racha últimamente. El divorcio, la serie... Ya sabes lo que suele decirse, no hay dos sin tres. Sinceramente, espero que no sea cierto.

Laura la miró, indignada, pero al mismo tiempo sintió que la invadía un miedo primitivo.

–¿Me estás amenazando?

–De verdad, tienes la costumbre de interpretar cosas muy raras en todo lo que te digo.

–Sé que fuiste tú.

–No sabes nada. Y deberías andarte con mucho cuidado antes de decir eso de nuevo. Recuerda, Laura, no hay dos sin tres. O cuatro, o... Bueno, no adelantemos acontecimientos.

Cherry dio media vuelta y se fue. Laura no pudo hacer otra cosa más que mirarla, mientras se apoderaba de ella una aterradora sensación de impotencia.

Laura estaba sentada en su sala de estar frente a dos agentes de la Policía Metropolitana. Había estado posponiendo la decisión de llamarlos, porque eso

implicaba otorgar una gravedad a la situación que había tratado de evitar. Y también había que tener en cuenta la reacción de Cherry... porque eso significaría que ella se enteraría. Pero no tenía a nadie más a quien recurrir.

La primera vez que habían ido a su casa, pocos días después de su encontronazo con Cherry, ella se lo había contado todo, como si fuera un enorme dique desbordado, y el alivio de compartir aquella carga había sido inmenso. Luego se fueron y llevaron a cabo sus pesquisas. Laura había estado más nerviosa que nunca, a la espera, rezando para que le dijeran algo lo antes posible para poder dejar de mirar por encima de su hombro todo el tiempo.

Ahora habían regresado y Laura sabía que se pondrían en marcha los mecanismos y los procesos del sistema. Pronto todo aquello llegaría a su fin. Habían repasado los hechos con una claridad meridiana, y ya se habían bebido el té y comido las galletas. Solo quedaba una galleta solitaria en el plato de porcelana y el agente la miraba con ojos golosos de vez en cuando. La otra agente revisó su libreta.

—Entonces, para que quede absolutamente claro, ¿no está recibiendo llamadas molestas o de amenaza?

—No.

—¿Alguna comunicación electrónica?

—No.

—¿Y no la están siguiendo?

—No. Bueno, no lo creo.

Laura captó una expresión de aburrimiento, de distanciamiento, que traslucía el rostro de la mujer mientras cerraba su cuaderno, y se le encendieron todas las alarmas.

—Ya se lo he dicho, no me está acosando, al menos no directamente.

—Laura, nos hemos puesto en contacto con Marianne Parker y Julie Sawyer, y ninguna de las dos desea que se inicie una investigación respecto a las supuestas amenazas. De hecho, la señora Parker dice que cree que la carta se la envió usted, y la señorita Sawyer niega haber recibido ningún cachorro ni cualquier otro tipo de animal en su casa.

—Es una actriz muy famosa. No quiere publicidad, eso es todo. ¡Pero sucedió!

—¿Tiene pruebas?

–Bueno, por supuesto que no, pero... ¿Qué hay de Cherry? ¿Han hablado con ella?

–No hay nada de que hablar, puesto que no hay denuncias.

Laura se inclinó hacia delante en su asiento.

–No, no pueden hacer esto... No pueden hacer caso omiso de todo lo que les he contado. Ella me amenazó...

–Me temo que no podemos hacer nada.

–Dios, ¿se puede saber qué tengo que hacer para que me tomen en serio? – estalló.

Ninguno de los dos respondió al principio. Laura tragó saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta.

–Laura, la tomamos en serio –dijo la mujer–. Simplemente, tenemos que seguir los canales adecuados.

No debía ponerse histérica, pero aquellos, aquella gente... había confiado en ellos.

–Por favor. No sé qué más hacer.

La mujer exhibió una muestra de empatía.

–Si empieza a recibir cualquier clase de comunicación no deseada, entonces esto podría serle útil.

Dejó un folleto con el Teléfono Nacional de Ayuda contra el Acoso en la mesita auxiliar. Al cabo de dos minutos, se fueron.

Agotada, Laura retiró las tazas y vio que la galleta había desaparecido. El agente debía de habérsela llevado al salir. Se desplomó en el sofá. Abandonada. Sola. El miedo cerval que la acechaba cada vez que se quedaba a solas con sus pensamientos empezó a invadirla de nuevo. Sabía que Cherry había elegido deliberadamente el cocker spaniel por el perro que Laura había tenido de niña. El cachorro era un mensaje claro para ella, y no para la actriz. ¿Qué más le había contado, que más había revelado, todos esos meses antes, delante de aquella chica? Nunca se acordaría, nunca lo sabría, a menos que Cherry decidiera recordárselo.

De pronto, la vida de Laura parecía muy frágil e inestable; podían ir desmontándola poco a poco, dismantelarla. Había ido a la oficina temprano ese día para comprobar si faltaban papeles, imprimir listas de contactos, guardar algunos documentos bajo llave y enviar otros a la trituradora. Luego había

borrado algunos correos electrónicos, cosas que no le gustaría que leyeran otras personas. Se preguntó si Cherry podría «hackearle» la cuenta de correo electrónico, entrar en su servidor. Se suponía que los jóvenes de hoy en día dominaban esa clase de cosas, como el chico que había pirateado el sistema informático del Pentágono. Llamó rápidamente a su empresa de telecomunicaciones y trataron de tranquilizarla, pero insistió en que le proporcionaran un mayor nivel de seguridad. La sensación de que alguien la seguía se había intensificado. Cuando había salido de su despacho para coger un taxi, se detuvo en el escaparate de una tienda, fingiendo mirar en el interior, y luego había vuelto bruscamente la cabeza para ver si alguien la estaba vigilando.

Laura se levantó rápidamente del sofá, de camino a la cocina, y comprobó dos veces que había echado los cerrojos de la puerta. Aún no podía quitarse de la cabeza el incidente del cachorro. ¿Quién en su sano juicio le enviaría a alguien un animal muerto? Fue entonces cuando se dio cuenta de que debía de haberlo matado la propia Cherry o que lo había metido vivo en la caja para que se asfixiara. Se detuvo horrorizada mientras un escalofrío le recorría el cuerpo. A Cherry no le daba miedo nada, no tenía miedo de que la atraparan. No parecía haber límites a lo que estaba dispuesta a hacer. Era una mujer despiadada y su sed de venganza era evidente. Nada la aplacaba; nada podría detenerla. No parecía tener límites morales, y poseía una mente muy despierta, rápida como el rayo, retorcida y aguda. Se había asegurado de que nada de todo aquello la condujera hasta ella.

De repente, Laura sintió un miedo atroz. ¿Qué más había que fuese importante para ella y que Cherry estuviese decidida a arrebatárselo? Su cerebro discurría a toda velocidad, pensando en todas las posibilidades, a cual más terrible. Buscó el teléfono. No podía telefonar a Daniel o Howard. Tenía que llamar a Isabella.

# CUARENTA Y OCHO

*Martes, 3 de noviembre*

Laura siguió a Isabella a la cocina y se quedó allí, sabiendo que no disponía de mucho tiempo, porque su amiga tenía que irse a los Cotswolds esa misma tarde. La llamada había originado una situación un tanto incómoda. No habían hablado desde que ella había ido a disculparse. Y luego, Isabella le había dicho que estaría ausente durante lo que a Laura le pareció una semana muy larga. La idea de pasar otros siete días encerrada en casa, sintiendo miedo cada vez que llamaban a la puerta y cada noche en soledad, con el cerebro completamente desbocado mientras intentaba descifrar todas las incógnitas, era demasiado difícil de soportar. Le había suplicado ir a verla.

–¿Una taza de té? ¿O quieres algo más fuerte? Yo no puedo, porque tengo que conducir.

–¿Cómo está tu madre?

–Quejándose de que los médicos intentan matarla, pero al menos se está tomando la medicación. George ya ha tenido suficiente y ahora me toca a mí hacer de niñera. Luego mi querido hermano podrá tomar el relevo de nuevo, sobre todo teniendo en cuenta que vive al lado, aunque tenga que coger el Land Rover, y no me creo en absoluto que su viaje a Estrasburgo sea «crucial» para su éxito en las elecciones. Así pues ¿quieres un té negro? ¿Una infusión de menta? ¿Manzanilla?

–Sí, por favor.

Isabella iba a preguntar cuál de ellos, pero Laura le había dado la espalda y estaba mirando por las enormes puertas cristaleras que daban a un jardín minimalista blanco en la planta inferior.

–¿Te has sentido alguna vez como si estuvieras demasiado expuesta? ¿Como si alguien pudiera entrar en cualquier momento?

–Querida, puede que sea grande y que valga un dineral, pero aun así sigue siendo una terraza. Estoy rodeada de muros por todos lados.

Laura se volvió para coger la taza de manzanilla y notó que tenía las manos temblorosas.

–¿Quieres contármelo? –dijo Isabella.

–No sé por dónde empezar.

–Siéntate.

Lo hizo, agradeciendo que alguien más tomara las riendas de la situación. Hizo girar la taza entre los dedos, tratando de articular lo que sabía que tenía que decir.

–No quiero meterte prisa, pero si no llego a casa de mi madre antes de anochezca, llamaré al macizo del coronel que vive al final de su calle y le pediré que envíe un helicóptero.

–Hace unos días la ITV me comunicó que mi... que han cancelado nuestro proyecto.

–¡¿Qué?!

–Izzy, esto te va a parecer una locura... horrible... Oh Dios, no he perdido la cabeza, pero podrías pensarlo cuando oigas lo que voy a decirte.

–Sigue.

–Me daba miedo decir...

–Sabes que puedes contarme cualquier cosa –dijo Isabella con delicadeza.

–Prométeme que no me vas a juzgar.

–Claro.

Laura la miró; se lo había prometido para poder continuar con la conversación. Ahora que tenía la atención de Isabella, no sabía por dónde empezar. Jugueteeó con su taza, y de pronto, inesperadamente, se echó a llorar. Casi en cuanto le cayó la primera lágrima, recobró la compostura, sacando rápidamente un pañuelo limpio del bolso. Izzy le extendió una mano reconfortante.

–¿Qué es, Laura?

–Cherry ha vuelto.

Izzy se irguió en el asiento.

–«Ha vuelto» ¿en qué sentido?

–Está viviendo con Daniel. Hace unos meses le dije algo que no era verdad. Eso hizo que se mantuviera alejada, pero luego descubrió que le había mentido y quiso recuperarlo. Daniel la invitó a que se fuera a vivir con él. Mientras tanto, para castigarme por lo que le dije, me ha amenazado con quitármelo todo. Daniel no me devuelve las llamadas, Howard quiere el divorcio. Hace unos días descubrí que había enviado un cachorro muerto a la actriz principal de mi nuevo proyecto, que era mi salvación.

Isabella tenía la boca ligeramente entreabierta mientras asimilaba todo aquello, sintiendo una indignación creciente e incrédula por lo que le contaba su amiga.

–¿Un cachorro muerto? ¿Se puede saber qué demonios le dijiste?

–Le dije que Daniel había muerto. Mientras ella estaba de vacaciones en México. Ella volvió y yo no quería que lo viera. La llamé cuando se bajó del avión y le dije que había muerto. Y que no podía verlo porque lo habíamos incinerado y habíamos esparcido las cenizas.

Isabella aún estaba intentando esbozar una sonrisa de comprensión, pero las comisuras de sus labios le temblaron y cedieron al fin. Laura vio confusión en sus ojos, junto con un gesto de incredulidad.

–Dijiste que no ibas a juzgarme.

–¡No! No te estoy juzgando –contestó Isabella rápidamente.

–En ese momento... Creía que Daniel se estaba muriendo. Pensaba que solo le quedaban unos días de vida.

–¿Y luego...?

–Había descubierto algunas cosas... cosas que había dicho ella, y para mí no había ninguna duda de que solo estaba con él por su dinero. Así que... No le dije nada.

Laura esperó a que Isabella hablara.

–Di algo...

–La verdad es que no sé qué decir. No puedo creer... Quiero decir, puedo entender que quisieras pasar ese tiempo con Daniel, pero, Laura...



Laura enterró la cabeza entre sus manos.

–Oh, Dios, no, no... ¿Qué he hecho? ¿Cómo he podido hacerlo?

–Tranquila, tranquila. No te preocupes. Esto tiene solución.

–¿La tiene? ¿Cuál?

–Lo que hiciste... fue algo espantoso. Pero recuerdo lo terrible que fue aquello para ti, lo desesperada que era la situación. ¿Qué piensa Daniel de todo esto? –preguntó Isabella con cautela.

Laura tardó unos segundos en responder.

–Hace casi dos meses que no hablo con él.

Isabella se inclinó sobre la mesa de la cocina y le apretó la mano, algo por lo que Laura le estaría eternamente agradecida.

–Dios mío. Un cachorro muerto... Esa chica, ¿está loca?

–Está loca... Es inteligente... Extremadamente decidida. No lo sé. Probablemente las tres cosas. Pero va a por mí y no sé qué hacer. Tengo miedo de quedarme en casa.

–Deduzco que Howard ya no está allí... ¿Le has contado todo esto?

–Una parte. Pero no cambió nada. –Laura hablaba por encima de la mirada de exasperación de su amiga–. De todos modos, no lo quiero en casa.

–¿Se lo has contado a la policía?

–Sí. No pueden hacer nada. La actriz no quiere publicidad y lo niega. Se ha ido una temporada a Ibiza. Y la carta que Marianne recibió supuestamente escrita por mí... Bueno, ella todavía sostiene que fui yo quien la escribí.

Isabella abrió los ojos como platos.

–¿Cherry falsificó una carta? ¿Qué decía?

–Uf, cosas muy desagradables, barbaridades. La clase de cosas que alguien a quien su marido lleva engañando durante años podría querer decir. Le hizo darse cuenta a Howard de que estaba malgastando el tiempo. Ha decidido aprovechar el momento. Quiere el divorcio.

–El muy cabrón... –murmuró Isabella.

–Y... Fui a verla cara a cara.

–¿A quién? ¿A Cherry? ¿Qué te dijo?

–Me dijo que no me interpusiera en su camino. O me seguirían pasando cosas malas.

–¡Dios! Está completamente loca. ¿Quién se cree que es? Pero si es solo una

cría, por el amor de Dios... Tiene la misma edad que nuestra hija. Dios mío, si Brigitte hiciera alguna vez una cosa así... –Isabella inspiró hondo. Miró a Laura con una expresión apesadumbrada, compasiva, con una mirada que la hizo sentirse completamente sola–. Ay, Laura...

–Lo sé –dijo ella rápidamente–. Sé que hice algo horrible... –Se le quebró la voz y guardó silencio. Quiso preguntarle a Isabella si ella habría hecho lo mismo, pero le daba demasiado miedo la respuesta–. No sé qué hacer –suplicó con impotencia.

–¿Puedes intentar hablar con Daniel otra vez?

–No querrá. Créeme, lo he intentado. Y también le he escrito. Creo que ella interceptó la carta.

El móvil de Isabella sonó sobre la mesa. Miró la pantalla.

–Es mi madre.

–Tienes que irte.

Ella asintió tímidamente y dejó que saltara el buzón de voz.

–Volveré a llamarla dentro de un minuto.

Laura se levantó y se sonó la nariz mientras llevaba su taza al fregadero.

–No te preocupes, tengo tiempo.

–No pasa nada. Tienes que irte.

–No hemos solucionado nada.

–Estaré bien.

–¿Quieres venir a casa de mi madre?

Laura esbozó una sonrisa débil.

–Solo quieres una aliada.

–Tienes razón. –Isabella la abrazó–. Volveré lo antes posible, y tienes que prometerme que me llamarás si ocurre algo. De hecho, te llamaré yo. Todos los días.

–Gracias.

–Lamento nuestro desencuentro de hace unos días.

–No fue nada en realidad –dijo Laura–. La verdad es que me alegro de que te vayas de aquí.

Izzy se rio.

–¿Qué pasa? ¿Crees que esa cría desquiciada me va a hacer algo?

–Tal vez. –Laura mantuvo una expresión seria–. Es capaz. No se detendrá

ante nada.

Laura comprobó el interior de la casa al llegar y cerró las puertas con todos los cerrojos y cadenas de seguridad de que disponía la vivienda, pero no podía evitar sentir miedo cada vez que iba a la cocina a llenar su copa de vino. La nevera emitió un fuerte zumbido al abrir la puerta; la copa de vino parecía resonar en la encimera de granito. Se paró a aguzar el oído: silencio. Quizá la ayudaría poner música. Encendió la radio, pero el programa de música clásica era muy melancólico, y las demás emisoras de música también influían en su estado de ánimo: parecían insoportablemente ruidosas y ajenas a su necesidad de calmar sus nervios. Así que la apagó de nuevo, pero ahora la casa estaba demasiado silenciosa. Dios, ojalá Isabella estuviera allí...

Respiró profundamente. Tenía que recuperar la serenidad como fuese. Cherry no estaba agazapada acechándola en algún rincón de la casa. Consciente de que no había comido nada desde el desayuno y de que eran casi las seis, volvió a abrir la nevera y sacó una tarrina de *tzatziki* y un pimiento rojo, que troceó bruscamente. Se sentó junto a la encimera para comerse su cena improvisada, mientras dejaba vagar la mente. ¿Qué iba a hacer Cherry ahora? Porque estaba segura de que no se detendría. ¿Hasta dónde era capaz de llegar? Desfilaron por su mente todas las cosas que le importaban: la casa, sus amigos... Dios, *Moisés*... Se levantó de un salto y corrió hacia las puertas cristaleras, las abrió y empezó a llamarlo con insistencia, dando golpecitos en su plato de comida para que acudiera. Cuando lo hizo, y después de un concienzudo examen, vio que estaba ileso y lanzó un suspiro de alivio. Sin embargo, cerró las puertas para disgusto del pobre animal.

–Lo siento, *Moisés*, pero te necesito dentro esta noche. Ahí fuera hay una loca que quiere hacerme daño. Y eso significa que tal vez a ti también.

Volvió a acomodarse en la barra de desayuno. No lograba tranquilizarse. Luego, a pesar de que sabía que él no quería hablar con ella, cogió el teléfono y llamó a Howard. No le respondió. Frustrada, no dejó ningún mensaje. Intentó telefonar a Daniel, pero, incapaz de soportar un nuevo rechazo silencioso, colgó el teléfono.

Atrapada en su casa, miró por la ventana hacia el jardín a oscuras,

preguntándose dónde estaría Cherry, qué estaría pensando, qué estaría planeando.

# CUARENTA Y NUEVE

*Miércoles, 4 de noviembre*

Un conductor hizo sonar el claxon mientras Laura rodeaba lo que debía de ser una de las peores rotondas de Londres. Estaba al sur de Croydon, en Purley, un municipio con calles de un solo sentido con mucho tráfico, taponado en uno de sus extremos por aquella rotonda monstruosa, que ahora la dejaba salir escupiéndola a la entrada de un supermercado extremadamente grande. Pasó rebotando por encima de las bandas reductoras de velocidad y se dirigió al aparcamiento, desfilando por debajo de las megaofertas que le ofrecían desde los carteles publicitarios en el camino: tres cajas de pizza de masa gruesa, con imágenes de falsos italianos sonrientes, por solo tres libras. Aparcó el coche y se reservó unos minutos para pensar.

Había pasado varias horas despierta, aguzando el oído. Con la imaginación, había deambulado por la casa, en todas las habitaciones a oscuras, capaces de esconder a alguien. Se imaginó oír movimiento detrás de las cortinas, el sonido de una respiración detrás de la puerta. Además del miedo, sentía ramalazos de furia, por estar muerta de miedo en su propia casa, por haber perdido el contacto con Daniel.

Cherry era solo una cría, y, como había dicho Isabella, si Brigitte alguna vez hubiese hecho algo así... Ella ¿qué? Sin duda, tomaría cartas en el asunto, tal vez incluso la detendría. Fue entonces cuando tuvo la idea. Se levantó y encendió su ordenador. Tenía que encontrar a la madre de Cherry. No era una

maniobra infalible; de hecho, había muchas posibilidades de que fuera el peor movimiento que pudiera hacer. Cherry sabía cómo cubrir sus huellas y aparentar ser una pobre víctima inocente, y una madre siempre pensaba que su hijo era el más perfecto... Pero las madres también conocían a sus hijos mejor que nadie, y tal vez, solo tal vez, ella sabría algo que Cherry ocultaba.

Laura miró por el parabrisas. Aquel lugar era donde podía trabajar la madre de Cherry. Recordaba que Daniel había mencionado en una ocasión que era empleada en un hipermercado, y con la esperanza de que pudiera tener el mismo apellido que Cherry, Laura había buscado entre los distintos departamentos de personal el nombre de «Laine». Había pasado por tres cadenas de supermercados hasta que en Tesco encontró a una mujer llamada Wendy Laine. La ubicación de la tienda parecía encajar –se podía ir perfectamente desde Croydon–, pero Laine era un apellido bastante común, por lo que cabía la posibilidad de que no tuviera nada que ver.

Si la madre de Cherry trabajaba allí, Laura no estaba segura de cuál era el mejor modo de abordarla. Su historia era extraña y chocante: ninguna madre quería escuchar que su hijo había hecho algo horrible. ¿Y si se ponía a la defensiva, y si se enfadaba? ¿Y si le pegaba un puñetazo o algo así? ¿Y si Cherry ya le había contado lo de la mentira y la mujer la odiaba sin conocerla? Una mezcla de miedo y ansiedad la empujaron a salir del coche.

Una mujer vestida con unos pantalones de chándal de una talla menos de la que debería llevar pasó andando por su lado, arrastrando a una niña de no más de tres años con las orejas perforadas y una camiseta de Disney. La niña iba un poco rezagada, más concentrada en comerse el caramelo envuelto en el llamativo papel amarillo y verde brillante que en seguir a su madre, cuyo carrito iba cargado hasta los topes de bolsas, con tres cajas de pizzas congeladas supuestamente italianas en la parte superior.

Laura se dirigió a la entrada del supermercado. Según el sitio web, Wendy Laine era cajera supervisora, pero obviamente debía de hacer turnos. No tenía forma de saber si trabajaba ese día, salvo que, al entrar, vio un tablón en la entrada con todos los supervisores que estaban de servicio. El nombre de Wendy estaba allí, y al lado estaba su foto. Laura la miró y sufrió un desengaño: el pelo de aquella mujer era de un tono bastante brillante de castaño rojizo, y no se parecía en nada a Cherry. Un guardia de seguridad la estaba mirando.

–¿Va todo bien? –preguntó con suspicacia.

–Vengo a ver a Wendy Laine. –«¿Tiene algún sentido lo que estoy haciendo?», se dijo.

–¿De qué se trata?

–Es un asunto personal.

Parecía a punto de objetar algo, pero luego se alejó por uno de los pasillos, supuestamente para ir a buscarla.

Al cabo de un par de minutos, una mujer menuda apareció junto a Laura.

–¿Puedo ayudarla?

Laura la escudriñó buscando algún parecido con Cherry, pero seguía sin ver nada.

–Hola. Soy Laura Cavendish.

La mujer frunció el ceño un momento y luego estalló en una sonrisa radiante, aunque también de perplejidad.

–¿La madre de Daniel?

El corazón le di un vuelco.

–Sí.

–Cherry no me ha dicho... ¿Teníamos que vernos o algo parecido?

–Es más bien una visita improvisada. No le he dicho a Cherry que venía a verla.

–Falta poco para mi hora de descanso. Espere... –Trasteó con su radio—. Holly, ¿puedes cubrirme? Voy a tomar una taza de té.

Laura oyó una respuesta afirmativa entre interferencias y luego siguió a Wendy a la cafetería, un cubículo anodino y sin luz natural emplazado en un lateral de la tienda.

–Tienen un café con leche delicioso –dijo Wendy insistiendo en pagar puesto que le hacían el descuento de empleada.

Laura pidió una infusión de menta, Wendy un café con leche, y las dos se sentaron a una mesa pequeña y redonda con el borde marrón.

Wendy la miró con curiosidad.

–Me alegro de conocerte por fin. Hace siglos que le pido a Cherry que nos presente, pero siempre me pone alguna excusa, sobre todo que tú no tienes mucho tiempo libre. Por supuesto, las dos somos madres trabajadoras –dijo sonriendo.

Laura le devolvió la sonrisa. No creía que Cherry le hubiese contado nada acerca de sus desavenencias; Wendy se mostraba demasiado amable con ella, encantada de estar en su compañía. De hecho, estaba tan contenta de conocerla, se mostraba tan abiertamente cariñosa, que Laura sintió una inesperada punzada de culpabilidad por lo que estaba a punto de hacer. Respiró hondo y entrelazó las manos en su regazo.

–Wendy, hace unos meses le hice algo horrible a Cherry.

La mujer se quedó perpleja.

–¿De verdad? No me ha contado nada.

–Cherry y yo no siempre hemos visto las cosas de la misma manera, y cuando pensábamos que Daniel no iba a sobrevivir... ¿Sabes que ha estado enfermo?

–Sí, una noticia terrible. Lo sentí mucho por ti...

–Sí, bueno, el caso es que cuando los médicos dijeron que era poco probable que sobreviviera, le dije a Cherry que Daniel había muerto, para poder pasar sus últimos días a solas con él. Solo su padre y yo.

Al principio no lo entendió.

–¿Que hiciste qué?

Laura no tuvo que repetirlo.

–Oh, Dios mío.

–Y cuando salió del coma, no se lo conté a Cherry. Hice algo terrible y lamento el daño que les causé... Pero desde que Cherry lo descubrió, ella... bueno, para decirlo sin rodeos, ella me ha amenazado con destruir mi vida.

–¿Cómo dices?

Laura se puso en guardia. Había captado indignación en su rostro, un destello de ira.

–Sé que seguramente es muy difícil para ti escuchar esto. A mí me costaría mucho...

–Espera un momento. ¿Cómo se te ocurre venir a decirme que mi hija es una especie de monstruo?

–Yo no he dicho eso exactamente...

–¿Qué tienes contra ella? –preguntó Wendy levantando la voz.

Laura puso las manos sobre la mesa.

–Wendy, por favor... Te lo ruego, escúchame.



–Continúa –dijo Wendy a regañadientes.

Laura le explicó lo de la carta a Marianne y lo del cachorro y durante todo el tiempo el semblante de Wendy trató de negar el impacto.

–Eso me parece bastante descabellado.

–¿Crees que me lo he inventado? –exclamó Laura–. Yo no quería venir aquí y decirte esto, y desde luego, no pretendo disgustarte ni ofenderte, pero no sé qué va a hacer Cherry a continuación y eso me pone... muy nerviosa. –Hizo una pausa–. Y no sé cómo detenerla.

Miró a Wendy, con la esperanza de que tuviera palabras de consuelo, alguna solución para hacer desaparecer aquella pesadilla, pero parecía simplemente una mujer cuya agradable conversación con otra madre mientras tomaban una taza de té se había agriado como no habría podido imaginar.

–¿Quién te crees que eres... viniendo aquí, insultándome a mí y a mi hija...? Hizo amago de levantarse, pero Laura también lo hizo, suplicándole.

–No te vayas. Por favor... No sé qué más hacer. Mi propio hijo no me dirige la palabra. No tienes ni idea de lo que es eso.

¿Eran imaginaciones suyas o Wendy se había estremecido? Al cabo de un momento, volvió a sentarse, para alivio de Laura.

–Se ha ido a vivir con él, ¿no es así? ¿Con tu Daniel?

Laura asintió.

–Él cree que estoy tan en contra de Cherry que se me ha nublado el juicio. – Parecía incómoda–. Últimamente no he estado muy a favor de su relación que digamos.

–¿Por qué?

¿Debía decírselo? Eso podía provocar que llevase los insultos demasiado lejos. Podría hacer que Wendy le saltase al cuello.

–Tenía la impresión de que a Cherry podía gustarle mi hijo sobre todo por su dinero.

Wendy negó con la cabeza con aire furioso, ahora ofendida de veras.

–De ninguna manera. Tenía su trabajo: más de treinta mil al año.

Laura estaba avergonzada.

–Ya no trabaja allí.

–No, pero está buscando.

Habló en voz baja.

–No lo creo.

–Pero Daniel... Sin ánimo de ofender, Laura, pero él todavía está haciendo prácticas como médico, ¿no? No está forrado todavía, que digamos, y no creo que esté aflojando dinero por los dos. Y vive en un barrio muy elegante de Londres, ¿no? Debe de tener una hipoteca increíble.

–Daniel tiene un fondo fiduciario. Y el piso... está pagado. Su padre se lo compró.

Wendy abrió los ojos como platos.

–Daniel recibe un ingreso de cinco mil libras en su cuenta bancaria todos los meses. A pesar de que tiene una carrera, en la que esperamos que tenga mucho éxito, en realidad no necesita trabajar.

Se calló al ver que sus palabras parecían calar hondo al fin. Wendy se había ruborizado y, por primera vez, parecía superada por los acontecimientos.

–Madre de Dios...

Un silencio se instaló entre ellas. Wendy se había replegado en sí misma. Parecía avergonzada por no entender el lenguaje de la riqueza. Laura tenía miedo de estar a punto de perderla, así que le cogió la mano y se la apretó con fuerza.

–Por favor, Wendy. Ya no sé qué hacer.

La otra mujer no parecía demasiado cómoda con el hecho de que le sujetara la mano y Laura la apartó con torpeza.

–Y ahora se va a casar –murmuró Wendy para sí misma.

Laura sintió que estaba a punto de desmayarse, y sintió que se rompía en un millón de pequeños fragmentos de dolor mientras un zumbido en los oídos la ensordecía.

–No lo sabías.

–¿Casarse? ¿Daniel y Cherry se van a casar? ¿Cuándo? –preguntó presa del pánico.

–En enero.

Empezaron a temblarle las manos.

–No, por favor, Dios... No puedo... Por favor, Wendy. Sé que es tu hija, pero por favor no dejes que haga eso.

–No entiendes lo que me estás pidiendo.

–Esto va más allá del dinero. Quiere adueñarse de él por completo, lo quiere solo para ella y que yo no lo tenga. Nunca volveré a verlo. Hará que me eche de

su vida. Tú conoces a tu hija mejor que nadie. Por favor..., cualquier cosa que puedas hacer...

Wendy dio un sorbo a su bebida y luego dejó la taza despacio. Chocó con estrépito sobre el platillo, de porcelana gruesa, diseñado para resistir a la manipulación de las masas.

–No.

Laura sintió una opresión en el pecho.

Wendy se levantó.

–Tienes que entenderlo, Laura. Es mi hija.

Laura vio como Wendy se alejaba temblando.

# CINCUENTA

*Jueves, 5 de noviembre*

Cherry entró con su llave en el piso de su madre y dio indicaciones al hombre de la mudanza que había contratado para que siguiera el pasillo y fuera a su habitación, donde las cajas estaban apiladas ordenadamente. Había hecho lo correcto, trasladar sus últimas cosas cuando su madre aún estaba en el trabajo, para así evitar preguntas del tipo cuándo podría ir Wendy a ver su nuevo hogar. No quería que fuera y se pusiera a lanzar chillidos y exclamaciones de admiración, haciendo comentarios embarazosos sobre lo caro o lo lujoso que era todo, o peor aún, llevándoles un regalo del supermercado para decorar la casa. Como de costumbre, se sintió culpable por albergar aquellos pensamientos y decidió invitarla a cenar a un lugar agradable, tal vez al cabo de unas semanas, cuando ya estuviera plenamente instalada. Es más, le dejaría una nota prometiéndole eso. Sí, eso era justo lo que haría, pensó, complacida, y fue a la sala de estar a buscar un trozo de papel.

–¡Mamá!

Wendy estaba sentada en el sofá.

–¿Has venido a despedirte?

–Yo... no sabía que estabas aquí. –Frunció el ceño–. ¿No tendrías que estar trabajando?

–Le he cambiado el turno a una compañera.

–Ah.

–No pareces muy contenta.

–No, no, si no me molesta. ¿Por qué iba a hacerlo?

Wendy se puso en pie.

–No pareces muy entusiasmada. Pensé que era una buena idea. Ya sabes, para que nos viéramos un rato.

–Pues claro que está bien. Es solo que no quería molestarte.

Cherry se sintió incómoda ante la mirada de escrutinio de su madre. ¿De qué iba todo aquello? Quería sacar sus cosas de allí y marcharse y, desde luego, no tenía la menor intención de quedarse a fortalecer vínculos entre madre e hija.

–No creo que eso sea verdad, Cherry. Creo que la verdad es que no te gusta pasar tiempo conmigo.

Cherry sintió un nudo en el estómago, pero se echó a reír.

–¿Qué?

–No soy rica. Pero me gusta pensar que vivo cómodamente, y trabajo muy duro.

–Claro que sí –dijo Cherry rápidamente, con aire tranquilizador.

–¡No te pongas condescendiente conmigo! –exclamó Wendy, y Cherry se estremeció–. Creo que te avergüenzas de mí. Que no me crees digna de ti, Cherry.

El corazón le latía desbocado en el pecho.

–¿Adónde quieres ir a parar?

–Trabajo en un hipermercado; no llevo ropa elegante; no hablo tan bien como otras personas. Tú siempre has querido superarte, tenías muchas expectativas, gustos caros. Por eso estabas tan disgustada con lo de ese Nicolas. Sabía que eras demasiado buena para este barrio, pero nunca pensé que eras demasiado buena para mí. –Se le quebró la voz, pero se recobró–. Ayer vino una mujer a verme a la tienda.

–¿Quién? –preguntó Cherry con ansia, pero, en el fondo, ya lo sabía.

–Laura Cavendish. No pensaba decírtelo, pero lo que me contó... me ha tenido en vela toda la noche. Vino a suplicarme que la ayudara. A detenerte. –Hizo una pausa–. ¿Es cierto lo que me ha contado?

–Vamos, no seas tan melodramática.

Wendy se quedó paralizada.

–Oh, Dios mío... –susurró.

–¿Te contó lo que me hizo? ¡Me mintió! Me dijo que su hijo había muerto para que no pudiera volver a verlo nunca más.

Cherry esperó a que sus palabras causaran el impacto deseado, para que su madre se encogiera ante ella, como hacía siempre. Para que tuviera miedo de hacer enfadar a su hija, para que dijera lo que Cherry quería oír y conseguir así no alejarla aún más de ella. Pero Wendy la miraba de forma distinta, de un modo que Cherry nunca había visto antes, y eso la asustaba.

–No me puedo creer que hicieras todo eso –dijo Wendy–. Todas esas cosas. ¿Mataste a un cachorro...? ¿Qué demonios te pasa?

–Joder, ¿quieres dejar de hablar de eso? Salvé a ese animal de una existencia miserable. Deberías haber visto a la pobre perra, encerrada, sin ningún lugar donde correr, sin luz, sin aire. Tenía una vida de mierda. No tenía futuro por culpa del lugar donde había nacido –escupió.

A Wendy se le quebró la voz.

–Estás hablando de ti, ¿verdad? –Dio un paso hacia ella–. Cuando murió tu padre, trabajé muy duro durante todos esos años. Prácticamente matándome a trabajar, pero a ti nunca te faltó de nada. No te veía tanto como quería, pero esperaba que vieras algo bueno en lo que estaba haciendo, que me admirases por ello. Puede que no haya tenido grandes cosas, pero me gané con el sudor de mi frente todo lo que tengo. ¡Nunca se lo quité parasitando a nadie como si fuera una sanguijuela!

Temblorosa, Cherry le dio una bofetada. Wendy dio un respingo y se llevó la mano a la mejilla.

–Disculpen.

El hombre del camión de la mudanza las miraba incómodo desde el umbral.

Cherry se dio media vuelta.

–¿Qué?

El hombre levantó las manos.

–Ya está todo. Esperaré fuera. –Y salió de allí a toda prisa.

Cherry se volvió hacia su madre con aire aprensivo.

–Sé que te avergüenzas de mí –dijo Wendy en voz baja–, pero yo también me avergüenzo de ti.

Cherry tenía los ojos encendidos de furia. De repente, volvió a sentirse como la don nadie de Croydon, la chica sin oportunidades de futuro, la que nunca

podría retener a su lado a un novio de mejor posición social que ella. Se sintió superada por las emociones y necesitaba salir de allí. Se largó corriendo del piso y bajó aparatosamente los escalones de piedra buscando aire fresco. El hombre del camión de la mudanza ya se había ido y ahora se dirigía a Kensington. Cherry echó a andar, temblando, calle abajo, hacia el Mercedes de Daniel, con los brazos cruzados y los ojos refulgiendo de ira.

«¡¿Cómo se atreve?! ¿Cómo se atreve esa maldita mujer a meter las narices...? ¡Joder!» Toda ella irradiaba odio puro, contaminando el aire que respiraba. «¿Qué coño está haciendo Laura, yendo a ver a mi madre? ¡Como si yo fuera una niña! Es insoportable, asfixiante... la manera en que se comporta con lo de Daniel. ¡Qué mujer tan posesiva, maldita sea! No es justo controlar así las vidas de otras personas, sofocar sus sueños...»

Cherry se secó furiosamente las lágrimas con la palma de la mano y contuvo la respiración para que no acudieran más. Cuando se subió al coche, la ira se instaló como una piedra dura en su pecho. Así que Laura todavía estaba empeñada en separarlos, no le había hecho ningún caso. Cuanto más lo intentaba, más furiosa se ponía Cherry. ¿Por qué no se quitaba de en medio de una puta vez? ¿Por qué no desaparecía? Ojalá la atropellase un autobús. Un accidente. Lo que fuera. Eso era lo que tenían los accidentes, que nunca los veías venir, pero un pequeño resbalón, un traspíe, y ya eras historia. ¡Zas! Desaparecías. El problema ya no existía y nadie tenía la culpa. Eso sería fantástico. Fantaseó con la idea un momento, sumida en el resentimiento y la autocompasión.

Pero entonces la realidad la golpeó. Los accidentes no ocurrían cuando tú querías. Presa aún de la furia, arrancó el coche y se alejó, accionando las marchas con vehemencia. Se aferró al volante y fijó la vista hacia delante, maldiciendo a cualquiera que no acelerara lo bastante rápido en un semáforo en verde, a cualquiera que dudara en una rotonda. Se dirigió hacia la Webb Estate, sin darse cuenta siquiera; luego detuvo el vehículo y se asomó por las puertas mecánicas, cerradas a cal y canto. Las luces de unos faros se acercaron por detrás y vio pasar otro automóvil; las puertas se abrieron para él. Sin pensar, puso el coche en marcha y siguió al anterior. El otro vehículo dobló hacia una de las calles residenciales y Cherry siguió el camino que recordaba, hacia la casa de Nicolas.

Llegó a Silver Lane, flanqueada por cuatro hileras de abedules plateados, y se detuvo a mitad de camino. Ahí estaba, la enorme mansión a cuatro vientos de ocho dormitorios. Avanzó con el coche unos pocos metros para poder ver el dormitorio de Nicolas a través de los árboles. Se preguntó con cierta ansiedad, esperanzada, si lo vería. Con los brazos alrededor de su mujer, recortados en la ventana. Quizá él también la vería. Bajaría. Y ella se aseguraría de que viera su anillo de pedida, y luego mencionaría a Daniel como quien no quiere la cosa.

Entonces, de repente, se sintió como una perfecta idiota. Él ya no vivía allí. Se habrían ido, él y su esposa. Ahora tendrían su propia casa; estarían viviendo sus propias vidas. Ellos habían seguido adelante. Con una aplastante sensación de humillación, Cherry se fue de allí lo más rápido que pudo.



# CINCUENTA Y UNO

*Viernes, 6 de noviembre*

Eran las seis de la mañana y Daniel, completamente vestido, observó a Cherry durmiendo en su cama, con el pelo oscuro y sedoso cayéndole sobre la cara, levemente enrojecida. Tenía los brazos fuera del edredón, la piel suave y sugerente. Se preguntó si darle un beso de despedida. Habían tenido su primera pelea la noche anterior y aún no habían hecho las paces, no como es debido. Y todavía no había entendido del todo por qué se habían peleado.

La noche había comenzado plácidamente. Mientras Cherry estaba en casa de su madre, Daniel recibió una llamada de su amigo Will, que se alegró de que no estuviera trabajando en el hospital. Will buscaba a alguien con quien salir a celebrar que acababa de obtener un ascenso. Se había autoinvitado al piso y estaban esperando que Cherry volviera para poder salir los tres. Daniel era consciente de que ninguno de sus amigos había visto a Cherry desde antes del accidente, y ahora que volvían a estar juntos, estaría bien que se conocieran un poco mejor. Los chicos sacaron un par de cervezas de la nevera mientras esperaban.

–Dan, tengo que decirte que eres un trozo de pan. Sobre todo después de la forma en que te dio la patada –dijo Will mientras quitaba el tapón de la botella.

Daniel le respondió con evasivas. No quería acusar a su madre contando toda la historia, así que se limitó a responder vagamente diciendo:

–No fue exactamente como tú crees.

Como era habitual entre hombres, Will no insistió demasiado en el tema. Chocó la botella con la de su amigo para brindar.

–Que tengas buena suerte –dijo sin malicia–. ¿Qué te apetece hacer esta noche? Podríamos probar ese nuevo japonés, ya sabes, ese cuyo dueño es amigo de Theo. ¿A Cherry le gusta la comida japonesa?

Daniel no lo sabía. Sonó el timbre de la puerta y, al contestar, vio en la pantalla al hombre del camión de la mudanza descargando las cajas en la calle, listo para llevarlas arriba.

–Volverá enseguida –dijo–. Se lo preguntaremos.

El hombre subió las cajas por las escaleras y las metió en el apartamento. Apenas abrió la boca y no quiso una taza de té. Daniel le preguntó dónde estaba Cherry y si ella lo había seguido y él arqueó las cejas.

–Espero que no, amigo. ¿A ti también te pega las bofetadas que le da a su vieja?

Daniel se quedó boquiabierto y al darse cuenta de que había hablado más de la cuenta, al hombre le entró la prisa por irse.

–Tengo que irme, la verdad. ¿Tienes el dinero, colega?

–Espera un momento, ¿qué has querido decir con eso de las bofetadas...?

–Eh, eh, no pienso meterme en líos domésticos. Si no te importa, me pagas y me largo.

Extendió la mano tozudamente y Daniel vio que no iba sacarle nada más. Le pagó sus doscientas libras y se fue. El comentario había dejado a Daniel con una sensación de inquietud, aunque supuso que el hombre debía de estar confundido o algo así. Se reunió con Will en la sala de estar.

–¿Va todo bien?

Daniel sonrió rápidamente.

–Perfecto. ¿Así que ahora tienes despacho propio?

Mientras escuchaba a Will hablar sobre su trabajo, aguzó el oído para comprobar si llegaba Cherry. Unos veinte minutos más tarde, oyó el ruido de la llave en la cerradura. La puerta de la sala de estar se abrió. Se la veía tensa, cansada, y no parecía muy contenta de ver a Will. Daniel se levantó de un salto para darle un beso, que ella aceptó en la mejilla. Se volvió para señalar a su invitado.

–Will ha conseguido el nuevo puesto.

–Ah, ya.

–Ya sabes, el de director de ingeniería de riesgos.

–Sí, ya me lo dijiste. –Cherry tomó aliento, sabía que tenía que esforzarse más–. ¡Felicidades!

Will levantó la botella.

–¡Gracias!

Daniel la rodeó con el brazo.

–Ha venido para ver si queríamos celebrarlo con él. ¿Te apetece salir a cenar?

–Hmmm... Tengo una jaqueca terrible, pero salid vosotros dos.

Avergonzado, Will tomó un sorbo de su cerveza. Saltaba a la vista que se había metido en medio de algún asunto de pareja.

Cherry se quedó inmóvil un momento, consciente de lo que había hecho, pero incapaz o sin voluntad de hacer nada por arreglarlo. Sentía que se ahogaba, y necesitaba salir de la habitación.

–Voy a cambiarme.

Al cabo de un segundo, Daniel corrió tras ella y la siguió hasta el dormitorio.

–¿Va todo bien?

Cherry se quitó las medias y las tiró al suelo. Se acostó en la cama.

–Sí.

–¿Tu madre está bien?

–Sí.

Era evidente que no quería hablar con él. No sabía cómo sacar el tema, acerca de lo que había dicho el hombre de la mudanza, y supo instintivamente que no le iba a sentar bien.

–Pues no parece que vaya todo bien –comentó con delicadeza.

–De verdad, no pasa nada. Me duele mucho la cabeza, nada más.

–Le diré a Will que no puedo salir. Me inventaré una excusa...

–Vete con él –le soltó.

Se hizo un silencio.

Cherry se dio la vuelta y esbozó una sonrisa forzada.

–Lo siento. Ha sido un día muy largo, eso es todo. Pero tú sal –añadió apresuradamente–. Creo que voy a intentar meterme en la cama temprano.

Daniel se fue al restaurante solo con Will, después de decirle que Cherry

tenía migraña. Había detectado su falta de entusiasmo y tuvo la sensación de que Will lamentaba haberlo llamado para salir. Daniel había hecho caso omiso a su pregunta de si todo «iba bien ahí dentro» y pensó en llamar a Cherry, pero creyó que tal vez estaría durmiendo. Cuando regresó, alrededor de las diez y media, lo estaba.

Como lo estaba ahora. Miró su hermoso rostro una vez más, el contraste de las pestañas oscuras sobre su mejilla, y decidió que un beso podría despertarla. Cogió a *Rufus*, que había adquirido la costumbre de acurrucarse detrás de él, después de saltar sobre la cama para lamerle la cara. Luego salió sigilosamente de la habitación y se fue a trabajar.

Cherry se despertó a las ocho y media con una sensación molesta, como cuando una mosca vuela zumbando por la habitación antes de quedarse muda, y justo cuando la olvidas, empieza a zumbar de nuevo. Luego, la sensación volvió. Se había comportado de forma estúpida la noche anterior y se encogió al pensar en la excusa tan absurda que había dado para no salir con el amigo de Daniel. ¿Cómo se llamaba? Ah, sí: Will. Lo había visto un par de veces antes, hacía muchos meses. No estaba mal, pero era un poco engreído, un rasgo que no soportaba. Aun así daba lo mismo: debería haberse mostrado encantadora; debería haber salido a cenar con los dos. Había creado una situación incómoda con Daniel y luego ella había tratado de enmendarla, pero en lo único que podía pensar en ese momento era en su madre, en lo que había sucedido.

De repente, se hizo un ovillo de dolor y culpa: había abofeteado a su madre. Tenía un nudo en el estómago por los remordimientos, pero, pensó con rabia, Wendy se equivocaba en la razón por la que estaba con Daniel. Ella lo amaba. Simplemente, era una suerte que además fuera rico. No podía negar que ella misma se había dado un empujoncito para tener esa buena suerte, sí, pero ¿acaso no había un dicho según el cual uno se labraba su propia suerte? Cherry se encogió mientras repasaba lo sucedido otra vez. Lo que durante tanto tiempo había intentado ocultar, el hecho horrible y bochornoso de que se sentía avergonzada de su propia madre, había salido a la luz, y todo porque Laura había dicho cosas, cosas muy dolorosas, a Wendy. La ira se apoderó de ella de nuevo: «Dios, cuánto la odio...».

Hubo un momento la noche anterior en que estuvo a punto de derrumbarse. Había querido contárselo todo a Daniel: cómo lo había manipulado fingiendo que no sabía que estaba vivo; lo que le había dicho y hecho a Laura para darle una lección y cómo Laura no la dejaba en paz, pero sabía que no podía hacerlo. Jamás. Había dejado que se fuera sin ella al restaurante con su amigo y se acostó en la cama preguntándose si él la llamaría antes de quedarse dormida. En algún momento, Daniel volvió y se metió en la cama sin despertarla y había hecho lo mismo pero a la inversa esa mañana.

Inquieta, se levantó de la cama de un salto. Cuánta razón tenían esos viejos matrimonios que salían por la tele diciendo que nunca había que irse a dormir sin hacer las paces. Cherry no debería haber dejado que la cosa se enquistara yéndose a dormir. Tenía que reparar su error y decidió sorprenderlo con una buena comida cuando llegara a casa. Era un cliché, lo sabía, pero funcionaría. Se metió en la cocina y sacó algunos de los libros de recetas que había comprado en la librería local para hojear las páginas. *Rufus* le ladró y ella lo recogió y dejó que la ayudara a elegir. Se decidieron por un tayín. Lo bastante exótico para demostrar que se había esforzado, pero en realidad era bastante fácil, a juzgar por las instrucciones.

Una vez tomada la decisión, se dispuso a preparar café, y la mosca volvió a zumbar dentro de su cabeza. La mosca cojonera de Laura. La asustaba, y odiaba esa sensación. Ojalá pudiera apartarla de un manotazo, aplastarla, limpiar sus restos con un trozo de papel de cocina y tirarlos a la basura. Tal vez alguien lo había hecho ya por ella. La idea le hizo gracia y encendió el televisor para ver las noticias de la mañana y comprobar si había habido algún accidente: una mujer que había pisado la calzada un segundo demasiado pronto y la habían atropellado, o a quien habían empujado del andén del metro. No era probable. Laura no solía ir en metro. Tenía que pasarle algo. En realidad, era muy sencillo, solo una cosita sin importancia capaz de hacerle perder el equilibrio. Intrigada por la sencillez, decidió buscarlo en Google: «Cómo causar una muerte accidental».

Abrió el portátil y estaba empezando a escribir en el recuadro de búsqueda cuando sus dedos se quedaron paralizados sobre el teclado. Dios, por los pelos... Cherry sabía que era imposible borrar por completo un historial de búsqueda. Por suerte, solo había llegado a teclear «Cómo causar». Tampoco es que

estuviera planeando hacer algo en serio. Pero solo por si acaso, cerró el ordenador y decidió divertirse un poco con su imaginación.

Un relámpago... Un poco difícil de controlar. La picadura de una abeja... Tal vez Laura era alérgica y podía sufrir un *shock* anafiláctico. ¿Se podía entrenar a las abejas de alguna manera? A lo mejor se podía poner algo en la piel que las atrajera....

Sin embargo, aún había una tasa bastante elevada de posibilidades de fracaso en aquel plan: dependería de si la persona se irritaba lo suficiente para apartar a la abeja de un manotazo y de si esta llegaba realmente a picar con su aguijón.

Mmm... ¿Y si se ahogara? Tendría que haber una corriente muy fuerte, y ningún testigo por supuesto. ¿Envenenamiento? Argh, ¿por qué Laura no podía haber sido diferente? ¿Por qué era tan posesiva? ¿Por qué se empeñaba tanto en que ella, Cherry, no era lo suficientemente buena para su adorado hijo?

Hacia la hora del almuerzo ya se sentía mucho mejor. Por supuesto, no tenía ninguna intención de ir a la casa de Laura y echarle lejía en el té, pero había sido una buena terapia especular con todas aquellas posibilidades.

Después de almorzar, fue a comprar los ingredientes para la cena de reconciliación y luego se puso a cocinar. El tayín inundaba el piso de los aromas de la canela, el laurel y el comino, y el pastel de merengue reposaba con aspecto majestuoso en la encimera. A las seis y media, puso la mesa, y veinte minutos más tarde, Daniel llegó a casa. Esperó a que él entrara en la cocina. Se dio cuenta de inmediato de que había hecho lo correcto. Al ver la mesa, con las copas de vino y los cubiertos cuidadosamente dispuestos, los labios de Daniel dibujaron una sonrisa y aquello disipó la frialdad entre ellos.

–¿Y esto? –dijo él.

–Es mi manera de decir lo siento. Por mostrarme ayer como una gruñona insoportable.

–Sí que estabas un poco gruñona.

–¡Oye!

Daniel soltó las llaves y la billetera.

–Estaba preocupado. Todavía lo estoy. ¿Va todo bien?

Ella sonrió.

–Pues claro que sí. Como te dije, solo tuve un mal día. De verdad. ¿Has visto el postre?

Daniel fue a examinar el pastel alargado, blanco, dulce y azucarado que rezumaba merengue y compota de fresa. Hundió el dedo e hizo una mueca de placer.

–Qué rico...

Aliviada por dejar atrás el tema de la noche anterior, Cherry sonrió.

–¿Has tenido un buen día?

–He presenciado una angioplastia.

–¿Eso es cuando abren una arteria taponada?

–El paciente mejoró visiblemente allí mismo, delante de mis ojos. La sangre empezó a fluir mejor por el cuerpo y el color de la piel le cambió de inmediato.

–Debe de ser algo increíble de ver.

–Lo es. –Hizo una pausa–. Mi madre me ha llamado hoy. Me ha dejado un mensaje. La primera vez en semanas.

Era como una puñalada por la espalda, pero se obligó a aparentar indiferencia. Sacó el cuscús del paquete y lo echó en un bol.

–Me siento mal. No me gusta estar enfadado con ella. Parecía angustiada.

–¿Qué decía en el mensaje?

–Lo mismo que en los otros. Que lo sentía. Que quería hacer las paces.

Cherry asintió con naturalidad.

–Es difícil para mí. Lo entiendes, ¿verdad?

–Lo sé.

–No me gusta que no os llevéis bien –dijo con un suspiro–. Mi prometida y mi madre. Deberíais poder gritaros al menos.

Cherry sonrió ante aquel chiste malo.

–¿No podemos intentar hacer algo para arreglarlo? Y ¿sabes? Todavía no le hemos dicho lo del compromiso.

–¡Por supuesto! Nada me haría más feliz.

–¿De verdad?

–Sí. –Lo besó–. Me da mucha pena que no nos hablemos y que tú estés en medio.

Se volvió para abrir el horno y revisar el tayín, muy consciente de que había dejado a Daniel muy sorprendido de lo fácil que había sido persuadirla. A los

hombres les gustaba la vida sencilla, sin confrontaciones, y sabía que lo que ella había dicho era demasiado fácil, que no se había resuelto nada en realidad. Tampoco iba a resolverse, pero para cuando Daniel se diera cuenta de eso y sacara el tema de nuevo, con un poco de suerte Laura ya habría desaparecido...

–Eso huele delicioso –dijo mirando el tayín. Él la abrazó y la besó en la nuca–. Gracias, Cherry. Eres increíble. Sé que mi madre no te ha puesto las cosas fáciles y te agradezco que no lo utilices contra ella.

–¡Cuidado, que quema!

–Creo que debería ir a verla.

Cherry se volvió.

–¡¿Qué?! ¿Esta noche?

–Solo será media hora o así. Después de cenar. ¿Es eso un problema? Lo ha pasado bastante mal. Ya sabes, con el divorcio y todo eso.

Sintió que el pánico se apoderaba de ella. Lo último que quería era que Daniel escuchara la historia completa de cómo Laura había ido a ver a Wendy.

–Es que... No me encuentro muy bien, eso es todo.

–¿Qué te pasa?

–Nada, es solo ese dolor de cabeza. Desde ayer por la noche. –Se frotó la frente, tratando de pensar rápidamente–. Parece que no se me va.

Daniel esperó un momento y luego dijo:

–Tienes que sentarte ahora mismo y descansar. Vamos, me daré una ducha y luego terminaré yo el cuscús.

Dejó que la llevara a la sala de estar y al sofá de color limón. En cuanto Daniel salió de la habitación y ella oyó el ruido de la ducha, se incorporó. La mezcla de tensión y de nervios se intensificó. No conseguía desprenderse de esa sensación, y daba igual cómo se sentara, estaba inquieta, quería quitársela de encima como fuera. Puso música para tratar de sofocarla. Luego se acostó de nuevo en el sofá y cerró los ojos, tratando de no pensar en la mosca que no dejaba de zumbear en su cabeza.

–Creí que tenías dolor de cabeza...

Daniel había entrado, con una camiseta y vaqueros limpios, y el pelo revuelto y mojado de la ducha. *Rufus* lo había seguido y estaba dando saltos, tratando de lamerle los tobillos.

–Sí, aún lo tengo –dijo–. Quiero decir, me he tomado una pastilla.



–No surten efecto tan rápido –dijo bajando el volumen.

«Maldita sea, es médico», pensó, sabiendo que él tenía razón y ella no podía llevarle la contraria. Le dedicó una sonrisa resplandeciente.

–Me has animado. Creo que el estrés de la mudanza me ha afectado.

–¿No estás contenta de estar aquí?

Ella lo miró extrañada.

–Estoy muy, muy contenta. –Quiso preguntarle: «¿Tú no?», pero algo la detuvo—. ¿Tienes hambre?

–Me muero de hambre.

–¿Comemos?

Él la siguió a la cocina.

–¿Una copa de vino?

Le cambió la cara.

–¡Oh, no!

–¿Qué?

–¡He olvidado el vino!

–No te preocupes por eso.

–No, quería que todo fuera perfecto. –Cogió su bolso—. Iré abajo, a Henry's, y compraré una botella de shiraz o algo así. Es hora de sacar a *Rufus* igualmente –dijo mientras sujetaba al animal para ponerle la correa.

–No es necesario.

Ella ya había salido por la puerta.

–¿Por qué no esperas a preparar el cuscús hasta que vuelva? Ya sabes cómo es, no siempre hace sus necesidades cuando quieres que las haga.

Cerró de un portazo detrás de ella y trató de calmar su respiración acelerada. No esperó el ascensor, sino que bajó corriendo las escaleras, seguida por un *Rufus* ansioso por ir detrás de ella. El aire fresco la ayudó a calmarse y recorrió la corta distancia hasta la vinatería, y luego ató a *Rufus* fuera. Normalmente siempre había un puñado de clientes hablando de vinos como si estuvieran discutiendo los términos de un tratado de paz, pero ella era la única en la tienda y la atendieron rápidamente. Metió la botella en una bolsa de plástico y se quedó fuera. No estaba lista para volver al apartamento, no había transcurrido el tiempo suficiente para que el ambiente se disipara, por lo que desató a *Rufus* del poste y se lo llevó a dar el paseo que ella había insistido en que necesitaba.

Laura se sentó y se puso a zapear por todos los canales, irritada por la falta de televisión de calidad. No quería ver otro programa de estilo de vida ligeramente disfrazado de programa serio de cocina. Sintiendo insegura como de costumbre, allí sola, se había pasado el día merodeando por la casa, nerviosa. Después de su desastrosa visita a Wendy, no sabía qué hacer a continuación. En realidad, no podía hacer nada y eso la asustaba, la hacía sentirse como un blanco fácil.

Pensó en volver a comprobar su móvil, pero ya sabía que Daniel no había respondido al mensaje que le había dejado. Volvió a sentir el dolor hueco en su pecho y se levantó rápidamente en busca de una distracción. Intentaría leer un poco.

Subió a su habitación, pero el libro no estaba en la mesita de noche como ella creía. Presa del pánico, se preguntó si alguien habría estado en la casa. La señora Moore, recordó, avergonzada. Quizá ella había colocado el libro en otro sitio mientras limpiaba. Laura miró hacia el alféizar de la ventana y, al tirar de las cortinas un poco hacia atrás, encontró el libro, y ya estaba a punto de correr la cortina de nuevo cuando un movimiento fuera llamó su atención.

Cherry estaba de pie en la acera de enfrente, bajo la farola de la calle, mirando hacia la casa. Laura retrocedió de inmediato y soltó la cortina. Se quedó cerrada parcialmente, dejando apenas unos centímetros, una rendija de luz suficiente para que Cherry pudiera verlo todo perfectamente. Si quería salir de la habitación, Laura tendría que cruzar por delante de aquella abertura. Se quedó allí quieta, encogida sobre sí misma, apoyada en la pared... «Dios, estoy muerta de miedo.» Miró hacia la parte posterior de la cortina, y dejó escapar un gemido de frustración antes de jadear bruscamente. «No puedo permitirle que me haga esto», pensó, pero estaba paralizada.

Laura se quedó allí durante lo que le pareció una eternidad, incapaz de decidir si volver a asomarse para ver si Cherry todavía estaba allí, cuando oyó ladrar a un perro. Un perro pequeño, puesto que era un ladrido ligero y feliz... o tal vez un cachorro. Un cachorro... Laura tiró de la cortina hacia atrás y allí, obligado por Cherry a salir del jardín del vecino de enfrente, había un cachorro de pelaje marrón de cocker spaniel. Daba saltitos a su alrededor, enredándose en

su correa y lamiendo la mano de ella mientras se inclinaba para acariciarlo.

Laura la observó fijamente. El mismo perro que le había enviado a su actriz. El que Cherry había matado. ¿Qué demonios estaba haciendo ella delante de la casa...? «Dios mío, está riéndose de mí...»

Entonces, de repente, Cherry levantó la vista y Laura tuvo un arrebato de furia frenética ante aquella arrogancia despreocupada. Sin pensarlo, cerró la cortina y corrió escaleras abajo tan rápido que estuvo a punto de tropezarse. Abrió la puerta de la entrada y se lanzó a la acera.

La calle estaba vacía. Soltó el aire y miró a ambos lados, pero Cherry se había ido. La noche era tranquila y estaba oscuro, con pequeños charcos de luz extendiéndose a escasa distancia del pie de cada farola. Entonces apareció algo más detrás de la pared de su vecino de enfrente. Un zorro. La vio y la miró descaradamente un momento antes de darse media vuelta y salir trotando calle arriba. El miedo volvió a apoderarse de ella y Laura se dio cuenta de que la puerta estaba abierta a su espalda. Con el corazón desbocado, entró rápidamente en su casa y, tras cerrar la puerta de golpe, echó el cerrojo.

Daniel se quedó mirando con perplejidad la puerta cerrada. Cherry no quería que fuera a ver a su madre, eso era obvio. Una parte de él no la culpaba, al fin y al cabo la había tratado de forma imperdonable, pero... En fin, ¿qué podía hacer? De repente se sintió muy cansado y se sentó desfallecido a la mesa. Las copas de vino, los cubiertos, las servilletas, incluso flores, por el amor de Dios... De repente le parecían un ataque en toda regla y luego se sintió culpable inmediatamente. Cherry se había tomado muchas molestias para hacer las paces esta noche. Quizá estaba siendo desconsiderado con su sugerencia de ir a ver a Laura. Su móvil emitió un ruido y lo cogió esperando la foto de una etiqueta de vino, la propuesta de Cherry para la cena, pero era un correo electrónico de Facebook que le avisaba de una solicitud de mensaje. No reconoció de inmediato al remitente y, cuando lo abrió, lo leyó, confuso: «Hola, Daniel. Espero que no te importe que me ponga en contacto contigo, pero hay algo de lo que me gustaría hablarte. ¿Podrías llamarme cuando puedas? Gracias, Wendy».

Al final del mensaje había un número de teléfono de Londres.

Tardó unos segundos en darse cuenta de que el remitente era la madre de

Cherry. Sintió curiosidad por saber por qué le había enviado un mensaje, y una extraña sensación fue lo que lo obligó a llamarla de inmediato.

–¿Diga?

–Wendy, soy Daniel.

–Caramba, qué rápido.

–Recibí tu mensaje.

–Ah, bien.

No parecía dispuesta a darle más información y Daniel se vio obligado a insistir.

–Me pediste que te llamara.

–Sí, lo sé. ¿Está Cherry ahí contigo?

–No, ha bajado a la vinatería.

La mujer se quedó en silencio y Daniel se dio cuenta de que había sonado un poco pedante: «la vinatería». Pero no era solo eso; era como si estuviera armándose de valor para decir algo.

–Te encontré en Facebook.

–Muy bien.

–Me resulta muy difícil decirte esto... Pero siento que necesito hacerlo. – Hizo una pausa–. Tu madre vino a verme el otro día. Dijo algunas cosas que no me gustó escuchar...

Daniel sintió cómo se ponía cada vez más furioso y debió de exhalar un suspiro o algo así, porque Wendy siguió diciendo:

–Sé lo que estás pensando. La ha tomado con Cherry. Y es verdad, en cierto modo, pero... Ay, Dios... –Wendy inspiró hondo–. Esto es lo peor que he hecho en mi vida, pero... hay muchas posibilidades de que tu madre tenga razón.

–No, Wendy, no, no... No puedes dejarte influir por mi madre. Tiene un problema muy grave con Cherry, y lo siento mucho por ella, pero...

–No digas nada y escúchame. –Wendy hizo una pausa–. Como te he dicho, creo que tu madre tiene razón.

Daniel no tuvo más opción que preguntar.

–¿Tiene razón en qué?

–Oh, Dios mío, ¿tengo que deletreártelo? Ya es bastante complicado tener que decir esto sobre mi propia hija... –Hizo una pausa–. Cherry no es tan dulce y sencilla como aparenta. No soporta perder. Cuando se le mete una idea en la

cabeza, no para hasta que la consigue. Si esa idea es una vida en la que no tiene que trabajar en un sitio horrible como... un supermercado, entonces hará cualquier cosa para hacerla realidad. Y no se rinde fácilmente, por eso ha convertido la vida de tu madre en un infierno, y no puedo decir con seguridad dónde se detendrá.

Daniel jugueteaba con el tenedor sobre la mesa, empujando el extremo del mango para que se levantara en el aire. De repente, se estrelló contra el suelo.

–¿Sigues ahí? –dijo Wendy.

–Sí. Sigo aquí.

–Siento decir todo esto, y no pensaba hacerlo, pero fuiste tan agradable conmigo... El día que fuimos los tres a almorzar. A pesar de que te impedí que estuvieras a solas con Cherry, fuiste tan simpático y amable conmigo... Me hiciste sentir muy cómoda y bienvenida. Nunca lo olvidaré. El caso es que no podía dejar que siguieras en la inopia. Y sé eso tan horrible que hizo tu madre, pero aun así... –A Wendy le temblaba la voz y Daniel se dio cuenta de que estaba al borde de las lágrimas–. Escucha. Cuando Cherry era adolescente, tendría unos catorce años, rompió la camisa de una niña en la escuela mientras estaba fuera haciendo gimnasia. Dos agujeros en la parte delantera solo porque le robó su idea en un concurso de la escuela. El premio eran cincuenta libras. La niña ni siquiera ganó; venció Cherry, pero creo que lo que intentaba hacer era una demostración de fuerza.

Se trataba de una nimiedad, la tontería típica de una adolescente, pero entonces ¿por qué hizo que se le helara la sangre?

–Bueno, creo que ya he dicho suficiente, así que voy a colgar. Lo lamento, Daniel. Siento que esto es en parte culpa mía. Como si no la hubiera criado bien o algo parecido... Ya nos veremos, ¿vale? –Colgó el teléfono.

Daniel dejó el aparato sobre la mesa y miró a su alrededor, sin comprender. De repente, el agujero que su madre tan obstinadamente, de una forma tan desagradable, había tratado de abrir en su relación, se había hecho más grande. No sabía qué hacer con lo que Wendy le acababa de contar; necesitaba tiempo para pensar. Oyó el ruido de la llave en la cerradura y se sobresaltó cuando entró Cherry.

–«Australiano, intenso y poderoso con un sabor especiado...» ¿Qué pasa?

Cherry levantó la vista de la etiqueta.

–Nada –le aseguró él rápidamente.

–Ha pasado algo.

Él sonrió y extendió la mano.

–¿Lo abro?

Ella lo observó mientras se lo daba y Daniel se dio cuenta de que estaba decidiendo si presionarlo o no; se alegró de que aquella fuese una cena de reconciliación y ella no fuera a insistir. Enfrentarse a él no entraba en el menú. Al mismo tiempo, se sintió perturbado por el fuerte instinto, casi de supervivencia, que le impulsaba a mantener en secreto su conversación telefónica con Wendy. Llenó las copas de ambos mientras Cherry servía la cena. Estaba deliciosa, pero la conversación no llegó a desenvolverse con normalidad. Los dos se mostraban recelosos, incapaces de relajarse del todo, y Cherry aseguró que le había vuelto el dolor de cabeza. La cena fue corta, y luego acabaron delante del televisor. A las diez y media, ninguno de los dos le vio sentido a seguir levantados, así que fueron al baño por separado y luego se metieron en la cama.

–¿Te apetece leer? –preguntó Daniel, y Cherry supo por sus palabras que a él sí le apetecía.

Quería escapar como fuera de tener que pasar una noche juntos.

–Me parece que me voy a dormir ya –dijo, y apagó la luz de su mesita–. Pero lee tú si quieres.

Daniel lo hizo durante unos diez minutos antes de apagar su propia luz. Tumbados en la cama, Daniel sintió que ella todavía estaba despierta. La llamó una vez, en voz baja, pero ella no respondió.

Una vez que lo oyó quedarse dormido, Cherry puso a su cerebro a trabajar. Sabía que estaban apareciendo grietas. Esa noche había pasado algo, algo que él le estaba ocultando. Algo que había despertado sus sospechas. Las grietas tenían la costumbre de hacerse más grandes, más hondas, más y más rápido, a medida que se extendían. Tenía que solucionarlo sin demora o Daniel se le escaparía de las manos.

# CINCUENTA Y DOS

*Sábado, 7 de noviembre*

Laura oyó caer el correo sobre el felpudo. Como de costumbre, se acercó a las cartas con cierta inquietud, pero todo parecía bastante normal. Un surtido de extractos amortiguados por algunos folletos publicitarios que vendían suéteres de cachemira e inversiones en el extranjero.

Los hojeó y se detuvo al ver un elegante sobre de color crema, grueso por el papel que guardaba dentro. El timbre sonó antes de que ella tuviera oportunidad de abrirlo y se sorprendió asomándose a mirar por la ventana del recibidor, consciente de que se estaba comportando como una tímida anciana. Eran los albañiles, que venían a reparar la claraboya por donde se filtraba el agua. Les preparó una taza de té mientras le aseguraban que el vidrio estaría fuera antes de que acabara la jornada laboral y, con suerte, volverían al día siguiente para colocar el nuevo. Cuando los obreros salieron al jardín, ella se acomodó en la tranquilidad de su sala de estar. Abrió el sobre grueso primero.

Apreciada señora Cavendish:

Le escribo en nombre de mi cliente, Howard Cavendish. Él piensa que ya ha pasado un tiempo suficiente desde la primera vez que habló del tema del divorcio con usted, pero por el momento no ha recibido ninguna correspondencia que detalle su solicitud para iniciar el proceso. Mi cliente sigue siendo muy receptivo a que sea usted quien abra el procedimiento en lugar de hacerlo él, pero deberá iniciarlo en un plazo de catorce días o me verá obligado a presentar una petición ante el tribunal.

Para facilitar el proceso, le recomiendo que, si no lo ha hecho aún, obtenga el asesoramiento legal pertinente.

Quedo así pues a la espera de sus noticias en el plazo de tiempo estipulado.  
Atentamente,

ALASTAIR LLOYD-EDWARDS

Laura soltó la carta sobre la mesita de centro. ¿Acaso era relevante? ¿A quién demonios le importaba quién se divorciaba de quién? La relación había terminado y nadie parecía darse cuenta o pensar que eso podría ser lo importante. O tal vez no lo era, no para Howard, por Marianne. Quizá su matrimonio hacía años que no le importaba. De repente se sintió agotada y sabía que no se molestaría en responder.

Tampoco se había pasado demasiado por el trabajo, vagamente consciente de que eso era precisamente lo que Cherry quería para ella. Sin embargo, desde la cancelación de la serie, había perdido toda la energía. No dormía bien por las noches, tenía la piel pálida y profundas ojeras. Le daba miedo salir. El supermercado le llevaba la comida a casa. Cuando el correo se estrellaba contra el felpudo, el ruido la asustaba y se acercaba como un animal receloso, con miedo a lo que pudiese contener.

Y luego estaba la visita nocturna de Cherry. Laura se preguntó cuánto tiempo habría estado allí, qué era lo que buscaba, lo que planeaba. Cuando Izzy la había llamado a primera hora para ver cómo estaba, se había enfadado tanto que había amenazado con llamar a la policía sin más dilación, pero Laura sabía que le iban a decir lo mismo que la vez anterior. No podían hacer nada hasta que Cherry hiciera el primer movimiento. Se dio cuenta de que estaba esperando, esperando a que pasara algo, y eso la estaba matando poco a poco.

Tenía que hacer algo. Tenía que ver a Daniel. Laura agarró el bolso y la chaqueta, y salió.

Se acercó a las puertas dobles con el enorme cartel en lo alto: **CARDIOLOGÍA**. Había una joven enfermera negra sentada detrás del mostrador cuando entró. Ahora que ya estaba allí sintió cierta aprensión.

–¿En qué puedo ayudarla? –preguntó la enfermera.

–Vengo a ver al doctor Cavendish.

–Está en quirófano.

–Ah, de acuerdo. ¿Y cuándo... Cuándo cree que terminará?



La enfermera miró el reloj.

–Es difícil de decir. Dentro de dos horas, aproximadamente.

Se le cayó el alma a los pies.

–¿Hay algo que pueda hacer por usted?

–No. Regresaré dentro de dos horas.

Laura salió rápidamente antes de que le hiciera más preguntas. No soportaba los hospitales desde el accidente de Daniel, pero se resignó a esperar. Los minutos transcurrían con una lentitud exasperante, y prolongó un café durante cuarenta y cinco minutos, hasta que, de repente, pensó: «¿Y si Cherry queda con él después de sus turnos? ¿Y si se presenta aquí?». Sintió un nudo en el estómago, se levantó de un salto y se paseó hecha un manojo de nervios por la tienda benéfica, llena de prendas tejidas por clientes bienintencionados, luego por la tienda de regalos, llena de peluches y globos metálicos anudados a unos palos y, por último, por el pequeño supermercado. Hacia las tres y media, regresó a la unidad de cardiología.

–¿Ya ha acabado el doctor Cavendish? –le preguntó a la misma enfermera, quien levantó la vista y señaló con la cabeza hacia el pasillo.

Daniel estaba absorto en una conversación con alguien y al principio no la vio, así que Laura tuvo ocasión de observarlo a sus anchas. Era la primera vez que lo veía con el uniforme y el corazón se le hinchó de orgullo. Luego Daniel levantó la vista.

Laura no sabía si se alegraba de verla o no. Al principio, creyó detectar una expresión de alivio, alegría, pero se convirtió en un gesto hosco antes de que pudiera estar segura. Se acercó a ella.

–Mamá, ¿qué haces aquí?

–He venido a verte.

–Estoy trabajando.

–Sí, lo sé, pero no puedo ir a tu apartamento, ¿verdad? –Laura intentó dominar su ansiedad–. Yo... Te dejé un mensaje ayer. De hecho, te he dejado montones de mensajes.

Vio asomar un destello de culpa en sus ojos. Daniel la alejó del mostrador de enfermeras, consciente de los chismes y las miradas.

–Lo siento. Es que... han pasado muchas cosas. –Hizo una pausa–. He hablado con Wendy.

Laura lo miró, sorprendida.

–¿Qué te dijo?

Una enfermera lo llamó por su nombre. Daniel se volvió.

–Voy enseguida... Aquí no puedo hablar.

–Puedo esperar hasta que tengas un descanso.

–Eso no será hasta dentro de cinco horas y no siempre tengo uno.

Al ver el rostro abatido de ella, cedió.

–Iré a tu casa.

–¿Cuándo?

–No lo sé...

–¿Cuando acabes tu turno?

–Será tarde.

–No me importa. Pero llama antes –dijo rápidamente, sabiendo que ya habría oscurecido cuando lo hiciera.

–Está bien, lo intentaré.

–¿Lo prometes?

La cogió del brazo y la condujo hacia las puertas dobles. Ella se detuvo y se volvió hacia él, suplicando.

–Por favor.

A él le sorprendió la emoción que traslucía su tono de voz.

–De acuerdo. Ahora vete a casa y descansa un poco. Pareces agotada.

Laura se fue y, en el camino a casa, descubrió que estaba temblando. Se sentía tan agradecida, tan contenta de poder a hablar de nuevo con su hijo... Le recordó cuánto lo había echado de menos. Y Wendy había hablado con él. Estaba preocupada por lo que le habría dicho, pero Daniel no parecía enfadado con ella, así que tal vez había salido algo bueno de su desastrosa visita. Todavía tenía muy presente el problema de Cherry, pero lo apartó de momento y se concentró en las pequeñas alegrías. Daniel estaba dispuesto a ir a verla. Tal vez empezara a creerla.

## CINCUENTA Y TRES

*Sábado, 7 de noviembre, 22.39 h*

–«Hola, mamá. Voy a ir a casa a cambiarme. Si todavía quieres hablar, iré a verte. Si estás durmiendo, no te preocupes, porque yo también estoy muy cansado. Siempre podemos dejarlo para mañana. Esperaré media hora o así y si no me has devuelto la llamada, deduciré que te has ido a la cama.

»Para volver a escuchar el mensaje, pulse dos. Para guardarlo, pulse...»

Laura se había perdido su llamada. Furiosa consigo misma, comprobó cuándo le había dejado el mensaje. Hacía solo veinte minutos, gracias a Dios. Lo llamó inmediatamente, maldiciéndose por haberse quedado dormida y no haber oído el teléfono.

Había regresado del hospital e intentado mantenerse ocupada; luego, a medida que avanzaba el día, fue poniéndose cada vez más nerviosa. ¿Y si cambiaba de opinión? ¿Qué pasaría si Cherry lo llamaba por algo y tenía que irse directamente a casa? A medida que anochece, había intentado distraerse leyendo, pero al final los muchos días sin dormir habían podido con ella y había caído en un profundo sueño sin sueños.

Se levantó del sofá y echó a andar por la habitación, manteniéndose a la escucha. Con cada timbre de llamada, su corazón se hundía más y más, y luego le saltó el temido buzón de voz.

–Daniel, no he oído tu llamada. Todavía quiero verte. Dijiste que aún estarías despierto... Por favor, ¿puedes venir? Tal vez estés en la ducha... Te esperaré

levantada, así que no te preocupes si vienes aunque sea tarde.

Colgó y de repente se vio abrumada por una sensación de aislamiento. Miró el reloj: las 22.43. Todavía había tiempo. Intentó acomodarse frente al televisor. Al cabo de diez minutos, se levantó y preparó una taza de té, guardándose el móvil en el bolsillo del pantalón; no quería perderse otra llamada. Mientras esperaba a que el agua arrancara a hervir, se dio cuenta de que *Moisés* aún no estaba en casa. Abrió las puertas cristaleras y, de pie, rodeada de la seguridad de la luz, todavía dentro de la cocina, dio unos golpecitos a su plato de comida en el patio. El animal no vino corriendo. En vez de eso, Laura oyó un maullido débil y lastimero procedente de algún lugar al fondo del jardín.

–¿*Moisés*? –lo llamó, y él respondió con un maullido.

Pasaba algo.

Tendría que salir a buscarlo. Miró al jardín oscuro y maldijo al gato. Al encender las luces exteriores, vio el sendero que atravesaba el césped, las vallas de plástico que habían colocado los albañiles, la fuente de agua de acero inoxidable, pero no vio nada en las sombras al fondo. De allí era de donde procedían los maullidos de *Moisés*.

Laura decidió hacerlo lo más rápido posible. Salió y el relente de la noche la envolvió. Avanzando por el jardín, con más coraje del que en realidad tenía, mantuvo la mente enfocada en su misión, llamando a *Moisés* hasta poder localizar la procedencia de sus maullidos. No fue hasta que llegó al fondo de la parte de atrás, donde los árboles cubrían la cerca, cuando lo vio o, mejor dicho, cuando vio una pata. La tenía atravesada en una valla rota, tratando de moverla para poder pasar.

Laura se inclinó para poder ver mejor. De algún modo, una pieza de la valla se había roto, pero se balanceaba hacia atrás cada vez que *Moisés* intentaba moverla. «Deben de haberla roto los zorros», pensó Laura, ya que apenas tenía unos centímetros de ancho y los había visto entrar al jardín desde la parte trasera.

–No te preocupes, te sacaré de ahí –dijo, y empujó la sección de la valla hacia un lado, pero por alguna razón el gato no podía pasar–. Vamos, date prisa.

Laura sentía que las sombras empezaban a rodearla y quería volver a entrar en la vivienda, pero *Moisés* seguía sin moverse.

–¿Qué sucede? –le preguntó mientras se le erizaban los pelos de la nuca.

Se volvió para mirar hacia la casa y esta, de repente, parecía muy lejos, al

otro lado de una enorme extensión de jardín que tenía que cruzar. A los lados, fuera del alcance de las luces, estaba completamente oscuro y no podía ver nada. Extendió la mano a través de la valla e intentó agarrar a *Moisés* por el cuello, pero él no quería que lo cogiera; entonces por fin lo atrapó. Se lo puso sobre un hombro, donde empezó a ronronear incontrolablemente.

Laura miró hacia la puerta abierta de la casa, inundada por la luz de la cocina. Se levantó un poco de viento y los árboles crujieron a su espalda. Se estremeció. En cuanto empezó a correr, sintió como si alguien la persiguiera. Se aferró a *Moisés* y se oyó gemir a sí misma, sin atreverse a mirar a su alrededor. El miedo le erizaba la piel, cada vez más intenso a medida que corría por el jardín, hasta que al final se metió dentro de la casa de un salto y cerró la puerta a su espalda. Intentó frenéticamente girar la llave, pero se le resbalaba de las manos. Soltó a *Moisés* y luego, con ambas manos, introdujo la llave y oyó el chasquido que hacía al cerrar. Jadeando, miró por la ventana. Allí no había nadie.

El móvil le vibró en el bolsillo, sobresaltándola. Un mensaje de texto de Daniel: «Lo siento, estaba en la ducha. Ahora mismo voy».

«Oh, gracias a Dios...» Casi lloró de alivio.

—Daniel va a venir, *Moisés*.

Laura odiaba estar sola en la casa. Se estaba haciendo tarde y sería incluso más tarde cuando él llegara; tal vez podría convencerlo de que se quedara a pasar la noche. Le envió una rápida respuesta, luego volvió a la sala de estar y se sentó en el borde del sofá, esperando a que él llegara. «Daniel va a venir.» De repente sintió que la invadía una sensación casi de euforia. Todavía tenía el teléfono en la mano. ¿Era demasiado tarde para llamar a Izzy? Decidió intentarlo.

—¿Qué pasa? —dijo su amiga rápidamente.

—Oh, nada, nada. Lo siento, sé que es tarde, pero no ha pasado nada malo. De hecho, todo lo contrario. Daniel va a venir para hablar. Hoy lo he visto en el hospital y me dijo que vendría después de su turno.

—Oh, cielo, eso es maravilloso. Ya era hora.

—Creo... Creo que empieza a sospechar o algo parecido. Se ha dado cuenta de que Cherry no es lo que aparenta.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo sabes eso?

—Por algo que insinuó en el hospital.

Izzy respiró hondo.

–¡Aleluya!

–Lo sé –dijo Laura en voz baja–. Lo sé.

Después de darle las buenas noches a su amiga, Laura zapeó para tratar de pasar los pocos minutos hasta que llegara Daniel. Los programas sobre crímenes reales y las películas de los noventa no la ayudaron a superar su sensación de alienación, como si todos aquellos con vidas normales, familias normales, hubieran abandonado la televisión desde hacía tiempo para dejársela a los marginados y a los solitarios.

A las 23.28, Laura oyó el timbre. Se levantó de un salto y fue rápidamente a abrirle. «Nunca en toda mi vida había deseado tanto tener compañía», pensó mientras abría la puerta. Nada más hacerlo, dejó escapar un grito asustado, pero Cherry ya estaba dentro y había cerrado la puerta a su espalda. Laura retrocedió y se tropezó con la mesa del vestíbulo.

–¿Qué haces aquí? –acertó a decir.

–Ya sé que no era a mí a quien esperabas –dijo Cherry dejando el bolso sobre la mesa como si viviera allí.

Laura la observó, con el corazón desbocado, tratando de adivinar las intenciones de Cherry, y vio que parecía relajada, natural, como si fuera a verla regularmente a altas horas de la noche.

–¿Dónde está Daniel?

Cherry no respondió, sino que se limitó a mirarla de un modo extraño, y de repente Laura sintió una oleada de miedo.

–¿Qué le has hecho?

Cherry negó con la cabeza, divertida por la imaginación desbordante de Laura.

–¡Nada! Pero tenemos que hablar muy seriamente de esa actitud. –Levantó una mano y sintió que se estaba poniendo nerviosa–. Te lo diré sin rodeos. Eres muy, muy suspicaz. Estoy harta. Si me hubieras dado alguna oportunidad, habrías descubierto que no soy tan mala.

Cherry vio a Laura muy alterada, asustada incluso, y por un momento sintió una oleada de satisfacción antes de parar y contenerse: estaba allí para tratar de

solucionar aquello. Laura no se lo merecía, pero estaba dispuesta a enterrar el hacha de guerra. Había estado reflexionando mucho los últimos días y, para ser sincera, su vida sería mucho más fácil si no tenía que seguir adelante con aquella venganza. Ya había hecho lo suficiente, pensó, para demostrar su fuerza, y si Laura rectificaba, estaba dispuesta a olvidarlo todo. Al principio, castigar a Laura había tenido su gracia, pero le robaba demasiado tiempo y energía y era como intentar domar a un caballo. ¿Cuánto estaba dispuesta a soportar aquella mujer, por el amor de Dios...?

Su benevolencia le produjo una sensación cálida, el sentimiento de hacer lo correcto. Había llegado a esa conclusión después de un día de espera, de estar entre cuatro paredes e inacción, muerta de aburrimiento... y molesta porque, durante un breve espacio de tiempo, había perdido el control de la situación.

Esa mañana, Daniel entraba a trabajar más tarde en el hospital y eso les había dado la oportunidad de desayunar juntos. El ambiente era de distensión forzada y ninguno de los dos había mencionado la noche anterior, a pesar de que Cherry estaba decidida a descubrir qué era lo que había hecho menguar su confianza implícita en ella, lo que lo había hecho comportarse con disimulo con ella. Su instinto le decía que si se lo preguntaba directamente, fingiría no saber de qué le hablaba. Descartó la posibilidad de que hubiese descubierto algo incriminatorio contra ella: era muy cuidadosa, tanto que nada existía salvo sus esperanzas y sus sueños, sus planes en su cabeza. Lo importante es que ella era una persona honesta y auténtica. Ella podría amarlo, apoyarlo en su carrera, cuidar de su casa y de sus hijos.

No, lo que tenía que hacer era revisar su teléfono. Seguramente ahí estaba el probable origen del problema, porque Daniel había estado perfectamente hasta que ella regresó de la vinatería. Debió de haber hablado con alguien mientras ella estaba fuera. Tenía la esperanza de espiar el contenido de su móvil mientras él estaba en la ducha, pero sus intenciones se vieron truncadas cuando se lo llevó consigo al baño para reproducir música desde iTunes. Después de eso no se separó del teléfono más de un minuto, dos a lo sumo, y no pasó mucho tiempo antes de que se despidiera de ella con un beso y saliera del apartamento, llevándose consigo su fuente de información.

Cherry se desplomó pesadamente en el sofá color limón. Por una vez, estaba desconcertada, y se dio cuenta de que tendría que esperar hasta que volviera a casa y luego diseñar una estrategia para que se alejara del móvil y así poder revisarlo sin que la pillara. Se reprendió a sí misma por no haber pensado antes en esa opción, y ahora perdería todo un día. Con el fin de motivarlo para que volviera lo antes posible, envió a Daniel un SMS, algo sugerente, frívolo y provocador, para darle a entender que no era consciente de las sospechas de él y que se moría de ganas de llevárselo a la cama. Con un poco de suerte, una de las dos cosas lo distraería y/ o lo traería de vuelta a casa para que ella pudiera echar otro vistazo a su teléfono.

Cherry pasó el día sin hacer nada, esperando, pensando, planeando cómo conseguir espiar los movimientos de su móvil y cómo lidiar con el resultado. Había muchas posibilidades de que fuera Laura quien lo había telefoneado, así que se dedicó a mantener conversaciones imaginarias con Daniel mientras se paseaba arriba y abajo, preocupada pero serena a la vez: «Daniel, no sé qué decir. Ya sabemos que está empeñada en echarme de tu vida. ¿No crees que es un poco...? No sé cómo decir esto... ¿una obsesión patológica?».

También ensayó repetidamente su reacción dolida ante las acusaciones, tantas veces que estaba empezando a creerse sus propias negativas. Era una buena señal. Entre un ensayo y otro, se premiaba visitando algunas web de bodas, empezando a planear dónde se celebraría, qué vestido se pondría. No fue tan divertido como debería haber sido, porque no podría relajarse del todo hasta que las cosas con Daniel volvieran a la normalidad.

Cuando regresó a casa, Cherry acudió a la puerta para recibirlo, y le cogió la bolsa con aire solícito mientras le masajeaba los hombros.

–Qué bien... –dijo él con agradecimiento, haciendo rotar el cuello, pero no se quedó allí mucho tiempo, sino que se fue a la cocina para servirse algo de beber–. Disculpa, le he dicho a mi madre que iría a verla esta noche, si no es demasiado tarde para ella –dijo mientras vertía agua en un vaso.

Era una de las situaciones que Cherry había previsto.

–Ya son más de las diez –dijo Cherry haciéndose la sorprendida, pero sin amargura, con cuidado de no alejarlo.

Por primera vez desde que había entrado, él la miró a los ojos y ella mantuvo una expresión despreocupada.



–Lo sé. Podría estar durmiendo. Le he dejado un mensaje diciéndole que me llame si todavía quiere que vaya. –Le dio un beso fugaz–. Me voy a dar una ducha.

Se metió en el baño, pero esta vez dejó el móvil en la encimera. Cherry sintió un brote de entusiasmo, pero esperó hasta oír el ruido del agua, y estaba a punto de coger el teléfono cuando este comenzó a sonar. Se sobresaltó y apartó la mano. La palabra «Mamá» apareció iluminada en la pantalla. Cherry esperó a que dejara de sonar y luego llegó el pitido que anunciaba que había un mensaje. Cogió el aparato y marcó el número del buzón de voz de Daniel.

–«Daniel, no he oído tu llamada. Todavía quiero verte. Dijiste que aún estarías despierto... Por favor, ¿puedes venir? Tal vez estés en la ducha... Te esperaré levantada, así que no te preocupes si vienes aunque sea tarde.»

Cherry no quería que fuera. Necesitaba un poco más de tiempo, lo último que le hacía falta era algo que acelerara la llama de la mecha que ya se había encendido. Pulsó el tres para eliminar el mensaje y luego se deshizo también del aviso que anunciaba que había un mensaje en el buzón de voz. Luego revisó el historial de llamadas. La llamada de Laura estaba en lo alto de la lista, y con un par de movimientos del dedo, la eliminó. Se desplazó a través del resto de las llamadas que, suponía, debían de ser de sus colegas del trabajo; luego había una de Will, otra de su padre, y entonces la vio.

La llamada no aparecía como un nombre sino con un número completo. El único que sabía de memoria, puesto que había vivido allí. La casa de su madre. Su madre y Daniel habían mantenido una conversación a las 20.37 de la tarde anterior. Hizo memoria rápidamente. Era justo el momento en que había salido a comprar el vino. El corazón le latía con fuerza. Así que él lo sabía todo, o al menos lo suficiente. Por eso apenas la miró a los ojos cuando volvió de la calle, y por eso se mostraba tan distraído y distante desde entonces. También era el motivo por el que iba a ir a ver a Laura esa noche.

Solo que no iría a verla, se recordó a sí misma rápidamente. Ella había eliminado el mensaje. Cherry sabía que, en muchas ocasiones, su cerebro alcanzaba su punto óptimo de rendimiento bajo presión; experimentaba una excitación física resolviendo problemas a contrarreloj, y esa noche no era diferente. De hecho, esa noche estaba inspirada, tenía ideas geniales y, sobre todo, le parecía que era exactamente lo que debía hacer.

Sería ella quien iría a ver a Laura.

Cherry sintió una extraña sensación de fatalismo, como si al reconocer qué era lo que debía hacer hubiera desencadenado una secuencia de acontecimientos. Todavía no sabía en qué consistirían, pero de alguna manera sabía que le darían una respuesta.

Cherry tenía que prepararse, y rápidamente. Había dejado de oír correr el agua; Daniel saldría enseguida de la ducha. Se lanzó hacia la cocina, cogió dos rebanadas de pan, las untó con mayonesa y puso unas lonchas de rosbif y un poco de rúcula. Sirvió un vaso de agua y lo dejó todo en la encimera, justo cuando él entraba en la cocina.

–Espero que tengas hambre. He pensado que sería lo más rápido, sobre todo si vas a casa de tu madre.

Parecía conmovido por su gesto.

–Gracias. ¿Ha sonado el móvil?

Ella negó con la cabeza. Daniel miró el reloj de la cocina y ella siguió su mirada. Faltaban diez minutos para las once.

–Le dije que le daría media hora. Voy a cenar; si no me llama, es que se habrá ido a dormir.

Cherry lo observó atentamente mientras devoraba el bocadillo. Cuando terminó, con las manos entrelazadas, estiró los brazos en el aire, expulsando el cansancio del día. Luego volvió a coger el móvil y Cherry contuvo el aliento, preguntándose si llamaría a Laura. Pero lo soltó de nuevo.

–Me parece que me voy a ir a la cama yo también –dijo–. Mañana me toca el turno de las seis de la mañana.

–Pues será mejor que te acuestes, entonces –dijo Cherry metiendo su plato en el lavavajillas.

–Lo siento. No te he hecho mucha compañía esta noche, ¿verdad?

Bostezó, con una oleada gigante de cansancio que lo cogió por sorpresa.

–Vete a la cama, anda –dijo Cherry con severidad–. Yo me iré enseguida también. Voy a recoger un poco esto –se excusó, y metió el jabón líquido en el lavavajillas.

Se entretuvo deliberadamente, y cuando entró en el dormitorio, para su satisfacción, él ya estaba profundamente dormido. Cherry se felicitó a sí misma por su sándwich. Le había añadido la mitad de un somnífero que le había

sobrado de los días posteriores a la «muerte» de Daniel, cuando creía que lo había perdido todo y tenía problemas para dormir. Media pastilla sería lo bastante efectiva para inducir un sueño profundo, pero no tanto como para dejar señales reveladoras a la mañana siguiente. La había triturado hasta convertirla en polvo y la mayonesa con ajo y pimienta había ayudado a disimular el leve regusto. Solo le quedaba una cosa por hacer. Cogió el teléfono de Daniel, que había dejado cargando en la encimera, envió un mensaje de texto y luego lo borró del buzón de mensajes enviados: «Lo siento, estaba en la ducha. Ahora mismo voy».

–He pensado que ya va siendo hora de que solucionemos nuestras... diferencias –empezó a decir Cherry con delicadeza. Laura se limitó a mirarla fijamente, con cara de idiota, si tenía que ser sincera. Eso hizo a Cherry sentirse bien, noble incluso, por el hecho de estar dispuesta a ofrecerle una rama de olivo–. En lugar de empeñarte continuamente en echarme y de que yo... tome represalias –dijo viendo a Laura ponerse tensa ante aquel sutil reconocimiento de sus maquinaciones–, ¿por qué no lo dejamos antes de que se nos escape de las manos?

¿Qué narices le pasaba a Laura? ¿Por qué la miraba como si le hubiesen practicado una lobotomía o algo así? Era evidente que iba a tener que delectarse. Se adelantó unos pasos y vio que Laura se estremecía.

–No estés tan nerviosa. Solo quiero que nos sentemos a hablar, eso es todo.

Guió a Laura hasta su propia sala de estar y se acomodó en el sofá. Laura todavía estaba de pie, en el umbral.

–Supongo que es demasiado pedir que me ofrezcas algo de beber... Bah, no importa. Deja que te diga lo que he venido a decirte. He intentado por todos los medios encajar, Laura, ser una buena persona, una novia ideal para Daniel... – De pronto se acordó de algo, miró alrededor de la habitación y se rio con tristeza–. Estaba tan nerviosa el día que vine a cenar, cuando nos conocimos, y todo el tiempo lograste que me sintiera como una extraña. Eras solo tú y Daniel, no había lugar para nadie más. Pero yo ya no soy una extraña, formo parte de la familia, y parece que no quieres entenderlo. Sin embargo, estoy dispuesta a olvidarme de todo. Deberíamos ser amigas. Quiero que seamos amigas.

Laura habló al fin.

–¿Estás loca?

Cherry miró alrededor en la sala, como si creyera que Laura se dirigía a otra persona.

–No. La verdad es que no sé qué he hecho para que me tengas tanta manía.

Incrédula, Laura abrió la boca para hablar, pero Cherry sabía lo que iba a decir y eso la irritó.

–Sí, y lo sé, el cachorro, la carta a Marianne, a pesar de que fue el propio Howard quien decidió pedirte el divorcio –puntualizó con desdén–, pero todas esas cosas fueron después de que te comportaras conmigo como una hija de puta. Esa mentira... fue... imperdonable.

Laura se estremeció.

–No tienes nada que decir a eso, ¿verdad? Solo te estaba dando a probar un poco de tu propia medicina.

Cherry se levantó y pasó por detrás de Laura en dirección a la cocina. La habitación estaba en penumbra, iluminada únicamente por las luces bajo los armarios.

–¿Es que voy a tener que prepararme algo de beber yo misma? –suspiró sacando una botella de zumo de la nevera.

Laura la miró con recelo, pero no habló. Vio su móvil donde lo había dejado, y se preguntó si conseguiría llegar hasta él y marcar el número de emergencias sin que ella se diera cuenta. Pero claro, Cherry oiría cómo respondían y Laura no estaba segura sobre cuál era su estado mental. Sabía que probablemente debería intentar hablarle, razonar con ella, pero estaba nerviosa, no sabía a qué se enfrentaba exactamente.

Laura abrió un armario despacio, sacó un vaso y lo deslizó sobre la encimera. Cherry lo miró agradablemente sorprendida.

–Gracias. ¿Lo ves? No es tan difícil. Ser amable. –Sirvió un poco de zumo–. Estás haciéndole la vida imposible a Daniel también, ¿sabes? –Vio que los ojos de Laura se iluminaban ante la mención de su hijo y lanzó un resoplido de impaciencia–. Él no sabe que estoy aquí, y no está en condiciones físicas de venir. Está dormido... –dijo y, ante la mirada de alarma de Laura, añadió–: Y no creo que despierte hasta dentro de un buen rato.

–¿Qué le has hecho? –exclamó Laura con furia.

Cherry se detuvo cuando estaba a punto de beber.

–¿Sabes? Deberías escucharte a ti misma alguna vez. Es un hombre adulto. No necesita que su madre interfiera en su vida. –La miró–. Hacemos buena pareja. Soy una buena persona. No he hecho nada malo. Me he esforzado mucho para conseguir esto.

–Entonces ¿lo admites? –preguntó Laura en voz baja.

–¿El qué?

–Que te propusiste cazar a Daniel. Que lo elegiste a él por lo que tiene.

Cherry estrelló el vaso contra la mesa con ira. Aquella mujer era tan estrecha de miras... No estaba preparada para ver las cosas desde otro punto de vista que no fuese el suyo. A Laura no le gustaba el hecho de que ella quisiera prosperar, superarse a sí misma.

Dios, a los pobres les dejaban pensar en el dinero porque no lo tenían, simplemente.

–Oh, por el amor de Dios...

Se encaminó hacia la puerta de atrás y miró al exterior. Estaba oscuro, pero las luces del jardín se habían quedado encendidas.

Furiosa, Laura la observó e, incapaz de contenerse por más tiempo, dio rienda suelta a todo el miedo y la preocupación que había reprimido. Le temblaba la voz.

–Dices que eres una «buena persona». No he oído nada tan indignante en mi vida. Eres una mentirosa compulsiva, y una manipuladora. Solo te interesa una cosa y es lo que puedas conseguir para ti misma.

Cherry tensó los hombros.

–No...

–No eres más que un parásito, una sanguijuela...

–No es verdad, yo no soy...

–Y el destino quiso que el infeliz de mi hijo estuviera en el lugar equivocado en el momento equivocado cuando entró en esa agencia inmobiliaria...

–¡Para!

Cherry se tapó las orejas con las manos.

–Y estás destrozándole la vida de forma sistemática, y hasta tu madre se avergüenza de llamarte su hija...

–¡Cállate de una vez!

El grito de Cherry quedó suspendido en el aire y, por un momento, ninguna de las dos dijo nada. Cherry intentó aquietar su respiración, controlar el impulso de abalanzarse sobre Laura y arrancarle aquella expresión autocomplaciente y sentenciosa de la cara a aquella mujer de vida privilegiada. Se concentró en el jardín, respirando de forma regular y tratando de reprimir la furia que amenazaba con engullirla. Temblorosa, tensó los brazos y apretó los puños.

De repente, la invadió una oleada de tristeza, una sensación de derrota que amenazaba con derrumbarla. Le había ofrecido a Laura amistad, respeto, incluso había estado dispuesta a forjar una especie de vínculo madre-hija. ¿Y qué había obtenido a cambio? Rechazo y hostilidad. «Yo nunca encajaré.»

Angustiada, Cherry apoyó las manos en la ventana y fue entonces cuando lo vio. Justo en medio del césped. Volvió a mirar atentamente, solo para asegurarse de que no se equivocaba. Definitivamente, el recuadro de vidrio que formaba parte del techo del sótano, donde estaba la piscina, no estaba; el cristal había desaparecido.

Se volvió.

—Laura, siento mucho que sigas pensando así, pero me parece que no entiendes lo que trato de decirte. Daniel y yo nos queremos.

Antes de que Laura pudiera seguir discutiendo, Cherry apoyó la mano en el picaporte de la puerta.

—¿Te importa si salgo a tomar un poco de aire fresco? Esto me está resultando estresante.

Abrió una de las puertas cristaleras y dobló la primera sección. A continuación salió hacia el patio. Hacía fresco, pero el frío le revitalizaba aún más la mente y había algo en la oscuridad que le hizo sentir un cosquilleo en su sistema nervioso.

Laura la miró con recelo, con el corazón latiendo con fuerza. En cuanto acabó de lanzarle su invectiva, se arrepintió inmediatamente de su impulsividad. La tranquilidad de Cherry era inquietante y ahora había salido al jardín. ¿Qué debía hacer ella? Sopesó la posibilidad de cerrar la puerta de golpe y echar el cerrojo, pero Cherry todavía estaba demasiado cerca. Podría volverse en medio segundo y poner un pie en la puerta; no, no lograría cerrarla a tiempo. Dio un paso adelante, pensando que tal vez aquello impulsaría a Cherry a avanzar ella también, a hacer que se adentrara más en el jardín y se apartara de la puerta.

Cherry se volvió de repente y abrió las puertas cristaleras por completo.

–Vamos, hace una noche preciosa –dijo, y le hizo un gesto a Laura para que saliera.

Laura dudó un momento. Si seguía a Cherry y la llevaba lo bastante lejos hacia el interior del jardín mientras ella se mantenía a una distancia suficiente, tal vez podría volver corriendo a la casa y dejarla encerrada ahí fuera. Salió de la casa y se internó en el jardín, y Cherry echó a caminar por el césped.

«Es como un milagro –pensó Cherry–. Como si tuviera que pasar. Ese agujero, justo en medio del jardín. Laura podría provocar su propio accidente.»

Era la clase de cosas que podían pasar fácilmente, aunque ella no estuviese allí. Sabía que tenía que conseguir que Laura se enfadara de nuevo, ya que era entonces cuando bajaba la guardia y se volvía descuidada.

–¿Y si me ofrecieras algo para que me mantuviera alejada?

Cherry se acercó un poco más hacia el agujero del suelo mientras hablaba. «No tan deprisa. Con pasos pequeños, poco a poco.» Sonrió para sí misma cuando oyó que Laura la seguía.

–¿Quieres dinero? –exclamó Laura con la voz impregnada de indignación–. ¿Dinero para mantenerte alejada de Daniel? Debes de estar loca. Te pago y luego le dices que fue idea mía. ¿Te crees que soy idiota?

«No, no eres idiota –pensó Cherry–, solo un poco distraída.» Siguió andando un poco más, como si estuviera reflexionando sobre lo que Laura acababa de decir.

–Yo no haría eso. Me iría y no me volveríais a ver.

Se había acercado el máximo posible sin despertar sus sospechas. Laura ya estaba bastante cerca, a apenas un par de metros de distancia. Ahora necesitaba rodearla, ponerse detrás de ella. Luego echaría a correr hacia ella para que ella se viese obligada a retroceder y tuviese su accidente. Un tropiezo inesperado y una trágica caída al sótano. Luego Cherry se iría a casa y volvería a la cama. Se despertaría con Daniel y esperaría las noticias, y ella no le habría puesto un dedo encima.

Empezó a desplazarse alrededor de Laura.

–O podría decirle a Daniel que lo nuestro no funciona, que he conocido a otro.

A Laura se revolvió el estómago.

–No lo hagas. No hagas eso. Vete y ya está.

–Pongamos cien mil libras. No, doscientas mil. Eso para ti es una miseria.

–Por favor te lo pido. Sal de mi casa y vete.

–Si desapareciera, esa racha de mala suerte podría acabarse. ¿Qué precio estás dispuesta a pagar, Laura?

Ahora Laura estaba temblando, suplicando.

–Déjame en paz. Dices que quieres ser mi amiga... Eso era lo que quería yo, desde el principio. Eso es lo que intenté que fuéramos.

Ahora Cherry ya estaba casi detrás de Laura. Lo único que tenía que hacer era moverse un poco más hacia la casa y estaría en la posición correcta. No podía dar un paso completo, sino que tenía que desplazar invisiblemente el peso de un pie a otro mientras hablaba. Con movimientos indetectables, minúsculos. Empezó a inclinar el peso hacia atrás, a tomar el impulso suficiente para lanzarse a la carrera.



## CINCUENTA Y CUATRO

*Sábado, 7 de noviembre, 23.46 h*

Daniel gimió en sueños y volvió la cara de un lado a otro.

–Vete –murmuró, pero *Rufus* siguió lamiéndolo.

En algún lugar, en el fondo de su estado de semiinconsciencia, sabía que era el cachorro, pero era como si no pudiese despertar. También era muy consciente de este hecho, y quiso luchar contra él, así que se obligó mentalmente a abrirse camino a través de la niebla.

Con la cabeza aún en la almohada, pestañeando en la oscuridad, no estaba seguro de si era un sueño. *Rufus* estaba encantado de verlo despierto, pero a Daniel le dolía mucho la cabeza. Estaba como atontado, como si aún se deslizase entre el sueño y la vigilia. Tal vez había pillado un virus o algo, pero no lo creía; era como si lo hubieran drogado, y no entendía cómo era posible algo así.

Le costó tanto tiempo despejarse y comprender que de verdad estaba despierto que no advirtió la ausencia de Cherry hasta al cabo de unos cinco minutos. Sin acabar de creérselo, encendió la luz de la mesita de noche. Su lado estaba definitivamente vacío, y a juzgar por el aspecto liso de la colcha y las almohadas ahuecadas, aún no se había metido en la cama. Miró la hora en el despertador: eran las 23.51. Dios, qué dolor de cabeza... Bajó los pies de la cama, se dirigió con paso tambaleante hacia el baño, sacó un par de pastillas del blíster y se las tragó con un poco de agua. Trató de sacudirse de encima el espesor mental, pero con eso solo logró que la cabeza le diera aún más vueltas.

Se preguntó dónde estaría Cherry. Había dejado una luz encendida en el pasillo pero ninguna en el resto del apartamento. No podía haber salido a la calle, no a esas horas. Comprobó todas las habitaciones con el cachorro correteando detrás de él, por si se había quedado dormida o algo así, pero empezó a preocuparse cuando no la encontró en ninguna estancia del piso. Localizó su móvil y la llamó, pero la llamada fue directamente al buzón de voz.

–Cherry, ¿dónde estás? Es tarde y estoy preocupado. Llámame en cuanto oigas este mensaje.

Trató de pensar. Definitivamente, allí estaba pasando algo, pero su cerebro no pensaba con claridad. Se planteó llamar a la policía, pero consideró que podría haber alguien más que supiera dónde estaba. Pensó en llamar a Wendy, aunque en el fondo dudaba que lo supiera. Aun así, no había nadie más, así que cogió su móvil otra vez y entonces lo advirtió: tenía un mensaje nuevo sin leer. Convencido de que era de Cherry, rápidamente entró en el menú, pero el mensaje era de su madre: «Estupendo. Nos vemos en unos minutos. Besos».

Él no sabía a qué se refería. Se lo había enviado hacía unos cuarenta minutos. Daniel se esforzó por encontrarle sentido. Creía que su madre se había ido a la cama. No había respondido a su mensaje de voz, así que ¿por qué parecía como si lo estuviese esperando? ¿Esa misma noche? La llamó al móvil, pero sonaba y sonaba sin que nadie contestara. Qué raro. ¿Y dónde estaba Cherry? Nada de aquello tenía sentido. ¿A quién le estaba respondiendo su madre? La respuesta le llegó en un fogonazo. Se quedó mirando el teléfono con aire confuso. ¿Había ido Cherry allí?

¿Por qué?

Se le ocurrieron varias respuestas, todas desagradables, pero ninguna de ellas se acababa de formular por completo, aunque todas eran siniestras. Cogió rápidamente la chaqueta y las llaves, y salió del apartamento.

El aire frío le resultaba gratificante, se dijo mientras caminaba a paso ligero por la calle; luego sintió un impulso de echar a correr a pesar de que sentía un cansancio extremo. Su urgencia alimentaba una creciente sensación de pánico, ¿o era al revés? Si podía seguir andando a ese ritmo, llegaría en cinco minutos. Fuera de las calles principales, las aceras estaban vacías. Las luces de seguridad se encendían esporádicamente en el exterior de algunas cuando pasaba corriendo por delante de ellas. Para cuando llegó a la casa de sus padres, le dolían las

extremidades, y entonces dedujo que tenía que estar bajo los efectos de alguna droga con propiedades narcóticas. Solo había una explicación posible sobre cómo podía haberla ingerido, y aquello lo conmocionó. «Cherry», pensó. Sin embargo, lo que más le asustaba, la pregunta que ahora estaba empezando a temer era: ¿por qué?

Enfiló el sendero de entrada hacia el número 38 y llamó al timbre. Apenas se veía una rendija de luz a través de las cortinas corridas en la ventana del recibidor, a su derecha. Retrocedió y miró hacia las ventanas del piso de arriba, que estaban oscuras e inmóviles, y luego volvió a llamar, pero esta vez no esperó. En vez de eso, se sacó las llaves del bolsillo.

Abrió la puerta, entró y aguzó el oído para captar alguna señal de su madre, pero todo estaba en silencio.

—¿Hola? —dijo—. Soy yo, Daniel.

No obtuvo respuesta. Echó a andar despacio por la casa, hacia la sala de estar. La televisión estaba encendida y *Moisés* estaba medio dormido, tumbado perezosamente en el sofá. A continuación accedió a la cocina en penumbra. Nada más entrar, percibió la corriente de aire fresco, y luego, al otro lado de la habitación, vio las puertas traseras abiertas y, a través de ellas, en el jardín, a su madre y a Cherry.

Al principio no entendió lo que estaban haciendo. Cherry se encontraba de espaldas a él y su madre parecía enfadada por algo, pero, aunque podía oír voces, no entendía lo que decían.

En la suave oscuridad, con los muros de casi dos metros de alto que rodeaban el jardín, Cherry se sentía en la intimidad, envuelta y protegida por su propia y pequeña burbuja. Iba a ser tan fácil... No había nadie cerca. Miró hacia el cielo y fingió admirar la luna, viendo las nubes moverse a toda velocidad, pero en realidad miraba las ventanas de las casas vecinas.

—Hoy hay luna nueva —dijo con jovialidad.

No había luces en ninguna de las ventanas, que ella viese. Estaban completamente solas en un lugar fuera del tiempo o el espacio.

«Podría pasar tan fácilmente... Laura sale al jardín, se acerca demasiado al agujero, tropieza, resbala y se cae.» Sintió un estremecimiento. Verdaderamente,

era muy muy peligroso, pensó con desaprobación.

Cherry repasó las pruebas en su mente. No sabía nada de escenas del crimen, y habría sido útil documentarse antes un poco, pero ella había visto suficientes series y películas para saber qué hacer. Daniel estaba durmiendo, así que su coartada estaba asegurada con él. En la casa, había tocado el timbre, el tirador de la puerta principal, la puerta de la nevera, la botella de zumo, el vaso, la llave y el picaporte de la puerta cristalera. Eso era todo.

Lo recordaba todo con una claridad diáfana y sabía con absoluta certeza que podía repetir cada uno de sus pasos hasta su posición exacta si volvía allí. Era como si estuviera observándose a sí misma cada paso que daba, como si realmente no estuviera allí y su otro yo quisiera asegurarse de que se fuera sin dejar ningún rastro. Miró hacia las ventanas de nuevo, a las cavidades negras y durmientes. En toda y cada una de ellas, las cortinas estaban echadas como si deliberadamente quisieran mantenerse en la ignorancia. No existía el mal en aquellas calles de clase alta.

Un zorro se coló por la cerca trasera, empujando un panel que parecía estar roto. Durante un microsegundo, se preguntó si sería su zorro, el de Tooting, antes de darse cuenta de que eso era ridículo. Antes de que el animal hubiera cruzado el jardín, Cherry levantó los brazos y, abriendo la boca en un rugido silencioso, echó a correr, como un animal rabioso, hacia Laura, cuyo rostro de pronto se crispó con una mezcla de terror y estupefacción, e instintivamente se tambaleó hacia atrás para eludir el ataque.

–¡No! –gritó una voz, y Cherry se volvió y se quedó en estado de *shock* al ver a Daniel irrumpiendo por la puerta trasera.

Perdió el equilibrio al mismo tiempo que Laura extendía los brazos con desesperación, tratando de agarrarse a lo que fuera que estuviese a su alcance.

Ahora era Laura la que gritaba. De hecho, los gritos seguían saliendo de su garganta mientras caía al suelo, al tiempo que las vallas de plástico se apartaban por el peso de su cuerpo. Ella no quería morir... No podía fallarle a su hijo... Movié los brazos violentamente a su alrededor, sintiendo el peso de Cherry contra ella, y la empujó. Luego se dio de bruces con la cara y las manos en la tierra y trató de avanzar arrastrándose hacia la casa, sin dejar de gritar de terror. Luego oyó un ruido extraño y distante, y Daniel la abrazó y, entre sollozos, ella se aferró a él con todas sus fuerzas, enterrándose en él, con la mente en blanco

de puro terror. Como un animal o una niña pequeña, se acurrucó en el regazo de su hijo, aterrorizada ante la idea de que Cherry aún fuera tras ella, pero, por alguna razón, había dejado de hacerlo. Y a medida que transcurrían los segundos, empezó a entender la procedencia de ese ruido.

# EPÍLOGO

*Jueves, 14 de enero*

Laura miró por la ventana mientras el empleado de la agencia inmobiliaria colocaba un cartel de EN VENTA en el exterior de la casa. No eran Highsmith y Brown, por supuesto, pero había muchos otros agentes acreditados ávidos por encargarse de poner su hogar en el mercado. Ni ella ni Howard la querían después de lo sucedido; de hecho, Howard ni siquiera había bajado a su «cueva». Estuvo encantado de dejar que los chicos de la mudanza se encargaran de guardar todas sus cosas en cajas y las llevaran a su nuevo hogar. Laura había intentado no ver cómo las pertenencias de su futuro exmarido –cosas con las que había convivido durante años– eran trasladadas a una vivienda en Saint John’s Wood, una casa que ahora compartía con Marianne.

Al cabo de unas semanas, Daniel se mudó a su propio apartamento, no el que había compartido con Cherry sino a otro, sin recuerdos, uno que encontró en una zona más económica de la ciudad, de alquiler, y esta vez Howard no había puesto ningún impedimento. A Laura no le importaba; de hecho, ella también se iba a mudar a una casa que había sido una antigua caballeriza, lo bastante cerca de Daniel para poder verse con regularidad, y lo suficientemente lejos para que ambos pudieran tener sus propias vidas.

Le había costado un tiempo, pero finalmente Laura se armó de valor para bajar hasta allí. Mientras iba en el ascensor, no pudo evitar pensar en los auxiliares de la ambulancia que habían hecho el mismo recorrido hacía unas

semanas para llevarse a Cherry. El aspecto que tenía, lo que habían tenido que hacer. Cuando llegaron, estaba muerta. Lo supo porque Daniel se había acercado a ella después del accidente con la intención de prestar primeros auxilios.

Lo habían limpiado todo, por supuesto, pero la imagen que le vino a la mente no fue la de Cherry tendida sin vida en el suelo, sino la de ella la noche de la barbacoa, cuando bajaron juntas, y Laura experimentó una sensación de inquietud, esperando oír los tacones de la joven. La claraboya había sido reparada y Laura levantó la vista. De repente, sintiéndose atrapada, salió corriendo de allí y regresó a la casa.

La policía los había interrogado a ella y a Daniel, y también al vecino que la había oído gritar y que los vio por la ventana desde dos casas más abajo. Daniel era el testigo clave, ya que era quien había visto a Cherry. Declaró a la policía que Cherry había resbalado. Había intentado matar a su madre haciéndola caer corriendo hacia ella, y luego había perdido el equilibrio al volverse para mirarlo a él y se había caído, chocando contra Laura. Su madre lo había observado atentamente mientras él relataba los hechos y supo que eso era lo que su hijo había visto. Su dolorosa declaración concordaba con lo que había presenciado su vecino a cierta distancia desde su ventana. Parecía suficiente para el forense, que dictaminó muerte por accidente.

Nadie la vio. Nadie. Qué riesgo tan grande... Temblaba solo de pensar si hubiese salido mal. Un arrebató de locura. Por supuesto, estaba casi segura de que lo habrían calificado como defensa propia; después de todo, Cherry había intentado matarla. Pero aun así, no dijo nada; estaba demasiado asustada. Había habido un momento en que las dos se miraron a los ojos –por una fracción de segundo– y algo primitivo había estallado en su interior. Podría haber salvado a Cherry. Tal vez. Laura había extendido el brazo. Había establecido contacto con ella. Pero no para atraerla al lado seguro. No: para empujarla hacia el negro abismo. Todo había sido tan rápido que nadie habría podido darse cuenta, a menos que estuviera muy cerca. Y nadie había estado lo suficientemente cerca.

No recordaba en absoluto haber tomado esa decisión. Eso era lo que la atormentaba. Lo que le producía pesadillas. Cómo había llegado a ese lugar tan oscuro. Quién era esa persona.

Nunca lo olvidaría. Si acaso, tal vez algún día encontraría la manera de convivir con ello.

# AGRADECIMIENTOS

Gracias a mi maravillosa agente, Gaia Banks, que me puso en la senda correcta, y también por todo el entusiasmo, acompañada por la igualmente maravillosa Lucy Fawcett. Gracias a las dos por todo lo que habéis hecho y continuáis haciendo por mí. Gracias también a Joel Gotler, cuyas palabras permanecen indelebles en mi memoria, a Markus Hoffmann, a todos los coagentes en todo el mundo, y también a Melissa Mahi, Alba Arnau y Matthew Goulden.

Debo mi profundo agradecimiento a Trisha Jackson por sus brillantes ideas y por hacerme sentir tan bien recibida, y al equipo de Pan Macmillan, que hace que todo funcione entre bastidores.

También estoy en deuda con Alicia Condon y el equipo de Kensington Books.

A Barbara Heinzus, que estuvo allí desde el principio.

Viki Hill, tu ayuda con la documentación ha sido de un valor incalculable.

A mi familia: papá, Sally, mamá, Rhys, Neil, Tina, Leila y Brandt. Vuestro apoyo y entusiasmo significan muchísimo para mí. Gracias, Ettie, por las lecciones de golf.

A Livi y Clementine, porque me sirven de inspiración.

Y gracias a mi compañero, Jonny, mi seguidor más fiel, por dejar que te atosigue con todos mis «¿Y si...?».



*La novia*  
Michelle Frances

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte y Diseño

© Michelle Frances, 2018

© de la traducción, Ana Alcaina Pérez, 2018

© Círculo de Lectores, S. A. Unipersonal, 2019

ARROBABOOKS

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.arrobabooks.com](http://www.arrobabooks.com)

Un sello editorial de Círculo de Lectores

[www.circulo.es](http://www.circulo.es)

Círculo de Lectores, S. A. Unipersonal

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2019

ISBN: 978-84-16826-36-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.  
[www.eltalldellibre.com](http://www.eltalldellibre.com)